

Sermones Sobre Job

Juan Calvino

- Introducción
- SERMÓN N° 1: EL CARÁCTER DE JOB
- SERMÓN N° 2: EL SEÑOR DIO Y EL SEÑOR QUITO
- SERMÓN N° 3: BIENAVENTURADO EL HOMBRE A QUIEN DIOS CORRIGE
- SERMÓN N° 4: ¿COMO SE JUSTIFICARA EL HOMBRE ANTE LOS OJOS DE DIOS?
- SERMÓN N° 5: AUNQUE EL ME MATARE, EN EL ESPERARE
- SERMÓN N° 6: SI DIOS FUERA NUESTRO ADVERSARIO
- SERMÓN N° 7: ¿TENDRÁN FIN LAS PALABRAS VACÍAS?
- SERMÓN N° 8: YO SE QUE MI REDENTOR VIVE
- SERMÓN N° 9: EN MI CARNE HE DE VER A DIOS
- SERMÓN N° 10: ¿TRAERÁ EL HOMBRE PROVECHO A DIOS?
- SERMÓN N° 11: LA MAJESTAD DE DIOS
- SERMÓN N° 12: ¿NO CUENTA DIOS TODOS MIS PASOS?
- SERMÓN N° 13: LA PUREZA Y EQUIDAD DE JOB
- SERMÓN N° 14: EL CARÁCTER HUMANO DE JOB
- SERMÓN N° 15: JUSTA INDIGNACIÓN
- SERMÓN N° 16: LA INSPIRACIÓN DEL TODOPODEROSO
- SERMÓN N° 17: AUTORIDAD Y REVERENCIA QUE DEBEMOS A LA PALABRA DE DIOS
- SERMÓN N° 18: EL PODER DE DIOS ES JUSTO

- **SERMÓN N° 19: EL USO ADECUADO DE LA AFLICCIÓN**
- **SERMÓN N° 20: EL SEÑOR RESPONDE A JOB**

INTRODUCCIÓN POR HAROLD DEKKER, TH.M.

Una de las anomalías de la historia es que Calvino haya llegado a ser conocido más como teólogo sistemático cuando él mismo se consideraba primordialmente un predicador. Creía que sus sermones, y no las *Instituciones* fueron su mayor contribución. Aunque parte de su tiempo lo dedicaba a dar conferencias sobre teología siempre consideraba este rol como secundario. Se consideraba mayormente un pastor.

Los contemporáneos de Calvino se identificaron más con esa auto-evaluación de Calvino que las personas de siglos posteriores. En los días de su vida, y durante muchas décadas después, sus sermones rivalizaban en popularidad con las *Instituciones*. Sus sermones eran bien conocidos y muy leídos en todos los países de la Reforma. Con frecuencia eran usados en los pulpitos de iglesias que carecían de pastor. Se imprimían centenares de copias a medida que Calvino los predicaba en el francés original a efecto de introducirlos sistemática y clandestinamente a los protestantes oprimidos de la patria de Calvino. Gran cantidad de ellos también fueron traducidos a otras lenguas, especialmente al inglés y al alemán.

En inglés llegaron a publicarse un total de setecientos que gozaron de amplia distribución. Aunque en esa tarea participaron numerosos traductores más de la mitad de los sermones fueron traducidos por Arthur Golding. La primera edición ya apareció en 1553 y durante 40 años las imprentas siguieron haciendo copias. Comenzando en 1574 y a lo largo de 10 años se editó cinco veces el juego completo de los 159 sermones sobre Job. En tres años aparecieron cinco ediciones de los sermones sobre los Diez Mandamientos. Un juego completo de doscientos sermones sobre Deuteronomio fue publicado en 1581 siendo tan grande la demanda que en el término de dos años hubo que publicar otra edición. No caben dudas de que la amplia circulación de estos volúmenes fue el principal factor del primer desarrollo de calvinismo en Inglaterra. Allí las *Instituciones* no aparecieron sino en 1561 y hasta fines de ese siglo solamente se reeditaron seis veces.

A comienzos del siglo 17 hubo una disminución constante en el uso de los sermones de Calvino. Ello es comprensible porque los sermones siempre se adecuan particularmente a determinadas épocas y circunstancias y, siendo piezas orales pierden mucho de su vigor y algo de claridad cuando son llevados a la forma escrita. Es completamente natural que sólo muy pocos sermones llegaran a ser escritos clásicos. No era de esperarse que las prédicas de Calvino fuesen indefinidamente populares en las iglesias y hogares reformados. Pero, por otra parte, resulta extraño que tan pronto cayeran en el más absoluto de los olvidos. Al cabo de poco tiempo estos sermones eran ignorados, no solamente por los reformados en general, sino también por las escuelas teológicas. En efecto, no hubo otra edición de las traducciones en inglés sino a mediados del siglo 19, cuando aparecieron dos colecciones pequeñas.

Estos sermones del gran reformador, que una vez gozaron de tanta demanda de parte de sus seguidores en todas partes, se desvalorizaron tanto que en 1805 cuarenta y cuatro preciosos volúmenes en folio, conteniendo manuscritos originales, taquigrafiados, fueron vendidos a dos librerías a un precio que se estimó por el peso del papel. Quizá ello haya ocurrido inadvertidamente, pero, de todos modos, indica que esos manuscritos eran raras

veces consultados y que se ignoraba su valor. Debido a este desafortunado error es que la mayoría de los sermones de Calvino sobre los profetas del Antiguo Testamento se hayan perdido, igual que muchos sobre los evangelios y las epístolas. Ocho de los cuarenta y cuatro volúmenes fueron recuperados 20 años después por unos estudiantes de teología que los encontraron en venta en una tienda de ropa usada; luego, a fines del siglo, reaparecieron otros cinco volúmenes que fueron reintegrados a la biblioteca. Los estudiosos de Calvino aun alientan una débil esperanza de que en alguna parte aparezcan los volúmenes restantes.

Ciertamente, las iglesias calvinistas han sido empobrecidas al no tener sus ministros y otros líderes un fácil acceso a la rica y prolífica expresión de las enseñanzas de su mentor, contenidas en los centenares de sus sermones, sin mencionar la inspiración que significa el encuentro que ellos ofrecen con su cálido corazón pastoral. Los estudiosos de Calvino se han ocupado extensamente de su vida y obra como reformador; de sus escritos sistemáticos y apologeticos; de sus comentarios, tratados, y cartas; de su pensamiento social, político y económico así como de su teología en general. Sorprendentemente prestaron poca atención a sus sermones, que por mucho constituyen la mayor expresión de sus pensamientos. La teología reformada y los estudiosos sobre Calvino, en general, han descuidado por extraño que parezca, una de sus fuentes más significativas.

Teniendo en cuenta esta prolongada negligencia es notable que los eruditos modernos hayan prestado creciente atención a estos sermones. Emile Doumergue, quizá el mayor de los modernos estudiosos de Calvino, ha contribuido mucho para reabrir esta perspectiva sobre el gran reformador. Su obra principal, de siete volúmenes, ofrece mucha información sobre Calvino como predicador.¹ Además ha escrito un pequeño tratado sobre este tema en particular.² A fines del siglo 19 aparecieron, en parte bajo su tutela, pero mayormente por su influencia, un número de monografías sobre la predicación de Calvino. La mayoría fueron escritas en francés.³ Además de una que apareció en alemán,⁴ también hubo una contribución por el profesor P. Biesterveld del Seminario Kampen, de los Países Bajos.⁵ De fecha más reciente tenemos otra obra alemana sobre el tema por Erwin Müllhaupt,⁶ y finalmente, en 1947 algo en inglés, un estudio muy completo y fácil de comprender por T.H.L. Parker, un ministro religioso inglés. Su obra se titula *Los Oráculos de Dios*.⁷ Además de estos específicos muchos escritores modernos, dedicados a la enseñanza de Calvino, se han volcado completamente a los sermones como fuente de material.⁸ Hay que agregar que durante los últimos diez años han aparecido en una nueva traducción al idioma holandés por lo menos seis volúmenes de sermones.

Por eso es particularmente gratificante ver que en el círculo de calvinistas americanos ahora también haya un renovado interés en este campo. En 1950 causó alegría la reimpresión⁹ de una colección miscelánea de sermones, la única que se había publicado anteriormente en los Estados Unidos de América. La misma se había traducido y publicado originalmente en 1830, y recientemente resultaba imposible conseguir una copia. Aún más alentador es que un ministro de la Iglesia Reformada en América, Leroy Nixon, produjera recientemente dos libros. El primero, un estudio fresco y estimulante sobre Calvino como predicador expositivo.¹⁰ Es un estudio tan incluyente como profundo. El segundo, una traducción totalmente nueva del latín y francés de veinte sermones de Calvino sobre el Nuevo Testamento, titulada *La Deidad de Cristo y otros Sermones*.[^] Su obra evidencia distinguida competencia, produciendo una anticipación agradable de su segundo juego de traducciones el cual presenta ahora a través de este volumen. Su publicación es muy bienvenida porque ofrece, por primera vez en siglos, al lector del inglés, algunas de las riquezas del pensamiento de Calvino, contenidas precisamente en su prodigiosa serie de sermones sobre el libro de Job.

El avivamiento que experimenta actualmente el interés en Calvino supera, al menos en un sentido, a muchos anteriores, y es que considera a sus sermones con un cuidado nunca antes visto desde 1600. Y sus sermones realmente son indispensables para un entendimiento cabal de Calvino. Emile Doumerge estuvo acertado cuando, el 2 de julio de 1909 en una gran

celebración conmemorativa de los 400 años del nacimiento de Calvino, y hablando del mismo pulpito que Calvino ocupara, dijo: "Este es el que a mi parecer, es el verdadero y auténtico Calvino, el que arroja luz sobre todos los demás: Calvino el predicador de Ginebra, moldeando con su palabra a los reformados del siglo 16."¹² Los calvinistas americanos harán un gran servicio a su causa siguiendo la sugerencia implícita en estas palabras. Tienen una deuda con el pastor Nixon que tan notable comienzo ha marcado.

MÉTODO HOMILETICO

Calvino fue un auténtico predicador extemporáneo. No usaba manuscritos ni notas. Únicamente llevaba las escrituras al pulpito. Su preparación consistía en leer los comentarios de otros (incluyendo a los Padres de la Iglesia y probablemente también a los escolásticos así como a sus compañeros de reforma). Realizaba una exégesis muy cuidadosa del texto aplicando sus notables habilidades como lingüista y su tremendo conocimiento de la Biblia. Finalmente reflexionaba sobre la manera de aplicar el texto a la congregación y la forma de comunicar dicha aplicación. Luego todos estos pensamientos eran clasificados y almacenados en su asombrosa memoria. No hay evidencias de que escribiera un bosquejo, además la construcción de sus sermones aparentemente indican que no lo hacía.

Se puede objetar justificadamente que tal preparación es inadecuada para la predicación. Ciertamente sería insuficiente para la gran mayoría de los predicadores cuyos dones son tanto menores que los de Calvino. Probablemente Calvino mismo no recomendaría su método como práctica normal de homilética. La principal razón para no prepararse con más precisión era la falta de tiempo. Algunos domingos predicaba dos veces además de predicar todos los días de semana. Todo esto lo hacía aparte de sus conferencias regulares sobre teología, su tarea pastoral, sus responsabilidades cívicas y su enorme correspondencia. La predicación sola habría agotado la capacidad de muchas personas menos dotada que Calvino. Pero Calvino hacía todo esto a pesar de un estado prácticamente continuo de escasa salud. Las dimensiones de su genio difícilmente podrían ser sobreestimadas, y sermones como los de este volumen adquieren mayor brillo cuando son vistos a la luz de la totalidad de su trabajo.

Sin embargo, más allá de esto, había algo en su método que Calvino recomendaría sinceramente, incluso a predicadores que suben al pulpito solo una o dos veces por semana, teniendo tiempo abundante para la preparación. Esta no debiera ser demasiado mecánica. La predicación no debería estar sujeta al recitado, palabra por palabra, de algo previamente compuesto. Nunca se debería leer el sermón, sino siempre proclamarlo como la viviente palabra de Dios. En cierta ocasión Calvino se quejaba en una carta a Lord Somerset de las pocas predicaciones con vida en la Inglaterra de aquellos días, y que, emulando a Cranmer, los predicadores escribían sus sermones palabra por palabra, con artificiosa retórica, para luego esclavizarse a su lectura. Calvino creía firmemente que en el acto de la predicación debe haber lugar para la inspiración continua del Espíritu Santo. No iba al extremo de Lutero para quien la palabra predicada era virtualmente idéntica con la palabra escrita; tampoco aceptaba el punto de vista zwingliano y anabaptista de que el sermón no era sino una señal dirigida hacia Cristo. Su posición era intermedia. Por un lado sostenía que la Biblia era singularmente inspirada, que en su forma escrita es objetivamente la palabra de Dios, y que el sermón solo tiene autoridad como explicación de la palabra escrita; por otra parte sostenía que el sermón únicamente cobra eficacia redentora cuando el Espíritu Santo opera tanto en el predicador como en los oyentes. De paso sea dicho, en este punto la doctrina de Calvino sobre la predicación concuerda totalmente con su doctrina sobre los sacramentos, lo mismo que también se daba con las doctrinas de Lutero y Zwinglio. Para Calvino tanto el sermón como el sacramento dependen de la palabra escrita y solamente son medios de gracia cuando van implementados por la presencia, llena de gracia, del Espíritu Santo. El método de Calvino no consistía solamente en hacer una adaptación según fuera la fuerza de las circunstancias; también era una expresión

de doctrina fundamental. El sermón debe ser pronunciado como la palabra viviente. Es preciso que el predicador siga siendo, en el momento de su proclamación, un instrumento flexible del Espíritu Santo. Es preciso reiterar que Calvino no permitiría que ninguno de estos hechos sirviera de excusa para una preparación superficial o descuidada. En cierta ocasión lo expresó de la siguiente manera: "Si voy a subir al pulpito sin dignarme a abrir un libro, pensando frívolamente para mis adentros 'está bien, al predicar Dios ya me dará suficientes cosas para decir,' y vengo aquí sin preocuparme por leer o pensar en lo que debo declarar, y sin considerar cuidadosamente cómo aplicar las sagradas escrituras la edificación de la gente, sería una persona realmente presuntuosa y arrogante." 13

Debido a este método de preparación carecemos de apuntes sobre los primeros sermones de Calvino. Algunos de sus oyentes hacían anotaciones personales, pero éstas son poco más que un resumen general de los principales pensamientos y prácticamente carecen de valor. Afortunadamente, en 1549, un grupo de refugiados franceses y caldenses, radicados en Ginebra, intensos seguidores de Calvino, reconocieron el valor permanente de sus sermones, de modo que contrataron a un secretario para que tomase notas taquigráficas de cada mensaje y luego hiciera cuidadosas copias destinadas a la preservación en volúmenes de folios. Este secretario fue Denir Raguenier quien cumplió con tan importante tarea como trabajo de tiempo completo hasta morir en 1560.

Calvino predicaba con frecuencia. Al principio los servicios religiosos en Ginebra se realizaban tres veces por semana, pero en 1549 el Concilio ordenó la introducción diaria de la predicación matutina. Calvino mismo generalmente predicaba una vez por domingo, y con frecuencia dos veces. Además, cada semana por medio, predicaba el sermón diario en la Iglesia San Pedro. La serie dominical siempre era distinta a la de los días de semana. La predicación dominical casi siempre se basaba en el Nuevo Testamento, siendo la única excepción notable algún sermón vespertino basado en los Salmos. Los sermones de los días de semana eran todos del Antiguo Testamento.

Los textos no los escogía ni al azar, ni siguiendo el año eclesiástico. Su método común era predicar consecutivamente a través de libros completos de la Biblia, con frecuencia no cambiaba ni siquiera en los días especiales de la iglesia. La longitud de los textos variaba algo, de acuerdo al contenido. Los de los libros históricos del Antiguo Testamento y de las narraciones evangélicas generalmente cubrían entre 10 y 20 versículos. Los de las epístolas del Nuevo Testamento y otros pasajes didácticos normalmente cubrían dos o tres versículos. Los textos para los sermones sobre Job son de 1 a 20, pero la mayoría de 4 a 7 versículos.

Los libros cubiertos totalmente por su predicación son: Génesis, Deuteronomio, Job, Jueces, I y II Samuel, todos los profetas mayores y menores, Los Evangélicos, Hechos, I y II Corintios, Calatas, Efesios, I y II Tesalonicenses, I y II Timoteo, Tito y Hebreos. Para citar algunos totales representativos digamos que hay 200 sermones sobre Deuteronomio, 159 sobre Job, 343 sobre Isaías, 43 sobre Amos, 189 sobre Hechos y 48 sobre Tito. Una de las omisiones más asombrosas es el libro de Apocalipsis. Aparentemente nunca se ocupó de este libro, ni por medio de sermones, ni conferencias ni comentarios. En cuanto a los otros libros no mencionados en esta lista, es difícil saber algo con certeza debido a que la información anterior a 1549 es muy incompleta. Corno los de Lutero, los sermones de Calvino eran de longitud moderada. Pronunciados a una velocidad promedio no superarían los cuarenta minutos. De hecho, la grave aflicción asmática de Calvino le habrá requerido algo más. En cuanto a la duración como al estilo, Calvino tenía una fina sensibilidad por la capacidad de sus oyentes. Nunca sobrecargaba su comprensión, ni por una indebida complejidad, ni por una inadecuada longitud. Evidentemente la mayoría no lo emuló muy bien en este sentido, puesto que en 1572, ocho años después de muerto, el Concilio de Ginebra promulgó un edicto por el cual los ministros religiosos debían predicar sermones más breves, que no excedieran una hora de duración. También es de notar que la longitud de los sermones sea tan consistentemente igual. Por ejemplo, en la serie sobre Job, el lector puede observar por sí mismo, que las longitudes de

las copias impresas apenas varían un poco.

ESTRUCTURA DEL SERMÓN

En su predicación, como en muchos otros aspectos, la Reforma significó un retorno a la doctrina y a las prácticas de la iglesia primitiva. Guiados por Lutero, los reformadores volvieron a la homilía como forma normal del sermón. Comparada con la predicación escolástica, la homilía era más expositiva que temática, más un discurso libre que una alocución sujeta a estructuras, más analítica que sintética; expresada en términos de afirmaciones directas más que en sutilezas de la lógica; era más directa, a modo de conversación, que retóricamente precisa.

Calvino no es una excepción. Sus sermones son simples homilías y en ese sentido son de una trama totalmente distinta a sus escritos sistemáticos. Al predicar sobre pasajes consecutivos trataría el texto sección por sección, versículo por versículo, y algunas veces frase por frase, explicando o comentando a medida que avanzaba. Difícilmente se apartaría del orden impuesto por el texto mismo. Por otra parte, no se esclavizaría a explicar cada cosa del texto, como si su mera presencia allí o su longitud le dieran el peso necesario para ser parte del sermón. Tampoco limitaría necesariamente su interpretación a los diversos elementos del texto, ni a su significado dentro del mismo, ni a su significado dentro del contexto inmediato. Aunque siempre predicaba basado en el texto y ciertamente reconocía la importancia del respectivo capítulo y libro, su mayor principio para la interpretación bíblica era que las escrituras siempre tenían que ser interpretadas por las escrituras mismas, por eso, al fin de cuentas, su contexto era toda la Biblia. Sin embargo, para Calvino el resultado de esto no era lo que frecuentemente ha sido para otros que tenían el mismo propósito. Es de suma importancia notarlo. Para Calvino el desarrollo de un texto nunca estaba sujeto a su significado abstracto en términos de teología. Su sermón nunca estaba controlado por un bosquejo o esquema provenientes de su dogmática. Para Calvino el cuerpo en sí del sermón, su esqueleto y su carne, se componían de dos cosas: el texto mismo, visto a la luz de ambos contextos, el inmediato y el último, y las necesidades espirituales de la congregación. La predicación en Ginebra era el producto directo de un pastor dedicado a un libro abierto y a una congregación necesitada. Siempre eran sermones de una total relevancia para la vida.

Es fácil de ilustrar que para el pulpito de Calvino la importancia dogmática del texto no era decisiva. De ello el lector encontrará muchas evidencias en este volumen de sermones. Por ejemplo, el texto en Job 9:1-6 "¿Cómo se justificará el hombre con Dios?", etc., fácilmente podía haber inducido a un predicador a desarrollar extensamente las doctrinas de la justificación y de los méritos de Cristo. No así Calvino (vea el Sermón N°4, p.57), quien apenas las menciona en unas pocas palabras finales. El resto del sermón Calvino lo dedica a estar junto a Job sobre su montón de basura procurando que sus oyentes se acerquen a tan angustiada experiencia. Las palabras clásicas del Job "Yo sé que mi Redentor vive" no lo llevan a desarrollar extensamente el tema de la resurrección de Cristo, con todas sus implicaciones. Afirma, en cambio, que Job no anticipaba tal resurrección, y si bien nosotros ciertamente tenemos que ver el texto a la luz de nuestro conocimiento, aquí debemos ocuparnos principalmente de la convicción de Job de que los juicios últimos de Dios trascienden a los de los hombres. Calvino advierte que estas palabras "tomadas fuera de su contexto, no serían muy edificantes, y no sabríamos lo que Job quiso decir" (Sermón N°8, p.109). Muchos lectores se sorprenderán al leer estos sermones, tanto por lo que Calvino dice como por lo que omite. En su mayor parte es un tratado práctico referido a asuntos tales como las relaciones familiares, las actitudes tanto de gozo como de compasión ante el castigo de los malvados, una advertencia contra la hipocresía. De igual modo, al tratar los versículos que siguen a "en mi carne he de ver a Dios" etc. (Job 19:26-29, Sermón N° 9, p. 111), Calvino no se ocupa de los dogmas escatológicos y de la resurrección del cuerpo como doctrinas separadas, sino que en

forma impresionantes, expone lo que esto significa para Job y para el creyente que atraviesa la experiencia de Job. En este sentido lo más asombroso es que Calvino hace una división entre los versículos 25 y 26 del capítulo 19 separándolos en dos textos mayores y usándolos para dos sermones diferentes. Cualquier predicador interesado en la dogmática escatológica los habría mantenido unidos.

También hemos observado que Calvino no necesariamente deje que las proporciones de los respectivos elementos del texto, ni aún su significado primordial dentro del mismo, sean decisivos para el sermón. El lector hallará numerosos casos en este volumen. Por ejemplo, el Sermón N°15, p.181, se ocupa extensamente de dos cosas referentes a Elihú: una, que Elihú era buzita; otra, que tenía la capacidad de indignarse. Ninguno de ambos temas realmente representa el sentido principal del texto. Sin embargo, Calvino, el pastor, tenía aplicaciones aquí para su gente, y éstas de ninguna manera eran ajenas al texto. Era 1554. El escándalo de Servetus era historia reciente. La doctrina calvinista de la predestinación era fieramente atacada desde numerosos frentes. La lucha con los libertinos había alcanzado su clímax. El predicador veía aquí una oportunidad de subrayar dos puntos; Elihú, igual de Job, estaban fuera de la línea del pacto. Probablemente desconocían la ley de Moisés. Sin embargo, tenían un auténtico conocimiento de Dios y manifestaban verdadera piedad. Dice Calvino que la devoción a Dios de hombres como Job y Elihú dejan sin excusa al malvado e impenitente, vindicando a Dios ante la acusación de ser injusto al condenar a los impíos, aún cuando éstos no hubiesen recibido toda la luz del evangelio. Esto responde a una de las críticas referidas a la predestinación. Habiendo mencionado, de paso, la acusación de Elihú de que Job se justificaba a sí mismo, en vez de ser justificado por Dios, Calvino prosigue a su segundo punto principal, totalmente desligado del primero, es decir, la justa indignación de Elihú. Esta ofrece una oportunidad bienvenida para señalar la diferencia entre el enojo egoísta y una santa indignación, y que ésta está totalmente en su lugar, que incluso es necesaria para el creyente respecto de los enemigos de Dios, tales como los papistas y los libertinos. A éstos no los llama así, en cambio los tilda de "perros y cerdos" de "burladores de Dios" y "villanos profanos." Otro ejemplo de consideraciones prácticas, pastorales, con desviación del sentido normal del texto, se encuentra en el Sermón N° 17, p. 204. Calvino usa este texto para defender a su propio ministerio y el de sus asociados contra los despiadados ataques que a la sazón provenían de los libertinos de Ginebra. El texto admitirá tal interpretación, pero también enseña otras cosas más amplias, algunas de ellas más prominentes que la función y autoridad del ministro de la palabra de Dios. Sin embargo, el aspecto práctico de la situación requería esta alternativa.

Que el lector sea sensible al pulso pastoral que tan inconfundiblemente palpita en estos sermones. Nunca son meros discursos teológicos o tratados exegéticos. Son, en cambio, la viva palabra de Dios, siempre en una dinámica tensión entre el libro de Dios y el pueblo de Dios.

Como auténticas homilías los sermones de Calvino prácticamente no tienen estructura excepto la del texto mismo. No hay una organización a modo de prolijo bosquejo o esquema. Las diversas partes del sermón no están en relación orgánica una con otra, ni tampoco con una idea temática. En un mismo sermón puede haber desde una a cuatro o cinco ideas distintas sin una unidad discernible de pensamiento, excepto que sea extremadamente general. Es evidente que Calvino nunca incluyó la redacción de un bosquejo como paso específico en la preparación para el pulpito. El sermón no se conforma a ningún orden de pensamiento predeterminado, excepto en la medida en que surge del orden de las palabras del texto. Calvino no usa tema ni tópico. En tal sentido es de notar que los títulos de los sermones de este volumen fueron provistos por el traductor. La mayoría consiste de una frase o dos tomadas del texto, aptas para ese fin. Pero normalmente es obvio que Nixon no pudo proveer un solo título que realmente cubriese la totalidad de los diversos elementos del sermón.

El único tipo de síntesis que uno encuentra en estas homilías es un resumen ocasional de lo que va a decir o de lo que ha dicho. Tales resúmenes, cuando existen, están frecuentemente

en la introducción o en la conclusión. Además, en el llamado o la oración, al final del sermón Calvino solía mencionar ciertos pensamientos primordiales sobre los que había predicado, de modo que la gente los recordase el "inclinarse en humilde reverencia." Este llamado a la oración normalmente se componía de 100 a 150 palabras. Se lo encuentra en las traducciones al inglés del Siglo XVI, pero es omitido por Nixon. Hay ejemplos en la colección de sermones de Calvino llamada "Los Misterios de la Piedad" antes mencionada.

Para Calvino la introducción nunca está calculada a cumplir los propósitos que le asigna la retórica normal, es decir, a conquistar la atención o despertar la receptividad del oyente respecto del pensamiento principal. Para Calvino es simplemente el comienzo del sermón, nada más. Watier dice que para Calvino la introducción no es tanto un pórtico como un umbral, y aunque normalmente es breve, en algunos casos abarca un tercio del sermón. Ello demuestra en qué pequeña medida cumple una función cuidadosamente prescrita.

Todo esto, por supuesto, no significa que los sermones de Calvino carezcan de un desarrollo ordenado y de una lógica coherencia. Calvino no podía menos que ser sistemático en su pensamiento y presentación. Dejaría de ser él mismo si no razonara intensamente y argumentara sistemáticamente. A su propio modo los sermones no son menos lógicos que las *Instituciones*. En cada esfera particular de pensamiento Calvino procede adecuadamente de lo conocido a lo desconocido, y de lo menor a lo mayor. La base inductiva de sus juicios exegéticos quizá no se revele totalmente, pero hay evidencias suficientes de ella para asegurar que es adecuada. Sus deducciones siempre son inexorablemente lógicas y, juntamente con su perspicacia pastoral, éstas explican la extraordinaria fuerza de la aplicación de sus sermones.

Es digno de notar que un maestro del aprendizaje como indudablemente lo fue Calvino haya predicado deliberadamente sin la excelencia retórica que pudo haber exhibido fácilmente. Sus escritos dogmáticos demuestran cuan resumida y sistemáticamente podía manejar cualquier tema, y cuan agudamente analítico podía ser su tratamiento de un concepto o tema. Su correspondencia lo revela como un maestro de la agudeza y del ingenio cuando la ocasión lo requería. En sus presentaciones públicas, ajenas a su pulpito, Calvino mostraba una vasta erudición y un estilo brillante, propios de la oratoria, pero ajenos a la homilía. Los predicadores de las iglesias primitivas probablemente fueron en la mayoría de los casos, hombres de tan escasos dones y estudios que eran incapaces de usar otra cosa que no fuese la homilía. Pero Calvino poseía la totalidad del vasto equipamiento de su impecable educación clásica, y conocía la artística trama del sermón escolástico. No era por carencia sino con un propósito deliberado que usaba la homilía en su pulpito. Solamente existe una explicación y ésta está en su doctrina de la predicación. Calvino estaba profundamente convencido de que la tarea de predicar no es sino la de presentar fielmente la palabra de Dios, aclararla inequívocamente y todos los oyentes, hacer oír su llamado a la conversión, exponer sus amonestaciones y arrojar su luz sobre el sendero de la vida. En el pulpito Calvino quería ser el humilde siervo de la palabra y la simple homilía era la que mejor se prestaba a ese propósito.

El uso eficaz de la homilía requiere una extraordinaria maestría en las escrituras, puesto que el sermón no descansa para su efecto en artificios lógicos o retóricos. Bien sabido es que Calvino poseía tal maestría de las escrituras, y que predicó a través de la mayor parte de la Biblia. Sin embargo, es de notar, que no era el único en hacerlo. Bullinger, por ejemplo, prácticamente predicó a través de toda la Biblia en los primeros diez años de su ministerio, predicando a razón de un mensaje por día. Los ministros de las primeras iglesias de la Reforma asumían como asunto prioritario el estudio y manejo de las escrituras. El mismo método de predicación que usaban se lo requería. La Biblia era su principal fuente y la homilía su método. El dogma y credo modelaba su pensamiento pero realmente no otorgaba cuerpo a sus sermones. Sin embargo, en siglos posteriores el énfasis cambió. En el Siglo 17 la dogmática y el credo reemplazarían a la Biblia como principal fuente de predicación, y aunque las escrituras no eran ignoradas, la retórica volvió a controlar la estructura del sermón. Los movimientos de reforma y avivamiento que surgieron de tanto en tanto en diferentes países siempre volvían a

una predicación de mayor orientación bíblica, aunque nunca restauraron completamente la homilía como tal. En lo que se refiere al Protestantismo moderno sus principales fuentes homiléticas no son ni las escrituras ni el credo, sino una multitud de cosas que van desde los poetas clásicos hasta la colección de anécdotas, desde el diario cotidiano hasta el último estudio sobre el complejo de inferioridad, desde los tratados internacionales hasta los planes tendientes a mejorar las relaciones interraciales. Aunque ésta es una característica particular del ala liberal del Protestantismo, el ala conservador tiene una propia versión de ello y aún está lejos de lo que fue la predicación de la Reforma.

No cabe duda que se puede mejorar la homilía. Existen buenas razones para un mayor uso de la síntesis y para aplicar mejor los principios de retórica. Pero también debemos admitir que en nuestros días hay pocos predicadores que podrían usar tan eficazmente el estilo de Calvino con la homilía, aún cuando trataran de hacerlo. La estructura sintética y el artificio son con frecuencia más una muleta que una herramienta, más un sustituto de la maestría en las escrituras que un siervo útil de ellas.

En cuanto a la estructura del sermón se debería hacer una observación más respecto a los sermones de Calvino. Todos ellos son de una misma pieza. No se clasifican en diversos tipos. No se puede decir que algunos sean primordialmente discursos exegéticos y otros ensayos dogmáticos. La congregación de Calvino no conocía la diferencia entre sermón expositivo y sermón doctrinal. No había tales categorías como "mensaje práctico" o "mensaje evangelístico." Calvino no predicaba lo que a veces se llama sermón "matutino" y sermón "nocturno" (vespertino). Sus sermones de entre semana no se pueden diferenciar de los dominicales, excepto en que aquéllos eran del Antiguo Testamento y éstos del Nuevo Testamento. Ginebra nunca conoció algo así como "predicación catequista." El sermón nunca estuvo deliberadamente centrado en el credo, aunque esto no significa un descuido de la doctrina. Cada versículo era colocado en el contexto de toda la Biblia. Tan poderoso era el principio de *analogía fidei* y tan completa la maestría de las escrituras que Calvino y sus compañeros de Reforma no podían sino predicar doctrina al exponer el significado completo de las escrituras. Además en los sermones de Calvino no hay dos secciones, una "expositiva" y otra de "aplicación." La exposición es la trama misma de la aplicación, y la aplicación es el verdadero ropaje de la exposición. Tal vez las distinciones arbitrarias con que frecuentemente se clasifican los sermones en diferentes tipos, y las diversas partes del sermón reflejen más la incapacidad de los predicadores en el manejo de la palabra de Dios en el discurso expositivo de modo que cada sermón sea tanto doctrinario como práctico, bíblicamente adecuado tanto para creyentes como para inconversos y simultáneamente expositivos y aplicátenos. Calvino no ofrece ningún alivio a aquellos que ven disparidad y tensión entre estas facetas de la predicación. Calvino es el ejemplo de la predicación en la cual cada elemento de relevancia moral y espiritual está notablemente armonizado, cada elemento es sostenidamente consistente. Sus hijos pueden aprender mucho de él.

Como ya se indicó, el estilo de los sermones de Calvino es simple y lúcido. Son sermones deliciosamente sencillos. Su propósito es que sean entendidos. El predicador de Ginebra habla a cada persona, leyendo sus sermones se lo puede visualizar fácilmente hablando con la flexibilidad de su alocución extemporánea, observando cuidadosamente el rostro de sus oyentes, sin abandonar un solo punto hasta estar seguro de que haya quedado razonablemente claro para ellos. Los sermones escritos indican que frecuentemente desarrollaba un punto, para luego volver y reelaborarlo en una forma nueva, impulsado evidentemente por el delicado rapport que mantenía con su congregación. No había manuscrito que, cuidadosamente redactado y prolijamente pulido, lo alegrara de estas sensibles reacciones.

Como traductor, Nixon sugirió en su prefacio a *LA DEIDAD DE CRISTO* que los sermones de Calvino debieran ser leídos en voz alta para obtener todo su efecto. Su propósito nunca fue otro que el de servir a la comunicación oral. Ellos hablan mejor de corazón a corazón cuanto

fluyen de la voz al oído. La mayoría de los lectores aprobarán decididamente el método de traducción que preserva fielmente el estilo oral sin concesiones a la forma impresa. La autenticidad y exactitud de la transcripción de muchas maneras. Un sermón es más claro y elocuente que otro. Las palabras del sermón de un día pueden ser más concisas y vividas que las del día anterior o que las del día siguiente. Además, repasando la totalidad de los 159 sermones sobre Job uno a veces siente que por épocas, a lo largo de varios días, Calvino no estaba en las mejores condiciones. No es difícil imaginar las razones. A pesar de su extraordinario genio, Calvino debe haber sufrido los ciclos misteriosos de lucidez y pesadez mental que afligen a todos los hombres. Además, sin lugar a dudas, había días cuando el vigor de espíritu y la agudeza mental disminuían debido al cansancio provocado por su enorme carga de trabajo, o la fatiga causada por sus numerosas enfermedades. Estas cosas son menos evidentes en los sermones de este volumen, porque, naturalmente, han sido escogidos de entre los mejores. Siguiendo a Calvino, día tras día, a lo largo de 159 jornadas, se encuentran muchas más evidencias de esto. Pero, sin dudas, el lector atento notará, aun en esta selección de sermones, pasajes repetitivos o confusos, oraciones vagas o complejas y lugares donde el predicador parece tener dificultad en hallar las palabras correctas. Entonces resulta alentadora la sensación de encontrarse íntima y personalmente con el hombre Calvino, en una manera que no es posible encontrarlo en las tan revisadas *Instituciones* o los comentarios cuidadosamente elaborados.

La cualidad sobresaliente de Calvino es su claridad y simplicidad además de su forma directa y sincera. Esta cualidad es tanto más notable cuando es comparada con la modalidad de sus días. Desde un punto de vista literario los otros reformadores y la mayoría de los escritores y conferencistas de aquel tiempo pertenecían a un período medieval con su acento en la ornamentación y su oscurantismo. Como dice Parker, Calvino es "esencialmente un miembro tanto como un creador del mundo moderno. Si, por ejemplo, se lo compara como predicador con Lutero o Latimer, pareciera haber un siglo entre aquel y éstos. En sus hábitos mentales era moderno, algo que se evidencia en su predicación." La diferencia entre el estilo de Calvino y el de muchos contemporáneos queda claramente ilustrado cuando comparamos el francés de Calvino se lee fluida y claramente, en contraste con la tortuosa redacción de dichas traducciones. Un niño escolar podría quedar más confundido con el inglés de Arthur Golding que con el francés de Calvino."¹⁴ Es un tributo al traductor Nixon notar que en sus traducciones haya reproducido tan fielmente la calidad del francés de Calvino. Ahora el lector del inglés puede apreciar plenamente el comentario de Parker en cuanto al carácter moderno de Calvino. (Para ilustrar una diferencia entre las traducciones de Golding y las de Nixon, es de notar que en un recuento de varias secciones breves, la cantidad de palabras usadas por Nixon es entre 8 y 10% menor). Leyendo los sermones de este volumen uno olvida con facilidad que originalmente fueron pronunciados hace cuatrocientos años. En su mentalidad y presentación son asombrosamente actualizados. Un Sermón, como por ejemplo, el que se titula "La Inspiración de Todopoderoso" (Sermón N° 16, p. 193) que se ocupa extensamente del lugar y rol de los jóvenes en la iglesia podría ser leído provechosamente en forma casi textual a una de nuestras congregaciones actuales.

Calvino evita el uso de términos académicos y técnicos en su predicación. Y cuando es necesario usarlos, los explica cuidadosamente. También evita, en una medida sorprendente el uso de palabras abstractas. Algunos, que solamente lo conocen por sus escritos sistemáticos, esperarían que su estilo de predicación fuese pesado y descolorido. Pero, por el contrario, aunque no es frecuente que se eleve como con alas, su predicación transcurre con toda fluidez. Hay un uso deliberado de términos pintorescos y gráficos. Muchas oraciones son destellantes por el uso de palabras concretas y vividas. Calvino usa ilustraciones fascinantes tomadas de la vida del hombre de la calle. Usa el símil y la metáfora para expresarse eficazmente, pero sin abundar en ello al extremo de ser palabrero. Respondiendo a muchos de sus sermones hay cuadros orales que revelan un arte impregnado de pasión y belleza. Pocos predicadores lo

superan pintando el esplendor y la majestad de la creación de Dios. Además de muchos ejemplos de esto en los sermones sobre los Salmos, encontramos ejemplos sobresalientes en los sermones basados en aquellos pasajes de Job en que el Señor habla desde el torbellino (Job 37-39). Si alguna vez este volumen de traducciones llegara a ser ampliado, los lectores indudablemente apreciarán la inclusión de dichos sermones. Todo aquel que considera a Calvino una persona fría e intelectual, y a su estilo abstracto y prosaico, ciertamente no ha conocido el calor y el color de su predicación.

Doumergue quería corregir este concepto equivocado al hablar en Ginebra, en la celebración de los cuatrocientos años del nacimiento de Calvino. Allí destacó la forma en que Calvino usa proverbios comunes, a veces varios en un mismo sermón, citando algunos ejemplos: "Las enfermedades vienen a caballo, pero se van de a pie." Los avaros son los que "se toman el mar y también los peces." Calvino cita a Moisés subiendo al Monte Sinaí, diciendo: "Está bien que vaya y me quiebre escalando esas alturas." En vez de decir: "está mal" diría "es algo que a uno le hace parar los pelos de punta." En lugar de: "lo culpo...", dice, "le escupo en la cara." En vez de "perversa naturaleza humana," "si no fuera por algunas restricciones se sacarían los ojos unos a otros." Calvino, concluye Doumergue, usa el lenguaje vernáculo cargado de los olores, sabores e imágenes de la vida cotidiana en la ciudad y el campo, y observaba los detalles más ínfimos de la vida de su gente.¹⁵

Este volumen ofrece muchos ejemplos del vivaz estilo de Calvino. En cada sermón hay pasajes concretos de una vivacidad impactante. Una y otra vez el lector verá que el predicador de Ginebra sabía expresarse en términos de la vida común. Se pueden mencionar algunos ejemplos: "Cuando el diablo enciende el fuego también se encarga de hacerle viento." Los que viven piadosamente con frecuencia "se arrastran con alas caídas." Dios es como un médico que descubre que "el mejor remedio es dejar que sangre," o bien, Dios nos da "tantos azotes como sean necesarios para que nos acordemos de él." Estamos tan "atónitos con esta doctrina como lo estaríamos si alguien nos diera con un martillo en la cabeza." En cuanto a los malvados, sus pecados "son tantos que parecieran estar adobados en ellos." Los que adoran piedras y árboles son "como un hombre que sale al mediodía para caminar sobre el borde del precipicio" creyendo que tienen la ley escrita en sus corazones. Los papistas se "embrigan con estas doctrinas diabólicas." Debatiendo contra Dios "muchos se salen de sus quicios."

Referencias como éstas pueden ser multiplicadas fácilmente. Quizá nos parezcan un tanto rudas estas figuras de lenguaje, pero eran muy comunes en los días de Calvino. Por supuesto, nuestros días requieren su propio modo de expresión. Pero toda predicación necesita la simpleza y el vigor del estilo de Calvino. Es de notar aquí que el lenguaje de Calvino es muy similar al de la Biblia misma. Corremos el peligro de que nuestra moderna sofisticación y nuestro lenguaje pulido neutralicen la eficacia de la palabra que predicamos quitándole su vigor, aplastando su filo y reduciendo su severidad. Calvino no escogía su lenguaje para adornar, sino para enseñar. Su estilo nunca fue meramente ornamental o coloquial, sino asignado para nada más ni nada menos que la comunicación de la palabra de Dios. En su simpleza, claridad y fuerza su lenguaje era singularmente adecuado para tan exigente propósito.

ACENTOS TEOLÓGICOS

De todos los grandes teólogos de la Iglesia Cristiana no hay nadie tan consistente consigo mismo como Calvino. La estructura básica de su teología no sufrió cambios desde que tenía 25 años cuando escribió la primera edición de las *Instituciones*, hasta su última revisión, efectuada a los 50 años. La misma consistencia se encuentra en su dogmática, en sus cartas y tratados y en sus comentarios y sermones. Sin embargo, al mismo tiempo es digno de notar ciertos acentos teológicos en sus sermones, característicos de su método de predicación, y reveladores en cuanto a su técnica pastoral.

Una de las facetas más notables de la predicación de Calvino es su absoluta teocentricidad. Aunque cualquier persona familiarizada con su pensamiento general esperaría encontrar esta característica, el verdadero efecto de ella en sus sermones es por demás instructivo. Dios no solamente es la autoridad y el motivo del predicador, la fuente y el objeto de cada predicación, así como el mismo centro de referencia de cada sermón, sino que en forma muy manifiesta es todo ello en su plenitud triuna. Hay muchos ejemplos en los que Calvino predica día tras día, durante un tiempo prolongado, sin mencionar una sola vez en forma separada a alguna de las personas de la Deidad. Consistentemente designa a la Deidad con el término incluyente de "Dios." Es muy significativo que la mayoría de los sermones del Antiguo Testamento no hacen ninguna mención específica de Cristo. Esto marca un agudo contraste con los sermones de Lutero, cuyo propósito deliberado era ofrecer una exposición Cristo-céntrica de cada pasaje de las escrituras. Mientras para Lutero el propósito del predicador era señalar a Cristo, para Calvino dicho propósito era logrado exponiendo más globalmente al triunfo Redentor, a Dios. Calvino rara vez menciona en forma separada a alguna de las personas de la Trinidad sin ponerla en relación dinámica con la Deidad. Considerarlas independientemente era para él correr el riesgo de la idolatría. Por eso vacilaba en usar el término "persona" prefiriendo "sustancia" (*hypostasis*).

Hay muchas evidencias de esto en la serie sobre Job. De los 20 sermones escogidos para este volumen apenas la mitad contiene una designación individual de la segunda persona de la Trinidad. Una revisión de la serie completa de los 159 sermones indica que mucho menos de la mitad contiene una mención separada de cualquiera de las tres personas de la Trinidad. Cuando se especifican las personas individuales se encuentran o bien inmediatamente o bien no muy distantes del marco trinitario. Al final del Sermón N° 7, p. 98, hay un ejemplo del toque trinitario de Calvino donde el Padre, Hijo y Espíritu Santo son introducidos uno junto al otro con exposición de la obra redentora de cada uno. Existe un ejemplo similar al final del Sermón N°II, p. 144 donde leemos: "Siendo recibidos por Dios por medio de su pura bondad, él nos purifica y limpia mediante su Espíritu Santo de todas nuestras manchas y nos lava en la sangre de nuestro Señor Jesucristo." Por otra parte, ilustrando esta misma faceta de la predicación de Calvino, hay al final del Sermón N°8, p. 110, una invitación a cada oyente a venir al "Juez celestial... para pedir perdón por sus pecados," sin mencionar ni el amor del Padre, ni la expiación del Hijo, ni la purificación del Espíritu Santo. En este caso todo está implícito en la "gracia y misericordia" de Dios. La presentación del evangelio de Calvino es inequívocamente teocéntrica.

El propósito del gran reformador no sólo es la oposición al sistema eclesio-céntrico de Roma y la filosofía homo-céntrica de los libertinos, sino que combatir también las tendencias de las sectas de enfocar o bien la segunda o bien la tercera persona de la Trinidad. En sus sermones los pasajes polémicos siempre están explícitamente arraigados en la doctrina de Dios. Toda herejía es una herejía respecto del primer artículo del Credo. Calvino parece estar convencido de que centrarse en el Espíritu es dar el primer paso hacia un subjetivismo fatal, y que centrarse en Cristo puede ser la primera pulgada hacia el humanismo. Dios mismo, en toda su gloriosa plenitud, es tanto raíz y flor del cada tallo sermónico.

La diferencia entre esto y la predicación contemporánea es inconfundible. La mayoría de los predicadores actuales tienden a referirse a los miembros individuales de la Trinidad como si estuvieran totalmente desligados. Esto lo revelan no sólo los sermones, sino también las oraciones pastorales. El pulpito se ha deslizado hacia un triteísmo terminológico al extremo quizá de rayar en la herejía monofisita. Tanto el liberalismo como el evangelicalismo han incurrido en esta falta, aunque los últimos probablemente en forma menos auto-conscientes. La lectura regular de los sermones de Calvino sería un saludable correctivo para muchos predicadores ortodoxos que inconscientemente han tropezado y caído en este error.

Este completo teocentrismo implica ciertos acentos característicos en el esfuerzo de Calvino de atender las necesidades espirituales del pueblo de Dios. Uno de ellos es el énfasis

en la providencia. La doctrina de la providencia de Dios que lo abarca todo, es un tema medular en el alimento de los corazones hambrientos. Es un bálsamo para cada herida. Se siente que esta doctrina es básica a cada sermón, y de una u otra forma se evidencia en la mayoría de ellos. Comprensiblemente la providencia tiene prominencia en los sermones sobre Job. Job tiene que aprender a descansar en la bondad última del propósito divino, el cual es ejecutado mediante un plan extraño y enojoso. Es interesante notar cuan estrechamente ligadas están en el pensamiento de Calvino la doctrina de la providencia y de la preservación. Son diferentes pero frecuentemente componen un mismo bálsamo para el espíritu atormentado. La seguridad de la salvación está profundamente arraigada en el consejo de Dios, y Dios opera mediante un proceso unificado, tanto providencial como soteriológico, tanto natural como espiritual. En este sentido el lector hallará particularmente interesantes los Sermones N° 2, p. 37, y N° 19, p. 226, aunque en todos será confrontado con la enseñanza de la providencia divina. Calvino presenta las formas en que Dios trata con los hombres en su unidad. No es nada menos que un magnífico predicador de la providencia que emerge tanto de la creación como de la redención, tal como las encierra el Dios triunfo.

Un acento similar es el que Calvino pone en la incomprensibilidad y la inescrutabilidad divinas. La dimensión última de la soberanía de Dios no está para Calvino en la voluntad revelada de Dios, sino en la no revelada, y apenas hay un sermón que no toque esta perspectiva. Una de las facetas más distintivas de la teología pastoral de Calvino es su énfasis en el Dios oculto y en el misterio último de su forma de tratar a sus hijos. El mejor consuelo que puede ofrecer a los espíritus atribulados es referirse a los propósitos no revelados de un Dios de soberana gracia. Quien escribe estas líneas es de la opinión que el actuar incomprensible de Dios y la imposibilidad del hombre de escudriñar sus obras constituyen el pensamiento central de la predicación de Calvino sobre Job. De las diferentes doctrinas que se enseñan, ésta surge como la más prominente. Para Calvino este es el gran mensaje de Job, mensaje que recorre la totalidad de los 159 sermones. Fácilmente se pueden citar ejemplos pertenecientes a este volumen. "Tenemos que continuar la afirmación que comenzamos ayer: esto es, que las escrituras no muestran muchas veces que van más allá de nuestro entendimiento" (página 67) "Este es, entonces, el procedimiento que hemos de seguir siempre que nos encontremos con los incomprensibles juicios de Dios: es decir, saber que nuestra mente no es capaz de elevarse tanto, y que estas son profundidades demasiado inalcanzables para nosotros" (página 155). Comparando los argumentos de Bidad y Job en el Sermón N°4 , p. 57, Calvino nos ofrece lo que realmente es una declaración clave para su interpretación de todo el libro: "entonces, notemos bien, que estas son dos maneras diferentes de hablar. Una dice, 'Dios es justo, porque castiga a los hombres de acuerdo a lo que se merecen.' La otra dice: 'Dios es justo, porque cualquiera sea su forma de tratar a los hombres, debemos callarnos la boca y no murmurar contra él, porque nada obtenemos con ello'¹ (página 58). "Debemos reconocer que la majestad de Dios es incomprensible" (página 59).

Desarrollando esta doctrina Calvino asume cuidadosamente una posición que trasciende tanto el racionalismo como el irracionalismo. La auténtica fe no es ni una cosa ni otra. Dios "no es como las criaturas que deben obedecer de tal modo las reglas comunes que puedan ser juzgadas y medidas por la ley que él nos ha dado; digo, que nos ha dado, porque las ha diseñado como medida para nosotros y no para sujetarse él mismo a ella. Así también los hombres tienen que entender que él es totalmente distinto de lo que ellos se lo han imaginado, porque no han podido mirar la gloria infinita que hay en él" (página 72). Por otra parte, Calvino afirma: "Se dice especialmente que Job nada atribuía sin razón a Dios, es decir, que no creía que Dios hiciera algo que no fuese justo y equitativo... Si somos afligidos no debemos pensar que ellos ocurre sin razón alguna" (página 45). Dios tiene sus razones, pero en el análisis final, éstas son estrictamente suyas. El lector verá que Calvino aplica este principio vigorosamente al racionalismo esencial de los papistas con sus rituales de justificación por obras para la salvación, y a los libertinos con su atrevida y presuntuosa autonomía frente a Dios. Ambas

actitudes son transgresiones contra la incomprensible soberanía de Dios mediante la cual trata a los hombres según su insondable buena voluntad. Menos obvia, pero siempre presente, es una actitud apologética respecto de todo irracionalismo. El consejo espiritual de Calvino desalienta la ciega desesperación. Para él considerar la vida como carente de sentido es violar la insondable sabiduría y bondad de Dios, tan grave como la de considerar su sentido totalmente conocible. No sabemos si detectó vestigios de irracionalismo en el pensamiento de Lutero. Pero, ciertamente el irracionalismo de la futilidad y desesperación, tan comunes en nuestros días no encuentran en Calvino el apoyo que pretende encontrar en Lutero. La plenitud y el poder de la teología de Calvino se demuestran en su manejo del mensaje central del libro de Job. El hombre en el pulpito de Ginebra se presenta como Job, con la mano sobre su boca, instando a su gente a hacer lo mismo. Cuando era posible ver el propósito de Dios Calvino lo exhibía con actitud triunfante. Pero nunca racionalizaba superficialmente las perplejidades de los hombres, ni trataba de disimular con explicaciones su dolor. El consuelo pastoral que ofrecía era lo único que, en última instancia resultaba suficiente, es decir, la oculta gracia de un Dios soberano. "No hay nada mejor que estar enteramente sujetos a la majestad de Dios" (página 44).

La imposibilidad de comprender y escudriñar a Dios, expuesta en los escritos de Calvino, merece más atención de la recibida hasta ahora. Su estudio será altamente compensador. Ciertamente se trata de un interés de gran actualidad, en tiempos cuando las corrientes entrecruzadas de racionalismo y irracionalismo son tan fuertes. Uno sospecha que muchos calvinistas ortodoxos, con su escasa preocupación por estas doctrinas, revelan las influencias del racionalismo y, por qué no, del liberalismo y con ello de un evangelicalismo que, si bien ortodoxo, está no obstante, arraigado en las herejías gemelas de un hombre autónomo y de un Dios conocible. Lo que el cristianismo ortodoxo necesita hoy más que ninguna otra cosa es un sentido completo de la majestad de Dios. Nada mejor que los sermones de Calvino para encontrarlo. Por otra parte, el estudio sistemático de estas doctrinas en la teología de Calvino proveerá una base firme para responder al argumento que esgrimen los neo-ortodoxos pretendiendo el apoyo de Calvino cuando afirman que realmente sólo se pueden conocer los elementos sensorios, que la respuesta de la fe realmente no es conocible y que es absolutamente imposible conocer a Dios. Esta es una perversión de la doctrina referida a la incomprensibilidad de Dios. Es un uso equivocado de Calvino. Calvino debe hablar hoy sobre esta doctrina crucial tanto al evangelicalismo ortodoxo como a la neo-ortodoxia liberal. Sus seguidores deben hacer oír la voz de Calvino. Los sermones sobre Job tienen esta pertinencia especial.

Además de los característicos acentos teocéntricos sobre la providencia y la incomprensibilidad divina podemos observar un énfasis en la doctrina de la elección. La elección era un tema amplio y vital en la predicación de Calvino. No era un fragmento teológico o un segmento bíblico. Tampoco lo menciona sólo cuando el texto lo requiere. En cada sermón se oían notas de fondo sobre el tema de la elección y, a modo de acorde distintivo lo hacía oír con frecuencia y vigor. Es algo que el lector descubrirá por sí mismo. Los Sermones N° 3,4 y 5 son de particular interés en este sentido. Por ejemplo, para Calvino aquellos que con Beldad creen que Dios trata a los hombres "conforme a lo que cada uno se merece," "deben atribuir al hombre una voluntad libre; la elección, por parte de Dios, tiene que ser arruinada y aniquilada... así (ellos) trastornan los primeros fundamentos de nuestra fe" (página 58). La posición de Job es, básicamente, la de creer en una elección incondicional llena de gracia por parte de Dios, y todos sus consejeros cometen el error fundamental de no coincidir con esta verdad. Calvino tiende a cuestionar toda doctrina falsa en términos de la predestinación. Mientras para Lutero el error básico de Roma era la justificación por obras, para Calvino lo era el libre albedrío. En el análisis final todos aquellos que caen bajo la condenación de Calvino, desde Servetus hasta los anabaptistas, son acusados de defender sin prejuicio de otros errores el libre albedrío y de rechazar la elección. Para Calvino el fundamento de todos los fundamentos era la elección

incondicional, y su predicación lo demuestra.

En los sermones de este volumen hay numerosos lugares que tratan la reprobación a la par de la elección. Esto puede ser en parte, porque al mismo tiempo de predicar sobre Job su doctrina de la doble predestinación, era fieramente atacada por los libertinos de Ginebra. De todos modos, esto difícilmente es representativo de toda su predicación. Calvino no predicaba reprobación cada vez que predicaba elección. Aparentemente aquélla sólo ocasionalmente tenía relevancia en su sermón. Esto hay que notarlo cuidadosamente, porque demasiados de sus hijos espirituales, llevando frágiles abstracciones lógicas al pulpito, han dimensionado equivocadamente sus sermones sobre la elección en base a la reprobación, con el resultado de que la primera fue descuidada.

Calvino predica la elección como si esta fuera el evangelio, y como tal constituía en términos del "catecismo de Heidelberg" el "único consuelo" para el "pecado y la miseria" del hombre. Como predicador Calvino usaba la doctrina de la soberanía divina primordialmente como el bálsamo de Galaad. En sus sermones la soberanía no es considerada en términos abstractos, ni es desarrollada como una página sobre dogmática. Nunca es desasociada de la gracia. En realidad la gracia soberana es el tema de cada sermón. La gracia, para la cual sus sermones tienen muchos sinónimos, no es una idea abstracta, sino viviente y dinámica. No está estrechamente localizada ni en el pesebre ni en la cruz, ni está mecánicamente encadenada a un *iorden salutis*; es, en cambio, una realidad tan incluyente y permisiva como el obrar de Dios con los hombres. Tampoco está limitada a los procesos de salvación, sino que incluye a los de la creación. Calvino toma la vida del creyente en su totalidad y la considera globalmente como un acto de la gracia de Dios. La elección incluye en su sentido más amplio todas las experiencias del cristiano en su encuentro con un Dios redentor. De esa manera, aun los sufrimientos de Job son parte del proceso de la gracia soberana, porque "Dios no puede procurar nuestra salvación sino mostrándose a sí mismo en una posición opuesta a nosotros" (página 52).

EL LIBRO DE JOB

El libro de Job es uno de los pocos libros mayores de la Biblia sobre los que Calvino no escribiera un comentario. Por eso la publicación de estos 20 sermones es de interés tanto exegético y expositivo como homilético. Aquellos que están acostumbrados a consultar en su estudio de las escrituras el comentario de Calvino, agradecerán a Nixon la cuidadosa selección de los sermones, ya que este volumen provee una base adecuada para conocer la interpretación general que Calvino hacía del libro de Job. El Sermón N^o 1, p. 27, además de ser una predicación, realmente es un capítulo tomado de una introducción al Antiguo Testamento. Con su normalmente bien fundamentada habilidad exegética Calvino identifica a Job como figura realmente histórica del linaje de Esaú, cuya vida probablemente transcurrió en la era mosaica. Calvino explica cuidadosamente su carácter como "perfecto y recto." El significado general de Job es que ofrece un ejemplo para los creyentes pero, además "el Espíritu Santo dictó este libro con el siguiente fin, que los judíos supieran que Dios tenía gente que le servía, aunque no habían sido separadas del resto del mundo y aunque no llevaban la señal de la circuncisión" (página 30). (Quienes estudian el concepto de Calvino en cuanto a la inspiración de las escrituras estarán interesados en su uso de la frase "El Espíritu Santo dictó.") El significado de la gracia fuera del pacto, y de la revelación fuera de Israel, es desarrollado más extensamente en el Sermón N^o 15, p. 181, donde se introduce a Eliú. Todo esto es valioso material de hermenéutica.

La riquezas exegéticas de estos sermones son grandes. El lector las hallará a cada paso. Se exponen cuidadosamente importantes conceptos del Antiguo Testamento. Muchos términos aparecen con delicados matices de significado evidenciando la maestría filológica de Calvino respecto del Antiguo Testamento. Sermones tales como el N^o 8 y 9 ofrecen una exposición

completa de importantes y bien conocidos pasajes. La versión que Calvino ofrece del texto hebreo, tal como lo trasmite Nixon, es en sí de gran interés. El estudiante cuidadoso hallará que una comparación de los textos de Calvino con las versiones aceptadas en inglés [-castellano-ED.] es sumamente fructífera. Estos sermones compensarán plenamente la lectura reiterada. Se los puede leer en por lo menos dos formas, estrictamente como sermones o bien como notas exegéticas. Tratar de hacer ambas lecturas simultáneamente quizá no haga justicia a ninguna de las dos.

Repetidas veces Calvino establece lo que consideró la clave para el entendimiento del libro como un todo. Se recomienda al lector de asimilar firmemente y entender con toda claridad este punto. Leyendo la serie completa de los 159 sermones, este pensamiento clave emerge con creciente claridad tal como lo hiciera para los oyentes originales. Pero debería recordarse que el Sermón N° 2. p. 37, de este volumen es el N°7 en la serie completa; y que el Sermón N° 3. p. 46, es N°21. Consecuentemente se sugiere que el lector preste atención con especial cuidado, a lo que Calvino dice en el Sermón N° 1, p. 28, y donde comienza así: "hemos de notar que a lo largo de toda la disputa Job defiende un buen caso, en tanto sus adversarios defienden un caso pobre. Pero, es más; Job, teniendo un buen caso, hace una defensa pobre, mientras que los otros, teniendo un caso pobre, hacen una buena defensa. Cuando hayamos entendido esto nos será como una llave para abrirnos todo el libro." El buen caso de Job es que la aflicción no siempre es castigo, pero para el elegido es corrección. Job presente una defensa pobre de su caso porque ofrece una arrebatada auto-defensa, excesiva auto-afirmación, aparente oposición a Dios y pasión descontrolada. El pobre caso de sus amigos es que la aflicción constituye un castigo divino, administrado conforme a la medida del pecado de los hombres. Ellos hacen una buena defensa de su caso porque ofrecen afirmaciones acerca de Dios y el hombre que en su conjunto son ciertas y válidas, y que deben ser aceptadas en sí como la pura enseñanza del Espíritu Santo. Este pensamiento clave sobre un buen caso mal defendido y un caso pobre bien defendido reaparece numerosas veces en estos veinte sermones. El lector hará bien en consultar las expresiones representativas del mismo las que se encuentran en las páginas 57-60, 107-109, 117-119, 181-183, y antes de avanzar más allá del primer sermón. Es esencial comprender este punto principal.

Calvino trata a Job de manera intensamente práctica, como algo que vive, que respira. Como algo que palpita con realidad moral y espiritual. Allí se siente el pulso de Job. Los pasajes éticos son prominentes, incluyendo a la familia, la sociedad, la iglesia y el estado tanto como a la vida del individuo. El marco legal tan característico del pensamiento de Calvino está totalmente ausente. Las relaciones forenses son mínimas. El pecado es orgullo más que desobediencia.

La salvación es reconciliación más que justificación. El deber es sumisión más que precepto. Ninguna disquisición de la vida ejemplar de Job, de sus luchas internas, de las disputas con sus consejeros, de la majestad de Dios. ¡He aquí la palabra viva! Ella tiene que ver con Job y su Dios, con Job y sus amigos, con Job considerándose a sí mismo. Y Job siempre es cada creyente, todo lo cual constituye buena predicación.

No habremos conocido bien a Calvino hasta no haber oído distintivamente su acento en el pulpito y su acento en su teología sistemática. Con frecuencia no son iguales. Que con el correr del tiempo sus sermones reciban la clase de atención que recibieron sus otros escritos. Nunca hay que olvidar que en su propio concepto Calvino era, sobre todo, un predicador.

NOTAS DEL TEXTO

INTRODUCCIÓN

1. Emile Doumergue, *Jean Calvin, les hommes et les chases de son temps*. 1 vols. (Lausanne-Neuille, 1899-1927).
2. *Calvin le Prédicateur de Genève*. (Ginebra, 1909).

3. E.g. A. Cruvellier. *Elude sur la Predication de Calvin*. (Montauban, 1895); A. Vigié, *Calvin Prédicateur*. (París, 1879); A. Watier, *Calvin Prédicateur* (Ginebra, 1889). También obras similares un poco anteriores, por F. Flamand, G. Goguel y E. Pasquet.
4. A. Krauss, *Calvin al Prediger*. (Frankfurt, 1884).
5. P. Biesterveld, *Calvijn al Bedienaar des Woords*. (Kampen, 1897).
6. Erwin Mülhaupt, *Die Predigt Calvins*. (Berlin, 1931).
7. T.H.L. Parker, *The Oracles of God*. (Londres: Lutterworth Press, 1947).
8. E.g. T..F. Torrance, *Calvin's Doctrine of Man*. (Londres: Lutterworth Press, 1947). Esta obra está repleta de referencias a los sermones, particularmente a los sermones sobre Job.
9. John Calvin, *The Mystery of Godliness and other Sermons*. (Grand Rapids: Eerdmans Publishing Co., 1950).
10. Leroy Nixon, *John Calvin: Expository Preacher*. (Grand Rapids: Eerdmans Publishing Co., 1950).
11. John Calvin, *The Diety of Christ and Other Sermons*. (Grand Rapids: Eerdmans, 1950).
12. Nixon, *Expository Preacher*. P. 38.
13. Parker, *op. cit.*, p. 69. Cita tomada de *Corpus Reformatorum*, XXV, pp. 713-714.
14. Parker, *op. cit.*, pp. 74-75.
15. Basado en Nixon, *John Calvin: Expository Preacher*, pp. 39-43.

SERMÓN N° 1 EL CARÁCTER DE JOB*

"Hubo en tierra de Uz un varón llamado Job; y era este hombre perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal" (Job 1:1).

Para sacar verdadero provecho al contenido de este libro, debemos conocer en primer lugar su designio. La historia que encontramos escrita aquí nos muestra de qué manera estamos en las manos de Dios, y que es cosa suya ordenar nuestras vidas y disponer de ellas conforme a su buena voluntad, y que es nuestro deber someternos a él con toda humildad y obediencia; es totalmente razonable que seamos completamente suyos, tanto para vivir como para morir; incluso, si él quisiera levantar su mano contra nosotros, aunque no percibiéramos su motivo, de todos modos habríamos de glorificarle siempre, reconociendo que él es justo y equitativo, absteniéndonos de murmurar contra él, a efectos de no discutir con él, sabiendo que si luchamos contra él seremos derrotados. En breve, esto es lo que hemos de recordar de esta historia, es decir: Dios tiene tal dominio sobre sus criaturas que está en su derecho disponer de ellas según le plazca; y si muestra una severidad que al principio nos resulta extraña, aún así hemos de guardar silencio para no murmurar; hemos de reconocer, en cambio, que él es justo, esperando que nos declare el por qué de su castigo. Entre tanto hemos de contemplar, como nos exhorta Santiago (5:11), la paciencia del hombre puesto aquí delante de nosotros. Porque cuando Dios nos muestra que debemos sufrir todas las miserias que él nos envía debemos reconocer que esa es nuestra obligación; no obstante ellos, alegamos que somos débiles y nos parece que debería servirnos como excusa. Por eso es bueno tener un ejemplo para mostrarnos que hay hombres débiles como nosotros, que sin embargo, resistieron la tentación, perseverando en la obediencia a Dios, aunque fueron afligidos hasta el límite. Aquí tenemos pues un excelente ejemplo de ello.

Además, no sólo hemos de considerar la paciencia de Job, sino también su resultado, como dice Santiago; porque si Job hubiera seguido confundido, aunque su virtud hubiese sido más que angelical, el final de la historia no habría sido muy feliz. Pero cuando vemos que no fue desilusionado en su esperanza, y que halló gracia en la medida en que fue humillado ante

Dios; viendo ese final tenemos que llegar a la conclusión de que no hay nada mejor para nosotros que someternos a Dios y sufrir en paz todo lo que él nos mande hasta que en su buena voluntad nos libra. Sin embargo, más allá de la historia hemos de considerar la doctrina encerrada en este libro; esto es, la doctrina de aquellos que se acercan con el pretexto de consolar a Job, pero que lo atormentan mucho más que su propia enfermedad; la doctrina encerrada en las respuestas con las cuales *rechaza*, las calumnias con las cuales aparentemente quieren aplastarlo. En primer lugar debemos notar, en cuanto a nuestras aflicciones, que si bien Dios las manda y proceden de él, no obstante, es el diablo quien las trae sobre nosotros, como también nos lo advierte San Pablo diciendo que luchamos contra poderes espirituales (Ef. 6:12). Porque cuando el diablo enciende el fuego también le hace viento, es decir, también encuentra personas de su propiedad para agujonearnos continuamente y prolongar y aumentar la enfermedad. Vemos entonces, cómo Job, además de la enfermedad que soportó, fue atormentado por sus amigos, y por su esposa, y principalmente por aquellos que se acercaron para tentarlo espiritualmente. Ahora bien, lo llamo una tentación espiritual cuando no solamente somos azotados y afligidos en nuestros cuerpos; sino cuando el diablo obra de tal modo en nuestros pensamientos que Dios se nos convierte en enemigo mortal, al que ya no podemos tener acceso, convencidos de que nunca más tendrá misericordia de nosotros. Todas las proposiciones hechas por los amigos de Job tendían a persuadirlo de que era un hombre rechazado por Dios y que era un error creer que Dios le sería propicio. Tales luchas espirituales son mucho más difíciles de sobrellevar que todos los males y adversidades que podemos sufrir siendo perseguidos. De todos modos, Dios suelta los frenos que atan a Satanás para que pueda llevar consigo a sus siervos los que nos asaltan de tal modo como, según veremos, tuvo que soportarlo Job.

Suficiente con este punto. Sin embargo, hemos de notar que a lo largo de toda la disputa Job defiende un buen caso, en tanto sus adversarios defienden un caso pobre. Pero es más, Job, teniendo un buen caso hace una defensa pobre, mientras que los otros, teniendo un caso pobre hace una defensa pobre, mientras que los otros, teniendo un caso pobre hacen una buena defensa. Cuando hayamos entendido esto, nos será como una llave para abrirnos todo el libro ¿Cómo es que Job presenta un buen caso? El sabe que Dios no siempre aflige a los hombres conforme a la medida de sus pecados, sino que tiene sus juicios ocultos, de los cuales no nos rinde cuentas; Job sabe que nosotros tenemos que esperar hasta que él nos revele la razón de hacer esto o aquello. De modo que Job estaba totalmente convencido que Dios no siempre aflige a los hombres conforme a la medida de sus pecados; de esa manera tenía un testimonio en sí mismo de no ser un hombre rechazado por Dios como ellos querían hacerle creer. Este es un caso auténtico y bueno, aunque su presentación es pobre; porque ahora Job se sale de las casillas y hace proposiciones exageradas, demostrando de diferente manera, que en muchos sentidos está desesperado. Job está tan acalorado que aparentemente quisiera oponerse a Dios. En consecuencia tenemos aquí un buen caso, mal presentado. En contraste, los que defienden el caso pobre, afirmando que Dios siempre castiga a los hombres según la medida de sus pecados, dicen cosas hermosas y santas. Nada hay en sus proposiciones que no debamos recibir como pronunciadas por el Espíritu Santo; porque son la pura verdad, constituyen los fundamentos de la religión, discuten la providencia de Dios, su justicia y el pecado de los hombres. Es decir que tenemos aquí una doctrina que hemos de recibir sin contradicciones aunque el resultado buscado por esta gente, de llevar a Job a la desesperación y destruirlo, es completamente malo. En todo esto vemos que teniendo un buen fundamento, debemos considerar cómo sobreedificar en él, de modo que todo armonice, tal como lo declara San Pablo (I Cor. 3:10) al afirmar que edificó desde que fundó la iglesia sobre la pura doctrina de Cristo; para que haya tal conformidad que aquellos que vengan después de él no usen como fundamento ni paja ni hojarasca, ni material inservible, sino que haya un buen fundamento, firme y sólido. De modo que, a lo largo de toda nuestra vida debemos considerar si estamos fundamentados en una razón buena y justa, cada uno debe estar alerta para no ser

desviado ni en una dirección ni en otra; porque nada más fácil que pervertir una causa buena y justa, conforme a nuestra naturaleza viciosa, la cual experimentamos pedacito por pedacito. Dios nos habrá mostrado su gracia dándonos un buen caso, pero de igual modo seremos agujoneados por nuestro enemigo para que no podamos controlarnos ni seguir sencillamente lo que Dios nos ordena sin añadir a ello de todas las formas posibles. Viendo entonces, que tan fácilmente se nos descarría, hemos de orar tanto más a Dios que cuando nos haya dado un buen caso nos guíe con toda simpleza por su Espíritu Santo para que no pasemos los límites que él nos ha trazado en su palabra. Por otra parte se nos amonesta a no aplicar la verdad de Dios a un mal uso; sería profanarla; como estos individuos que, si bien hablan palabras santas (como y lo hemos declarado, y como aún veremos en forma más completa), son sacrílegos; corrompen la verdad de Dios abusando de ella con falsedad, aplicando a un propósito malo lo que en sí es bueno y justo. De modo que, cuando Dios nos haya hecho conocer su palabra aprendamos a recibirla con tal reverencia, que nunca la usemos para empañar lo bueno, ni hacer atractivo lo que es malo. Como muchas veces ocurre con los más inteligentes y los más sabios, que se dan rienda suelta abusando del conocimiento que Dios les ha dado, haciendo fraudes y malicias, trastornándolo todo, de modo que sólo se enredan a sí mismos. Viendo que el mundo es adicto a tales vicios, debemos orar tanto más que Dios nos dé la gracia de aplicar su palabra al uso que él quiere, es decir, a un uso puro y simple. En resumen, esto es lo que debemos observar.

Ahora, habiendo entendido de qué trata el libro, debemos considerar cosas más extensas de modo que podamos deducir lo que fue brevemente anunciado del desarrollo de la narración. Dice: "Hubo en tierra de Uz un varón llamado Job; y era este hombre perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal" (Job 1:1). No podemos ni sabemos cómo adivinar cuándo vivió Job. Solamente se percibe que fue en tiempos muy remotos. Algunos judíos incluso han opinado que Moisés fue el autor del libro, y que dio este ejemplo al pueblo para que los hijos de Abraham, descendientes de su raza, supieran que Dios había mostrado gracia a personas ajenas a este linaje, para avergonzarlos cuando no anduvieren con pureza en el temor de Dios; para que vieran que este hombre que no había recibido la señal del pacto, que no había sido circuncidado y era pagano, se conducía tan bien. Ahora, puesto que no hay absoluta certeza a este respecto debemos dejarlo en suspenso. Tomemos en cambio aquello, de lo cual no hay dudas, es decir, que el Espíritu Santo ha dictado este libro para el siguiente propósito: que los judíos supieran que Dios tuvo personas que aunque no habían sido separadas del resto del mundo, y aunque no habrían recibido la señal de la circuncisión, no obstante le sirvieron viviendo con toda pureza. Sabiendo esto, los judíos habían tenido la oportunidad de ser tanto más cuidadosos en observar la ley de Dios, y puesto que él les había mostrado su gracia dándoles el privilegio de escogerlos de entre todas las naciones ellos debían dedicarse enteramente a él. En el libro de Ezequiel (14:14) también se percibe que el nombre de Job tenía renombre en el pueblo de Israel; porque hemos visto que en el versículo 14 dice: "...si estuviesen en medio de ella estos tres varones, Noé, Daniel y Job, ellos por su justicia librarían únicamente sus propias vidas". Aquí el profeta habla de tres hombres, como de personas ciertamente conocidas y renombradas entre los judíos, tal como ya lo hemos mencionado. Vemos entonces el propósito del Espíritu Santo, es decir, que los judíos tuvieran un espejo y un patrón para reconocer de qué manera debían observar la doctrina de la salvación que les había sido dada, ya que este hombre, un extranjero, se había preservado en tal pureza. Y esto es lo principal que hemos de retener del nombre mencionado aquí, cuando se dice que era de la tierra de Uz. Por cierto, algunos ubican esta tierra más bien en el este; pero en las Lamentaciones de Jeremías (4:21) la misma palabra es usada para indicar una parte de Edom. Sabemos que los edomitas eran descendientes de Esaú. Es cierto que todavía conservaban la circuncisión, pero por lo mucho que se habían alejado de la iglesia de Dios ya no les quedaba señal alguna del pacto. Entonces, si aceptamos que era de Uz, Job era un edomita del linaje de Esaú. Ahora bien, sabemos lo dicho por el profeta (Malaquías 1:2), que si bien Esaú y Jacob

eran hermanos mellizos, de una misma matriz, Dios en su pura bondad había escogido a Jacob y rechazado a Esaú a quien maldijo junto a todo su linaje. Así es cómo el profeta lo expresa para magnificar la misericordia de Dios hacia los judíos; les muestra que los había escogido, no por alguna dignidad propia a sus personas, haciéndoles ver que había rechazado al hermano mayor de Jacob, a quien correspondía la primogenitura, y que, en cambio, había escogido al menor e inferior. Entonces, aunque este hombre era descendiente del linaje de Esaú, vemos, no obstante, en qué integridad vivió, y cómo sirvió a Dios, no solamente conversando con rectitud y equidad, sino teniendo una religión pura, no contaminada con las idolatrías y supersticiones de los incrédulos. En cuanto al nombre "JOB" es cierto que algunos lo traducen como "llorando" o "lamentando"; pero otros lo interpretan como "un hombre de enemistad"; no significando que haya odiado, sino que era como un blanco al cual se podía disparar. No hemos de dudar que este hombre, cuyo país figura aquí, cuyo nombre se expresa, fue real y que verdaderamente vivió, y que las cosas escritas aquí realmente ocurrieron; para que no pensemos que este es el argumento compuesto por un hombre, que como bajo un pseudónimo nos propone cosas aquí que nunca ocurrieron. Ya hemos presentado el testimonio de Ezequiel y el de Santiago, quienes muestran que Job existió, y aunque la historia lo declare [lo contrario nota del Trad. al castellano], no debemos borrar lo que el Espíritu Santo quiso decir en forma tan notable.

Además hemos de notar con respecto a aquella época que si bien el mundo estaba alejado del verdadero servicio a Dios, y de la religión pura, no obstante había mucha más integridad que hoy, incluso en el papado. En efecto, vemos que desde el tiempo de Abraham, Melquisedec conducía la iglesia de Dios y los sacrificios, los cuales o estaban contaminados. De manera que si bien la mayor parte del mundo estaban contaminados. De manera que si bien la mayor parte del mundo estaba envuelta en muchos errores, en falsas y malvadas fantasías, no obstante, Dios se había retenido por la pura verdad, esperando, ciertamente, que Dios estableciera su iglesia y escogiera a un pueblo, esto es a los sucesores de Abraham, para que supieran que habían sido separados del resto del mundo. Ahora, es totalmente cierto que Job vivió en una época en que la iglesia de Dios todavía no estaba tan desarrollada como lo estuvo después; sabemos que aparentemente los hijos de Israel, mientras vivían en Egipto, habían de ser aniquilados. Incluso vemos a qué extremos llegaron finalmente cuando Faraón ordenó la muerte de los varones; y en el desierto todavía pareciera que son rechazados por Dios; habiendo llegado a la tierra de Canaán tuvieron grandes luchas contra sus enemigos, e incluso el servicio de Dios no es establecido todavía, ni tampoco el tabernáculo, como se hubiera requerido. Dios, no habiendo establecido aún una forma de iglesia visible, quiso que siempre hubiese una pequeña simiente entre los paganos para ser adorado por ella, y también para condenar a aquellos que, como los paganos, se habían apartado del verdadero camino; porque Dios no necesitó sino a Job para que sea juez de toda una nación. Así también Noé es juez de todo el mundo para condenar a los incrédulos y rebeldes. Así fue como Job condenó al mundo, según la Santa Escritura lo describe, porque sirvió a Dios con pureza, mientras que otros que lo habían olvidado estaban llenos de impurezas, infamias y de muchos errores: y ello sucedió porque la gente no quiso reconocer a Aquel que es el verdadero y viviente Dios, ni entender cómo y de qué manera quería ser honrado; pero Dios siempre consideró que (como ya he dicho) los malvados e incrédulos debían de ser considerados inexcusables. Por eso quería siempre que hubiese algunas personas que siguieran a los Padres antiguos. Ese era Job, según nos lo presentan las Escrituras, y la narración nos muestra bien con qué pureza sirvió a Dios hablando entre los hombres con toda rectitud. Dice aquí "era este hombre perfecto."¹ Ahora bien, en las escrituras esta palabra¹ es usada en forma general indicando que no hay falsedad ni hipocresía en un hombre, sino que exteriormente se ve lo que hay en el interior, y que no se conserva un lugar en el fondo para apartarse de Dios, sino que expone su corazón y todos sus afectos, sin otra aspiración que la de consagrarse a Dios y dedicarse enteramente a él. Esta palabra¹ ha sido traducida como "perfecto" tanto por griegos como

latinos; pero puesto que posteriormente la palabra "perfección" tuvo un uso impropio ahora es mucho más preferible usar la palabra "integridad." Porque muchas personas ignorantes, desconociendo el sentido de esta perfección, han pensado, "Aquí hay un hombre que se describe como perfecto, de lo que se deduce que podemos ser perfectos por nosotros mismos, mientras andamos en esta vida." Han empañado la gracia de Dios de la cual siempre tenemos necesidad; porque aquellos que desean haber andado en suprema rectitud, aun necesitan tener su refugio en la misericordia de Dios; porque si sus pecados no les son perdonados, y si no son sostenidos por Dios, he aquí, todos perecerán. Entonces, tenemos aquí a Job llamado "integro."¹ ¿Cómo? Porque no había hipocresía ni falsedad en él, porque no era de doble corazón; porque la escritura, cuando desea referirse a lo opuesto a la virtud de la integridad habla de "corazón" es decir, de "doble corazón." Notemos entonces, en primer lugar, que este título se atribuye a Job para destacar que era de un afecto puro y simple, y que no miraba con un ojo destacar que era de un afecto puro y simple, y que no miraba con un ojo a un lado y con el otro, a otro; que no servía a Dios a medias sino que trataba de entregarse enteramente a él. Es cierto que nunca alcanzaremos tal integridad que lleguemos a esa meta, lo cual sería de desear; porque los que siguen el buen camino aun cojeando por él, siempre débiles se arrastran con alas caídas. Esto pues, es lo que nos ocurre mientras estemos sujetos a este cuerpo mortal, hasta que Dios nos haya librado de todas estas miserias, a las que estamos atados, no alcanzaremos, como hemos dicho, una integridad perfecta. Sin embargo, debemos llegar a esta sinceridad, y debemos renunciar a toda pretensión y falsedad. Además notemos que la verdadera santidad comienza en el interior; aunque en el mundo tengamos la mejor apariencia ante los hombres, y aunque conduzcamos nuestras vidas tan bien que todo el mundo nos aplauda, si no tenemos esta sinceridad e integridad ante Dios de nada nos servirá. Porque la fuente tiene que ser pura para que las aguas bajen puras; de lo contrario el agua aunque sea clara, sin embargo tendrá sabor amargo, o estará contaminada de alguna otra manera. Entonces, siempre hemos de comenzar por lo que está establecido, esto es: "Dios desea ser servido en espíritu y con sinceridad de corazón" como dice en Jeremías (5:2).² Entonces, en primer lugar hemos de aprender a sujetar nuestro corazón a ser obediente a Dios.

Ahora, una vez que Job fue llamado "entero"¹ también dice que fue "recto"; esta rectitud está referida a la vida que llevó, la cual era fruto de esta raíz que el Espíritu Santo había plantado previamente. Entonces ¿fue recto y entero el corazón de Job? La vida de Job era sencilla, es decir, andaba y vivía con sus vecinos sin hacer daño a nadie, sin herir o molestar a ninguno, sin ponerse a pensar en fraudes o malicias, sin buscar su propio beneficio a expensas de otro. Este es entonces, el significado de la "rectitud" que se agrega aquí. Ahora bien, con ello se nos amonesta a que haya armonía entre el corazón y los sentidos externos. Es cierto (como ya he dicho) que podemos abstenernos de hacer el mal y bien podemos tener una buena apariencia ante los hombres, pero de nada nos servirá si examinando la raíz que está en nuestro corazón notamos hipocresía y fingimientos ocultos ante Dios. Entonces ¿qué nos hace falta? Que comencemos, como he dicho, con esa punta. Por lo tanto, para ser íntegros, los ojos y las manos, y los pies y los brazos, y las piernas tienen que responder, porque con toda nuestra vida declaramos que anhelamos servir a Dios y que no es en vano nuestro testimonio³ de querer ser íntegros en nuestro interior. Y es por eso también que San Pablo exhorta a los Gálatas (5:25) que si vivimos por el Espíritu de Dios debe morar en nosotros y que debe gobernarnos; porque de nada serviría tener una vida hermosa, agradar a los hombres, y ser grandemente estimados si no somos renovados por la gracia de Dios. ¿Y después qué? Hemos de andar, es decir, debemos mostrar con hechos y con nuestras obras que el Espíritu de Dios reina en nuestras almas; porque si nuestras manos están contaminadas ya sea por hurtos o crueldades u otros daños si tenemos los ojos infectados de miradas malas e inmodestas, codiciando los bienes de otros, o si somos orgullosos y nuestros pies corren vanidosos al mal (como dice en las escrituras) estaremos demostrando que el corazón está lleno de malicia y corrupción; porque no hay pies, ni manos, no ojos que se manejen solos; la

dirección proviene del Espíritu y del corazón." Entonces, aprendamos a tener la armonía que nos enseñan aquí las escrituras diciendo "Job, teniendo esta integridad y sinceridad, también vivía rectamente" es decir, que conversaba con sus vecinos sin causarles daño, sin buscar su propio provecho, sino conduciéndose en equidad con todo el mundo. Dios quiere probarnos también en este asunto: quiere ver si le servimos o no con fidelidad; no es que necesite de nuestro servicio, o de todo aquello que podamos hacer por él; pero si hacemos el bien a nuestro prójimo y somos leales unos a otros, como incluso la naturaleza nos lo enseña, entonces estaremos dando testimonio de nuestro temor a Dios. Veremos a muchos a quienes tendremos por muy celosos mientras sólo se trate de discutir y sostener muchas conversaciones con el propósito de afirmar que estudian cómo servir y honrar a Dios; pero tan pronto tienen que tratar con sus vecinos, demuestran lo que hay en su corazón, porque buscan su propia ventaja, sin que les pese llevar agua a su propio molino, engañando cuando tienen el poder de hacerlo por todos los medios a su alcance. Entonces, aquellos que buscan su ventaja y provecho -que sin duda son hipócritas y tienen su corazón corrompido- por muy excelentes zelotes que sean, Dios declara que en su corazón sólo hay inmundicia y veneno. ¿Y por qué? Si hay sinceridad es necesario que también haya rectitud, es decir, si en el interior el afecto es puro, al conversar con las personas procuraremos el bien de cada una, sin ser adictos a nosotros mismos y a nuestros intereses particulares, sino que tendremos la equidad que Jesucristo declaró ser la regla de la vida y la suma total de la ley y los profetas, esto es, que a nadie hagamos excepto lo que queremos que se nos haga a nosotros.^ Notemos entonces que en esta alabanza a Job muchas personas son condenadas por la declaración del Espíritu Santo de que este hombre no solamente era íntegro ante Dios, sino recto y sincero entre los hombres. Esta sinceridad que el Espíritu Santo destaca, testificará y sentenciará condenación para todos aquellos que están llenos de malicia, para aquellos que solamente pretenden apropiarse de las pertenencias de otros. Tales personas son condenadas por esta palabra.

Ahora sigue diciendo, " *Y era este hombre temeroso de Dios y apartado del mal.*" Además, si Job fue alabado por haberse conducido recta y equitativamente entre los hombres, era totalmente imprescindible que también haya andado delante de Dios; porque sin esto, el resto de nada sirve. Es cierto que no podemos vivir con nuestros semejantes (como ya lo he dicho) sin hacer mal a ninguno, procurando el bien de todos, si no nos acordamos de Dios. Porque aquellos que siguen su naturaleza, aunque quizá tengan hermosas virtudes (aparentemente) están, a pesar de ellas, preocupados consigo mismos, competidos únicamente por la ambición o alguna otra consideración, de modo que toda apariencia de virtud, es contaminada por esto. Pero aunque no seamos capaces de alcanzar esta rectitud sin temer a Dios, hay aquí dos cosas distintas: (1) servir a Dios, y (2) honrar a nuestro prójimo. También Dios las ha diferenciado en su ley cuando quiso que fuesen explicadas en dos tablas. Notemos entonces que poniendo ante nosotros la palabra "rectitud" el Espíritu Santo quiso declarar cómo se condujo Job entre los hombres; del mismo modo cuando dice: era "temeroso de Dios" quiso destacar la religión que había en él. Ahora bien, con esto se nos amonesta que para gobernar bien nuestra vida, debemos acordarnos de Dios y luego de nuestros semejantes; acordémonos de Dios, digo, para entregarnos a él, para rendirle el homenaje que se merece; acordémonos de nuestros semejantes para ser conscientes de nuestra responsabilidad hacia ellos y para ayudarles, según somos amonestados, a vivir equilibrada y rectamente; ya que Dios nos ha unido, que cada uno esté atento de usar todas sus facultades para el bien común de todos. Esa es la forma en que debemos acordarnos tanto de Dios como de los hombres, a efectos de conducir bien nuestras vidas. Porque el que solamente se considera a sí mismo ciertamente sólo tiene vanidad en sí; porque si una persona quiere ordenar⁷ su vida de modo que a los ojos de los hombres no haya defectos en ella, y si Dios la desapruueba, ¿de qué le habrá servido tanto esfuerzo para andar de modo que todos la magnifiquen? Ante Dios solamente habrá corrupción, y las palabras escritas por San Lucas (16:15) tendrán que ser cumplidas: "lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación." Notemos entonces que

nunca seremos capaces de ordenar adecuadamente nuestra vida si no tenemos los ojos puestos en Dios y en nuestros semejantes. ¿Por qué en Dios? Para que podamos saber que fuimos creados para gloria suya, para servirle y adorarle; pues aunque no tenga que tratar con nosotros como nuestros semejantes, tienen que tratar con nosotros, y aunque esto no le vaya ni le venga, no obstante, él quiere tener criaturas razonables, que le reconozcan y qué, habiéndole reconocido, le agregan a él lo que es suyo. Además, cuando se habla del temor a Dios, notemos que no se trata de un temor servil (como se lo llama) sino de rendirle el honor que le debemos, puesto que él es nuestro Padre y Señor. ¿Hemos de temer a Dios? Ciertamente, sólo debiéramos querer honrarle y ser totalmente suyos. ¿Vamos a reconocerlo? Debemos hacerlo conforme a los atributos que él declara ser suyos, es decir, es nuestro Creador, es nuestro Sustentador, aquel que nos muestra tal bondad paternal que indudablemente seremos sus hijos si no queremos ser demasiado desagradecidos con él. También tenemos que reconocer su señorío y superioridad sobre nosotros, para que rindiéndole el honor que le debemos, cada uno de nosotros aprenda a agradecerle en todo y por todo. Es así cómo, bajo la palabra "temor de Dios" está comprendida toda la religión, es decir, todo el servicio y homenaje que las criaturas deben a su Dios. Ahora bien, en Job fue una virtud muy excelente temer a Dios siendo que todo el mundo se había apartado del verdadero camino. Al oír esto aprendamos que no tendremos excusa aunque andemos entre los peores parias del mundo, de no estar entregados al servicio de Dios como debemos estar. Ahora, debemos destacar esto porque muchas personas creen que por estar entre espinos están absueltas y totalmente excusados; y si después se corrompen y vuelven a echarse con los lobos (según dicen ellos), eso no importa, porque Dios les perdonará. Al contrario, aquí está Job, descrito como temeroso de Dios. ¿En que país? No es en Judea, ni en la ciudad de Jerusalén; no es en el templo, sino en un lugar contaminado, en medio de aquellos que se han pervertido totalmente. Y estando, pues, entre semejante gente, no obstante fue preservado, viviendo de manera de andar en pureza con sus semejantes, aunque todos ellos estaban llenos de crueldades, ultrajes, pillaje, y cosas semejantes. Notemos que esto volverá a ocurrirnos, y la vergüenza será tanto mayor si de nuestra parte no consideramos cómo guardarnos puros para el servicio de Dios, y para nuestro semejante, cada vez que él nos da la ocasión, como la que tenemos ahora, es decir, que la palabra de Dios nos es predicada diariamente⁸ para ser exhortados y para ser corregidos cuando hemos fallado. Entonces, ciertamente, debemos estar atentos a lo que aquí se nos muestra.

Ahora, en conclusión notemos bien lo que aquí se agrega al texto " 7 era este hombre...apartado del mal." Porque es así cómo este hombre superó todas las dificultades y batallas que le podían haber impedido servir a Dios y vivir rectamente entre los hombres; él mismo se recordaba que sabía bien que si se hubiera permitido hacer lo que los otros hacían, habría sido un hombre completamente vicioso y se habría convertido en enemigo de Dios. Entonces Job no anduvo con tal sinceridad e integridad en el temor de Dios sin tener muchas luchas, sin que el maligno tuviera la intención de pervertirlo y llevarlo a todas las corrupciones del mundo; pero él se apartó del mal, es decir, se abstuvo. ¿Qué entonces, hornos de hacer nosotros? Aunque estemos en la iglesia de Dios, veremos muchos males; y nunca habrá tal sinceridad o pureza (aunque debiera haber) que quedemos libres de estar mezclados entre muchos engañadores corruptos, que como emisarios del infierno, pestes mortíferas, lo infectan todo. Debemos entonces, mantenernos en guardia, viendo que hay grandes escándalos y todo tipo de lascivia, las que nos corromperían inmediatamente. ¿Qué hemos de hacer entonces? Debemos apartarnos del mal, es decir, debemos luchar contra tales asaltos siguiendo el ejemplo de Job; y cuando veamos que muchos vicios y corrupciones están gobernando al mundo, aunque tengamos que estar mezclados entre ellos, no debemos aullar con los lobos; más bien debemos seguir el consejo del ejemplo de Job apartándonos del mal, y apartándonos de tal modo que Satanás no pueda por medio de todas las tentaciones que pondrá ante nosotros para que nos rindamos, lograr nuestra entrega; debemos permitir en cambio, que Dios

nos limpie de todas nuestras inmundicias y males como nos lo ha prometido en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, hasta que nos haya limpiado de las manchas y corrupciones de este mundo, para reunimos con sus ángeles y hacernos partícipes de la eterna felicidad a la cual debemos aspirar ahora. Ahora nos presentaremos ante el rostro de nuestro Dios.

NOTAS DEL TEXTO SERMÓN NO. 1

*De *Calviní Opera, Corpus Reformatorum*. V. 33, pp. 21-33.

1. Francés: *entier*.
2. Pienso que Calvino se refiere a Jeremías 3:10 y Juan 4::24.
3. Latín: *protestamur*, somos testigos.
4. Proverbios 1:16.
5. Tobit 4:15. "Y lo que Tú mismo odias, no lo hagas al hombre." Compare también Mateo 7:12 y Lucas 6:31.
6. Francés: *regler*, conducir, regular, ordenar, establecer.
7. Francés: *ordonner*, ordenar, reunir, asignar, conducir en base a una convicción establecida o un propósito deliberado.
8. Los 159 sermones sobre Job fueron predicados diariamente, en días de semana, 1554-1555.

SERMÓN N° 2 EL SEÑOR DIO Y EL SEÑOR QUITO*

"Entonces Job se levantó, y rasgó su manto, y rasuró su cabeza, y se postró en tierra y adoró, y dijo: Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito" (Job 1: 20-

Bien podemos decir que la paciencia es una gran virtud, porque realmente lo es; puesto que son muy pocos los que conocen el significado de la palabra "paciencia," podemos deducir que valorarnos escasamente el ser pacientes y tener esta virtud de la cual tanto nos asimos. Ahora Dios, siendo tal indiferencia de parte de los hombres quiere poner ante sus ojos aquello que nos es tan necesario. Porque si no fuésemos pacientes, nuestra fe se habría desvanecido, puesto que no se la puede mantener sino por este medio. Siendo así las cosas Dios quiere que en medio de la miseria de este mundo siempre tengamos paz en el corazón y que estemos tan seguros de su bondad que podamos regocijarnos y alegrarnos en ella y que podamos gloriarnos contra Satanás y contra todos nuestros enemigos. ¿Y cómo será posible, a menos que nos consideremos superiores a este mundo, y que consideremos, que si bien nuestra

condición es miserable en la opinión de la carne, sin embargo, puesto que Dios nos ama, estamos seguros de que hemos de sufrir? Ahora, este pasaje es el más excelente que existe en las sagradas escrituras para mostrarnos las implicancias de la palabra "paciencia." Si queremos que Dios nos reconozca como pacientes en nuestras aflicciones debemos ser enseñados por ella. Comúnmente decimos que una persona es paciente, aunque no posea auténtica paciencia, porque todo aquel que sufre es llamado paciente; pero por mucho que persistamos en ser pacientes, es necesario que nuestra tristeza sea menor. Si existen algunos males, dejemos que sean endulzados por el reconocimiento de que Dios nunca cesa de procurar nuestra salvación, que debemos estar sujetos a él y que está perfectamente bien que él nos gobierne conforme a su voluntad. Es así como se muestra paciencia. Pero no hay nada mejor ni más útil que considerar el espejo que aquí se nos presenta. Hemos visto que Job podría haber sido abrumado* habiendo oído tantas malas noticias. Ahora, dice que se levantó y rasgó sus ropas, que se rasuró la cabeza y que se postró en tierra para humillarse delante de Dios. Aquí vemos, en primer lugar, que aquellos que son pacientes saben cómo llevar una aflicción, puesto que sienten disgusto y angustia en su corazón; porque si fuésemos como un tronco de árbol o una piedra, no habría virtud en nosotros. ¿Acaso es digno de ser alabado un hombre que no es consciente de su enfermedad? Ciertamente, vemos a un débil mental riéndose, burlándose de todo el mundo, a pesar de estar al borde de la tumba; es una persona inconsciente de su enfermedad. Esto, pues, no merece ser considerado o tenido en cuenta como virtud, puesto que es estupidez; a veces las bestias brutas no sienten nada, y no por eso son virtuosas. De manera entonces, notemos que la palabra "paciencia" no significa que los hombres deban ser mentalmente disminuidos,² que no deben sentir tristeza, que nunca se deben sentir ofendidos cuando experimentan alguna aflicción; virtud es cuando son capaces de dominarse y controlarse de tal modo que no cesan de alabar a Dios en medio de todas sus aflicciones, que no son abatidos por la angustia ni tan absorbidos por ella que renuncian a todo; que, en cambio, luchan contra sus pasiones hasta poder aceptar la buena voluntad de Dios para concluir como Job lo hace aquí, diciendo que Dios es totalmente justo.

Eso es lo que debemos notar cuando dice: "Job rasgó sus ropas y se rasuró la cabeza." Esto era una costumbre en los países orientales, como también sabemos que había otras ceremonias en aquellas regiones que no existen en los países fríos donde nosotros vivimos. Porque cuando ocurría algo que podía despertar gran enojo en los hombres, rompían sus ropas como señal de congoja. Suficiente a este respecto. Entonces, cuando Job rompe su ropa y se rasura la cabeza, lo hace en señal del dolor que le sobrevino. Ahora, es cierto que su conducta no era de ninguna manera fingida, como frecuentemente la de aquellos que se quieren disfrazar y se ponen máscaras para que nadie sospeche que tienen profunda tristeza, y para no dejar de reír en su corazón. Job no usó de semejante hipocresía. Sepamos entonces, que cuando hubo rasgado sus ropas y rasurado su cabello, era por la angustia y la ilimitada amargura, y que cuando se postró en tierra, lo hizo en señal de otro testimonio. Sin embargo, pareciera aquí que Job da rienda suelta a su tristeza, lo cual habría sido un defecto condenable. Porque sabemos que los hombres son demasiado excesivos y desbordantes en sus pasiones. Porque si bien se contiene y se corrigen a sí mismos tanto como pueden, sin embargo no dejan de salirse de sus límites; no hay nada más difícil que controlarnos de tal manera de mantenernos a nosotros mismos bajo control y en orden. Vemos que la gente no sabe regocijarse sin estar demasiado festiva. La amargura o tristeza es una pasión mucho más violenta que descarría a las personas mucho más que la alegría. Así que, entonces, debemos estar en guardia siempre y toda vez que Dios nos envíe alguna adversidad, porque es allí donde solemos descontrolarnos más. Ahora, dice aquí que Job rasgó sus ropas; como si quisiera incentivar a estar más triste de lo que estaba, porque un hombre, al verse tan desfigurado, se asombra de su propio aspecto, y luego, tocante a su cabello, se podría decir que buscaba elementos para agujionarse a sí mismo y ayudarse en su congoja, y que él mismo se estaba llevando a la desesperación. Lo cual (como he dicho) sería condenable; sin

embargo, notemos en primer lugar, que la escritura aquí quiere expresarnos que la tristeza de este santo hombre era tan grande y tan vehemente que no pudo consolarse y que fue más allá de la costumbre normal, rompiendo sus ropas, para mostrar que experimentaba tal angustia y que estaba acongojado hasta lo más profundo de su corazón. Esto es lo que las escrituras quieren expresar. Ahora bien, aunque los hombres tienen que estar atentos para no ser avasallados por la tristeza cuando están en aflicciones, no obstante deben reflexionar cuando Dios envía algún mal. Porque la forma común de rechazar cualquier prueba es muy perniciosa; pero ese es el modo en que se han conducido a este respecto; cuando quisieron practicar la paciencia extinguieron todos los pensamientos referidos a sus males, los expulsaron lejos, se apartaron de ellos; en breve, aspiraron a tal estupidez como es la de no poder discernir nada. Muy por el contrario, cuando Dios nos aflige no es para darnos con la maza en la cabeza de manera que quedemos mareados y semi-inconscientes, sino que quiere inducirnos a reflexionar en nuestra miseria. ¿Cómo? Además de la necesidad de recordarnos nuestros pecados para pedir perdón por ellos y ser tanto más cuidadosos de andar en forma adecuada, también se nos enseña que es parte de nuestra vida, para que no busquemos de agradarnos a nosotros mismos, para que no nos inflemos de vanidad ni presunción, y para que luego reconozcamos nuestra obligación para con Dios por tratarnos tan tiernamente, por llevarnos corno nos lleva, en su seno; y entonces, viendo que él cuida de nuestras vidas, miremos más allá, es decir, hacia el reino eterno en el cual está nuestro verdadero gozo y descanso. Así es, pues, que Dios no deja de ser piadoso con nosotros cuando nos envía algunas aflicciones; porque es para que, examinando lo que hay en nuestro interior, reconozcamos nuestra condición. Además es bueno y útil que los creyentes, cuando son afligidos por Dios, se sientan motivados a pensar en su interior." ¿Quién soy yo? ¿Qué será de mí? ¿Por qué soy afligido de tal manera?" Que piensen (digo) en todo esto. Ahora bien, es así como Job pudo rasgar sus ropas y rasurarse la cabeza sin ofender a Dios; no es que quiso precipitarse a un excesivo enojo, sino humillarse, puesto que para los antiguos era un signo de arrepentimiento. Porque cuando Dios enviaba pestilencia o guerra, ellos se vestían de cilicio y se echaban ceniza en la cabeza. ¿Por qué eso? No era para alimentar una tristeza perniciosa, de la cual San Pablo habla (II Cor. 7:10) la cual como dice, es conforme al mundo (de ella debemos huir), pero esta era otra tristeza que, como dice, es conforme a Dios, cuando los hombres habiendo visto que son pobres pecadores se presentan ante su Juez para reconocer que son condenados y que merecen la confusión que atraviesan. Porque aquel que lleva cilicio, aquel que lleva cenizas en su cabeza, testifica que ya no tiene base para glorificarse a sí mismo, que debe callarse la boca, que es como si ya estuviese sepultado, como diciendo: "No soy digno de ser sustentado por la tierra, sino que la tierra debiera cubrirme, y Dios debería arrojarme tan profundamente que yo quedase como postrado."

Esto es lo que Job quería significar; viendo que Dios le invita a la humildad ciertamente quiso conformarse y por eso rasgó sus ropas y se rasuró la cabeza. Ahora bien, aunque vemos (como ya lo he mencionado) que la paciencia no es sin aflicciones y que es muy necesario que los hijos de Dios conozcan la tristeza y experimenten el dolor, no obstante, no dejan de tener la virtud de la paciencia, resistiendo a sus pasiones y no irritándose contra Dios, de modo de no descontrolarse, de no dar coces contra la esperanza, sino de dar, en cambio, la gloria a Dios, tal como sigue inmediatamente en el texto. "*Y se postró en tierra y adoró.*" Ahora bien, es cierto que esta palabra significa "reclinarse" o "acostarse" pero implica el propósito de humillarse a sí mismo delante de Dios honrándolo. Vemos a algunos que se postran en tierra, pero siguen tan enojados, que si les fuera posible ascenderían a las nubes y harían guerra contra Dios. Vemos a aquellos que se extravían en su despecho, pero es porque no pueden ir contra Dios como quisieran. En cambio Job, muy por el contrario, se postra en tierra para adorar, mirando ciertamente a Dios para humillarse ante su excelsa majestad. Porque cuando experimentamos la mano de Dios es cuando deberíamos rendirle homenaje más que nunca. Es cierto que cuando Dios nos trata bondadosamente deberíamos sentirnos motivados a acercarnos a él

puesto que, en efecto, él nos invita. La gran bondad que él nos demuestra ¿qué es sino que quiere acercarnos a sí mismo? Pero como somos tan lerdos para venir, él tiene que emplazarnos y mostrarnos el derecho que tiene sobre nosotros; como un príncipe que, viendo a su vasallo lerdo en el cumplimiento de su deber, le envía un oficial para emplazarlo. Así Dios, viendo que no tenemos en cuenta el acercarnos a él o de acercarnos quizá sin el ardiente afecto que propiamente es requerido, él nos invita y llama. Por lo tanto, Job, conociendo el verdadero uso de la aflicción, se postra en tierra, para honrar a Dios, como diciendo: "Señor, es cierto que hasta ahora te he honrado y servido mientras yo prosperaba, y mientras vivía en mis grandes triunfos me deleitaba en servirte. ¿Pero, qué de ello? No me conocía totalmente a mí mismo; y ahora veo mi debilidad y que somos criaturas miserables. Así que Señor, ahora vengo a rendirte un nuevo honor si te agrada afligirme en el mundo; Señor me rindo voluntariamente a tí, y no pido nada sino el rendirme sujeto a tu mano, sin importar lo que de ello resulte." Con esto es suficiente lo dicho respecto de "y se postró en tierra con el propósito de adorar a Dios."

Cuando Job reconoce la condición del hombre dice: "Desnudo salí del vientre de mi madre, "y desnudo volveré allá." Cuando dice "allá" implica que es de otra parte, esto es, del seno de la tierra, que es la madre de todos; o quizá como un hombre, enfermo del corazón,³ que no dice todas las palabras, sin que habla a medias, como vemos que hacen quienes están extremadamente tristes, que no expresan todas sus palabras. Sin embargo, esta declaración es suficientemente clara, es decir, que Job quiere decir "bien, tengo que regresar a la tierra, tal como he salido del vientre de mi madre." Es cierto que este pasaje podría ser tomado en un sentido doble, es decir, primeramente, como una afirmación general. He aquí los hombres que han venido al mundo, y se van de la misma manera, no se llevan sus riquezas, ni sus honores, ni sus pompas, ni sus deleites. Deben volver en ruina; la tierra tiene que recibirlos. La otra interpretación es más adecuada, es decir, que Job aplica esto a sí mismo, como diciendo: "desnudo salí del vientre de mi madre; durante un tiempo Dios quiso enriquecerme, de modo que tuve gran cantidad de ganado, y una gran familia, tuve una multitud de hijos, en resumen, estuve bien provisto de dones y bendiciones con que Dios me había engrandecido. Ahora quiere que me vaya totalmente desnudo; él me enriqueció con todas estas cosas, ahora me las quitó para que yo pueda volver a mi primer estado y para que ahora me pueda preparar para el sepulcro." Es bueno notar esta oración. Porque Job no pudo haber probado mejor su paciencia que determinando su total desnudez viendo que tal era la buena voluntad de Dios. Ciertamente los hombres se resisten en vano; pueden crujir sus dientes, pero deben volver al sepulcro totalmente desnudo. Incluso los paganos han dicho que solamente la muerte muestra la pequeñez de los hombres. ¿Por qué? Porque tenemos una vorágine tal de codicia que nos tragaríamos la tierra entera; si una persona tiene muchas riquezas, viñedos, prados y posesiones, todo ello no es suficiente; Dios tendría que crear mundos nuevos si quisiera satisfacerlos. ¿Pero, qué si morimos? A seis pies bajo la tierra nos descomponemos y somos reducidos a nada. De modo entonces que la muerte muestra cuál es nuestra naturaleza. Sin embargo, vemos que muchos luchan contra tal realidad; construyen honorables sepulcros, celebran funerales triunfantes; pareciera que esas personas quisieran resistir a Dios, pero no lo logran totalmente. Ahora bien, esa es la condición general de los hombres; pero en cuanto a nosotros tenemos que sufrir pacientemente el ser despojados después de haber sido vestidos de bienes y riquezas; debemos permitir (digo) que Dios nos prive de todo y que vivamos totalmente despojados y desnudos, y que en tal condición estemos preparados para volver al sepulcro. Así es (digo) como hemos de probar nuestra paciencia. Y eso es lo que Job quería indicar en este pasaje. De modo entonces, siempre que nos falten los bienes de este mundo, y estemos hambrientos y sedientos, y soportemos la presión de algunas aflicciones, y no tengamos ninguna ayuda, pensemos en nuestro origen, considerémonos a nosotros mismos y quiénes somos, y adonde vamos. Porque los hombres abusan del cuidado paterno de Dios cuando les muestra lo que les tiene que suceder. Ciertamente, debiéramos tener esto bien grabado en nuestro corazón: es decir, que Dios no quiere que tengamos ninguna necesidad,

que él no nos pondría en el mundo si no estuviera dispuesto a alimentarnos; sin embargo, siempre tenemos que reconocer que esto nos viene de afuera y que no debiéramos suponer que tenemos por derecho propio lo que poseemos por la voluntaria bondad de Dios. Si un hombre me aumentase por pura liberalidad y me dijese: "Ven cada día; tendrás tanto vino, tanto pan; quiero sustentarte; y no es que lo haría por obligación, sino que quisiera darte esto." Si luego yo intentara entablarle pleito para recoger lo que debiera pedir para cada día, recibiendo el sustento de su mano, y si quisiera hacer una ganancia con lo que él me da de su pura liberalidad, ¿no sería ello una villana ingratitud? Merecería que alguien me escupiera en la cara. Tanto más estamos obligados a recibir los bienes que Dios nos da, con toda modestia, sabiendo que él no nos debe nada y, puesto que somos pobres, debemos venir a él y pedirle cada día de su infinita liberalidad. De modo entonces, cuando tenemos alguna necesidad, corramos a él (como he dicho) y reconozcamos "¿de dónde he salido? He salido del vientre de mi madre, totalmente desnudo, una criatura pobre y miserable, necesité ayuda y necesité ser limpiado de la pobreza en que estaba; hubiera perecido totalmente si no hubiera sido ayudado de afuera. Entonces, le agradó a Dios alimentarme y preservarme hasta ahora, y de hacerme una infinidad de favores. Y si él ahora quisiera afligirme está muy bien que yo lo soporte todo pacientemente, puesto que proviene de su mano." Esto es lo que debemos recordar de lo que se nos muestra por medio de Job. "Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré al sepulcro." En resumen, nosotros pensamos así: Cuando Dios ha puesto algunos bienes en nuestras manos, que su titularidad siga con nosotros, que seamos acompañados por nuestras riquezas y que éstas nos sigan hasta el sepulcro y que nunca seamos privados de ellas. Pero no pensemos de esa manera; porque así nos engañamos a nosotros mismos; al contrario sepamos que si es la buena voluntad de Dios quitarnos los bienes con que nos puede haber engrandecido, al día siguiente debemos estar listos para ser privados de ellos, que no nos dañará ser despojados en un minute de todo aquello que hayamos podido adquirir a lo largo de toda nuestra vida. Pero Job nos lleva aún más lejos, "*Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito.*" Al decir que Dios lo ha dado, muestra que es razonable que Dios disponga de lo que ha puesto en nuestras manos, puesto que es suyo; porque cuando Dios nos envía riquezas no renuncia a su titularidad, ni deja de tener señorío sobre ellos (como lo debe tener) por ser el Creador del mundo. Porque la palabra "Creador" implica que lo ha hecho todo de tal manera que todo el poder y soberano dominio que tiene permanecen con él. Y aunque los hombres poseen cada uno su porción según Dios los haya engrandecido mediante los bienes de este mundo, no obstante, él siempre tiene que seguir siendo Señor y Dueño de ello. Job entonces, reconoció esto y se sujetó enteramente a la buena voluntad de Dios; y todos nosotros confesamos que esto es más que justo, aunque nadie esté dispuesto a acogerse a ello. Esto puede ocurrir tan pronto Dios nos ha permitido disfrutar por tres días de algunas bendiciones; nos parece que al quitárnoslas, nos hiere profundamente y que deberíamos murmurar contra él. ¿Y qué diremos a esto? Recientemente discutí sobre la ingratitud que es cuando, habiéndonos revelado Dios durante un tiempo con liberalidad, creemos que nunca debiera fallarnos, hagamos lo que hagamos. Esta entonces es una afirmación suficientemente común, pero tan raras veces practicada que obviamente solo un número muy pequeño de personas la entienden. Tanto más debemos reflexionar en el significado de "Dios dio, y Dios quitó para reconocer con qué libertad el Señor nos ha concedido disfrutar de sus bienes, y que también, si le place, puede privarnos de ellos en un minuto. Y es por eso que San Pablo nos exhorta (I Corintios 7:30) que, tanto más viendo que este mundo se desvanece y que todas las cosas envejecen y se deshacen, debiéramos poseer como si no poseyésemos, esto es, no debiéramos inhibir nuestro coraje; ⁴ como dice en otra parte (I Tim. 6:17) "no debemos poner la esperanza en las riquezas inciertas." Siempre debemos estar dispuestos a decir con Job "Cuando Dios quiera despojarnos de lo que nos ha dado," o quizá, "Señor, tú has ejercido tu derecho, tú lo has dado, y tú lo has quitado, según te agradó a ti." Este entonces, es el resumen de este pasaje, es decir, cada vez que pensemos en los bienes de este mundo

debemos recordar que los hemos recibido todos de Dios. ¿Y bajo qué condiciones? No por derecho de propiedad, al punto que él ya no quiera ejercer ninguna titularidad sobre ellos; pero si le agradó depositarlos en nuestras manos es bajo la condición de volver a tomarlos cuando le parezca bien. Reconozcamos entonces que estamos tanto más comprometidos con él cuando nos ha permitido disfrutar algunos beneficios, sea por un día, un mes o algún tiempo, de modo que no nos parezca demasiado extraño si nos despoja de ellos; en cambio, estemos prestos a reconocer lo que he dicho, que "Dios siempre pueda tener tal superioridad sobre nosotros que pueda disponer de lo suyo según le parezca bien." Si para los seres mortales es algo terrible controlar a voluntad sus bienes, ¿no se debería atribuir mucho mayor control al Dios viviente? Viendo entonces, como el Señor debiera tener señorío, no solamente sobre lo que poseemos, sino también sobre nuestras personas y sobre nuestros hijos, deberíamos humillarnos enteramente, sin contradicción alguna ante su santa voluntad. Pero ¿qué es lo que vemos? Son muy pocos los que rinden este homenaje a Dios. Es cierto, cada uno reconocerá, sin vacilar, que es Dios quien les dio cuanto poseen; ¿pero qué hacen al respecto? Se vuelven contra él, se levantan como para desafiarlo. ¿Y qué es esto? ¿Pregunto, acaso no es una burla? Por cierto, es una insoportable hipocresía cuando, habiendo reconocido que todo lo recibimos de Dios, no obstante nunca estamos dispuestos a permitir que disponga de ello; no estamos dispuestos a que cambie algo, deseamos que nos deje en paz, que se aparte de nosotros, como si estuviéramos separados de él y fuera de su jurisdicción. Es como si alguien dijera: "Ah sí, estoy contento de reconocer que fulano es mi príncipe, he de rendirle suficiente honor y obediencia; pero que no entre en mi casa, que no venga a pedirme nada, que no me cause molestias." El mundo no soportaría semejante vileza. Sin embargo, así es como jugamos con Dios. ¿Y qué significado tiene que confesar: "Reconozcamos que todo proviene de él" si al mismo tiempo no queremos que toque nada? Vemos entonces cómo el mundo se burla abiertamente de Dios; por eso siempre debemos seguir lo que aquí se nos presenta, es decir, ya que Dios nos ha dado cuanto hay en nuestras manos, él también tiene derecho a pedirlo de vuelta y quitárnoslo cuando le plazca.

Además se agrega aquí la implicancia final: "*Sea el nombre de Jehová bendito.*" Porque con ello Job se somete a Dios confesando que El es bueno y justo, a pesar de estar bajo severas aflicciones causadas por su mano. He dicho que esto implica aun más; porque uno puede atribuir plenamente a Dios soberano poder diciendo: "Muy bien, puesto que él lo ha dado, es cierto que él puede volver a tomarlo, no obstante, sin reconocer que Dios lo hace justa y razonablemente; muchos lo hacen así pues cuando son afligidos acusan de crueldad a Dios, o de severidad, de manera que no le reconocen el derecho de volver a tomar lo que les ha dado; y no consideran (como he dicho) que debieran poseer las riquezas de tal modo que al siguiente día puedan ser despojados de ellas. Son muy pocos los que sostienen esta consideración al extremo de permanecer en paz confesando que no hay nada mejor que estar totalmente sujetos a la majestad de Dios y reconocer que dejarnos hacer nuestros deseos solamente no causaría confusión; pero si él nos gobierna conforme a su voluntad ello es para nuestro provecho y salvación. Este es el punto de vista al cual debemos arribar. Ahora vemos, entonces, que la frase "Bendito el nombre de Jehová" implica más. Porque no solamente debemos desmenuzar las palabras,⁵ sino considerar la intención de la cual proceden, y que son dichas en verdad y sin simulación. Porque, cómo será posible bendecir el nombre de Dios excepto que antes le confesemos como justo. Pero aquel que murmura contra Dios, como si Dios fuera cruel e inhumano, maldice a Dios y con ello se rebela contra él; aquel que no reconoce que Dios es su Padre, y él su hijo, aquel que no da testimonio de su bondad, absolutamente no bendice a Dios. ¿Y por qué no? Porque aquellos que no aprecian la misericordia y la gran bondad que Dios les manifiesta cuando los aflige, tienen que crujir los dientes y escupir y expresar alguna ponzoña contra él. Entonces, bendecir el nombre de Dios implica estar bien persuadidos de que él es justo y equitativo con nosotros y no solamente esto, sino que es justo y misericordioso. Así es cómo debemos poder bendecir el nombre de Dios

(siguiendo el ejemplo de Job) reconociendo su justicia y su equidad, y, reconociendo también su gracia y bondad paternal hacia nosotros.

Y por eso, para concluir, el texto también agrega: "*En todo esto no pecó Job ni atribuyó a Dios despropósito alguno.*" O, literalmente, Job no imputó ni impuso a Dios ninguna sinrazón; y su forma de hablar es sumamente digna de ser observada. ¿A qué se debe que los hombres se irritan tanto con Dios cuando les manda cosas totalmente contrarias a sus deseos, y por qué no reconocen que todas las cosas las hace Dios con una razón y con un motivo justo? Porque si en nuestro corazón estuviera bien grabado que "todo lo que Dios hace está fundado en una buena razón" ciertamente nos avergonzaríamos de acalorarnos tanto contra él, digo sabiendo que tiene buenos motivos para despojarnos así de cosas, como vemos que lo hace. Ahora, por eso se dice especialmente que Job no atribuyó despropósito alguno a Dios, es decir, que Dios no hizo nada que no fuese justo y equitativo. Suficiente con esto. Pero debemos notar, sobre todo la palabra " en Dios"⁶ o "a Dios." Ellas implican mucho, porque no creemos que se deba hablar tan abominablemente de las obras de Dios como lo hacemos nosotros. Tan pronto Dios nos envía lo que hemos querido, disputamos con él, le hacemos pleito; no es algo visible, pero nuestra conducta demuestra que tal es nuestra intención. Ante cada golpe preguntamos "¿Y por qué ha pasado esto?" Pero, ¿de parte de qué espíritu decimos? De parte de un corazón amargado; como si dijéramos: "Esto tendría que haber sido diferente; no le veo razón de ser." Entre tanto, Dios es condenado entre nosotros. Así es cómo los hombres se exasperan ellos mismos.⁸ Y ¿qué hacen con esto? Es como si acusaran a Dios de ser un tirano o un descabezado que sólo pretende confundirlo todo. La boca de los hombres exhala blasfemias tan horribles, y muy pocos piensan en ellos. Sin embargo, el Espíritu Santo quiso decirnos que si queremos glorificar a Dios y bendecir adecuadamente su nombre, debemos estar persuadidos de que Dios no hace nada sin razón. Entonces, no le atribuyamos crueldad ni ignorancia, como si hiciera las cosas por despecho e inadvertidamente; reconozcamos en cambio, que en todo y por todo, él procede con admirable justicia, con bondad e infinita sabiduría, de modo que solamente hay absoluta rectitud en todo lo que hace. Ahora, es cierto que hay aquí un asunto que dilucidar, esto es, ¿cómo reconoció Job que Dios le había quitado lo que le fue llevado por los ladrones; es algo que nos parece muy extraño, pero lo que no podemos explicar ahora, lo dejaremos para mañana. Es suficiente con haber demostrado que si somos afligidos no hemos de pensar que ello ocurre sin razón, sino que Dios tiene una buena causa para hacerlo. Y toda vez que estemos en pruebas y angustias volvamos corriendo a él, oremos a él que nos dé la gracia de reconocer que en este mundo nada nos ocurre sin que él los disponga; y de estar convencidos que él dispone todas las cosas de tal manera que todo redunde para nuestra salvación. Y cuando tengamos ese convencimiento nos ayudará a llevar pacientemente las aflicciones que él nos mande. También nos hará humildes ante él, y que, habiendo gustado su bondad paternal, no hemos de querer otra cosa sino glorificarle en todo y por medio de todo, tanto en las aflicciones como en la prosperidad.

Ahora hemos de inclinarnos ante el rostro de nuestro Dios.

NOTAS DEL TEXTO SERMÓN NO. 2

*De *Calvini Opera, Corpus Reformatorum*. V. 33, pp. 91-303.

1. Francés: *abysme*, arrojado a las profundidades.
2. Francés: *eslourdis*, agobiar (mentalmente).
3. Francés: *qui a le coeur serré*.
4. Francés: *que nous n'y ayons point nostre courage attaché*. Quizá quiera significar que no debemos poner nuestro corazón en cosas.
5. Francés: *esplucher les mots*, seleccionar palabras.

6. Francés: *en Dieu*.
7. Francés: *e quel courage*.
8. Francés: *se jettent hors des gonds*, salirse de quicios.

SERMÓN N°3 BIENAVENTURADO EL HOMBRE A QUIEN DIOS CORRIGE*

He aquí, bienaventurado es el hombre a quien Dios castiga; por tanto, no menosprecies la corrección del Todopoderoso. Porque él es quien hace la llaga, y él la vendará; El hiere, y sus manos curan" (Job 5:17,18).

Anteriormente Elifaz había declarado cuál es el poder de Dios para que estuviésemos mejor preparados para recibir la doctrina que ahora añade. Pues vemos por qué no somos tan abiertos a la enseñanza como debiéramos, es decir, porque no conocemos suficientemente la majestad de Dios para ser tocados por el temor a él. Por eso tenemos que saber cómo gobierna Dios al mundo, y tenemos que considerar su infinita justicia, su poder y sabiduría. Ahora bien, si los malvados son confundidos porque Dios se muestra contrario a ellos y así les tapa la boca, ¿cuál ha de ser nuestra actitud? Porque Dios no tiene por qué constreñirnos a rendirle honor; es suficiente con darnos la ocasión y con mostrarnos cómo es que hay motivos justos para hacerlo, y por qué nosotros deberíamos venir por nuestra propia decisión. De manera entonces, tengamos en mente lo que ha sido previamente declarado, esto es, que cuando los juicios de Dios son puestos ante nosotros, no es asunto de reírnos o de bobear, sino que corresponde que todas las criaturas tiemblen ante ellos.

Y ahora dice que es *"bienaventurado el hombre a quien Dios castiga y que por eso no debemos rehusar la corrección del Todopoderoso."* Si alguien nos dijera que Dios no hace daño a los hombres cuando se constituye en su Juez usando de gran severidad y rigor hacia ellos, sería algo que ciertamente debiera afectarnos suficientemente; de todos modos estaríamos tan asombrados por semejante doctrina como lo estaríamos si un hombre nos diera con un martillo en la cabeza. ¿Qué hemos de hacer entonces? Debe haber mezclado un poco de azúcar para que gustemos lo que se está por decir, asegurándonos que es provechoso para nuestra salvación. De modo entonces, que después que Elifaz hubo declarado los juicios de Dios en términos generales, para que estemos dispuestos a temerle con toda humildad, ahora nos muestra que Dios manifiesta amor, sin importar el rumbo que el mundo tome; y que, especialmente al castigarnos, nunca es tan severo con nosotros que no nos haga sentir su bondad y misericordia en ellos, a efectos de que nos acerquemos a él y no desmayemos, como aquellos que tienen temor de ser confundidos. Dios entonces, no tiene la intención de que su majestad sea tan terrible para nosotros; su intención, en cambio, es acercarnos a sí mismo, para que le amemos, no únicamente cuando nos hace bien, sino también cuando nos castiga por nuestros pecados. Vemos entonces lo que debemos aprovechar de este pasaje. Sin embargo, pareciera que esta afirmación es contraria a lo que está escrito en el resto de las Sagradas Escrituras: es decir, que todas las miserias y calamidades de esta vida terrenal provienen del pecado y consecuentemente de la maldición de Dios. ¿Cómo pueden concordar estas cosas: que seamos bendecidos cuando Dios nos castiga; que todos los males que nos sobrevienen de sus manos son señales de su ira; que le hemos ofendido y que él nos maldice? Porque, ¿de dónde proviene nuestra felicidad y gozo, sino de Dios? Y, por el contrario, cuando Dios está contra nosotros vemos que nuestra vida está en maldición. Nuevamente, cuando sentimos que por el hecho de castigarnos Dios está enojado con nosotros, aparentemente no hay felicidad en ello. Pero hemos de notar que aquí cómo Elifaz tiene en cuenta la intención y el final que Dios persigue al castigarnos. Es cierto que Dios indica cuanto aborrece el pecado, y es cierto que el orden por El señalado en la creación del mundo es trastornado cuando no nos

trata como un padre. Entonces ustedes ven, cómo todas las adversidades de la vida nos dan una señal de la maldición de Dios, para que así entendamos que el pecado desagrade a Dios, y que Dios lo odia y aborrece, y que no lo soporta puesto que él es la fuente de toda justicia. Pero a pesar de esto, cuando Dios nos ha declarado así la aversión que tiene contra el pecado también nos hace percibir cómo nos atrae, exhorta y emplaza a arrepentimos. Entonces, ¿nos aflige Dios? Ello es una señal de que no quiere que perezcamos y que nos solicita a volver a él. Porque las correcciones son como testimonios de que Dios está dispuesto a recibirnos en misericordia si reconocemos nuestras faltas y sinceramente pedimos que nos perdone. Siendo esto el caso, no nos debe parecer extraño que Elifaz diga que es bienaventurado el hombre a quien Dios castiga. En cambio, debemos recordar los dos puntos que he mencionado, de los cuales el primero es que, tan pronto nos sobreviene un mal, debe presentarse ante nosotros la ira de Dios para que entendamos que él no puede soportar el pecado; en consecuencia hemos de considerar la severidad de su juicio de modo de apenarnos sinceramente por haberle ofendido. He aquí el punto por donde hemos de comenzar. Luego debemos considerar la bondad de Dios no dejándonos correr a la perdición, atrayéndonos en cambio a regresar al hogar a sí mismo, demostrándonos su intención de hacernos volver tantas veces cuantas veces nos aflige. Vemos cómo hemos de considerar todas nuestras aflicciones. Pero aún queda un punto difícil aquí; porque mientras vemos que las aflicciones son comunes a todos los hombres, Dios castiga a aquellos a quienes quiere mostrar su misericordia; pero vemos que también castiga a los malvados, permitiendo que sigan pecando para su mayor condenación. ¿De qué le sirvieron a Faraón todos los azotes, sino para hacerlo tanto más inexcusable, puesto que siguió testarudo e incorregible hacia Dios, hasta su mismo final? Siendo entonces, que Dios aflige tanto a buenos como a malos y que, como vemos por experiencia, las aflicciones son fuego para encender tanto más la ira de Dios contra los malvados, concluimos que Dios castiga a muchas personas que no serán bendecidas con ello.

Entonces esto nos lleva a notar que aquí Elifaz habla solamente de aquellos que Dios castiga como a hijos suyos, para provecho de ellos, según lo declara con las palabras que siguen, afirmando que él *"hace la llaga y él la vendará."* Él les coloca vendajes y sana la llaga. Ustedes ven que Elifaz limita su afirmación a aquellos en quienes Dios convierte el castigo en auténtica corrección. Pero esta afirmación seguirá siendo un tanto oscura hasta que sea explicada más detalladamente, de modo que ustedes sean clara y firmemente persuadidos por ella. Notemos cómo Dios obra con los malvados. Es cierto que con el castigo él exhorta a todos los hombres al arrepentimiento (como hemos dicho) y es lo mismo que si los despertase y les dijera: "Conozcan sus faltas, y ya no sigan más en ellas, en cambio, vuélvanse a mí, y yo estoy dispuesto a mostrarles misericordia." Sin embargo, a pesar de todo ello, es bien sabido que el castigo no aprovecha a todos los hombres y que no a todos concede la gracia de volverse a él. Porque a Dios no le basta con herirnos con su mano, a menos que también nos toque interiormente con su Espíritu Santo. Si Dios no quitara la dureza de nuestro corazón nos ocurriría lo que también le ocurrió a Faraón. Porque los hombres son como yunques. Los golpes no cambian su naturaleza; puesto que vemos cómo los rechazan. De igual manera entonces, hasta que Dios nos haya tocado en lo más profundo de nuestro interior, es cierto que no haremos nada sino dar coces contra él, escupiendo más y más veneno; y toda vez que nos castigue crujiremos los dientes, y no haremos nada sino atacarle a él. Y, en efecto, tan malvada es la iniquidad de los hombres, tan testaruda, tan desesperada que cuando Dios más los castiga, más le escupen sus blasfemias, mostrándose totalmente incorregibles, de modo que no hay forma de hacerles entrar en razón. Aprendamos entonces, que hasta que Dios nos haya tocado con su Santo Espíritu es imposible que sus castigos sirvan para traernos al arrepentimiento, más bien nos llevarán de mal en peor. Y, sin embargo, no se puede decir que Dios no sea justo el obrar de esa manera. ¿Y por qué? Porque de esa manera los hombres se convencen. De modo que si Dios no los mantuviera a raya, castigando sus pecados, ellos podrían argumentar ignorancia, afirmando que no los sabían, y que ellos se excedían por no

haber sido invitados por Dios a reconocer sus faltas. Pero una vez que sintieron la mano de Dios, y percibieron sus juicios, a pesar de crujir sus dientes, y de ser emplazados, no sólo han ido de mal en peor, sino que se han inflado con rebelión abierta y manifiesta contra Dios; con lo cual vemos que, en efecto, tienen sus bocas tapadas y ya no pueden decir nada por ellos mismos. Entonces ustedes ven cómo Dios muestra su justicia cada vez que castiga a los hombres, aunque dicho castigo resulta no ser una corrección para su enmienda.

Además, cuando Dios castiga a los malvados es como si precisamente hubiera comenzado a mostrar su ira sobre ellos, y que el fuego de su ira ya se hubiera encendido. Es cierto que por el momento no son consumidos totalmente; entonces éstas son señales de la horrible venganza que les está preparada para el día final. Ustedes ven que muchas personas son tocadas por la mano de Dios y sin embargo, son malditas. Porque ya comienzan su infierno en este mundo, conforme a los ejemplos que tenemos en todos aquellos que no cambian su malvada vida cuando Dios les envía aflicciones; se los puede ver en una esquina aullando como perros, y aunque no pueden hacer otra cosa, no dejan de mostrar una continua cólera. O bien son como caballos desbocados como se los compara en Salmo 32:9; o también están completamente viciados de manera que no reconocen su propio mal, quiero decir como para considerar la mano que los golpea, como dice el profeta: "habrá llanto, porque pasaré en medio de ti."¹ Pero, ¿de qué sirve? Ellos ya no piensan en la mano de Dios, ni saben cómo es que él los visita. Vemos entonces, con nuestros ojos que muchas personas son aun más desdichadas al ser castigadas por la mano de Dios porque no les aprovecha su escuela ni reciben ningún beneficio de sus azotes. Pero aquí se mencionan particularmente a aquellos a quienes Dios castiga tocándolos con su Santo Espíritu. Por eso, estemos nosotros mismos seguros de que cuando Dios nos hace sentir su mano, de modo de humillarnos bajo ella, que Dios nos está haciendo un favor especial, y que se trata de un privilegio que él no concede a ninguno, sino a sus propios hijos. Cuando sentimos la corrección que él nos manda, y además somos enseñados a disgustarnos con nosotros mismos por causa de nuestras ofensas, a suspirar y gemir por ellas en su presencia y a refugiarnos en su misericordia; digo que si ése es nuestro sentimiento en cuanto a los castigos de Dios, será señal de que él ha obrado en nuestro corazón por medio del Espíritu Santo. Porque es demasiada sabiduría para que crezca por sí misma en la mente del hombre; tiene que proceder de la libre y buena voluntad de nuestro Dios; el Espíritu Santo primero tiene que haber suavizado esa maldita dureza y testarudez que hemos mencionado y a la cual nos inclinamos por naturaleza. Entendamos entonces que este texto se refiere particularmente a los hijos de Dios, los cuales no están empecinados contra la mano de Dios, sino que han sido vencidos y son dóciles por la obra del Espíritu Santo, a efectos de que ya no luchen contra las aflicciones que él les manda. Pero, aun así, esta afirmación parecerá extraña conforme a la opinión de la carne. ¿Por qué? Todas las circunstancias que resultan distintas a nuestros anhelos las tildamos de "adversidades." Cuando sufrimos hambre, sed, frío o calor decimos que es grande el mal. ¿Por qué? Porque queremos gratificar a nuestros propios apetitos y deseos. Y, en efecto, esta manera de hablar (diciendo que las desgracias que Dios nos envía son adversidades, esto es, cosas contrarias a nosotros) no carece de razón. Por eso debemos entender su propósito, esto es, que Dios aflige por causa de nuestros pecados. Por eso, no seamos seducidos a adularnos a nosotros mismos.

Además yo ya les he dicho que nos es necesario considerar que las aflicciones que nos manda Dios son porque él odia el pecado, y que si él nos emplaza ante su presencia es para hacernos sentir que él es nuestro Juez; pero también porque era necesario extendernos sus brazos y mostrarnos que está dispuesto a reconciliarnos consigo cuando nos acercamos con verdadero arrepentimiento. Percibamos entonces que son bienaventurados aquellos a quienes Dios castiga, aunque huyamos de la adversidad tanto como nos sea posible. De modo entonces que nunca seremos capaces de consentir esta doctrina y recibirla en nuestros corazones hasta que la fe nos haya hecho comprender la bondad que Dios usa para con sus

siervos cuando los atrae de vuelta a sí mismo. Y para que podamos comprenderlo mejor señalemos lo que ocurre con las personas cuando Dios las deja libradas a sí mismas, y cuando no tiene intención de limpiarlas de sus pecados. Miren a una persona que es dada al mal: por ejemplo, consideremos al hombre que desprecia a Dios; si Dios lo deja solo y aparentemente no lo castiga, verán que esa persona se endurece a sí misma, y el diablo la lleva más y más lejos; por eso le habría sido mucho mejor si hubiera sido castigada antes. De modo que la mayor desgracia que nos puede ocurrir es que Dios permita que nos revolquemos en nuestras iniquidades; porque en ese caso, finalmente no podremos en ellas. Ciertamente, es de desear en gran manera que los hombres vengan a Dios por su propia voluntad, sin ser espolcados para hacerlo, y que se aferrasen a él sin mediar advertencia por causa de sus faltas y sin que sean reprochados; esto (digo) es algo en gran manera deseable, y más aun, que no hubiese faltas en nosotros, y que fuésemos como ángeles, deseando únicamente rendir obediencia a nuestro Creador y honrarle y amarle como a nuestro Padre. Pero teniendo en cuenta que somos tan perversos, que no cesamos de ofender a Dios y que además actuamos con hipocresía delante de él, anhelando solamente ocultar nuestras faltas; teniendo en cuenta que hay tanto orgullo en nosotros al extremo de querer que Dios nos deje solos y que nos sustente en nuestros deseos, de modo que finalmente nosotros seríamos los jueces suyos en vez de que él sea el nuestro; considerando (digo) lo perversos que somos, Dios ciertamente tiene que usar algún remedio violento a efectos de atraernos a sí mismo. Porque si nos tratara en forma absolutamente gentil, ¿qué ocurriría? En parte podemos verlo incluso en niños pequeños. Pues si su padre o madre no los castigan, ellos los mandarían a la horca. Ciertamente ellos no lo perciben; sin embargo, la experiencia lo demuestra y tenemos refranes populares de ellos: "Cuánto más los apañas, más pañales mojan." Y las madres van aun más allá, porque les gusta adularlos mientras que ellos se echan a perder; de esta manera Dios realmente nos ofrece pequeñas ilustraciones de aquello que es mucho mayor en él. Porque si nos tratara suavemente nos arruinaríamos del todo sin posibilidad de ser rescatados. Por eso, para mostrarse como padre hacia nosotros tiene que ser severo viendo que somos de una naturaleza tan rebelde que tratándonos gentilmente no seríamos capaces de aprovecharlo. ¿Ven ustedes cómo podemos entender la verdad de esta doctrina, de que es bienaventurado aquel a quien Dios castiga? Es decir, para ser claros, considerando cuál es nuestra naturaleza, cuan testarudos somos, y cuan difícil es ponernos en orden, y que, si Dios nunca nos castigase no nos sería provechoso; y que por eso es menester que él nos mantenga bajo control, y nos dé tantos azotes como sean necesarios para que nos acordemos de él. Entonces, finalmente llegaremos a la conclusión de que es bienaventurado el hombre a quien Dios castiga; ciertamente, tanto más si añade la segunda gracia, esto es, para ser precisos, si aplica sus varas y sus correcciones enviando al Espíritu Santo para obrar de tal modo en el corazón del hombre que éste ya no se empecine en su oposición a Dios sino que pueda tener la consideración de reflexionar sobre sus propios pecados y ser dócil y humillarse verdaderamente. Ustedes ven entonces por qué dije que el mayor beneficio que podemos recibir es ser corregidos por la mano de Dios a tal extremo que la corrección que nos envía nos sea más útil que el pan que comemos. Porque si morimos de hambre Dios nos habrá tenido piedad sacándonos de este mundo. Pero si seguimos viviendo aquí abajo y no cesamos de provocar la ira de aquel que se nos manifiesta como un padre tan bueno y liberal, ¿no sería acaso una ingratitud demasiado vergonzosa? Les pregunto, ¿no habría sido mejor haber nacido muertos que prolongar así nuestra vida para la condenación? Pero si Dios va delante de nosotros y usa los castigos como medicina preservativa, sin esperar que la enfermedad haya avanzado demasiado, ¿acaso no es un gran beneficio para nosotros, un beneficio que deberíamos desear? Entonces, tantas veces él nos corrija con dureza y amargura, y mientras duren sus correcciones sobre nosotros y nuestra carne nos provoque a la impaciencia y desesperación, aprendamos a recordar esta lección, de que es bienaventurado el hombre a quien Dios castiga aunque nuestra imaginación no lo admita; puesto que, por el contrario,

nosotros suponemos que no hay nada mejor que ser eximidos y guardados. Sin embargo, sabemos que no es sin razón que el Espíritu Santo haya hecho tal afirmación. No obstante, esto no es para negar que las correcciones que debemos soportar siempre son amargas y dolorosas en sí mismas, conforme a lo dicho por apóstol (Hebreos 12:11); y Dios también nos hará sentir las punzadas que nos causen dolor. Porque si no soportásemos el mal cuando Dios nos corrige, ¿adonde estaría nuestra obediencia? Además, ¿cómo aprenderíamos a disgustarnos con nosotros mismos por causa de nuestros pecados? ¿Y cómo habíamos de temer los juicios de Dios a efectos de ser enderezados? Entonces nos corresponde estar atribulados por el mal que Dios nos envía. Y aunque el mal sea transformado en nuestro beneficio demostrándonos Dios que nos ama, no obstante, será necesario que haya algunas punzadas y dolores en ellas a efectos de que percibamos la ira de Dios y nos disgustemos con nosotros mismos en nuestros pecados. Pero debemos escalar aun más alto, y cuando hayamos aprendido que nuestra naturaleza es inclinada a todo mal, con todo hemos de confesar ante nosotros mismos nuestra necesidad de que Dios use algún castigo severo para purgarnos de él, como vemos a los médicos que a veces usan algún veneno con sus remedios, habiendo visto que la enfermedad es demasiado grave y arraigada. El médico ve perfectamente que es para debilitar sus venas y nervios; especialmente cuando no hay otro médicamente mejor que dejarlo sangrar, lo cual es tanto como extraer la sustancia de una persona, sin embargo, le es necesario usar medios tan violentos para remediar tan grave enfermedad. Del mismo todo tiene que obrar Dios en nosotros, aunque para él sea un método extraordinario. Porque cuando decimos que somos bienaventurados al ser castigados por la mano de Dios, ello debe llevarnos a la humildad viendo que Dios no puede procurar nuestra salvación sino revelándose contrario a nosotros. ¿Acaso no hay que decir con justicia que en el hombre hay una corrupción extraña, de tal modo que Dios no pueda ser nuestro Salvador y Padre excepto tratándonos ásperamente? Porque su naturaleza es revelarse lleno de gracia y gentileza a sus criaturas y él sigue este orden que también seguiría con respecto a sí mismo puesto que no hace sino derramar su bondad sobre nosotros de modo que seamos llenos de su gracia y completamente cautivos por ella. Pero sucede que si nos trata gentilmente conforme a su propia naturaleza e inclinación, estamos perdidos. De modo que debe, por así decirlo, cambiar de parecer, es decir, mostrarse distinto hacia nosotros de lo que es. ¿Y cuál es la causa de ello? Nuestra desesperante maldad. Por eso tenemos buenos motivos aquí para ser confundidos de vergüenza, viendo que él tiene (como ustedes dirían) que disfrazarse, si quiere evitar que perezcamos. En cuanto a esta frase lo dicho es suficiente.

Pero puesto que no podemos hacer una buena aplicación de esta doctrina a nuestro uso sin añadir lo que sigue, procedamos a unir ambas cosas. Dice: *"Por tanto, no menosprecies la corrección del Todopoderoso, porque él es quien hace la llaga, él la vendará ; él hiere y sus manos curan y ponen vendajes adecuados sobre la herida, y después de enviar la enfermedad él la sanará."* Aquí se no exhorta a no rehusar las correcciones de Dios, y las razones se exponen claramente: esto es, para ser claros, porque Dios quiere hacer las cosas bien. En ello consiste la dicha mencionada por Elifaz. Aprendamos aquí cuando Dios quiere exhortarnos a la paciencia no solamente nos dice que no podemos evitar su mano, que perdemos el tiempo rebelándonos contra él, que a pesar nuestro tenemos que transitar ese camino, y que no podemos resistir esa necesidad; de lo contrario sería "paciencia de Lombardo" como la llaman, si crujimos los dientes y nos levantamos contra Dios, cuanto podemos, de modo de no practicar la paciencia sino por la fuerza. Por eso, si queremos ser pacientes con respecto a Dios tenemos que acercarnos a él por otros medios: esto es, para ser claros, al final tenemos que ser consolados, como lo dice San Pablo en Romanos 15:4, donde une, como inseparables, estas dos cosas: es decir, (1) a efectos de que podamos tener paciencia en todas nuestras adversidades, es preciso que gustemos la bondad de Dios, recibiendo gozo por medio de su gracia, y (2) debemos convencernos de que las aflicciones provenientes de su mano son para nuestra salvación. Y esto es lo que se nos muestra en este pasaje cuando dice: No rehúses la

corrección del Todopoderoso; porque él es el médico para todas nuestras heridas, es él quien te enviará sanidad para todas tus dolencias. Dios nos muestra aquí que su intención no es que los hombres estén sujetos a él diciendo: Puesto que no nos queda otra alternativa, que Dios sea nuestro Maestro; ya que no podemos escapar de su dominio." No se trata de acercarnos así a él. El Señor dice, en cambio: "No, sean pacientes, humíllense ante mí y reciban la advertencia encerrada en mis juicios para que no murmuren contra mí, ni me desafíen; de otra manera tendrán que ser aplastados por mi mano, ciertamente, al extremo de ser totalmente molidos. Pero si con toda humildad reconocen sus faltas, y vienen a mí y piden perdón por ellas experimentarán tan alivio de sus males que en medio de las mayores aflicciones tendrán ocasión de darme gracias." Esto es, les digo, lo que debemos meditar para tener verdadera paciencia. Entonces, viendo que somos rebeldes contra Dios, que tan pronto nos toca con su meñique nos ofendemos; viendo también que tenemos semejante orgullo en nosotros que ante cada castigo de Dios creemos que nos está tratando mal; cuando, les digo, tenemos estos dos grandes vicios, resulta difícil purgarnos de ellos. Tanto más debemos meditar en la doctrina que se nos muestra aquí: es decir, que Dios al afligirnos quiere someternos a sí mismo, sí, para nuestro beneficio y para nuestra salvación.

Además debemos notar claramente la promesa que aquí se expone, es decir: *que Dios curará la herida que ha causado*. Es cierto que esto no se aplica a todos, pero sí aplica a aquellos que reciben pacíficamente las correcciones.² Sin embargo, notemos que Dios quiere que todos sean amonestados a volver a él, viendo que les muestra semejante bondad.³ Pero, ¿qué es lo que vemos? Hay muchos que no experimentan lo que aquí se quiere decir; y es por eso también que vemos tanta impaciencia, tantas murmuraciones; tantas blasfemias contra Dios. Las correcciones están en todas partes; pero, ¿adonde está el arrepentimiento? No lo hay; en cambio vemos que aparentemente los hombres se conspiran a resistirse, hasta el límite, a Dios. ¿Por qué es eso? Es porque hay muy pocos que entienden esta doctrina, que reciben esta promesa diciendo: "Señor, es asunto tuyo curar las heridas que tú hayas podido causar y dar salud al enfermo." Entonces, retengamos bien esta lección, viendo ciertamente que se la reitera tantas veces. Porque no es solamente en este pasaje que el Espíritu Santo habla así; vemos, en cambio, que se dice: "El Señor nos aflige, y al tercer día nos sana."⁴ De modo que si nos ha aplicado un azote no por eso hemos de pensar que no quiere ser propicio hacia nosotros cuando nos acerquemos a él. Si por medio de los profetas se nos hace tal exhortación, es como si Dios dijera: "Es cierto que los he afligido durante algún tiempo, pero mi misericordia seguirá con ustedes; ella será perpetua; que hayan sentido alguna ira, algún signo de enojo, como el padre que se enfurece con su hijo, no era porque yo los odiaba; pero era preciso que ustedes pudieran experimentar el resultado de sus pecados y reconocer que detesto los pecados; pero al final verán que solamente quiero curar las heridas y sanarlos de los males que les he enviado." Ahora, es cierto que a primera vista no pareciera corresponder a Dios el complacerse en curar heridas después de haberlas causado. ¿Por qué no nos deja mejor en paz y prosperidad? Pero ya les he demostrado que las llagas hechas por Dios son como otras tantas dosis de medicina. Entonces aquí se nos muestra una doble gracia: (1) Una se deduce de que cuando Dios nos aflige es porque procura nuestro beneficio; nos lleva al arrepentimiento, nos purga de nuestros pecados y aún de los que nos son ocultos. Porque Dios no se conforma con remediar meramente los males ya existentes, sino que considera que en nosotros se oculta mucha semilla mala. Entonces pone, anticipadamente, las cosas en orden; es una bendición especial que nos otorga cuando aparentemente se vuelve contra nosotros con su espada desenvainada, para darnos una señal; de su enojo; cada vez que lo hace nos muestra que es nuestro médico. Esa es la primera gracia. (2) Luego, esta es la segunda gracia, que también se nos muestra claramente: es decir, que Dios sana la herida que nos ha causado y la cura. Es lo que ya he mencionado de San Pablo (I Corintios 10:13) que no nos permite ser tentados más allá de lo que podemos llevar, sino que él hace una buena obra con todas nuestras tribulaciones.

Entonces, aunque las correcciones sean útiles para nosotros, incluso necesarias, y aunque Dios tiene que invitarnos de diversas maneras a volver a él, no obstante nos guarda, no considerando solamente lo que nuestros pecados requieren, sino lo que somos capaces de soportar. Y es por eso que dice que nos castiga por medio de manos humanas, que su ira no es tan grande como su poder. Porque, ¿qué pasaría si Dios extendiese su mano contra nosotros? Ciertamente, ¿qué criatura podría subsistir delante de él? Ciertamente, con sólo mostrar el enojo de su rostro todo el mundo perecería; y aunque no lo hace, con sólo quitarnos su Espíritu, todo perecería como dice el Salmo 104:29. En cambio, nos trata amablemente,⁵ y al mismo tiempo también retira su mano de sobre nosotros cuando nos ve tan molidos y doblegados bajo la carga; él nos guarda, siempre y cuando seamos de espíritu humilde, tendiendo la correcta disposición. Porque sabemos lo que declara en su ley que si venimos atacándole él vendrá de la misma manera contra nosotros, como también lo dice el Salmo 18:27. "Severo seré para con el perverso." En vano pensamos que vamos a llegar a alguna parte con el perverso, es decir, será duro cuando los hombres empleen tan obstinada malicia contra él, y bajo su dureza serán totalmente deshechos. Pero cuando tenemos buena disposición⁶ para sujetarnos a la mano fuerte de Dios, es cierto que siempre hallaremos en él lo que aquí se dice. Deduzcamos entonces, lo que se nos declara por medio del apóstol (I Pedro 5:6) "Humillaos," dice, "bajo la poderosa mano de Dios"; porque todo aquel que humilla su cabeza, todo aquel que dobla sus rodillas ante Dios para rendirle homenaje, si cae, sentirá la mano de Dios levantándolo; pero aquel que se opone a Dios tiene que sentir su mano contra sí mismo. ¿Queremos sentir entonces la mano de Dios entre nosotros para ayudarnos? Humillémonos; pero, ¿todo aquel que se oponga necesariamente dará contra la mano de Dios entre nosotros para ayudarnos? Humillémonos; pero todo aquel que se oponga necesariamente dará contra la mano de Dios y sentirá que un rayo lo arroja al abismo. De modo que recordemos bien esta enseñanza encerrada en las palabras: "No rehúses la corrección del Todopoderoso." Cuando hayamos captado el significado de la bondad de Dios, cuando hayamos conocido su amor paternal, ello endulzará para nosotros las aflicciones que de otra manera nos parecerán severas y amargas. Sin embargo, cada uno de nosotros tiene que aplicar esta enseñanza a su propio uso. Porque será muy fácil decir: "Bendito sea Dios que así castiga a los hombres" pero al ser castigados nosotros, no elevan alabanzas, sino más bien, murmuraciones contra él. Ahora bien, nunca debemos hacer semejante cosa; en cambio, cuando somos afligidos privadamente, recibamos con paciencia la corrección, y apliquemos a nosotros mismos las exhortaciones que sabemos dar tan bien a otros. Reconozcamos entonces, que no hay ninguno de nosotros que no tenga tantos vicios en sí mismo y que son como tantos males que Dios no puede remediar excepto por medio de la aflicción que nos envía. Es cierto que si él quisiera usar poder absoluto podría hacerlo de otra manera; pero no estamos hablando del poder de Dios. Solamente estamos discutiendo los medios que extiende hacia nosotros. Puesto que entonces, que Dios anhela este arreglo de remediar nuestros vicios afligiéndonos, cada uno debe estudiar esta lección por sí mismo, a efectos de que confesamos con David: "Señor, me ha sido de provecho que me hayas humillado"(Salmo 119: 67). David no está hablando de otros como diciendo, "Señor, has hecho bien en castigar a los transgresores," sino que comienza consigo mismo. Es así como debemos hacerlo. Y es eso lo que aquí se nos muestra por el Espíritu Santo, "he aquí bienaventurado el hombre a quien Dios castiga." ¿Y por qué? Porque los humanos no pueden admitir por sí mismos ser gobernados por Dios; se resisten y siguen incorregibles; por eso les es necesario y provechoso que Dios los castigue. Ahora, puesto que hoy vemos la mano de Dios levantada, tanto en general como en particular, debemos ser tanto más afectados por esta enseñanza. Se ven cosas tan absurdas. Entonces, ¿vamos a mostrarnos asombrados si Dios manifiesta tal severidad? De todos modos, es cierto que si no lo hiciera, nos guardaría de muchos males. Es cierto que aparentemente no castiga a los malvados como a nosotros, aunque son tan rebeldes y obstinados como pueden; por otra parte, no importa cuánto sea amonestado porque de ninguna manera están dispuestos a

conformarse a Dios. Pero, ¿qué de ello? El les manda advertencias por medio de las aflicciones que pone ante sus ojos en otras personas y, ciertamente, algunas veces se las hace sentir a ellos mismos; él condenará su insubordinación, tanto más cuanto ellos siguen tan rebeldes y obstinados. Ahora, de nuestra parte, oremos a Dios que no permita que nos endurezcamos tanto, sino que tan pronto nos dé muestras de su ira, el Espíritu Santo obre de tal modo en nosotros que la dureza de nuestro corazón sea atenuada, a efectos de dar lugar a su gracia, habiéndonos recibido en su misericordia, según tenemos necesidad de ella, y según podemos percibirla, si no somos demasiado estúpidos. Ahora, inclinémonos en humilde reverencia ante el rostro de nuestro Dios.

NOTAS DEL TEXTO SERMÓN NO. 3

*Sermón 21 en *Calvini Opera, Corpus Reformatorum*, V. 33, pp. 258-270.

1. Amos 5:16-20.
2. Francés: *benignement*, benignamente.
3. Francés: *douceur*, dulzura.
4. Oseas 6:1,2.
5. Francés: *humainement*, humanamente.
6. Francés: *une esprit debonnaire*.

SERMÓN N°4 ¿COMO SE JUSTIFICARA EL HOMBRE ANTE LOS OJOS DE DIOS?*

"Respondió Job, y dijo: Ciertamente yo sé que es así; ¿Y cómo se justificará el hombre con Dios? Si quisiere contender con él, no le podrá responder a una cosa entre mil. El es sabio de corazón, y poderoso en fuerzas; ¿Quién se endureció contra él, y le fue bien? El arranca los montes con su furor, y no saben quién los trastornó; él remueve la tierra de su lugar, y hace temblar sus columnas" (Job 9:1-6).

Aunque los hombres fuesen obligados a confesar que Dios es justo y que no hay ningún defecto en él, sus pasiones son tan excesivas,¹ que cuando alguno es afligido no solamente se oirán murmuraciones contra Dios con la voz en cuello. Aunque entretanto no dejen de ser atormentados tienen la impresión de vengarse de alguna manera al desafiar así a aquel con quien tienen que vérselas. Para nosotros es tanto más necesario haber meditado en la justicia de Dios, vista en perspectiva,² a efectos de que, al ser afligidos por él podamos permanecer suficientemente humildes y reconocer lo que él es: es decir, justo y sin culpa.³ Sin embargo, no es suficiente confesar en general que en Dios sólo hay equidad. Porque anteriormente ya hemos visto que Bildad, sosteniendo el argumento de que Dios es justo hizo una aplicación pobre cuando terminó afirmando que Dios castiga a los hombres conforme a lo que se merecen. Ahora, (como ya lo hemos visto), esta no es una regla equitativa. A veces Dios guarda y sostiene a los malvados; a veces castiga a quienes ama tratándolos con una severidad mucho mayor que a aquellos que son totalmente incorregibles. Entonces, si queremos decir que Dios castiga a los hombres, a cada uno según su merecido, ¿cuál sería el resultado? Todo aquel que intente apoyar la justicia de Dios por este medio procede con escasa sabiduría. Es entonces un vicio, cuando alguien quiere medir la justicia de Dios como diciendo: "No aflige a nadie excepto por causa de sus faltas; Dios tiene que devolver a cada

uno, en este mundo, tanto en calidad como en cantidad según haya sido su ofensa." En ese caso la justicia de Dios no es adecuadamente comprendida. Por eso Job ofrece aquí un tratamiento mucho mejor de la justicia de Dios y de la forma en que debe ser reconocida, comparado con aquel que acaba de hacer Bildad. Es que sin mirar un pecado u otro, sino tomando a los hombres como son desde el vientre de su madre, el mundo entero tendría que ser condenado y tendría que reconocerse que aunque las aflicciones pueden parecer severas, no obstante, nadie puede argumentar contra Dios. Notemos entonces que estas son dos maneras de hablar. Una dice, "Dios es justo porque castiga a los hombres de acuerdo a lo que se merecen." La otra dice, "Dios es justo, porque independientemente de cómo trata a los hombres, debemos callarnos la boca y no murmurar contra él, porque nada remediamos con ello." Si vemos a un hombre perverso, afligido por Dios (tal como lo hemos discutido antes) es porque Dios quiere que su juicio particular sea reconocido, para que algunos sean prevenidos por él, y es eso lo que mencionan las Sagradas Escrituras. Vemos que Dios castigará a los adúlteros, castigará la crueldad, castigará perjuros, castigará blasfemias y cosas similares. Efectivamente, su castigo vendrá sobre personas, o sobre naciones, o sobre algunos lugares que han andado en pecado. Dios pone su mano allí donde quiere mostrarnos un espejo para instruirnos. Es como lo que San Pablo declara de nosotros cuando dice: "Dios juzga a los pecadores para que cada uno esté atento. Porque si ha castigado las rebeliones en contra de su palabra, es para que andemos en temor; cuando castiga a la malvada avaricia," es para que podamos andar en toda sujeción; cuando castigó a los adúlteros fue para que podamos andar en toda pureza, tanto de cuerpo como de alma. Entonces, seguramente es así como Dios quiere que sus juicios al ser manifestados sean considerados y contemplados. Algunas veces alguien podrá decir, "Dios es justo, y ¿por qué? Porque ha castigado a tal persona, efectivamente, porque tal persona era un hombre de vida mala y disoluta. Dios ha ejercido su venganza sobre tal país. ¿Y por qué? porque estaba totalmente infectado y hediondo." Tenemos todo el derecho de hablar de esa manera, y también el deber; aunque no siempre. Porque como ya hemos dicho, no es una regla universal. ¿Qué debemos hacer, entonces? Debemos llegar a reconocer algo mayor: que Dios siempre es justo, independiente de cómo pueda tratar a los hombres. Ahora bien, esto es muy digno de ser notado; porque hoy vemos bestias que viven creyéndose sutiles maestros.⁷ Cuando apoyan la justicia de Dios conforme a su disparatada interpretación, quieren que Dios sea reconocido como justo, ¿y por qué? Porque, (como ya he dicho), Dios trata a los hombres según lo que cada uno se merece, y para ello deben atribuir libre voluntad a los hombres; la elección por parte de Dios tiene que ser arruinada y aniquilada. Porque les parece sumamente extraño decir que Dios elige a los que él quiere y que en su soberana bondad los llama a la salvación, y que otros son rechazados por él. Y por eso, estos perturbadores,⁸ que pretenden ser grandes eruditos, trastornan los primeros fundamentos de nuestra fe para probar la justicia de Dios, en efecto, según su imaginación. ¿Y por qué lo hacen? Porque no pueden subir tan alto como para reconocer que Dios siempre es justo en comparación con los hombres, por muy justos que estos puedan ser. Es cierto que tenemos que observar el otro extremo, pues está pervertido. Porque veremos que aquellos que tienen una vida tan infame como posible, si no son descubiertos en sus infamias⁹ dirán: "Oh, en cuanto a mí, soy un buen hombre (sí, ante el mundo), pero reconozco que ante Dios cada uno es pecador." Se cubren con esta capa común. Observemos a un adúltero que se ha extralimitado durante diez años; observemos al blasfemo que no cesa de maldecir y blasfemar, desafiando a Dios; miren al obsceno que desprecia a Dios y a toda religión; miren al licencioso, un hombre sin conciencia que solamente quiere satisfacer su deseo, sin fe, sin lealtad; tales canallas¹⁰ dirán que es cierto, que son pecadores delante de Dios; porque nadie es justo ante él. De esa manera se excusan de sus faltas que son tan enormes que mayores no podrían ser. Se ocultan bajo la capa de la debilidad humana diciendo que nadie puede igualarse a Dios. Crean que haciendo tal confesión han hecho mucho. Ahora bien, ya he demostrado que debemos tener presentes a estos dos artículos. Uno es que, en general, reconocemos que Dios

es justo respecto al mundo entero, y que los hombres, por muy brillantes, que sean, no deben argumentar ni debatir contra Dios, puesto que de esa manera no lograrán nada bueno; es preciso, en cambio, que tanto grandes como chicos, todos sean confundidos. Ese es un punto. El segundo es que cada uno se considera a sí mismo, y que cada uno gima por sus faltas, y que cada uno las deteste y las condene. Además, conozcamos las venganzas y castigos que Dios envía sobre los pecados, a efectos de saber cómo aprovechar dicho conocimiento. Si sus varas nos azotan, diga cada uno, "Es totalmente correcto; ciertamente lo he merecido." Si Dios nos instruye a expensas de otro, corrigiendo a otros ante nuestros ojos, permitamos que ello nos afecte. Apliquemos tal ejemplo a nuestra instrucción, a efectos de anticipar la necesidad de Dios de venir sobre nosotros, habiendo aprovechado los castigos que nos ha mostrado en otras personas. Estos, entonces, son los dos asuntos que aquí debemos notar y practicar.

Procedamos ahora a explicar lo dicho por Job aquí: "*Ciertamente, yo sé que es así*"; dice, "*¿cómo se justificará el hombre con Dios?*" Así está escrito. Pero la palabra "con" equivale a "ante los ojos de Dios."¹ Ahora bien, correctamente entendida ésta es una enseñanza de gran peso. ¿Por qué se justificarán tan osadamente los hombres a sí mismos? Es decir, presumen de sí mismos, están presos y llenos de orgullo. ¿Y cuál es la causa, sino que limitan su atención a compararse con sus semejantes aquí abajo? A esto pues nos volvemos. Y es por eso que San Pablo nos trae de vuelta al gran Juez: "Porque cada uno llevará su propia carga,"¹² como si dijera: "Mis amigos, es un error trazar semejante comparación." Por ejemplo: "Veo que otros no viven mejor que yo; Y, yo tengo vicios, pero cada uno los tiene." Es por eso entonces, que los hombres no se condenan a sí mismos como debieran, sino que más bien se adulan justificándose ellos mismos. Pero aquí se afirma de modo especial que con Dios ningún hombre se justificará. ¿Qué debemos hacer entonces? Aprendamos a que, cada vez que sean mencionados nuestros pecados y expresados ante nosotros, no debemos fijar nuestros ojos aquí abajo, sino considerar el trono del juicio de nuestro Señor Jesucristo, ante el cual todos hemos de rendir cuentas; debemos reconocer la increíble majestad de Dios. Entonces que cada uno piense en esto y luego despertemos todos para apartarnos de nuestras tonterías para que ya no andemos en estas fantasías y sueños que adormecen a los pecadores. Sin esto se hubiera observado, hoy no tendríamos los debates en el cristianismo acerca de la justicia por la fe. Pero los papistas no se dejan convencer de lo que decimos, de que somos justificados por la pura gracia de Dios, en nuestro Señor Jesucristo. ¿Y por qué no? "Pero, ¿qué de los méritos?," dicen. ¿Y qué de las buenas obras de la que consiste la salvación de los hombres?" ¿Y por qué es que los papistas se detienen y se embriagan con sus méritos sino es porque no tienen en cuenta a Dios? En sus escuelas disputan acerca de ellas: "He aquí, las buenas obras que merecen recompensa y pago, como también las obras malas merecen castigo; porque estas son dos cosas opuestas: si los pecados de los hombres merecen ser castigados, es preciso que haya alguna recompensa para sus virtudes; porque sin la justicia de Dios no sería equitativa, al menos así nos parece a nosotros, de modo que todo argumento al respecto queda reducido a encerrar sombras." Pero es aquí donde los papistas están dormidos en sus disputas; porque mientras tanto, Dios por su parte, no deja de juzgar, y no lo hace conforme a la ley de ellos, sino conforme a su majestad, es decir, hallando en los hombres lo que nosotros no podemos percibir allí. Ahora, si nuestras virtudes realmente fuesen divinas, es decir, si pudiesen satisfacer a Dios, eso sería algo. Pero, ¿qué son? Adecuadamente entendidas no son sino humo; presentadas ante la presencia de Dios tendrían que ser desechadas. Entonces, recordemos bien lo que se dice aquí, que el hombre no será justificado ante los ojos de Dios.[^] Por eso se nos amonesta a que, cada vez que hablemos de nuestros pecados, no nos detengamos aquí abajo, comparezcamos más bien delante de Dios, para llegar a saber qué Juez tenemos. Porque tan pronto queremos hacerle pleito tenemos que ser confundidos y, en efecto, arrojados al infierno.

Ahora bien, Job sigue añadiendo, "*si quisiere contender con él, no le podrá responder una cosa entre mil.*" Es cierto, esto es algo que se puede decir de Dios; si hemos llevado un buen

pleito, si somos capaces de llevar un juicio prolongado consistente de mil cargos, Dios no se humillará a abrir su boca y contestar a uno solo de ellos. Y esto es muy cierto, porque toda nuestra pretendida plausibilidad para justificarnos a nosotros mismos bien puede ser convincente delante de los hombres, porque los hombres no ven con toda claridad que las circunstancias requieren. Pero cuando nos acercamos a Dios todo ello es como nada. No pensemos entonces que Dios esté impresionado por nuestros arduos y prolongados juicios, mientras echamos humo por la boca, tratando de excusarnos a nosotros mismos, resaltando nuestras virtudes con las cuales Dios aparentemente tendría que ser derrotado por nosotros. En efecto, él, entre tanto, no hace sino reírse y burlarse de toda la fanfarroneada producida por los hombres y que no es nada. Noten entonces, una afirmación buena y santa: Dios no responderá a un solo cargo cuando le hayamos presentado mil. ¿La razón? Es como que ni siquiera son asentados en el legajo de Dios, ni siquiera decepcionados por él. Para los hombres mil cargos ciertamente serían tenidos en cuenta. Pero, ¿delante de Dios? A Dios no le asombrarán en lo más mínimo. Ahora bien, el sentido natural de este pasaje es que quedaremos tan postrados al presentarnos delante de Dios (esto es combatiendo contra él) que seremos incapaces de responder a un solo cargo de entre mil que él tendrá que hacer contra nosotros. Es cierto que, en primer lugar, nosotros seremos abatidos así, aún antes de haber desenvainado nuestra espada (como ellos dicen) para combatir contra Dios. Y eso lo vemos. Les pregunto, ¿no nos resulta sumamente difícil combatir contra un hombre mortal o contra una criatura que no es nada comparada con el Dios viviente? Cuando queremos hacer guerra contra alguien pensamos, "¿tendrá los medios para defenderse? ¿Cómo saldremos nosotros al final?" Tales pensamientos pueden llevarnos al enojo y a la desesperación. Nos cuestionamos muchas cosas en cuanto a abrir pleito contra los hombres; y si queremos combatir a Dios cometemos un terrible disparate. De esta manera vemos entonces lo que hay en los hombres, en efecto, una furia diabólica; si de todos modos combatimos sabremos por experiencia que ligaremos la peor parte de la refriega, y que un Maestro como él no juega con nosotros. Eso es entonces lo que Job nos muestra aquí. Afirma que en los hombres existe tal audacia como la que vemos; y por el otro lado deja establecido el problema que los hombres tienen cuando Dios les hace ver que él es justo y que él los turba. Entonces, notemos bien que los hombres quieren hacerle juicio a Dios y debatir contra él, según lo vemos aquí. Pero habiendo entrado en combate es preciso que sean molidos por él mismo; Dios les hará sentir que tienen que soportar la turbación aunque crujan sus dientes. Esto es sumamente necesario porque ya he demostrado que la necia presunción que engaña a los hombres procede del hecho de no considerar a Dios; al contrario, ellos presentan su caso. "Y, en efecto, no soy peor que otros, además, si tengo vicios también tengo virtudes que los compensan." De esa manera los hombres duermen sin reconocer cuál es la majestad de Dios y sin tener un vivo temor por ella. Puesto que así son las cosas, notemos bien lo que se dice aquí, es decir, que los hombres quieren abrir pleito y juicio contra Dios. ¿Y por qué? Porque estamos tan enceguecidos que no podemos mirarnos a nosotros mismos y decir, "¿Y ahora qué? Mira a Dios, él puede tragarnos y arrojarnos a lo más profundo del infierno; no obstante, venimos y nos presentamos combatiendo contra él?" Si alguien nos habla de hacer juicio a Dios la naturaleza misma nos enseña a considerarlo un horror; incluso a los más malvados. Veremos personas enloquecidas¹³ que no tienen conciencia de religión; sin embargo, conservan grabado en ellas un sentimiento natural de asombro y vergüenza cuando se les dice, "¿Quieren hacerle juicio a Dios?" En cambio, aquellos que parecen ser buenos y modestos iniciarán juicio a Dios, de tal modo que parecerán actuar como caballos desbocados¹⁴ corriendo contra Dios. Vemos que aun los profetas soportaron el embate de semejante tentación. Es cierto que lo resistieron adecuadamente; sin embargo, el temor de que algunas veces se enojaran viendo juicios tan extraños de parte de Dios no les preocupó en absoluto y, en efecto, su razón los descarrió.

Puesto entonces, que somos tan inclinados a combatir a Dios es preciso que esta doctrina quede tanto más grabada en nuestra memoria, es decir, deberíamos controlarnos a nosotros

mismos al ser tentados a luchar así contra Dios, sabiendo bien que, hagamos lo que hagamos, nada ganaremos con ello. Ahora, una vez advertidos de esto no hemos de escandalizarnos demasiado viendo que son muchos los que de esa manera se salen de quicios. Porque es un escándalo que aflige a los débiles. Ciertamente debiéramos desear que cada uno de nosotros confesara a Dios como justo, reconociendo que su misericordia llena a todo el mundo y que por eso debemos limitarnos a glorificarlo. Pero cuando hay personas malvadas que provocan a Dios, otras que blasfeman contra él y que ninguno se atreve a abrir la boca para amonestarlas, puesto que están en la moda, triunfando conforme al mundo; viendo esto, los débiles se sienten afligidos y les parece que el poder y la justicia de Dios han disminuido tanto que ya no le pueden rendir la gloria que le pertenece. Vemos que para los hombres es casi natural combatir así contra Dios; y aunque sea algo monstruoso, y aunque tengamos que detestarlo, no obstante se trata de un vicio muy común. Siendo así las cosas, no nos aflijamos demasiado cuando ocurra. Esto es lo que debemos recordar. Ahora debemos notar bien lo que se agrega aquí en el segundo punto: esto es, que si Dios presenta mil cargos contra nosotros, apenas seremos capaces de contestar a uno de ellos. Se nos amonesta aquí diciendo que habiendo analizado¹⁵ todos nuestros vicios no habremos reconocido ni siquiera la centésima parte, ni aún uno entre mil. Es cierto que si los hombres se examinan bien, sin hipocresía, se encontrarán tan envueltos en el mal que se avergonzarán de sí mismos quedando totalmente postrados; especialmente nosotros mismos. Porque si uno escogiera a aquellos que son más santos, aun ellos deben seguir los pasos de David quien confesó que nadie puede conocer a ciencia cierta sus propios pecados (Salmo 19: 12).¹⁶ Y si los más santos, que parecen ser como ángeles, están totalmente perdidos en sus pecados, dado que estos son infinitos, les pregunto, ¿qué de la gente común? Pues aunque hayamos podido progresar mucho en la santidad, no obstante estamos lejos de aquellos de quienes hablo. Entonces, si los hombres examinan sinceramente sus vidas hallarán tal profundidad de pecados que quedarán totalmente desalentados. ¿Y entonces, qué? Todavía no habremos conocido la centésima parte de lo que se requiere. ¿Y por qué? He aquí David quien efectuó el examen de mirar sus propias faltas y clama, "¿Quién podrá conocer sus propios pecados?"¹⁷ Luego confiesa conocer un vasto número de ellos, pero agrega diciendo, "Señor, límpiame de mis pecados ocultos." ¿Y por qué lo dice? ¿Porque dice que las faltas están ocultas? Puesto que nuestros pecados tienen que ser conocidos, o de lo contrario no podemos confesarlos como pecados. La respuesta es que David sabía muy bien que Dios ve con más claridad que nosotros. Entonces, cuando nuestra conciencia nos reprocha, ¿cuál será el juicio de Dios? Noten pues el orden que hemos de observar: cada uno tiene que entrar a sí mismo y analizar cuidadosamente sus vicios, en la medida en que sea capaz de llegar a conocerlos. ¿Nos hemos examinado a nosotros mismos? Bien, allí está nuestra conciencia, ella es juez; ¡y qué juez! Ciertamente es un juez digno de ser temido. ¿Pero acaso no ve Dios con claridad mucho mayor que un hombre mortal? Mi conciencia me convencerá de mil pecados, pero si Dios viene a pedirme cuentas, se hallarán más.

Ciertamente, debemos pesar entonces lo que se afirma aquí, es decir, que de mil puntos presentados por Dios apenas podremos responder a uno; si hemos visto una falla en nosotros, Dios seguramente va más allá porque él ve las que están ocultas en nosotros. Aprendamos entonces, conforme a lo dicho, a considerar nuestras faltas de tal manera de estar completamente convencidos de que Dios no estará satisfecho con lo que somos capaces de conocer. El, en cambio, juzgará conforme a lo que él vio y conoció y no conforme a lo que nosotros seamos capaces de hallar, porque (como dicen) nosotros pasamos el hierro caliente a otro. Dios, en cambio, opera a fondo; la tarea de escudriñar los corazones es suya, tal como él se la atribuye en las Escrituras. Además, nosotros no sabemos distinguir entre virtudes y vicios con toda la claridad que debiéramos. Es algo entonces, que le tiene que quedar reservado a él. ¿Así que nosotros no distinguimos? Si queremos juzgar bien y correctamente todas nuestras obras tienen que reconocer qué es perfección. Porque sin perfección nada es bueno delante de Dios. Es decir, solamente hay hediondez. ¿Y quién es aquel que merece ser aprobado por Dios

a menos que se lo declare perfecto? Ahora bien, ¿cómo vamos a reconocer lo que es perfecto siendo que nuestra vista ha sido tan disminuida y teniendo en cuenta que no vemos sino alumbrados por una luz imperfecta?¹⁸ Porque si bien Dios puede resplandecer sobre nosotros, no obstante nuestra vista no es tan pura y clara como para dar uso a la luz que él puede mostrarnos. Es cierto que la palabra de Dios entra a las profundidades más remotas de nuestro corazón, que penetra los huesos y los tuétanos y todo lo demás. Es cierto que es una lámpara encendida; es cierto que Jesucristo es llamado Sol y que él brilla en todas partes; sin embargo, nuestra visión no deja de estar distorsionada. Es imprescindible entonces que sepamos lo que es la perfección. Con lo cual se nos amonesta a que hallando cosas buenas, sin percibir vicios, sepamos que éstos no dejan de estar allí, porque no reconocemos la perfección que Dios demanda. En resumen, sólo Dios sabe lo que es perfección o integridad. ¿Por qué? Porque está en él, él la conoce, mientras que nosotros somos demasiado débiles para llegar a ella. Por eso se dice que lo que nosotros hagamos será en vano; no podremos responder a un solo punto cuando nos haya presentado mil. Ahora bien, ya he mencionado que los hombres son amonestados de que combatiendo a Dios siempre serán turbados por su propia perdición; y en tal caso será demasiado tarde. De todos modos, esta advertencia nos es muy útil. ¿Por qué? Porque antes del golpe cada uno se podrá mantenerse sobrio y modesto, diciendo: "Ciertamente, ¿qué ganaremos con combatir a nuestro Dios? ¿Acaso creemos que vamos a ganar nuestro caso? Al contrario, Dios nos derribará." Y la única forma de ser absueltos por él es que cada uno se condene a sí mismo. Pero si lo tomamos superficialmente, Dios nos castigará por semejante orgullo. Quizá al principio no nos muestre nuestra turbación. Sin embargo, al final seremos tan absorbidos por ella que no seremos capaces de salir.

He aquí, entonces, cómo Dios coloca en un laberinto a todos los presuntuosos que le atacan y que emprenden la lucha aquí mencionada, aunque es cierto que con algunos Dios obrará de tal modo de arrinconarlos¹⁹ para que finalmente corrijan sus caminos; pero no por eso vamos a suponer que Dios siempre obra de la misma manera. Vemos a algunos, llenos de orgullo, llenos de su propia justicia, los cuales quieren obligar a Dios a serles favorable; muy bien, Dios los pone en jaque y los amansa, Dios los sumerge en extrema turbación y luego vuelve a sacarlos. Ciertamente veremos que la obra de Dios no sigue siempre el mismo modelo. Por eso, siempre debemos oír lo que las Escrituras nos dicen, esto es que Dios extiende su mano contra los orgullosos y lo derriba. Y ésta es su forma de proceder. Digo que los hipócritas están tan inflados de orgullo y presunción que ciertamente creen que sus virtudes merecen ser recibidas, y que, en efecto, merecen salario y pago. Muy bien, por un tiempo se complacen a sí mismos en esa opinión, y Dios los deja; Satanás, por otra parte, los adula y los lisonjea y los ata más y más; ellos admiran sus plumas como pavos reales diciendo, "He hecho esto y aquello" y, en efecto, creen que Dios tendría que estar satisfecho con ellos. Sin embargo, habiendo estado muy complacidos consigo mismos y con todas sus virtudes, si Dios les pide cuentas y les demuestra que todo lo que creen ser virtud no sino vicio, en efecto, solo hediondez y abominación ante sus ojos; entonces se sienten turbados, y con justicia, puesto que, habiendo engañado no solamente al mundo, sino también a sí mismos, confiando en aquello que tenía hermosa vista y apariencia exterior; cada vez tendrá que manifestarse lo que se dice en San Lucas 16:15, es decir, lo que es estimado alto y excelso ante los hombres no es sino inmundo ante los ojos de Dios. Cuidémonos bien entonces de levantarnos al extremo de luchar contra Dios y levantarnos enjuicio a efectos de justificarnos a nosotros mismos. De lo contrario, Dios tendrá que turbarnos y venir contra nosotros de modo de oprimirnos y despedazarnos por mil crímenes sin que podamos responder a uno solo de los cargos; cuando seamos acusados de mil pecados mortales, es decir, de un número infinito; cuando queramos defendernos contra uno solo, nuestro caso será desestimado por falta de evidencias.²⁰ Cuidémonos, digo, de llegar a asumir tal posición. Ahora, a efectos de ser tanto más tocados por esto, se dice, "*Dios es sobrio de corazón y robusto en su fuerza.*" Esta doctrina ya ha sido discutida; pero el hecho de ser mencionada nuevamente aquí no carece de motivo; porque esta

es una lección en la cual deberíamos meditar todos los días. Ya he dicho que los hombres se engañan a sí mismos y son extraviados por sus frívolas fantasías, puesto que no piensan en Dios, sino que confían en sí mismos.²¹ Esto es malo.

Avancemos ahora. Si los hombres hubieran pensado en Dios, ¿acaso no habrían sido tocados de una manera viva a reconocerlo conforme a lo que él declara de sí mismo? ¿Acaso no se sentirían motivados por semejante temor y reverencia a glorificar a Dios conforme él se lo merece? Pero no lo hacen. ¿El motivo? Es que no entienden cómo es Dios. Ciertamente, decimos "Dios, Dios"; es algo que desborda de nuestras bocas; sin embargo, su infinita majestad no es conocida por experiencia, todo lo que hay en Dios, según lo vemos nosotros, es como algo muerto. En efecto, esto se ve en las blasfemias, perjurios y cosas semejantes. Si los hombres fuesen afectados de alguna manera por la majestad de Dios, ¿acaso oiríamos que algo tan santo y tan sagrado sea despedazado de tal manera? Cuando los nombres están enojados, tienen que compararlo con Dios, como si él fuese su criado, como un patrón que, enfurecido (si es gruñón) acacheteará a su criado; o como un marido enloquecido a su esposa; o quizá como un caballo cuando patea a su dueño. Así nacemos con Dios. Cuando vemos a los hombres arrojarse en ira contra él, como si Dios fuese un subordinado, ¿no tenemos que decir que estamos totalmente infatuados? Y, en efecto, no tenemos que enojarnos de modo de actuar de esa manera. Porque vemos que los perros²² no tienen escrúpulos en despedazar el nombre de Dios. Y aunque no haya ocasión para incitarlos a ello, no obstante nunca dejan de blasfemar, lo cual es monstruoso y contra la naturaleza. Esto es, entonces, una señal segura de que se desconoce la majestad de Dios, aunque la palabra corra con suficiente facilidad de nuestra boca. También están los que practican el perjurio. Es horrible que hoy en día no se pueda extraer una sola palabra de verdad sin cierta ceremonia que induzca a aquellos que son llamados como testigos a abstenerse de los perjurios; entre todos los que son examinados, difícilmente se encontrará que uno de cada diez habla la verdad. En efecto, tienen un proverbio común entre ellos, de que han ganado su caso cuando no hubo testigos; es decir, cuando no hay quien se atreva a decir la verdad. Y es así como desafían a Dios. Y, les pregunto, ¿qué hacen con la buena Sagrada Escritura, y con toda religión, y con cosas tan sagradas como las que tenemos en la actualidad? Por temor a ellas los hombres deberían abstenerse conforme con lo que se afirma, puesto que la verdadera señal de un hijo de Dios es que tal tiemble bajo la palabra. Pero ahora vemos que se habla de Dios, se charla y se conducen habladurías en exceso y, en efecto, todos los secretos de su majestad son usados para burla; ¿acaso no son argumentos irrefutables para decir que no sabemos cómo es Dios, aunque su nombre esté en boca de todos?

Entonces notemos bien lo que aquí se añade y que no es un punto superfluo, es decir: *Dios es sobrio de corazón y robusto en su fuerza*. Está bien, estas palabras no parecen tener toda la vehemencia del caso; pero bien explicadas, su intención es que nos volvamos atrás. Porque cuando se afirma que *Dios es sobrio de corazón* no se trata de sabiduría humana ni de ninguna cosa comprensible a nuestros sentidos. Cuando se afirma que *es robusto* no solamente lo es como si fuera un gigante, o una montaña; sino que también debemos glorificarle de tal manera que podamos saber que no hay poder similar ni fuerza ni vigor en todo aquello que vemos en las criaturas; no tiene parte en ninguna de las cosas que vemos aquí abajo; debemos, en cambio, buscar toda la fuerza y vigor solamente en Dios. Eso es lo que significan estas palabras. Es cierto que el tema no puede ser tratado ahora como debiera. Pero tuvimos que mencionarlo a efectos de ver el procedimiento usado aquí por Job, o más bien por el Espíritu tanto que habla por su boca, a efectos de mostrarnos lo que es la justicia de Dios. Por eso, ¿realmente queremos saber lo que somos? Entonces es preciso que aceptemos esta conclusión general, que cuando no se encuentran pecados abiertos en nosotros, cuando nuestra vida no es una vida disoluta, cuando hemos andado honestamente y sin reproches ante los ojos de los hombres, ello no es todo. ¿Por qué no? Así como son, Dios podría condenar a todas las criaturas, y seguiría siendo justo. Y si nosotros intentamos replicarle es

cierto que conforme a nuestra imaginación y por algún tiempo hallaremos cosas que decir, y quizá Dios lo permita sin resistirnos al principio. Sin embargo, al final habremos de agachar la cabeza para recibir la sentencia de condenación; y aunque los hombres nos hayan aplaudido, en efecto, cuando nos hayan absuelto, no dejaremos de ser condenados y turbados al venir ante este gran Juez. Porque ciertamente, él ve con mayor claridad y con más agudeza que todos los hombres del mundo. Sepamos entonces que no hay otra forma de obtener gracia ante los ojos de Dios y de lograr que nuestros pecados sean cubiertos, sino confesando abiertamente que en nosotros no hay sino toda clase de hedor e infección, excepto que tengamos nuestro refugio en el Señor Jesucristo. Pues en él hallamos justicia plena y perfecta, y la virtud que nos hará aceptables a Dios; de esa manera le hallaremos propicio para con nosotros.

Ahora inclinémonos en humilde reverencia delante del rostro de nuestro Dios.

NOTAS DEL TEXTO SERMÓN NO. 4

*Sermón 33 en *Calvini Opera, Corpus Reformatorum*, V. 33, pp. 406-418.

1. Latín: *ex órbita*, desviado.
2. Francés: *de longue main*.
3. Francés: *irreprehensible*.
4. Francés: *les paillardises*, antigua palabra genérica para pecados sexuales.
5. Vea Romanos 2 y II Tesalonicenses 1.
6. Francés: *cupidités*.
7. Francés: *docteurs*.
8. Francés: *belistres*.
9. Latín: *turpitude*.
10. Francés: *canailles*, como llamar "perros" a la gente sin pronunciar la palabra.
11. Francés: *envers Dieu*, hacia Dios.
12. Calatas 6:5.
13. Francés: *gaudisseurs*.
14. Francés: *le cheval eschappé*, expresión común para designar a una "persona ingobernable."
15. Francés: *bien espluche*, desplumado.
16. David no oró ser guardado de cometer todos los pecados secretos, sino solamente ser limpiado del poder de ellos. Pidió ser guardado de cometer pecados de rebelión, deliberados, y del pecado imperdonable.
17. Francés: *qui cognoistra*, ¿Quién sabrá?
18. Francés: *á demi your*.
19. Francés: *U les manera*, los pondrá en jaque mate, como en el ajedrez.
20. Francés: *nous en serons deboutez*, el juez nos absolverá.
21. Francés: *ils s'appuyent sur eux memes*, se apoyan en sí mismos.
22. Aquí Calvino realmente llama a esas personas "perros" como lo hacen las escrituras por ej, en Mateo 7:6, Filipenses 3:2 y Apocalipsis 22:15.

SERMÓN N° 5 AUNQUE EL ME MATARE, EN EL ESPERARE*

"De cierto, su alteza os habría de espantar, y su pavor habría de caer sobre vosotros.

Vuestras máximas son refranes de ceniza, y vuestros baluartes son baluartes de lodo. Escuchadme, y hablaré yo, y que me venga después lo que viniere. ¿Por qué quitaré yo mi carne con mis dientes, y tomaré mi vida en mis manos? He aquí, aunque él me matare, en él esperaré; no obstante defenderé delante de él mis caminos" (Job 13:11-15).

Debemos proseguir con la afirmación que comenzamos ayer, es decir, que las escrituras nos muestran muchas cosas que trascienden nuestro entendimiento. Porque cuando una persona nos habla de esa manera, refiriéndose a Dios, somos tan obstinados que nos parece no estar obligados a percibir aquellas cosas que nos desagradan. En consecuencia, existen algunos que desean pasarse por sabios disfrazando las cosas a efectos de agradar a todos; como en los dos ejemplos que hemos mencionado ayer. Uno está referido a la libre voluntad. He aquí lo que las escrituras nos dicen; las personas son absolutamente incapaces de hacer cosas buenas, y son totalmente cautivas del mal. Muchos creen que si esto fuera así, los pecadores tendrían excusa y serían absueltos, puesto que no tienen la capacidad de hacer lo bueno. Ahora bien, hay algunos que fraguan mentiras y reman entre dos aguas afirmando que entonces es mejor conceder a los hombres algo de libre voluntad para que también puedan ser culpados cuando han hecho el mal. Es cierto, pero las escrituras dicen otra cosa. ¿Por qué huyen a tales subterfugios si no es porque hablan mentiras en favor de Dios? ¿Acaso necesita Dios de nuestras mentiras? ¿Es preciso que su verdad sea sostenida con tales medios? Esto es lo que hay que decir de aquellos que oscurecen la gracia de Dios, en cuanto a que él ha elegido a los que le parecieron buenos, antes de la creación del mundo, y que él ha rechazado a los otros. ¿Y cómo es eso? Este es un punto muy difícil y vemos que hay muchas personas que han tropezado en él. Ustedes ven lo que alegan estos sabios y cómo inventan diciendo: "Por cierto, decimos que Dios ha elegido a aquellos que habrían de ser salvos. Y ¿por qué? Porque vio de antemano que tendrían buena disposición para ello. Sabiendo entonces, que los tales estarían prontos a recibir su gracia, él los escogió, para poder decir, 'éstos son míos.' " Pero, ¿dicen eso las escrituras? No, dicen totalmente lo contrario. Dicen que Dios nos ve a todos iguales, y que es él quien nos distingue; uno no es mejor que su compañero, sin que Dios, en su infinita bondad, nos rescata de la muerte.

Entonces ustedes ven la doctrina pura y simple de las santas escrituras. ¿Por qué vienen los hombres a embarrarla? Como ya les dije, es porque creen que de esa manera excusan a Dios. ¿De veras? ¿Le hace falta a Dios pedir prestadas nuestras mentiras? Y ¿tenemos nosotros que ser sus abogados, llenos de sutilezas, como en aquellos pobres casos que tienen que ser coloreados y totalmente disfrazados a efectos de cegar los ojos de los jueces, para que no comprendan nada? ¿Es preciso proceder de tal manera a efectos de defender a Dios? Entonces, notemos bien, se dice aquí que cuando hayamos aplicado todo nuestro ingenio para disfrazar lo que la gente de otra manera rechazaría y condenaría, para que ningún asunto de la santa escritura cause desagrado, Dios nos condenará por tan sofisticados inventos. Esto va más allá aún. Porque vemos cuántos hay actualmente que quieren tender un puente entre nosotros y los papistas. "Es cierto" dicen, "efectivamente existen muchos abusos en la iglesia (lo confiesan), y las cosas son demasiado pesadas e insoportables; hacen falta algunas reformas." Esto lo confesarán. Pero, entre tanto, consultados sobre nuestra predicación no hallan la más ínfima debilidad en nuestra doctrina, reconociendo que seguimos la pura simpleza del evangelio sin añadir ni quitar nada; no obstante, ven que es rechazada por muchos, y que los hombres no pueden concordar con ella, y que sería algo muy difícil reformar rigurosamente todas las cosas, y que los hombres no se dejan conducir tan fácilmente. Consecuentemente encuentran e inventan una mentira, diciendo, "Entonces sería mejor aceptar una posición intermedia, al menos por un tiempo." ¿Por qué nos vienen con tal perversidad? A menos que sus inventores deseen pasarse por alquimistas y descubrir alguna quintaesencia, y no sé qué. Porque estaban totalmente convencidos de que en el papado solamente hay horrible confusión, y que todas las cosas han excedido por mucho los límites. La idolatría no podría ser más grosera; y el servicio a Dios es totalmente destruido; vemos que los

hombres depositan su confianza en méritos propios; han creído que Jesucristo está realmente sepultado así que corren de un santo a otro, a efectos de tener sus patronos delante de Dios; vemos que los sacramentos son puestos en venta; que compran y venden las almas; que a unos pedazos de cachivaches y a las ceremonias se les atribuye más de lo debido, al extremo de convertirlos en ídolos. Ya ven ustedes que todo esto lo saben suficientemente bien estos vagabundos y que son cosas que requieren ser remediadas. ¿Pero de qué manera? "Oh," exclaman, "lo que los luteranos han pretendido hasta ahora es realmente imposible; el mundo no soportaría semejante cambio. Entonces tiene que haber alguna posición intermedia. Muy bien, es cierto que los hombres han corrompido el servicio de Dios limitándose a los mandamientos dados por hombres; hay que decir entonces, que por amor a la obediencia, los hombres tendrían que continuar así, pero sin estar sujetos a tal obligación ni tan estrictamente como antes." Reitero, los hombres han confiado demasiado en los méritos de las obras; ahora es preciso decir que debiéramos comenzar con la gracia de Dios, y que ella es la principal base en la que debemos descansar. Si Jesucristo fue realmente aniquilado, pero los hombres no han tenido su refugio en él; entonces ahora tiene que ser declarado nuestro abogado, en efecto, nuestro principal abogado; pero no nuestro único abogado. Entre tanto, los hombres mezclan sus propios méritos con la gracia de Dios, de modo que los mandamientos humanos de todos modos sean de alguna manera observados. Además los hombres no deben dejar de tener como abogados a los santos difuntos, para que sean comisionados adjuntos de Jesucristo. En cuanto a la adoración de imágenes los hombres ya no serán tan estúpidos, pero es correcto decir que las imágenes sirven para promover la devoción de la gente simple e ignorante; y, ciertamente, es una tontería absolutamente grosera correr tras ellas en peregrinaciones, aunque entre tanto, por amor a los débiles e ignorantes los hombres pueden conservar cierta devoción a ellas. En cuanto a los sacramentos, la gente bien puede demostrar que no debieran ser tenidos en tanta estima, aunque debieran saber que el tenerlos en cuenta no es sino en memoria de Jesucristo; no obstante, la gente podrá retener siempre, no sé qué. En cuanto a la misa, bien, ya no será tan expuesta a la venta, los hombres ya no tendrán misas particulares por los muertos, ni en honor de algún santo, ni para esto o aquello; habrá, en cambio, una misa común; pero la gente siempre dirá que es un sacrificio; no para negar que Jesucristo es el verdadero sacerdote que se ofreció a sí mismo a Dios su Padre, sino afirmando que la misa representa la muerte y pasión de Jesucristo." Vean cómo estos constructores de falsedad les parecen haber obrado sutilmente haciendo semejante mezcla, para que el evangelio no fuese demasiado duro para el mundo. Al contrario, está dicho que Dios no le ayudan ni le sirven nuestras mentiras. ¿Qué se hará entonces? Andemos íntegra y simplemente, y callémonos la boca, para que cuando él hable nos sujetemos sin réplica a lo que procede de su boca. He aquí (digo) cómo seremos aprobados por él: él nos condenará con todos nuestros subterfugios cuando hayamos pensado que nos será favorable conforme a nuestras propias fantasías y cuando nos hayamos apartado en tan pequeña medida de la pureza de su palabra disfrazando sus juicios, aunque estos sean extraños para los humanos.

Y ahora consideremos lo que se agrega. *"De cierto, su alteza os habría de espantar, y su pavor habría de caer sobre vosotros,"* dice Job. Y luego agrega que *"su memoria es como ceniza, y sus cuerpos como un cuerpo de lodo."* Con esto decir que cuando mentimos en favor de Dios es como si no comprendiésemos su majestad, y que lo hacemos semejante a nosotros, y que lo traemos aquí abajo, como si nosotros estuviésemos en la misma categoría con él. He aquí (digo) ¿qué impulsa a los hombres? ¿Por qué son tan desfachatados falsificando la verdad de Dios? Porque la quieren medir con su propia medida. Pero, ¡qué distancia hay entre Dios y los hombres! Por eso, entonces, aprendamos a concebir lo que es la majestad de Dios; y luego ya no seamos tan necios como para querer intentar algo contra su palabra o contra sus juicios.

Inclinemos nuestras cabezas y dejemos que Dios diga lo que le plazca, y cuando hayamos oído su palabra dejemos también que haga lo que le parezca bien, y nosotros adorémosle en

todas sus obras; especialmente cuando comencemos a considerar nuestra debilidad y fragilidad, diciendo, "¿qué somos nosotros?" Ustedes ven entonces las dos cosas que Job compara aquí, "¿Acaso no le asombra la majestad de Dios?" Al hablar de majestad o dignidad, muestra a los hombres que debieran estar un poco mejor aconsejados al hablar de Dios. ¿Pero qué? Nosotros procedemos a hacerlo estúpidamente, y nos parece que Dios permitirá que los hombres jueguen con él conforme a lo que agrega inmediatamente. Por eso, cuando hablamos de Dios aprendamos a concebir la gloria infinita que hay en él. Porque cuando la hayamos comprendido es imposible que no seamos humillados a decir, "Efectivamente, no se trata de hablar de Dios de la manera de los hombres, ni de hacer ninguna comparación con él. Porque, ¿qué haremos de él? ¿A dónde le colocaremos? ¿O, en qué categoría lo pondremos? ¿Quisiéramos igualarlo a sus criaturas? ¿No sería eso lo mismo que reducirlo a la nada? ¿Y en qué se convertirá su majestad cuando los hombres lo han degradado tanto? Entonces, si tuviéramos la sabiduría de contenernos, o de solamente gustar lo que es la infinita gloria de Dios, ciertamente aprenderíamos a humillarnos ante ella y dejaríamos de ser tan presuntuosos, pensando esto o aquello. Además, consideremos lo que somos nosotros. Porque la debilidad y pobreza, propios de la naturaleza del hombre, dan tanta mayor gloria a la majestad de Dios, de manera que él tiene que ser magnificado, aun más cuando somos totalmente conscientes de lo que somos. Si nosotros poseyéramos la gloria de los ángeles nos acercáramos más a Dios; y aun así estaríamos obligados a hacer lo que ellos hacen, pues dice que bajo forma de querubines tenían que ocultar sus rostros sin poder ver perfectamente a Dios. Es cierto, las escrituras afirman que ven el rostro de Dios; Pero ¿cómo lo ven? No pueden verlo sino bajando la vista, y sin cubrirse el rostro con sus alas; es decir, no pueden verlo sin la modestia de adorar a Dios como a su soberano a quien no tienen acceso sino reconociendo su alteza, humillándose a sí mismos. Vean ustedes cómo es con los ángeles en el paraíso.

Y ahora nosotros, ¿qué somos sino pudrición? En cuanto a nuestras almas, éstas son como pequeñas chispas que pronto se apagarían y se convertirían en sombra si no fuera que Dios las conserva, y él lo hace por su bondad. Entonces, por nosotros mismos no podemos subsistir ni un solo minuto; Dios tiene que preservarnos porque en nosotros no hay sino humo y vanidad. Cuando sepamos esto, ciertamente toda nuestra presunción quedará bien abatida en nosotros, de manera que ya no tendremos el deseo necio de disputar a nuestra manera y de pintar a Dios con nuestros colores, tal como vemos que los hombres lo hacen desfigurándolo y despedazándolo. Ya no seremos tan presuntuosos y corajudos cuando sepamos cuál es la gloria suya y cuando hayamos pensado en la debilidad nuestra. Así, pues, vamos a asombrarnos y llenarnos de temor delante de él, como dice Job aquí. Porque es imposible que este conocimiento de Dios sea vano en los hombres, y que no los obligue a postrarse de tal manera que ya no tengan coraje de conducir habladurías contra él. Porque si han hablado superficialmente es señal de que nunca le han conocido ni sentido lo que es su majestad. ¿Y por qué? Llegar a comprender que es Dios quien nos ha creado, y que procedemos de él; y que, miremos hacia arriba o hacia abajo, todas las cosas están en sus manos, y que hay una maravillosa justicia en él, que hay en él una sabiduría oculta de nosotros, que hay en él una bondad incomparable; como he dicho, llegar a conocer todo esto, es imposible que no nos llenemos de asombro y que no seamos turbados en nuestro interior de modo de humillarnos completamente ante él y adorarle en su altura que es infinita. De modo entonces, aprendamos a conocer mejor a Dios, a efectos de ser entrenados en toda modestia y sobriedad, y, mientras tanto, examinemos también lo que somos. Cuando veamos que nuestra propia carne nos incita a aplaudirnos a nosotros mismos, de manera de inclinarnos a la auto-adulación buscando mantener nuestro amor propio, entonces sacudámonos para decir, "¿De dónde proviene este vicio? Es que aun no te conoces a ti mismo. Considera lo que eres, entra a ti mismo y sé el juez de tu propia condición." Entonces veremos que en nosotros hay un abismo sin fondo de pecado y que estamos afectados por una horrible ignorancia, que es como una tiniebla tan densa que la misma nos ahoga y estrangula; y tan lejos estamos de tener abiertos nuestros ojos y de

conocer a Dios que no percibimos lo que está ante nuestras narices. Entonces, cuando los hombres hayan pensado así de sí mismos, ciertamente serán tocados de tal modo por la majestad de Dios que, habiendo sido llenos de orgullo, hablando realmente enloquecidos de Dios, sin ninguna reverencia o modestia, el temor de Dios caerá sobre ellos. En vez de la temeridad grande y extraña que hay en el mundo los hombres hallarán reverencia a Dios. ¿Y por qué? Porque (como he dicho) una vez que hayamos comprendido lo que es Dios, nos humillaremos ante él. Por el otro lado, reitero, cuando veamos lo que somos nosotros ya no tendremos ocasión de agradarnos a nosotros mismos o de adelantarnos de alguna manera. Con esto entonces ustedes ven lo que Job quiso indicar haciendo estas dos declaraciones.

Ahora, a efectos de una mayor confirmación dice, "*Ciertamente, ¿en realidad creen que él los soportará si juegan con él como con un hombre?*" Job nos muestra que los hombres, desconociendo la majestad de Dios por la cual lo honrarían debidamente, son seducidos a jugar con él. Aunque debiéramos honrarlo, jugamos con él conforme a nuestra costumbre en el trato los unos con los otros, como aquel que sabe engañar, y que lo hace osadamente y todo pareciera estar bien, siempre y cuando no lo descubren. Entonces, conforme usamos nuestra astucia entre los hombres, también usaríamos nuestra habilidad para con Dios, pero ello sería un abuso demasiado grande. Por eso, no pensemos que podemos jugar con semejante maestro, y escapar ilesos. Porque si bien por un tiempo Dios permite que los hombre sean sediciosos, no obstante al final tiene que mostrarles que él no es el contrincante por quien le han tenido, sino otro tipo de persona. El no es el contrincante que ellos han creído, porque no es semejante a criaturas que tienen que obedecer a la regla común de tal manera que se les pueda pedir cuentas y puedan ser medidas por la ley que él nos ha dado; a nosotros digo, porque él ha establecido que su ley sea nuestra medida, y no para estar él mismo sujeto a ella. Así también los hombres tienen que entender que él es totalmente distinto de lo que ellos se lo han imaginado; porque no se fijaron en la gloria infinita que hay en él. Cuidémonos entonces, de jugar de esta manera. Porque Dios nos muestra que toda vez que discutimos su palabra o su obra, tenemos que ser bien conscientes de lo que hacemos.

Y ahora Job dice, "*Escuchadme, y hablaré yo, y que me venga después lo que me viniere.*" Aquí Job muestra que él no es como estos chismosos que conducen a gran distancia escaramuzas con la palabra de Dios y con sus juicios. Como verán ustedes, algunos tienen sus lenguas bien afiladas para hablar, pero es solamente para debatir cuestiones frívolas muy alejadas de la práctica. Pero Job muestra que no es ese su caso. ¿Y por qué no? "*Ya ven ustedes*" dice, *como llevo mi carne entre mis dientes* como si me hubieran despedazado, estoy obligado a levantar mi carne y mi piel entre los dientes y así llevarlos. "*Tengo*" dice, "*mi alma entre mis manos.*" Puesto que me ven en tal aflicción no piensen que estoy charlando como un loro en la jaula. No, no; estoy obligado a hablar de corazón. Porque Dios realmente me examina sobre la mesa de los tormentos. Así que tengo que exhibir mis sentimientos. Porque, en cuanto a mí, hablo como alguien que tiene experiencia; Dios me examina de tal modo que se puede ver claramente que no me queda aliento para disfrazar las cosas diciendo una cosa cuando pienso otra. De modo entonces, déjenme hablar. Porque ustedes no llevarán mi carga; es con Dios con quien tengo que tratar, y es a él a quien tengo que responder; y, en cuanto a las disputas de ustedes, las dejo allí para lo que pudieran ser útiles, es decir, para ser juguetes absolutamente inútiles y frívolos. Pero en cuanto a mí, hablaré conforme a lo que Dios me muestre y conforme a lo que me muestre en hechos." En resumen, ustedes ven lo que Job quiere decir.

Ahora, notemos aquí el tipo de discurso que usa: es decir, *él sostiene su carne con los dientes* para llevarla. Porque en realidad estaba despedazado, como si a un hombre le hubiese sido arrancada la piel, y que ahora no sabe qué hacer, excepto tomarla entre sus dientes. Ustedes ven entonces, que Job cuenta la aflicción en que se encuentra; de esa manera muestra en qué lamentable condición se hallaba, y que ya no se parecía a una criatura viviente. Cuando agrega que *sostiene su alma* (o su vida) *entre sus manos*, es como decir que estaba

huyendo, y que en realidad había quedado abandonado a la corrupción. En esto una persona puede ver la necedad de los papistas al suponer que *sostener el alma entre las manos* significa tener poder para hacer el bien o el mal. "Dejen que los hombres hagan los proyectos que quieran" afirman, "yo tengo mi alma en mis propias manos,¹ es decir, puedo hacer lo que considero bueno, mi condición es la de un ser libre."² En breve, la intención de ellos era fundamentar la libre voluntad sobre esta frase "*tengo mi alma entre mis manos.*" Pero sabemos que cuando Dios amenaza a los hombres, si les dice que los dejará librados a su propia mano, ésta es la peor de las aflicciones que les puede ocurrir.³ Porque Dios truena sobre nosotros diciendo que no dejará librados a nuestras propias manos. ¿Y por qué? Porque a menos que Dios nos detenga corremos irremisiblemente a la destrucción. Vemos entonces la necedad de los papistas al torcer así las Santas Escrituras. Pero el sentido en este contexto, donde Job afirma llevar su alma entre sus manos como si su alma ya hubiese expirado, es muy claro. El alma está oculta en nuestro cuerpo como en un canasto, y esa es la forma de preservarla; pero si lo tenemos en nuestras manos es como que ya ha sido abandonada. Entonces Job quiere decir que está más muerto que vivo y que Dios lo trata como si fuera un ser semejante a una carcaza arruinada y podrida, de modo que ya no hay vida en ella y que ha venido a ser repugnante a todos los hombres. "Vean," dice, "yo sé bien que ya no soy contado como miembro de la compañía de los hombres, sino que debo ser estimado como un cuerpo muerto."⁴ De esta manera, como hemos dicho, Job muestra que no es un maestro de la especulación sino que verdaderamente practica las cosas que habla, es decir, los juicios de Dios. Además, indudablemente, sin esta experiencia no podemos conocer a Dios, ni a su mano, ni a su poder, ni a su justicia, ni a ninguna otra cosa. Es cierto que no todos los hombres serán examinados como Job, es decir, con tal severidad; no obstante, todos tenemos que venir a la piedra de toque, la cual demostrará que no tenemos sino vanas especulaciones. Si a veces Dios no nos emplaza de modo que podamos sentir lo que son nuestros pecados y cuan infinita es la muerte, y de modo que podamos entender que estamos destituidos de la salvación y que estamos separados de toda esperanza, respecto de nosotros mismos, nunca sabremos cómo discutir la verdad de Dios: digo que nunca sabremos, con todo el afecto del corazón, una sola palabra acerca de él. Porque los chismosos que juegan con esto bien pueden asumir una hermosa apariencia, y, ciertamente, pueden jactarse delante de los hombres; sin embargo, no serán constantes. ¿Queremos entonces hablar sinceramente, como realmente debemos hacerlo? Es preciso entonces que previamente hayamos sido examinados, y que hayamos llegado a practicarlo; es decir, que tenemos que haber sido presionados a efectos de conocerle tanto a él como a nosotros mismos. Ustedes ven, en resumen, lo que Job quiso decir en este pasaje.

Además notemos bien que nuestro Señor nos lleva a semejantes pruebas, y necesitamos un poder sobrehumano para poder subsistir. Al escuchar algunas de las palabras pronunciadas por Job, lo condenaríamos, y con justicia; sin embargo, deberíamos considerar bien la extrema dificultad en que se hallaba, para que no nos resulte extraño que algunas de las tentaciones fueron demasiado dominantes en él. Aunque al final de cuentas resistió todos los embates, no obstante, tuvo cierta debilidad mezclada, la que realmente lo aterrorizó. Y aunque su fe realmente no cayó, sin embargo, fue sacudida, y, con toda seguridad sintió el poder de ciertos vicios. Le correspondía entonces superar tales tentaciones, aunque las mismas fuesen muy pesadas de soportar; por eso, no nos parezca extraño su lenguaje. Porque, ¿quién puede decir hoy, como Job, que es semejante a un pobre ser que sostiene su carne y su piel entre los dientes, y que tiene en la mano su alma? Es cierto que David habla de la misma manera en el Salmo 119;⁵ y sin embargo, Job estaba, como vemos, al borde del abismo. Si solamente consideramos las cosas que soportó en su cuerpo, tan arruinado que nadie se rebajaría a mirarlo, ciertamente que el sólo verlo sería suficiente para que a uno se le paren de punta los pelos; viendo que se había convertido en algo hediondo, al extremo que la gente se avergonzaba de él, que, en efecto, le odiaban - entonces, si Job solamente hubiera soportado estos sufrimientos corporales, ¿no habría sido realmente mucho? Pero el punto más grave,

como hemos dicho, era ser consciente del juicio de Dios, saber que Dios lo perseguía, que no hallaba el favor de su mano; tener la sensación de que Dios quería agregar plaga sobre plaga hasta enviarlo al fondo de la muerte y de la condenación. Entonces, si Job fue atacado tan severamente, no nos parezca extraño si hubo algunas tentaciones demasiado exorbitantes en él. Porque fue preciso que Dios mostrase aquí su fuerza perfecta en contraste con la debilidad del hombre. Pero, por nuestra parte, apliquemos esto a nuestra instrucción. Y, en primer lugar, si Dios nos envía aflicciones tan excesivamente grandes, que realmente parezcan tragarnos, no permitamos que ello nos lleve a la desesperación (lo cual pronto se volverá a expender más exhaustivamente), en cambio, resistámosla, sabiendo que Dios aun reserva su misericordia, pronta para manifestárnosla en el momento indicado. Y si languidecemos más de lo que quisiéramos, sepamos que Dios dejará madurar la enfermedad a efectos de sanarnos mejor. Cuando alguien tiene un absceso, o quizá una llaga hedionda, suficiente para deteriorar toda la salud del hombre, el médico o cirujano no la cortará enseguida. ¿Y por qué? Porque causaría una inflamación, porque el asunto todavía no está maduro. En cambio aplicará algún vendaje absorbente para que el absceso madure, y luego usará osadamente el bisturí. Es así como Dios obra con nosotros viendo que tenemos algunos abscesos muy malos. ¿Pero qué de ellos? No nos parezca extraño si no lo sana enseguida; porque la enfermedad primero tiene que madurar, luego Dios podrá aplicar su mano y hallar remedios adecuados. Sepamos entonces que Dios sabe lo que es bueno y adecuado para nosotros, y procedamos a esperar con paciencia en él. Pero si somos demasiado ansiosos por apurarnos, al soportar algunas aflicciones, ¿qué excusa podríamos presentar? Cuando vemos que Job llegó a las puertas del infierno y, sin embargo, se humilló ante Dios, que soportó tormentos tan graves que le produjeron angustia excesiva, y que sin embargo se contuvo; digo, si un hombre que fue afligido de tal manera aun se domina, les pregunto, no seremos también nosotros sin excusa alguna si nos irritamos y enojamos en nuestras adversidades? Entonces, consideremos estas cosas, y que cada uno de nosotros se mire a sí mismo. Viendo que un siervo de Dios como Job ha sido probado de esa manera, hasta sus límites, nosotros deberíamos controlarnos tanto más en nuestras adversidades y no enojarnos contra Dios como hemos estado acostumbrados a hacerlo. Ustedes ven lo que tenemos que recordar de este pasaje.

Job dice que *si Dios lo mata aun confiará en él; no obstante, defenderá sus propios caminos ante el rostro de Dios*. Es cierto que la palabra *lo* (que nosotros traducimos *en él*) también puede ser tomada como *no*, y así tiene su significado razonable. Sin embargo, a veces lo tomas relativamente, como dice, y una letra es cambiada por otra, lo cual era costumbre común entre los hebreos. Sin embargo, en ambos casos el significado es el mismo. Porque si usted lee *no* tiene que hacerlo a modo de una pregunta, "Aunque me matare, ¿no he de tener esperanza? Sí, tendré esperanza." O bien, si usted lee, "Yo confiaré en él," vemos que la esencia no cambia. En resumen entonces, Job indica que si bien sus pasiones lo han dominado y llevado a la ira, no por eso ha perdido la esperanza; no es que pretenda hacerle pleito a Dios, o quizá de apartarse de él, o quizá quiera enfadarse porque ya no le queda nada que hacer con él. ¿Por qué no? Job afirma su esperanza pase lo que pasare. "Aunque me mate," dice, "y me turbe, no dejaré de confiar en él; de todos modos presentaré mis caminos ante su rostro. Ciertamente tengo que mezclar esta vehemencia que ves y que percibes, ciertamente, debo mezclarla con la esperanza que tengo en Dios." Y con esto tenemos un hermoso y excelente espejo del obrar de Dios. Porque él deja caer a los fieles, a efectos de que su fe sea tanto más probada. Estas cosas aparentemente son incompatibles entre sí; pero Dios las hace compatibles. A primera vista los hombres dirían, "He aquí, fuego y agua," pero al final Dios conduce todas las cosas de tal modo que no hay ningún desacuerdo. Hay algunos que en sus disputaciones siempre han pretendido hacer conclusiones al modo de los filósofos, y que todas las cosas fuesen ordenadas de tal modo que no hubiese desacuerdo, sino cierto pacto de paz entre todas las cosas; pero esas personas nunca superaron lo que es haber sido zarandeados por Dios y haber pasado por sus juicios. ¿Y por qué? Porque, como he dicho,

Dios obra en forma tan asombrosa con nosotros que todas las cosas se confunden. En efectos, también hay cosas en nosotros que nunca podrán coincidir. Porque a veces deseamos vivir y otras deseamos morir. Y, ciertamente, estas son cosas contrarias y sus implicancias son diferentes porque como dice San Pablo, por naturaleza queremos existir, y consecuentemente huimos de la muerte. La muerte nos resulta horrible porque es contraria a nuestra naturaleza. Es algo que causa espanto al hombre.

Por otra parte vemos que aquí estamos detenidos como en una presión; mientras el cuerpo nos rodee, estamos esclavizados al pecado, por eso somos constreñidos a gemir, y de esa manera a aspirar a la eternidad que nos es prometida cuando Dios nos haya sacado de este mundo (porque cuando nos aproximamos a la muerte, nos acercamos a la eternidad, puesto que también la muerte es la entrada a la vida), sabiendo que Jesucristo ha pasado por el mismo camino no tenemos que tener miedo de que la muerte tenga algún poder sobre nosotros; ella es como una espada mellada, con su hoja quebrada, de manera que no puede herirnos; y aunque nos haga sangrar un poco, no obstante ello, no será sino para librarnos de todas nuestras debilidades. Ciertamente pareciera que estos sentimientos son contrarios, y realmente lo son; pero Dios los hace coincidir de tal modo que lo que hemos percibido mediante nuestros sentidos naturales es desechado puesto que la fe gobierna. Esto es lo que hay que decir en cuanto a lo que Job discute en este pasaje. Porque ustedes ven que los creyentes están totalmente persuadidos de esto, es decir, de esperar en Dios y obtener salvación de él, pase con el mundo lo que pasare. Y esto podrían hacerlo si no le tuvieran por su Padre, y si no tuviesen en él su refugio, como diciendo, "He aquí, en las circunstancias extremas Dios ha sido mi Padre y luego me ha librado para acercarme a sí mismo. Por eso debo invocarlo a él, y ponerme debajo de su cudad y, sin duda, siempre tendrá misericordia de mí. Ciertamente, pero me aflige y cuando me advierto que debo acercarme a él, no percibiré que me ha oído. Por cierto, saber esto es duro y difícil de soportar; y sin embargo, debo esperar silenciosamente en él, y honrarlo y descansar en sus promesas." Ven entonces, cómo los fieles tienen absoluta claridad a este respecto. Pero por otra parte, les corresponde conocerse a sí mismos. Pero es imposible que conozcan sus propias debilidades, excepto que se lamenten diciendo, "¿Y ahora qué? Mas estas cosas se contradicen. Porque si debemos esperar silenciosamente en Dios, ¿nos corresponde iniciar disputas y comenzar a lamentarnos? Porque hacerlo sería contrario a la fe." Es cierto que a primera vista es contrario, pero Dios lo hace coincidir totalmente. Porque cuando hemos sido agitados con algunos ataques de cólera, la fe nos silencia de tal modo que finalmente concluimos diciendo, "Sin lugar a dudas, nunca nos dejará la bondad de Dios, pase lo que pase al mundo; al contrario, siempre le hallaremos propicio aunque al principio no se revele así." Y ven ustedes lo que en resumen hemos de aprovechar de este pasaje. Ahora veamos cuál era el propósito de Job al decir; "Aunque Dios me mate, sin embargo confiaré en él; de todos modos disputaré con Dios para argumentar mis caminos." Pero la palabra hebrea que usa significa *rechazar*; también significa *disputar* o *pleitear*. Entonces dice y afirma, no ser el hombre por quien lo tomaron los bandos que hablaban. Porque lo tuvieron por un hombre que jugaba a dos puntas o que renunciaría, de modo de abandonar su esperanza en Dios y que, consecuentemente, esas cosas las había dicho en vano. Pero él declara que no, porque siempre mantuvo su fe en Dios. Ahora, puesto que confía en Dios, necesariamente tiene que someterse a él. Porque confiar en Dios es no huir de él ni permanecer apartado. Al contrario, confiar en Dios es acercarse a él, y cuando él parece estar lejos de nosotros, esforzarnos aun entonces para acercarnos a él. Y luego, saber también lo que las Sagradas Escrituras nos dicen, es decir, de refugiarnos bajo la sombra de sus alas, y volver a él, para que él nos reciba en su seno, como un hijo es recibido por su propio padre. Ya ven ustedes lo que contiene este pasaje.

Porque cuando Job dice que *siempre esperará en Dios* demuestra que no es como uno de estos vagabundos que saltan repentinamente queriendo pasarse por caballos desbocados. "Es totalmente lo contrario" dice Job, "porque sólo pretendo estar cerca de él y que él tenga su

mano sobre mí." Con esto entonces, queda liberado del falso testimonio con que había sido calumniado. Sin embargo, luego dice, "*Ciertamente debo disputar con Dios acerca de mis caminos*. Es decir, que la esperanza que tengo no está completamente exenta de quejas, de manera de no levantarme jamás contra Dios ni quejarme." Es cierto que esto procede de la debilidad, de una debilidad realmente viciosa, digna de ser condenada; pero a pesar de ello Dios no abandona a Job completamente; porque como hemos dicho, la fe es mayor que nuestras pasiones. El hecho de esperar en Dios e invocarle, no significa que nunca vamos a tener conflictos en nosotros mismos; pero la fe tiene que triunfar, la paz que menciona San Pablo tiene que ganar la victoria; es decir, en nuestro corazón tiene que triunfar la fe. Cuando habla de la paz de Dios, atribuyéndole victoria, demuestra que vamos a tener tempestades en nuestro interior que nos sacudirán y llevarán de un lado a otro. ¿Pero, qué remedio hay para ello? La paz de Dios tiene que tener tal poder en nosotros que al final pueda mantener el control, y que todas nuestras pasiones puedan ser dominadas. Entonces, notemos bien que, confesando su esperanza en Dios, Job también confiesa su propia debilidad demostrando que no es tan perfecto como para nunca tener una falta que lo contradiga. Sea como fuere, siempre tiene su refugio en Dios. Siendo ese el caso, entendamos, por nuestra parte que cuando somos sacudidos por las provocaciones de nuestra carne y cuando nuestras emociones nos descaman un poco, no por eso debemos desesperar pensando que Dios no nos ayudará! en cambio, seamos amonestados a esperar en él; y aunque no lo hagamos con la requerida perfección, no obstante, estemos seguros que nos hará sentir que nuestra esperanza en él no es en vano. Él nos fortalecerá más y más en nuestra fe y le dará la victoria sobre todas las tentaciones del mundo y de esta vida.

Ahora inclinémonos en humilde reverencia ante el rostro de nuestro Dios.

NOTAS DEL TEXTO SERMÓN NO. 5

*Sermón 50 en *Calvini Opera, Corpus Reformatorum*, v. 33, pp. 617-630.

1. Compárese con el poeta americano, William Ernest Henley (1849-1903), "Invictus, Yo soy el señor de mi destino: el capitán de mi alma soy yo." Gracias a Dios esta filosofía está pasando gradualmente.
2. Francés: *í 'ai une condition libre*.
3. Compárese Jueces 6:13: Gedeón dijo..."¿No nos sacó Jehová de Egipto? Y ahora Jehová nos ha desamparado, y nos ha entregado en mano de los madianitas." También las palabras del Señor registradas en Jeremías 12:7, "He dejado mi casa, desamparé mi heredad, he entregado lo que amaba mi alma en mano de sus enemigos." Y 1 a oración de Lamentaciones 5:20, "¿Por qué te olvidas completamente de nosotros, y nos abandonas tan largo tiempo?"
4. Francés: *un corps trespassé*, un cuerpo del cual la vida o el alma han partido.
5. "Mi vida está continuamente en mi mano." Salmo 119: 109.
6. Un juego de palabras francés, *ees esgarez qui s'esgayent*.
7. Colosenses 3:15.

SERMÓN 6 SI DIOS FUERA NUESTRO ADVERSARIO*

"Oh, quién me diese que me escondieses en el Seol, que me encubrieses hasta apaciguarse tu ira, que me pusieses plazo, y de mí te acordaras! Si el hombre muriere, ¿volverá a vivir? Todos los días de mi edad esperaré, hasta que venga mi liberación. Entonces llamarás, y yo te responderé; tendrás afecto a la hechura de tus manos. Pero ahora me cuentas los pasos y no das tregua a mi pecado" (Job 14:13-16).

El profeta Isaías,¹ demostrando qué terrible y qué difícil es soportar la ira de Dios, dice que quienes la experimentan se contentarían con ocultarse en las montañas, deseando ciertamente, que éstas cayesen sobre ellos. El Señor Jesucristo afirmó lo mismo.² Ahora esto es para mostrarnos que no debemos ser tan estúpidos como somos; porque no sabemos lo que es tener a Dios contra nosotros. Es cierto que experimentaremos suficientemente el mal que soportamos cuando nos persigue; pero esto no es todo ni es lo principal. Es preciso pesar exhaustivamente lo que es la ira de Dios. ¿Y por qué? Porque cuando la mano de Dios es entendida por nosotros, pensamos en nuestros pecados; y haciéndolo somos turbados sabiendo que debemos perecer a menos que Dios se apiade de nosotros. Aunque huyamos de esta convicción, el Señor nos ejercita en ella de tal modo que estemos totalmente despiertos cuando él nos quiera mostrar misericordia. Ustedes ven lo que debería ser asimilado por la afirmación de Job cuando dice, *"Oh, quién me diese que me escondieses en el Seol."* Job prefiere la muerte a la vida; tal era su situación. ¿Y por qué? Porque de esa manera posiblemente escaparía de la mano de Dios. Job sabía bien que es mucho más terrible tener a Dios por Juez que morir cien veces. Y esto debería motivarnos a pensar con más cuidado del que hemos tenido hasta ahora, en nuestros pecados, a efectos de saber que, habiendo soportado todos los males del mundo ello no es nada comparado con presentarse ante el trono del juicio de Dios al llegar el momento de rendir cuentas. Cuando tenemos una leve enfermedad exclamamos "Ay." Cuando tenemos un accidente se nos oye quejarnos; sin embargo, nuestros pecados siguen allí como sepultados, nunca nos acordamos de ellos ni nos vienen a la memoria. Con ello demostramos cuan perversos somos cuando se trata de juzgar a las cosas. Por eso, cada vez que oímos que quienes fueron afligidos por la mano de Dios desearon la muerte y desearon ser ocultados en el sepulcro, sepamos que esto es lo que debemos tener por sobre todas las cosas, es decir, que Dios se declare en nuestro adversario.

Cuando estemos persuadidos de que este es el mayor peligro que le puede ocurrir al hombre, trataremos por todos los medios de volver a él. Cuando nuestros pecados nos vengan a la memoria, diremos, "Ay ¡qué situación es la nuestra! Porque si Dios se declara enemigo nuestro ¿qué nos queda por hacer? Cuál será nuestra condición? Entonces, estemos prevenidos, notemos cuan solícitos debemos ser en buscar a Dios para obtener su gracia, de manera de no descansar hasta que esté reconciliado con nosotros. Ya ven ustedes a qué uso debemos aplicar esta doctrina.

Debemos notar bien lo que dice aquí: *Hubiera querido que me escondieras en el sepulcro, y que me hubieras encerrado en él, hasta el momento de ser cortado del mundo."* Job demuestra por qué desea la muerte; esto es, porque se encuentra a sí mismo confinado bajo el juicio de Dios, sin encontrar una forma de escapar. Con ello se nos advierte que al final de cuentas nuestros subterfugios no nos ayudarán para nada, y que habiendo corrido mucho de un lado al otro, finalmente hemos de ser confinados. Si retenemos esta lección habremos aprovechado bien el día. ¿Por qué? Aunque Dios nos amenace, se ha visto no obstante, que no nos cuesta nada creer que podemos escapar, según cada uno imagina esto o aquello, de modo que nuestra hipocresía es el motivo por el cual las amenazas de Dios no nos afectan tanto como ciertamente debieran hacerlo. No hay nada que provoque más rápidamente la extrema venganza de Dios que el vernos sin tomar en cuenta su ira; esto es algo que provoca a Dios hasta el límite. Aprendamos entonces, de lo que se dice aquí, que cuando Dios quiere presionarnos premeditadamente, no será cuestión de escapar de una forma u otra, sino de ser

confinados. Por otra parte, si Dios nos da algún respiro y especialmente si nos muestra cómo obtener la gracia de su mano, usemos esa oportunidad. Acto seguido dice; *"Quién me diese que me escondieses en el Seol."* Aquí uno podría preguntar, "¿No es acaso la muerte una señal de la ira de Dios y de su maldición? ¿Acaso la muerte nos ofrece alivio? ¿De qué nos aprovecha?" En efecto, la muerte nos parece ser lo último y que Dios no podría ser más severo con nosotros que llevándonos a ella. Pero aquí Job ha pensado en la muerte sin la aprehensión del caso, cosa que ya hemos declarado antes; y debiéramos recordarlo. En aquel momento Job estaba angustiado porque Dios le hacía experimentar su miseria. Consecuentemente piensa cómo librarse de ella. "Al menos," dice, "yo andaré en tinieblas; pero mientras tenga mi carne (como finalmente lo dice a modo de conclusión), mientras tenga mi alma dentro de mí estoy en angustia, estoy atormentado, no tengo sino dolor. Pero si Dios me quitara de este mundo, tendría un pequeño respiro, sería el fin;" y (como dijo antes) tendría su fin como un jornalero a quien uno ve descansar cuando ha llegado el término de su jornada, y cuando su contrato ha expirado. Aquí ustedes ven por qué desea ser sepultado en la tumba. Además, notemos que sabía muy bien que los hombres no dejan de estar bajo la mano de Dios cuando mueren, y que tienen que ser juzgados por Dios y experimentar su presencia. Job lo sabía perfectamente bien. Pero entre tanto consideraba la miseria que lo oprimía, y se sentía como esclavizado a ella, de modo que no piensa en todo lo demás. Entonces, ya ven ustedes, cuando Dios persigue a un pobre pecador éste no tiene otra alternativa que decir, "Ay, ¿tengo que ser irremediamente encerrado aquí? ¿Debe crecer mi miseria hasta que finalmente perezca porque Dios me perseguirá siempre?" El pecador no piensa sino en aquello que le resulta tan duro de soportar. Por ese motivo cree que la muerte no es nada para él; cree más bien, que le será una medicina. De esa manera Job habló deseando ser cubierto por su tumba, y quedar como encerrado en ella.

Cuando dice, *"hasta que me pusieses plazo, y de mí te acordaras,"* demuestra cómo aún después de la muerte hay alguna aprehensión, pero él creía que conforme era llevado y violentado tendría alguna tregua a efectos de tomar aliento, de modo que habiendo partido de este mundo no estaría en semejante turbación y la misma no sería tan dura y pesada como la que experimentaba aquí. Pero, como he dicho, Job no podía sino saber que aun después de la muerte tenemos que rendir cuentas. Porque dice, *"Esperaré en el sepulcro hasta que me pusieses plazo, y de mí te acordarás."* Este *acordarse* no es sino el llamado de Dios a sus criaturas para presentarse ajuicio. Pero Job estaba tan turbado, y esta pasión lo agitaba tanto que no juzgaba con una mente tranquila como es preciso que lo hagamos. ¿Y por qué? Primero, porque mientras estamos en este mundo, ¿qué más podríamos anhelar sino que Dios se acuerde de nosotros? Porque si nos olvida, ¿qué será de nosotros? Pedro dijo, "Apártate de mí, Señor, porque soy un hombre pecador."³ Efectivamente, pero debemos tomar el lado opuesto y decir, "Señor, acércate a nosotros; porque sin tu gracia nada somos." De modo entonces, es necesario que Dios se acuerde de nosotros. ¿Y por qué? Para sostenernos y preservarnos, a efectos de sustentarnos y de tener piedad de nuestra debilidad y aliviarla, y para que pueda guiarnos con su providencia. Entonces, ustedes ven cuan necesario es que Dios se acuerde de nosotros, de lo contrario nuestra condición es sumamente miserable. Porque no hay nada que el hombre deba temer más que el ser olvidado por Dios. Este es un punto. Nuevamente, aunque Dios pueda sacarnos de este mundo, sin embargo, no nos olvida, aunque pueda parecer que lo haga; porque siempre guarda a los suyos en sus manos y bajo su cuidado. Y en cuanto a los condenados, estos son mantenidos, como encadenados, hasta el día en que se ejecute la sentencia. Entonces ustedes ven que Dios siempre nos recuerda; y cuando las escrituras dicen que nos ha olvidado, es porque en ese momento no experimentamos su ayuda; como aquel pobre hombre que está languideciendo y pidiendo que Dios le ayude, y que, al no sentir su ayuda, cree que Dios no le ha ayudado. Ustedes ven cómo es que se dice que nos ha olvidado, es decir, de acuerdo a lo que percibimos; y, sin embargo, él nos recuerda continuamente. Es decir, Job estaba equivocado al suponer que muerto estaría

como olvidado por Dios hasta el día final cuando Dios llame a todas las criaturas a presentarse ante el trono de juicio. Por eso Job no pensó en este cuidado que Dios tiene de nosotros como debía haberlo hecho; pero nosotros podemos verlo siempre y cuando estemos persuadidos de lo que he dicho, es decir, que Dios no deja de pensar en nosotros, aunque nos deje por un breve tiempo, de manera que nuestros cuerpos sean deshechos en la tierra y nuestra alma habite en suspenso esperando el día en que todo el mundo será restaurado.

Más aún, mientras vivamos estemos totalmente persuadidos de que lo mejor que hay es que Dios se acuerde de nosotros. En efecto, aunque fuese para castigarnos. Si Dios se acuerda de nosotros a efectos de hacernos experimentar su favor, ⁴ en ello está todo nuestro gozo y gloria, según lo dicho en el Salmo 8.⁵ "¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre para que lo visites?" Somos tan pequeños como una sombra; no somos absolutamente nada; y sin embargo, Dios está dispuesto a tener cuidado paternal de nuestras vidas. Y, ¿no vamos a reconocerle entonces una bondad maravillosa? De modo entonces que debemos tener en gran estima la misericordia que Dios nos muestra al acordarse de nosotros, incluso cuando nos hace sentir su bondad; pero (como ya dije), aunque nos castigue por nuestros pecados, aun así, tiene gracia hacia nosotros; porque de esa manera demuestra que no quiere que perezcamos, y que nos llama a volver a él cuando nota que estamos en el camino de la perdición. Porque ¿acaso no son todos sus castigos como otras tantas advertencias con las cuales nos llama al arrepentimiento? Entonces pueden ver ustedes cómo debíamos apreciar más la gracia de Dios al acordarse de nosotros, y que nunca debíamos desear que nos olvide. En resumen, esto es lo que debemos recordar de este versículo.

Ahora sigue diciendo, *"Si el hombre muriese, ¿volverá a vivir todos los días de mi edad, o de mi dolor, esperaré hasta que venga mi liberación."* Aquí Job muestra, mejor que antes, cuán atribulada estaba su mente, porque tanta era su angustia que no sabía cual sería el fin de los hombres, si van a vivir o no después de morir. En efecto, a primera vista esto parece extraño; pero debemos notar lo que ya he dicho antes, es decir, que Job habla debido a sus tentaciones anteriores, a las que había resistido. Hay una gran diferencia entre ser completamente abatido por una tentación y experimentarla totalmente, ser sacudido por ella, y sin embargo, resistirla. Qué cantidad de malas opiniones y fantasías vendrán a nuestra mente. Sabemos también que los hombres son engañados de muchas maneras de parte de Satanás. He aquí un pensamiento malvado que penetra nuestra mente es que debíamos tener una gran desconfianza hacia Dios, como si dijéramos: "¿Cómo sabe si Dios se acuerda de usted o no? ¿Cómo sabe si le ha abandonado o no? ¿Cómo sabe si es condescendiente o no para mirar favorablemente a sus criaturas humanas?" Todos estos son pensamientos que atacan al hombre, y es a efectos de humillarnos. Al ver que estamos llenos de vanidad, necesitamos andar en el temor de Dios diciendo: "Pero, ¿qué es esto? Yo debiera dedicar todo mi conocimiento a glorificar a Dios; y he aquí, parte de mi inteligencia es aplicada a semejantes pensamientos.

Ciertamente blasfemias enormes vienen a nuestra mente." En consecuencia los hombres debieran estar en gran manera disgustados consigo mismos al concebir tales fantasías. Pero los creyentes rechazan inmediatamente esa clase de pensamientos, porque tan pronto viene el diablo para atribularlos de esa manera nos armamos con la palabra de Dios, hacemos un escudo de fe como lo dice la escritura. Aunque, como dice San Pablo, ⁶ Satanás nos arroje dardos ardientes, sin embargo, estos no entran a nuestra alma para herirnos; sus venenos no nos afectan. Es cierto que Satanás nos atacará poderosamente; sin embargo, ese aguijón suyo no será mortal ni ponzoñoso. Entonces, hemos de rechazar todas estas malvadas fantasías al ser atacados así. Otros en cambio, son totalmente vencidos por ellas, y están tan equivocados que dudan de la providencia de Dios. Otros piensan que Dios los ha rechazado totalmente y que serán derrotados totalmente. Entonces, hay una gran diferencia entre una fantasía fugaz que por un tiempo viene a nuestra mente, y la cual resistimos, y una persuasión que penetra y

se radica en nosotros. Es cierto, no dejamos de ser culpables aun cuando hayamos luchado contra todas las tentaciones de Satanás, y cuando las hayamos vencido; no obstante, aun no habremos llegado a un final completo, sino que debemos lamentarnos delante de Dios por no haberle glorificado tan perfectamente como debíamos. Sin embargo, él acepta esa constancia cuando así resistimos al mal. Vean cómo lo hizo Job. Aquí relata todas las tentaciones con que fue atacado, y sin embargo, no fue vencido por ellas. En efecto, hay tres grados que deben ser notados. Porque a veces vienen fantasías a nuestra mente y de inmediato las expulsamos. Algunas veces tendremos dolor y angustia, de modo que, sumidos en grandes problemas diremos, "¿Cómo llegaré al final de esta tentación?" Y, sin embargo, al final, cuando Satanás nos presiona con ella, Dios nos fortalece, El tercer grado es cuando somos totalmente abatidos y vencidos. En cuanto a Job, no solamente llegó al primer grado con el pensamiento errático de preguntar si los hombres vivirían después de la muerte o no, sino que también llegó al segundo grado de la tentación. Porque el verse a sí mismo tan presionado por la miseria, pensó para sus adentros, "¡Ay! ¿Qué pretende hacer Dios conmigo? Aparentemente quiere restregar todo mi cuerpo, y puesto que es mi enemigo, ¿qué será de mí?" Job entonces fue atormentado con dicha tentación (que es mala) por pensar que Dios se había opuesto tanto a él. Sin embargo, no fue vencido. Aunque la batalla le fue dura y difícil de soportar, no obstante fue vencedor.

Ya ven ustedes cómo debemos entender este pasaje. Porque si Job se hubiera mantenido en esa posición, la pregunta "¿Volverá a vivir el hombre o no?" habría sido una malvada blasfemia. Pero, sin lugar a dudas, fue asaltado de tal modo que persistió en la fe que había concebido, y entonces el Espíritu de Dios le dio la victoria. Por eso no debemos culparlo de blasfemia. Ni debemos, por ese motivo, acusarlo de incredulidad. Porque la fe nunca es sin luchas; a la fe le corresponde ser ejercida cabalmente. ¿Y cómo se hace? Cuando el maligno nos propone muchas ocasiones para la incredulidad. Entonces, ustedes ven, cuál es la verdadera prueba de nuestra fe. Por lo tanto no es preciso que Job sea expulsado del número y de la compañía de los creyentes por haber sido atacado de esa manera. También hay que notar que no fue una simple duda, sino que se descarrió siendo presionado por la mano de Dios. Si Job hubiera preguntado, "¿Perecen totalmente los hombres cuando mueren?" habría respondido, "No, porque aunque el cuerpo se descomponga, Dios lo resucitará; y el alma es conservada hasta el día final, y en ese momento seremos totalmente restaurados." Seguramente, si Job hubiera sido examinado en términos generales con respecto a la muerte, habría respondido así. Pero, puesto que tenía el problema particular de ser presionado tan severamente por Dios, no sabía qué sería de él, y aparentemente Dios había determinado confundirlo y destruirlo completamente. Es con ese temor que duda. Notemos entonces que Job consideraba lo que había en su propia persona, es decir, la severidad de Dios, y siendo ésta tan grande, aparentemente no había probabilidad alguna de salir de la miseria en que se encontraba.

Por esa causa dice, "¿Volverá a vivir el hombre que está muerto?" Ciertamente se refiere a ese aspecto de la muerte en el cual Dios exhibe todos sus poderes de modo que el hombre quede reducido a la nada. Y ¿qué es eso? Es como si dijera: "Ciertamente, Señor, pareciera que tu intención es excluirme de la esperanza que nos has dado en cuanto a resucitar. Porque viendo que me tratas con tanta severidad, ¿acaso este extraño trato que usas conmigo no tiende a destruirme completamente? Y cuando me hayas destruido, ¿quién podrá restaurarme?" Entonces Job no supone que Dios lo quiere restaurar al final, sino que quiere rarlo del número de las criaturas. Por eso pregunta, "¿Es posible que una persona viva otra vez después que haya perecido?" Es porque Dios ha obrado en forma tan extraña con él que aparentemente tenía la intención de reducirlo a la nada. Con esto somos amonestados a orar pidiendo que Dios quiera tratarnos con tal moderación que siempre tengamos la esperanza necesaria para estar seguros de que nuestras miserias no durarán para siempre, sino que Dios las va a remediar, y que es tarea suya levantar de sus sepulcros a los que están allí. Porque si no lo creemos caeremos en una horrible desesperación que nos turbará, como vemos que

habría ocurrido con Job si Dios no lo hubiera sostenido con mano poderosa. Y ustedes también ven por qué se dice, "Castígame, oh Jehová, mas con juicio."⁷ No es que alguna vez le falte el juicio a Dios, sino que con la palabra "razón" o "juicio" Jeremías se refiere a una forma moderada, a la medida de nuestra debilidad, de modo que no seamos tentados tan intensamente de no percibir siempre que al final Dios nos habrá tenido piedad, y que habrá remediado nuestras miserias. Ustedes ven entonces como somos amonestados en este texto con la pregunta, "¿Volverá a vivir el hombre cuando haya perecido?"

En cuanto a la declaración que sigue, "*Todos los días de mi edad esperaré hasta que venga mi liberación.*" Algunos la exponen diciendo que si Job pensaba que Dios levantaría los muertos, y que si había alguna esperanza de resurrección y renovación, esperaría hasta ese día. Pero hay que tomarlo en forma más sencilla, es decir, "Señor, consuélame porque estoy turbado, veo que no usas sino fuerza, veo que no ejecutas sino violencia contra mí; de modo que aún debo luchar y esforzarme sin tener otro consuelo que el de esperar el día de mi liberación." Vean entonces, cómo entendió Job esta declaración. Job razona consigo mismo más que con Dios al preguntar si una persona volverá a vivir después de haber muerto. Como si dijera, "Aquí me veo a mí mismo en un estado tan miserable que ciertamente creo que debo seguir turbado y que ya no hay medios para ser restaurado. Porque si Dios está contra mí y quiere destruirme, qué puedo decir al respecto." Sin embargo, enseguida se esfuerza y lucha duramente llegando a la siguiente conclusión, "De todos modos esperaré hasta el día de mi liberación." Por eso, con ello percibimos que Job tuvo la victoria y que ganó aquella batalla.

Porque si bien comenzó a discurrir si habría o no de resucitar, sin embargo, al fin dice, "*He aquí, esperaré el día de mi liberación, en efecto, todos los días de mi dolor.*" Es como si dijera, "Es cierto que mientras dure mi tiempo, quisiera que Dios me mantuviera encerrado en mi sepulcro, que me arrojara a un pozo y que hiciera caer las montañas sobre mí; sin embargo, debo esperar en él, aún en medio de las aflicciones en que me encuentro. Aunque son duras e insoportables, no obstante, puesto que hay una liberación, ese hecho sin duda debe darme algún consuelo, sustentarme en la obediencia a Dios." Ahora vemos el significado de las palabras de Job. Podemos deducir una doctrina buena y útil de este pasaje. En primer lugar, siempre que seamos atacados por Satanás y atormentados por nuestros malos pensamientos y, especialmente, cuando haya alguna desconfianza que nos lleva a la desesperación, no debemos comenzar con estas disputas, sino concluir rápida y brevemente para encontrar nuestra solución en la verdad de Dios. ¿Y cómo? Algunos tienen placer en rodearse de malos pensamientos, entonces les viene alguna opinión a la mente, efectivamente, una opinión malvada, que incluso los pondrá en contra de Dios. Consecuentemente disputan y piensan así, "¿Es posible o no? ¿Por qué es así?" Entonces alimentando y masticando tales fantasías⁸ con opiniones malas, totalmente contrarias a nuestra fe, es como si hicieran un acuerdo con sus enemigos que vinieron a sitiar su ciudad. Y si los hombres los escuchan y aplauden lo que dicen, ello significa la destrucción de la ciudad entera. Los hombres no les abrirán las puertas, pero es como que lo hicieran. Así es con los que se rodean de sus propias malas opiniones, las que les son propuestas por Satanás; porque si permanecen en ellas el resultado es que serán llevados a la destrucción. ¿Qué hay que hacer entonces? Sigamos la experiencia que aquí se nos muestra por medio de Job. Es cierto, fue peligrosamente atacado al cuestionarse si podría resucitar o no, viendo que Dios lo había abatido tanto. Si hubiera mantenido esa mentalidad hasta el final, ¿cuál habría sido el resultado? Pero después de haber sido atacado así, procedió rápidamente a cortar. "No" dice, "esperaré hasta el día de mi liberación, pase lo que pase." Esto es lo que debemos hacer: es decir, concluir de acuerdo a la verdad de Dios. También, al concebir cualquier fantasía malvada que podría apartarnos de la fe y del camino de la salvación, tenemos que volvernos rápidamente y asirnos a alguna declaración de la escritura; y cuando vemos que somos advertidos por la verdad de Dios, procedamos a concluir que no debemos discutir las cosas pronunciadas por Dios. Aquí ven ustedes el remedio soberano que tenemos para rechazar a Satanás cuando trata de apartarnos de la fe y de la obediencia a la

palabra de Dios.

Además, cuando Job dice que *esperará hasta el día de su liberación*, su declaración merece ser evaluada cabalmente. Ciertamente habla de la resurrección; así como es preciso que seamos totalmente renovados, también la corrupción que hay en nosotros por motivo del pecado de Adán debe ser destruida, y Dios tiene que recibirnos en la inmortalidad de su reino. Esta es la liberación que menciona Job. Y es lo que también nosotros tenemos que mirar. Porque sin la resurrección no podemos consolarnos de ninguna manera; todos los argumentos posibles serán insuficientes para alegrarnos. También vemos que la Sagrada Escritura conduce a los fieles a ese punto cuando quiere satisfacerlos y darles un descanso cierto y firme. Ahora, reconozcamos," dicen los siervos de Dios, "que somos llamados a compartir la gloria celestial que Dios ha prometido a los suyos; por lo tanto, alégrense en ella." Sin embargo, para estar bien seguros de este cambio final, debemos considerar que Dios opera muchos cambios en nosotros por los cuales ahora y nos da indicios de la liberación final. Por ejemplo, estamos en alguna aflicción y es como si estuviéramos confinados a ella. Cuando buscamos el final de la misma no lo encontramos, no hay remedio. Ya estamos más allá de toda posibilidad de restauración, estamos perdidos; y repentinamente Dios tiene tal piedad de nosotros que en un momento somos librados. ¿No ven ustedes una liberación que va mucho más allá? Es para que entendamos que existe una liberación mucho más perfecta que todas estas que ahora percibimos en forma particular. Entonces aprendamos a familiarizarnos bien con las liberaciones diarias de Dios, a efectos de ser elevados en alto y que de esa manera estemos quietos hasta que podamos ser renovados en el reino de los cielos. Aquí ustedes también ven cómo habló David de este asunto.⁹ Porque cuando habla de las liberaciones de la mano de Dios, sea por rescatar a los hombres de sus problemas o arrojándolos en ellos, ese dicho es de gran peso aunque pueda parecer lo contrario. Porque los hombres siempre tienen esta disparatada opinión en cuanto al futuro, como diciendo, "Vean la desgracia que me ha ocurrido," o, "Vean que buena suerte tuve." ¡No! Estas son liberaciones de la mano de Dios; y es preciso que siempre seamos llevados a ese punto. Pero entre todos los cambios hechos en el mundo, la imagen más viva de la renovación final es cuando Dios nos vivifica con su Espíritu Santo, el alumbrarnos mediante su fe y el hacernos nuevas criaturas en nuestro Señor Jesucristo, como dicen las

Escrituras. Consideremos lo que es el nacimiento de los hombres. Es cierto que al venir a este mundo, traemos con nosotros un remanente de la imagen de Dios a la cual fue creado Adán: pero esta misma imagen está tan desfigurada que estamos llenos de injusticias y en nuestras mentes no hay sino ceguera e ignorancia. Entonces ustedes ven cuál es el estado de los hombres al nacer. Pero Dios nos ilumina por su Santo Espíritu, en efecto, a tal punto que llegamos a poder contemplarlo en la medida en que nuestro ser es transformado en su gloria y reformado por su Espíritu Santo.

Por eso, cuando Dios nos haya cambiado de tal manera que percibamos su morada en nosotros, y de esa manera luchemos contra nuestras pasiones malvadas; mientras que otros hombres tienen deleite en sus vicios y se zambullen en ellos. Cuando buscamos precisamente lo opuesto, de manera que nos disguste todo mal que haya en nosotros, y gemimos por su causa, estamos siguiendo también el bien y deseamos entregarnos totalmente al servicio de Dios. ¿Acaso no es ese un maravilloso cambio? Porque semejantes emociones nunca nacerán de nosotros mismos. Cuando gustamos la bondad de Dios, de manera de estar seguros de su cuidado paternal hacia nosotros, e incluso tenemos la seguridad de nuestra salvación para invocarle como a nuestro Padre. ¿No ven ustedes un cambio capaz de demostrar cuán poderosa es la mano de Dios? Porque por su propia naturaleza los hombres no tienen la capacidad de abrir su boca para invocar verdaderamente a Dios. Es cierto, bien pueden tener algunas ceremonias, y orar como paganos a Dios, como también los papistas que balbucean y hacen oraciones suficientemente largas; pero todo ello de nada vale porque no tienen seguridad en sus oraciones ni están totalmente persuadidos de que Dios sea su Padre.

¿Vemos entonces que Dios está dispuesto a oírnos? ¿Estamos deseosos de servirle y honrarle? Es como si él nos hubiera liberado y puesto en otro molde nuevo, como si nos hubiera hecho criaturas nuevas. En efecto, no es en vano que la escritura nos llame criaturas nuevas en nuestro Señor Jesucristo. En otros pasajes se nos dice que somos hechuras suyas, porque él nos ha creado para buenas obras. San Pablo no quiere decir que Dios nos ha creado para buenas obras. Entonces, si Dios cambia así a sus fieles, ustedes ven la obra suya, una obra especial, una obra en la que exhibe su poder sobre toda la naturaleza. Y aquí ustedes ven porque dije que deben tener en cuenta esos cambios, a efectos de poder tener una esperanza cierta en la resurrección. Si dudamos de que Dios nos renueve en el día final cuando nos presentemos ante él, ¿qué cambio ha operado ya? Ahora ha puesto su gracia en nosotros. ¿Para qué nos habrá dado el valor de servirle y honrarle y, también, para qué nos habrá dado el espíritu de adopción, sino para asegurarnos la esperanza que tenemos de la gloria eterna? Todo esto sería inútil. De modo entonces, el cambio que actualmente percibimos en nosotros mismos es un testimonio infalible de la gloria celestial que todavía no vemos, y que todavía se mantiene oculta de nosotros. Pero Dios nos da una buena garantía de ella, según está dicho de que él es las arras y la promesa de ella.

¿Y por qué? Es por causa de los efectos. Porque el Espíritu Santo no está en vano en nosotros, sino que más bien demuestra abiertamente que mora en nuestro interior a efectos de hacernos hijos de Dios. Y no podemos ser hijos de Dios a menos que inmediatamente estemos preocupados por hacer buenas obras y por cumplir su voluntad. Ya ven entonces como los fieles deberían seguir esta lección.

Job afirma de modo especial que esperará esa liberación *todos los días de su vida*. Todavía es preciso que notemos bien esta afirmación. Porque si somos agitados por muchas aflicciones no es suficiente que seamos movidos e impulsados a decir, "Ahora debemos confiar en Dios." Porque eso no tiene ningún valor a menos que continuemos realmente en medio de todas nuestras batallas. Por eso, en primer lugar, notemos que la esperanza no es para un día o para un mes, sino que debe continuar hasta el fin. En efecto, cuando nos apoyamos en las promesas de Dios, él nos sostiene con ellas, para que no desmayemos cada día; sino que, habiendo pasado algún tiempo estemos cada vez más plenamente convencidos hasta que Dios haga las cosas que aún siguen postergadas hasta más adelante. Entonces ustedes ven que no aprovecha de nada haber tenido alguna buena emoción, haber esperado en Dios, a menos que haya perseverancia. Job lo expresa de un modo aún más claro utilizando la palabra "*lucha*" o "*batalla*." ¿Y por qué? Porque quiere decir que no debemos venir a Dios según nuestra conveniencia, cosa que bien quisiéramos. Sin sufrimientos nos conformaremos incluso a vivir en este mundo, y de duplicar si fuera posible la duración de nuestra vida. Entonces, nuestro deseo es que Dios nos trate sin ninguna tribulación, y que nos agrade en todo sentido, y que nos obedezca en todos nuestros deseos. Veán ustedes qué bien pasaríamos el tiempo si sólo podríamos andar a nuestro propio paso, si pudiéramos estar libres de tentaciones, y si no hubiera tristeza ni nada que temer. Pero se nos dice que debemos esperar todos nuestros días luchando. En las palabras "*todos los días*" se nos muestra que si el tiempo se detiene y nos parece prolongado no debemos interpretarlo como una excusa para hacer el mal, ni estar apesadumbrados ni renunciar a todo en medio de la travesía; debemos en cambio, continuar hasta el fin. Con la palabra "*batalla*" se nos expresa la condición de la vida presente, que es la de ser únicamente peregrinos en este mundo; debemos luchar, ser atacados de todas partes, estar en continuo peligro, ser tentados, una vez con cuidados, otra vez mediante algunas aflicciones, otra vez con algún peligro. Entonces, debemos pensar en esto. Sin embargo, entendamos también que debemos luchar contra las pasiones de nuestra propia carne. Y a pesar de todas estas aflicciones debemos esperar nuestra liberación. Ustedes ven lo que debemos retener de este pasaje.

Ahora, para concluir, Job dice, "*Entonces llamarás y yo te responderé, tendrás afecto a la hechura de tus manos.*" Esta es solamente una declaración más amplia de la proposición que

sostenemos. Job quiere mostrar cuál es el cambio que ha estado esperando. Es que Dios tenga gracia de la obra de sus propias manos. Es cierto que algunos exponen este pasaje como que Dios aplastaría la obra de sus manos. Es una interpretación forzada. Entonces, solamente quiere indicar que soportará en quietud la demora de Dios hasta que, efectivamente, muestre que lo aceptará como criatura suya. Y es por eso que dice aquí *"te responderé cuando me llames."* Porque Job afirma que ya no huirá de Dios, ni retrocederá cuando él le llame, sino que estará dispuesto a venir, en efecto, con su disposición pronta. ¿Y por qué? Porque sabe que Dios se revelará con piedad hacia él. En resumen, ustedes ven lo que debemos notar en este pasaje y es que aún en medio de nuestras tribulaciones cuando Dios aparentemente está disgustado con nosotros, y que ya no seremos reconciliados a él, en efecto, cuando aparentemente ya no nos reconocerá entre el número de sus criaturas; cuando todo esto haya ocurrido, entonces habremos de luchar contra semejante desesperación hasta llegar a este punto de esperar la liberación por la cual gemimos. Veán entonces, cómo este pasaje debe incitarnos a ser consolados en nuestras adversidades y a orar pidiendo que Dios nos fortalezca de tal manera por su poder que, aunque sacudidos por muchos torbellinos, no por eso dejemos de seguir nuestro camino a él, y que no encontremos obstáculos para acercarnos a él, pase en el mundo lo que pase. Porque, si bien puede parecer que nos ha desechado y que se ha enojado con nosotros, no obstante, si volvemos a él y le invocamos, él nos responderá y confirmará en la esperanza de nuestra salvación haciéndonos gustar su amor por nosotros, a efectos de que estemos totalmente persuadidos de 61.

Ahora hemos de inclinarnos en humilde reverencia ante el rostro de nuestro Dios.

NOTAS DEL TEXTO SERMÓN NO. 6

*Sermón 55 en *Calvini Opera, Corpus Reformatorum*, V. 33, pp. 680-692.

1. Isaías 2:19; compárese con Oseas 10:8.
2. Lucas 23:30.
3. Lucas 5:8.
4. Francés: *sa grace*.
5. Versículo 4.
6. Efesios 6:16.
7. Jeremías 10:24, "Castígame, oh Jehová, mas con juicio."
8. Como un caballo muerde la boquilla metálica de los frenos.
9. Salmo 78:42.

SERMÓN N° 7 ¿TENDRÁN FIN LAS PALABRAS VACIAS?*

"Respondió Job, y dijo: Muchas veces he oído cosas como estas; consoladores molestos sois todos vosotros. ¿Tendrán fin las palabras vacías? ¿O qué te anima a responder? También yo podría hablar como vosotros, si vuestra alma estuviera en lugar de la mía; yo podría hilvanar contra vosotros palabras, y sobre vosotros mover mi cabeza. Pero yo os alentaría con mis palabras, y la consolación de mis labios apaciguaría vuestro dolor. Si hablo mi dolor no cesa; y si dejo de hablar, no se aparta de mí. Pero ahora tú me has fatigado; has asolado toda mi compañía. Tú me has llenado de arrugas; testigo es mi flacura, que se levanta contra mí para testificar en mi rostro. Su furor me despedazó y me ha sido contrario; crujió sus dientes contra mí; contra mí aguzó sus ojos mi enemigo" (Job 16: 1-9).

Cuando Elifaz hubo dicho que los hombres malvados y aquellos que desafían a Dios tienen que ser turbados, y que su condición tiene que ser revertida, a modo de conclusión agrega, *"concebieron dolor, dieron a luz iniquidad, y en sus entrañas traman engaño."* Con ello indica que toda la apariencia que asuman los hombres malvados no les sirve de nada, sino que Dios revierte sus planes, de manera que sus esfuerzos son frustrados. Es cierto, esta declaración es interpretada como una razón presentada por Elifaz; es cierto que no es sin motivos que Dios aflige y turba a los hombres malvados e hipócritas. Y ¿por qué? Porque no hacen más que concebir el mal contra todo el mundo. Entonces, así como ellos son una carga para sus semejantes, se les devuelve con la misma moneda. En efecto, la Escritura frecuentemente usa esa manera de hablar, como en Salmo 71:15,¹ lo mismo en Isaías 59:4.² Entonces, el Espíritu cuando quiere declarar que todos los hombres en todos sus consejos, en todos sus pensamientos y emociones, están dados al mal y al pecado, utiliza esta comparación diciendo que son como una mujer que ha concebido para dar a luz un niño. Cuando han concebido castigo, es decir tormento contra sus semejantes, para hostigarlos, para oprimirlos de alguna manera, dan a luz iniquidad, es decir, ejecutan el mal que han pensado. Ahora bien, tal interpretación no sería adecuada para este pasaje. Ahora bien, tal interpretación no sería adecuada para este pasaje. Porque (como ya hemos dicho) Elifaz ya ha dado buenos motivos explicando por qué Dios era tan opuesto a los malvados; y ahora solamente quiere decir que, aunque en adelante sean guiados por buenos deseos y crean que por algún medio obtendrán recompensa por cuanto han emprendido, finalmente se encontrarán turbados. ¿Y por qué, puesto que solamente la bendición de Dios nos hace prosperar? Estos, entonces, no ganarán nada cuando hayan alentado alguna esperanza en su corazón. Porque Dios lo trastornará todo. Y no es solamente aquí que la Escritura hable de esa manera. En Isaías 26:18 dice: "Oh Jehová, concebimos, tuvimos dolores de parto, dimos a luz viento." Es cierto que estos son creyentes que hablan y se lamentan delante de Dios; pero reconocen sus pecados y los confiesan; porque todo el tiempo que ellos afirman haber estado en dolores como las mujeres, Dios los estaba persiguiendo por causa de sus faltas. Ahora afirman que han concebido viento, y lo han dado a luz, es decir, cuando esperaban algún alivio a sus dolores, todo se fue en viento y humo, y habiendo languidecido durante largo tiempo su problema no se ha corregido. Aquí Elifaz va más allá, es decir, que los malvados solamente conciben dolor, y únicamente dan a luz problemas para ellos mismos, que sus entrañas alimentan decepción, es decir, esperanzas vanas y frustraciones, cosas que al final serán puro engaño. Esa también es la amenaza de Dios en Isaías 33:11 contra los engañadores que no han tenido en cuenta su palabra, siendo incluso endurecidos contra ella. "Concebisteis (dice) hojarasca, rastrojos daréis a luz." Como si dijera, "Allí están ustedes obstinados contra mi palabra, puesto que no pueden reconocer el mal que han cometido y como han provocado mi ira contra ustedes. En vano se adulan a ustedes mismos; porque con todas sus adulaciones conocerán que solamente han concebido paja y hojarasca, y que el viento se lo llevará; y sabrán que todas sus adulaciones no les habrán servido de nada." En suma vemos la intención de Elifaz; es decir que por un tiempo los malvados estarán a sus anchas, y Dios no los presione tan severamente como para no alentar algún esfuerzo. Pero ¿luego qué? Dios - aunque ellos lo desprecian- los presionará; tendrán un gusano que los carcoma interiormente, siempre les molestará la conciencia, tendrán remordimientos y afiladas agujas que los atormentarán en secreto; en efecto, al final Dios les enviará agonías tan poderosas y excesivas que darán a luz lo que han alimentado en su interior. ¿Y por qué? Porque sus entrañas solamente concibieron decepción; es decir, aunque al principio quizá no hayan experimentado sus dolores, no obstante, solamente se están arruinando a sí mismos al no buscar el favor de Dios. Ellos mismos se prometen esto y aquello, pero cualquiera sea el caso solamente habrá desengaño. Ahora llegamos a la respuesta de Job. En primer lugar les dice que muchas veces ha escuchado cosas semejantes, y que además son consoladores molestos, tanto más diciendo palabras tan hirientes a Job. Al decir que muchas veces ha escuchado cosas similares indica que no le

tienen que traer cosas comunes, remedios ordinarios, puesto que su enfermedad es tan grande y tan extremada que, sin duda, debían traerle algún alivio suavizante que le pudiera ayudar; además, no le debían presentar tales proposiciones, las mismas que usarían por formalidad con cualquier persona que no es tan gravemente afligida. Vemos entonces el propósito de Job al decir que muchas veces ha escuchado proposiciones semejantes. Ahora bien, es cierto que cuando alguien nos trae un alivio que ya conocemos no debiéramos despreciarlo. ¿Y por qué no? Porque si hoy se nos enseña acerca de la bondad de Dios, aceptemos la exhortación a la paciencia, nada nos exime de pensar en ello. Es cierto que no nos será una proposición oscura; pero si somos afligidos y alguien nos recuerda lo que se nos ha dicho, no pensemos que sus palabras son lenguaje superfluo. ¿Y por qué no? Porque es cuestión de practicar lo que ya hemos oído, lo que ya hemos entendido. Pero quizá la aflicción no nos ha tocado en lo más profundo; quizá la ocasión no sea la más adecuada. Pero si Dios nos presiona mediante alguien ha tomado y extraído de su palabra. En efecto, Job no era como estos aficionados que siempre quieren, no sé qué, con tal que sea algo nuevo, sin permitir que nadie les venga dos veces con la misma proposición. "Oh, ya escuché eso," dirán, o "No lo escuché antes," hasta aturdimos con sus respuestas. Efectivamente, es cierto que ellos tienen que meditar; si una persona nos repite algo será para gran provecho y progreso nuestro. Ahora bien, Job no era de esos, no era un provocador que no toma en cuenta una enseñanza por común que fuese, no era un simple cazador de curiosidades; simplemente (como ya lo hemos dicho) demuestra que su enfermedad era tan seria que necesitaba ser consolado en una forma extraordinaria. Como en el caso de una enfermedad ligera con la cual también se usa un remedio suave; pero si la enfermedad es dolorosa el médico tiene que investigar más a fondo. Porque si quisiera aplicar el mismo remedio a todas las enfermedades, ¿qué ocurriría? Así es con las aflicciones. Veremos a una persona que es afligida por la muerte de sus padres, o de su esposa o de sus hijos, y esto le causará cierta herida. Quizá alguien le acerque un moderado alivio, tal como Dios lo ha indicado. Pero si hay alguno que es atormentado no solamente de una manera, sino que experimenta cómo la mano de Dios lo persigue de todas partes -ocurriéndole un mal también le ocurre el segundo y tercero, y que no solamente es afligido en su cuerpo, en su persona, en sus bienes y en sus amigos, sino que quizá tenga (como lo hemos visto en Job) tentaciones espirituales, como que Dios quisiera arrojarlo al abismo- entonces será necesario proceder en forma más delicada. Porque si uno quiere molestar a un pobre individuo que tiene el corazón por el suelo, todo lo que uno le traiga, ¿de qué servirá? Mucho mejor es que usted controle su lengua y deje que Dios supla lo que falta a los hombres. Eso, entonces, es lo que Job quería decir.

Aquí está Elifaz sugiriendo a Job que Dios castiga a los malvados a efectos de revelarse como Juez del mundo, para demostrar al mundo que ellos se arman en vano, que no escapan de su mano, Aunque quizá tengan un gran séquito y estén en gran compañía, Dios los destruirá a todos. ¿Pero por qué? Cuando esta proposición es aplicada a Job es para hacerle creer que Dios es su enemigo, porque él es un malvado, y que en él también no hay sino hipocresía. Entonces, esta proposición ha sido equivocadamente aplicada. Por eso, no es sin motivo que él diga, muy bien, estas son cosas conocidas para mí, y si las necesitara, ahora las aplicaría a mí mismo; pero son cosas que no van al grano." Job sabía que no estaba siendo afligido por causa de sus pecados, que no era ese el propósito de Dios; no es que no se haya considerado culpable y digno de soportar aun más, si Dios hubiera querido examinarlo estrictamente. Sin embargo, sabía que Dios no lo estaba tratando así por causa de sus pecados, sino que tenía algún otro propósito. Sabiendo esto Job rechaza las proposiciones que le son presentadas. ¿Y por qué? porque no van al grano. "Ustedes me son," dice, "consoladores molestos." ¿La razón? Es porque no le traen ningún remedio adecuado. De esta manera somos amonestados a que, cuando queremos consolar a nuestros semejantes en sus penas y pruebas, no hagamos conclusiones apresuradas; puesto que existen muchos que eternamente tocan en la misma cuerda sin considerar a la persona a la que hablan, porque a

una persona tenemos que tratarla distinto que a otra. Porque cuando alguien es obstinado en cuanto a Dios, tenemos que hablarle en un estilo y lenguaje diferente que cuando nos dirigimos a una pobre criatura que se ha extraviado inocentemente. Y luego, de acuerdo al mal, también es preciso ver cómo proceder contra él. Por ejemplo, si los hombres son estúpidos tenemos que gritar y amonestar su indiferencia, para que puedan aprender acerca de la mano de Dios, a efectos de humillarse debajo de ella. Existe, entonces una necesidad de mucha prudencia si queremos consolar adecuadamente a los que son afligidos por Dios. Esto es lo que debemos recordar del pasaje, cuando se dice que quienes intentaron consolar a Job fueron molestos, puesto que no le llevaron nada que le hubiera servido. Esto es entonces, lo que debemos recordar en forma especial.

Ahora Job agrega, "*Cuándo pondréis fin a las palabras vacías?*" Las llama palabras vacías cuando carecen de sustancia, es decir, cuando no pueden edificar al hombre. Usa esa metáfora según la Sagrada Escritura porque cuando se trata de que una persona sea enseñada para salvación, se dice, "es edificada." ¿Cómo? Puesto que la persona es fundamentada, y luego sobreedificada por alguien, de manera de ser confirmada en la ley, y confirmada también en la paciencia para llevar con constancia sus aflicciones; luego resuelve orar e invocar a Dios, para tener sus recursos en él. Pero si contrariamente las proposiciones sólo son para agitar la mente, y para que una persona tenga ocasión de hablar y parlotear sin que nadie reciba instrucción alguna, aplicable a la salvación - entonces, todas esas palabras son vacías. Notemos también que cuando queramos exponer alguna exhortación o doctrina, debemos tener, sobre todo, esta convicción que quienes nos escuchen deben recibir una buena instrucción de manera que puedan acostumbrarse a andar conforme a Dios, y puedan ser afirmados en la confianza de sus misericordia para que puedan dedicarse a invocarle, no con dudas y en suspenso, sino sabiendo que serán oídos. Esto entonces, es lo que debemos estudiar a efectos de instruir a nuestros semejantes; se nos requiere tal constancia que lo aprendido no sea esparcido como por el viento. Además, cada uno de nosotros también debe aferrarse a una doctrina de modo que no tengamos deseos de ser llenos de viento, como vemos que hay muchas personas curiosas que quisieran que el predicador les diera su propio tipo de entretenimiento, agasajando sus oídos y satisfaciendo sus vanas fantasías. Imaginan esto y aquello, y quisieran que el predicador les ofrezca diversión de acuerdo a su propio agrado, para discutir cosas que no son edificantes. El espíritu humano está demasiado inclinado a este vicio, incluso está enteramente entregado a él. Porque si cada uno de nosotros quisiera seguir su apetito, ciertamente sólo sería asunto de sostener proposiciones inútiles sobre esto y aquello, proposiciones que carecerían de sustancia -serían nada más que viento. De manera que aprendamos a buscar lo que es bueno y adecuado para edificarnos en el temor de Dios, en la fe, en la paciencia, y en todas las cosas buenas y útiles. Esto es lo que debemos recordar en cuanto al pasaje en el cual Job menciona las palabras vacías.

Sin embargo, también es cierto que debemos considerarnos a nosotros mismos, a efectos de no rechazar toda proposición que nos sea presentada como si fuera viento; en cambio deberíamos aprender a distinguir entre algo vano y la buena instrucción, la cual deberíamos saber aplicar a nuestro uso. Entonces oremos a Dios que nos dé gracia para que, cuando alguien nos presente una buena doctrina, la misma no se evapore por causa de nuestra indiferencia, que la misma no se vaya con el viento. Porque si alguien viene para proponernos la palabra de Dios, deberíamos saber que siempre contiene alguna buena instrucción. Pero muchos apenas la aprovechan. ¿Y por qué? Porque no le dedican todos sus sentidos y toda su mente; su cerebro en cambio se atolondra y la palabra de Dios se va como con el viento; pero es así porque no hay sustancia sólida en ellos. Sin embargo, para aplicar mejor esta frase a nuestro uso, cada uno de nosotros, (tal como ya lo he dicho antes) tiene que mirarse cuidadosamente a sí mismo.

Ahora el libro de Job sigue así: "*Si sus amigos estuvieran en la misma condición que él, él podría hablar como ellos, podría hacerles compañía en sus argumentos, podría debatir con*

ellos y menear su cabeza contra ellos. Es cierto que algunos exponen este pasaje como diciendo que Job no les haría lo mismo si los viera en semejante molestia, más bien trataría de suavizar su dolor y llevarles algún alivio, en vez de añadir a su tristeza, como ellos lo habían hecho con El. Hemos visto su crueldad, y hemos visto que no era cuestión de llevar a este santo hombre a la desesperación a menos que Dios lo hubiera querido. Los que interpretan así este pasaje lo hacen por la siguiente razón: no habría sido algo decente que Job quisiera vengarse una vez que Dios le hubiera quitado su mano de él; y que sintiéndose mejor quisiera burlarse de esta pobre gente al tocarles una calamidad similar; porque el solo hecho de soportar la aflicción, debiera enseñarles a tener piedad y compasión de aquellos que la necesitan. Pero cuando cada cosa es adecuadamente considerada, Job no quiere declarar aquí lo que haría, sino lo que una persona podría hacer estando en tal condición. Entonces, no está implicando que devolverá lo mismo a aquellos que premeditadamente lo están molestando, sino que simplemente podría regocijarse si su situación fuera como la de ellos. Entonces, en resumen, indica; "Ustedes hablan bien cuando se sienten cómodos, aquí ustedes menean la cabeza contra mí, no les cuesta nada condenarme, y aún de arrojarme a las profundidades, ustedes lo hacen como personas que no saben lo que es soportar el mal. ¿Acaso yo no podría hacer lo mismo si estuviera en la condición de ustedes? ¿Y cómo lo tomarían si yo viniera a menear la cabeza viendo su calamidad, viendo que la mano de Dios los ha presionado hasta el extremo? Si yo dijera, "Oh, es muy útil. Dios tiene que castigarlos y hacerles ver de qué manera aflige a los pecadores; si ustedes no tuvieran sino turbación y yo hablase de esa manera, ¿no podrían decir ustedes que soy un hombre escarnecedor? Entonces, piensen ahora qué harían en mi lugar." Esta es, en resumen, la intención de Job.

Pero ahora vemos aquí que Job no está buscando venganza como aquellos que no temen a Dios, quienes al enfurecerse quisieran disponer del poder para devolver duplicado el mal que les fue hecho a ellos. Job no era así. En efecto, los hijos de Dios ciertamente tienen que controlarse; aunque somos probados y atormentados no es propio dar coces contra aquellos que nos han perseguido injustamente, Dios podría enviarlos a ellos para humillarnos. Debemos saber que ellos son varas procedentes de la mano de Dios. Pero, ciertamente, podríamos seguir el ejemplo de Job y afirmar contra los que vienen a molestarnos sin causa, que podríamos hacerles lo mismo. ¿Y por qué? Porque una persona nunca conocerá adecuadamente su falta hasta que alguien la trate como ella ha tratado a otros. Pero cuando la persona percibe que el mal podría volver sobre su propia cabeza, quizá se contenga y diga, "¿Cómo es esto? ¿Qué estoy haciendo?" Aquí está Dios quien, para guiarnos a un sano juicio dice, "No hagas a tu semejante excepto lo que quieres que te haga a ti."³ En efecto, bien podría haber dicho, "Cuando estés tratando con tus semejantes, cuídate de tratarlos con toda equidad y rectitud, cuídate de entregarte a la malvada codicia y llevarte los bienes de otros, cuídate de querer enriquecerte a expensas de este o de aquel." Y, es cierto que así habla en las Escrituras; pero concluyendo ofrece esta declaración, "Haz aquello que quieres que te sea hecho a ti."⁴ Porque no hay nadie que en beneficio propio no sería encargado principal. Entonces sabemos cómo argumentar, diciendo "¿Cómo es esto? Fulano de tal me ha injuriado. ¿Pero, proviene esto de un cristiano? ¿Acaso no hay equidad? ¿No proviene esto de una persona cobardemente cruel?" Cada uno sabrá cómo continuar sus razonamientos en cuanto a equidad y rectitud cuando es un asunto de su propio provecho. Y esto es lo que Job señala a sus amigos, ya que están ciegos; les dice que si estuvieran en una angustia como la suya seguramente desearían ser tratados con más amabilidad. No puede hacer otra cosa sino guiarlos a esta equidad natural, y que ellos mismos se comparen con él. De modo entonces, que les dice, "Vengan ahora, si ustedes estuvieran en la condición en que me ven a mí, ¿sería razonable que yo les echara en cara las proposiciones que ustedes me están haciendo a mí? Si alguien quisiera tratarlos de la manera en que ustedes están procediendo contra mí, ¿cómo lo tomarían?" Entonces ellos tendrían que ser tocados. Y ¿por qué? Porque (como ya lo he dicho) mientras estamos fuera de nosotros mismos, es decir, cuando algo no nos toca y

realmente no nos pertenece, lo miramos desde una distancia. Pero si el caso nos concierne, ¡Oh! entonces aprendemos rápidamente cómo aconsejarnos mejor. Esto es, en resumen, lo que Job quería decir.

Ahora, de esto podemos deducir una buena doctrina, siguiendo la frase que he citado de nuestro Señor Jesucristo, que no debemos hacer a otros excepto aquello que queremos que nos hagan a nosotros. Porque tenemos la ley de Dios sellada sobre nuestro corazón, tenemos principios generales que permanecen en nosotros. ¿Por qué es entonces, que nuestro juicio es tan corrupto y pervertido y que siempre malinterpretamos las cosas? Es simplemente esto: Una vez que Dios nos ha dado una buena regla, somos motivados por la ambición, el odio, orgullo, avaricia. Y de esa manera cada cosa es pervertida. Entonces, si hay alguna ambición en nosotros, a efectos de sacarle el mayor provecho, llegamos a despreciar a nuestros semejantes. Si hay alguna precipitación somos capaces de decir rápidamente algo antes de haber considerado adecuadamente el mérito del caso; si somos guiados por el orgullo, tal vez queramos avanzar por nosotros mismos eliminando a los que vemos que se adelantan a nosotros. ¿Acaso no seremos ciegos en cuanto a lo que debemos hacer por amor o bondad, cuando nos incita el odio y la mala voluntad? Examinémonos a nosotros mismos y oremos a Dios que obre en nuestro corazón para que podamos juzgar con rectitud. ¿Qué pasaría ahora si el problema fuese tuyo, qué dirías?" Es así como deberíamos ser sabios, prudentes, es decir, cuando hayamos aplicado a nosotros mismos lo que hemos dicho a otro. Porque somos tan dados a nuestro apetito y beneficio (como ya lo he dicho), y también la naturaleza nos mantiene así, que en realidad cada uno se ama demasiado a sí mismo. Por eso seremos tanto más inexcusables cuando se halle este vicio en nosotros, a pesar de ser exhortados tantas veces a seguir la rectitud y equidad. Ahora oremos a Dios que obre de tal manera en nosotros que por medio de su Espíritu Santo este vicio sea convertido en virtud. Consideremos la implicancia de estas palabras, "Amarás a tu prójimos como a ti mismo." ¿Por qué es que cada uno se sale de sus límites? ¿Por qué nos amamos tanto nosotros mismos despreciando a nuestros semejantes? A menos que practiquemos con suficiente diligencia lo que se nos dice, es decir, que no debemos ser dados a nosotros mismos, al extremo de no amar a nuestros semejantes como a nosotros mismos. Porque debemos considerar que Dios nos ha creado a todos a su imagen, en consecuencia somos de la misma naturaleza. Con ello también nos demuestra que debemos estar unidos en auténtica hermandad con aquellos que están con nosotros. Esto es lo que debemos recordar de este pasaje, cuando Job demuestra contra los que lo acusaban injustamente, que, puesto que ellos no aceptarían que alguien les hiciera lo que ellos hacían, no por eso debían abusar de su paciencia. Esto es, en resumen, lo que debemos deducir aquí.

Ahora se agrega, *"Ahora yo controlaría mi lengua, pero, ¿de qué me servirá? Si hablo, ¿qué alivio recibiré?"* Aquí Job anticipa la respuesta que podría recibir, porque sus amigos podrían decir, "Consuélate a ti mismo ahora, ya que eres un hombre tan entendido; y puesto que, si nosotros estuviésemos en tal condición, podrías obrar milagros, ven ahora, y muestra tus facultades para contigo mismo." Pero él dice, "Aquí estoy en una condición tan miserable que no podría ser peor. De modo entonces, no sé qué esperanza puedo alentar puesto que Dios me presiona en forma tan extraña; si hablo no hago sino incrementar mi dolor; y si domino mi lengua no tengo alivio. Considérenme entonces, como un hombre totalmente absorbido por las aflicciones." Esto, en resumen, es lo que Job quiere decir: ya sea que hable o que se refrene, de ninguna manera hay alivio para él. Es así también cómo David se lamenta en el Salmo 32:3 que su mal lo ha presionado tanto a la angustia que no sabe qué va a ser de él, ni qué remedio mirar. "Cuando," dice, "me ha lamentado suponiendo que de esta manera tendría algún alivio de mi dolor, el fuego se encendió aun más. Cuando he guardado silencio, aunque estaba dispuesto a ser abatido delante de Dios, mi corazón fue atormentado y cortado en pedazos; luego mi dolor me presionó tan agudamente que con esto no recibe alivio." Y en el otro pasaje (Salmo 39:2) afirma haber llegado a la conclusión de que mientras gobiernan los malvados no pronunciaría una sola palabra sino que sería como un nudo. ¿Pero por qué? El

dice, "No puedo sujetarme a esta proposición; ⁵ porque cuando quiera restringirme así, al final brotarán palabras ardientes." Como una olla cuando el fuego arde, aunque esté tapada, por algún lado escapará el vapor. Ahora, esto bien vale la pena de ser notado. Porque cuando Dios nos manda alguna enfermedad o algún revés en nuestra fortuna creemos que nunca existió alguien que haya sido tratado tan severamente como nosotros. Y por eso somos llevados a la desesperación, o a incitarnos a toda impaciencia, y a venir también para levantarnos contra Dios, o quizá nos parezca que los creyentes antes de nosotros, aunque hayan sido afligidos por Dios, no fueron tan fluctuantes como nosotros, que incluso no tuvieron sufrimientos. Y esto también produce un mayor tormento en nosotros. Sin embargo, recordemos lo que se dice aquí; que así presionó Dios a los suyos, a aquellos (digo) a quienes amaba, y cuya salvación quería y consideraba preciosa; sin embargo, los ha conducido a tal extremo que ya no podían soportar más, no sabían qué decir ni cómo mantenerse quietos. No es sin causa que David haga tal confesión, al contrario, es para la enseñanza de todos los hijos de Dios, Porque cuando vemos que un hombre con semejante virtud, teniendo semejante constancia de Espíritu Santo es, no obstante, arrojado a las profundidades, de manera que ya no sabe qué hacer, pensando que ha llegado al final de sus recursos - aprendamos de ellos, y si Dios nos envía pruebas tan difíciles ⁶ y si estamos en el límite de modo que ya no soportamos más - muy bien - que no sea algo novedoso, porque no seremos los primeros. David nos muestra el camino, y él supo salir de semejante cieno; Dios le extendió la mano, y habiendo aumentado más y más su humildad fue ayudado por Dios. No obstante, no dudemos de que aun siendo postrados por un tiempo, él nos manifiesta su misericordia.

Esto es entonces, por qué es bueno y necesario que tengamos estos ejemplos ante nuestros ojos, y este también será el motivo por el cual nuestra debilidad no tendrá demasiado poder sobre nosotros. Porque si las tentaciones nos presionan, y no sabemos qué va a pasar, simplemente hemos de recordar esto: "Muy bien, aquí están los siervos de Dios que han sido antes de nosotros; aunque tuvieron grandes dones, no obstante, tuvieron que gemir bajo la mano de Dios, y no sabían qué resultaría de ello; de esta manera quiso Dios despojarlos de toda presunción, quiso enseñarles por experiencia cómo era preciso que inclinasen sus cabezas delante de él." Y si en el presente le agrada postrarnos usando los mismos medios, siempre y cuando ése sea el propósito, aunque tengamos que sufrir, no nos atormentemos la mente con ello, puesto que cada cosa se tornará para nuestro gran beneficio y salvación. Esto es lo que debemos notar de la enseñanza contenida aquí.

Ahora Job agrega que Dios lo presiona de tal manera, que aparentemente lo quiere cortar en pedazos. Hablando así demuestra lo que ya hemos visto; no solamente lo ha afligido en el cuerpo sino que las tentaciones fueron mayores y más difíciles, incluso amargas, es decir, que fue atormentado interiormente porque Dios se le había convertido en enemigo mortal. Es verdad, Job dice que la debilidad de su cuerpo era como una muestra de vergüenza y un testimonio de la ira de Dios, de que ya estaba arrugado, que toda su carne estaba como podrida. En esto ciertamente se ven las marcas de una horrible aflicción, y de que Dios no lo estaba tratando del mismo modo que a aquellos a quienes castiga con sus azotes; pero su dolor es excesivo. Esto entonces, es en resumen lo que Job quería expresar. Ahora debemos notar que Dios quería darnos ejemplo por medio de aquellos que tuvieron algunas virtudes excelentes a efectos de que nosotros pudiéramos conocer en ellos que, así como distribuye los dones de su Espíritu Santo, así como los llama a rendir cuentas, como los hace tanto más fructíferos, así también les envía grandes aflicciones y los prueba, brevemente, castigándolos hasta el límite. Allí está por ejemplo, Abraham, gobernado por el Espíritu de Dios, no como un hombre común, sino como un ángel; no podría haber sido más excelente y más perfecto. ¿Y cómo lo trató Dios? ¿Qué sería de nosotros si tuviéramos que soportar una décima parte de las luchas que sostuvo Abraham victoriosamente? Seríamos hallados en falta. Pero Dios nos guarda, puesto que tampoco derramó sobre nosotros dones tan excelentes como sobre él. Con David es igual. Allí está David que no solamente fue profeta de Dios, sino que también fue

rey para gobernar al santo y escogido pueblo; en su persona tenía virtudes dignas de ser recordadas y alabadas, incluso de ser admiradas; y, sin embargo, ¿qué cosas le hizo atravesar Dios? Vemos cómo se quejaba; no solamente como un hombre despreciable y rechazado, sino diciendo que en la tierra Dios lo sujetaba a torturas; Dios tuvo que mostrarle a qué extremos había llegado. Porque no es sin causa que tantas veces dice haber pasado por el fuego y por el agua, y haber sido arrojado a las peores profundidades, y haber sentido todos los dardos de Dios, y todos los arcos como disparados contra él; haber sentido que la mano de Dios se había agravado sobre él, que aún sus huesos habían sido afectados,⁷ y que ya no quedaba médula ni sustancia en ellos. Cuando oímos esta proposición casi nos parece burla; pero Dios quiso poner aquí un cuadro vivo para que podamos saber que, de acuerdo a lo que hemos dicho, así como Dios da una gran virtud a los hombres, también obra rápidamente para que la misma no sea en vano, sino que pueda ser conocida en el tiempo y el espacio. Sin embargo, notemos también que las tentaciones principales que los creyentes han soportado, siempre han sido estas luchas espirituales, como las llamamos, es decir, cuando Dios los ha llamado ajuicio en su conciencia, cuando les ha hecho sentir su furia, cuando los ha perseguido de tal modo que no sabían adonde estaban parados con él. Esto también fue para arrojarlos a las profundidades, a una ruina mayor que todos los males corporales, incluso que los peores que podrían ocurrir. Es por eso también que Job usa esta metáfora, diciendo que Dios ha crujido sus dientes sobre él. También vemos como Ezequías habla de esto, porque también pasó por esta tentación (Isaías 38: 3, 14). Ezequías dice, "Dios me ha sido como un león." Previamente ya había usado esta expresión que encontramos aquí, que no sabía cómo hablar ni cómo refrenarse. "Porque soy," dice, "como una golondrina, hablo jerigonza, murmuro; pero no digo frases con las cuales pueda expresar el dolor de mi mal, no tengo lenguaje de liberación." Pero después viene para declarar al respecto que Dios lo ha cortado y ha molido sus huesos, como un león que lo toma entre sus mandíbulas y entre sus dientes. ¿Y cómo puede comparar a Dios con un león que es una bestia tan cruel? No, Ezequías no quería acusar a Dios de crueldad, sino que habla de la aprehensión que hay en él, y de la horrible aflicción que experimentó cuando la ira de Dios estuvo sobre él.

Notemos entonces, que cuando una pobre criatura comienza a tener esta duda, es decir, en cuanto a sus condición delante de Dios, y sintiendo que solamente tiene temor pensando si Dios querrá o no hacerle experimentar su bondad; con semejante duda la angustia y el asombro tiene que ser tan grande como estando entre las mandíbulas de los lobos. No pensemos que es poca cosa para una persona experimentar la ira de Dios, y sobre todo cuando tememos que está así contra nosotros; oremos sin embargo, que él quiera sostenernos, y protegernos, sabiendo que somos incapaces de soportar semejante carga, a menos que nos dé los hombros para hacerlo. Además oremos a Dios que no sea tan estricto con nosotros, a efectos de no experimentarlo como a un león. Que, en cambio, pueda mostrarnos siempre que es nuestro Padre, y que no va a castigarnos como lo hemos merecido, sino que siempre nos hará experimentar su misericordia por medio del Señor Jesucristo, para que, habiendo sido guiados por el Espíritu Santo en esta vida, él pueda levantarnos a la gloria eterna de sus ángeles, la cual ha comprado para nosotros a un precio tan elevado.

Ahora, inclinémonos en humilde reverencia ante el rostro de nuestro Dios.

NOTAS DEL TEXTO SERMÓN NO. 7

*Sermón 62 en *Calvini Opera, Corpus Reformatorum*, V. 34, pp. 1-13.

1. "Pozo ha cavado, y lo ha ahondado; y en el hoyo que hizo caerá."
2. Isaías 59:1-8 muestra cómo el pecado separa a la gente de Dios.
3. Esto está basado en Tobit 4:5 de los apócrifos, "Y lo que tú odias, no lo hagas al hombre." Nótese que la Regla de Oro está expresada en términos positivos en Mateo 7:12 y Lucas 6:31. Cuando Calvino predicaba este sermón en 1554 oficialmente ya había dejado de citar los apócrifos, pero notamos que ocasionalmente reincidía en ello.
4. Una paráfrasis de la Regla de Oro.
5. Esto es, en presencia de sus enemigos, David no podía limitarse a decir cosas buenas.
6. Francés: *des tentations si dures*. 1. Salmo 32:3.

SERMÓN N° 8 YO SE QUE MI REDENTOR VIVE*

"Mi aliento vino a ser extraño a mi mujer, aunque por los hijos de mis entrañas le rogaba. Aun los muchachos me menospreciaron; al levantarme, hablaban contra mí, Todos mis íntimos amigos me aborrecieron, y los que yo amaba se volvieron contra mí. Mi piel y mi carne se pegaron a mis huesos, y he escapado con sólo la piel de mis dientes. ¡Oh, vosotros mis amigos, tened compasión de mí, tened compasión de mí! Porque la mano de Dios me ha tocado. ¿Porque qué me perseguís como Dios, y ni aun de mi carne os saciáis? /Quién diese ahora que mis palabras fuesen escritas! ¡Quién diese que se escribiesen en un libro; que con cincel de hierro y con plomo fuesen esculpidas en piedra para siempre! Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo (Job 19:17-25).

Considerando que Dios ha unido a los hombres para que uno pueda sostener al otro, y que cada uno pueda tratar de ayudar a su prójimo, y que, cuando no podamos hacer ninguna otra cosa mejor, podamos tener piedad y compasión el uno para con el otro; si luego ocurre que quedamos desprovistos de toda ayuda, que somos molestados de todas partes, y que nadie muestra humildad hacia nosotros, sino que cada uno es cruel, semejante tentación es muy difícil de sobrellevar. Y es por eso que en este pasaje Job se queja de que no hubo ni esposa, ni amigos, ni sirvientes que se hubieran apiadado de él, sino que todo el mundo lo había rechazado. Ahora, viendo esto debiéramos aplicarlo a nosotros mismos; porque (según lo hemos discutido ayer) Dios permite que los hombres nos fallen, que cada uno se aparte de nosotros, para que cuanto antes podamos volver para verle a él. En efecto, mientras tenemos algún sostén del lado del mundo no esperaremos en Dios como debiéramos; más bien mantendremos nuestra atención aquí abajo; porque también nuestra naturaleza está totalmente inclinada en ese sentido, y estamos demasiado dados a ello. Entonces algunas veces Dios, queriendo acercarnos a sí mismo, nos dejará desprovistos de toda ayuda humana. O quizá sea para humillarnos; porque nos parece que ciertamente tendría que acordarse de nosotros, y que somos dignos de ello y que todo el mundo se enceguece con semejante presunción. Entonces, nuestro Señor quiere instruirnos en la humildad usando ese medio; que cada uno nos odie, que seamos rechazados por grandes y chicos. Cuando ello ocurra tendremos que pensar que no somos como habíamos supuesto. Pero, aunque esto pueda ocurrir, si sucede, sepamos que todavía no hemos sido rechazados por Dios; porque vemos que Job todavía tiene acceso a él, y que no es desengañado en su intento, puesto que Dios le extendió su mano, aunque los hombres lo habían rechazado y habían supuesto que seguramente no quedaba más esperanza para él; fue entonces cuando Dios consideró mostrarle su misericordia. Entonces, confiemos en esto. Además, seamos instruidos a cumplir con nuestro deber con aquellos que están afligidos, siguiendo lo que he dicho, que él nos ha puesto juntos, y nos ha unido, a efectos de que tengamos una comunidad; porque los hombres no deben separarse enteramente entre ellos. Es cierto que nuestro Señor ha designado a la policía¹ para que cada uno tenga su casa, que

tenga su hogar, su esposa, hijos, y que cada uno esté en su lugar; no obstante, ninguno debiera eximirse de la vida común diciendo, "Voy a vivir la vida sólo para mí." Esto sería vivir peor que una bestia bruta. ¿Qué entonces? Sepamos que Dios nos ha obligado a ayudarnos el uno al otro; y, al menos, viendo que alguno está necesitado, aunque no podamos hacerle el bien que quisiéramos, seamos humanitarios con él. Si ni siquiera hacemos esto, separamos que en la persona de Job el Espíritu Santo pide aquí venganza contra nosotros; porque no hay ninguna duda de que Job (agitado por sufrimientos grandes y excesivos) todavía era gobernado por el Espíritu de Dios, y especialmente en cuanto a los principios generales, es decir, con respecto a las declaraciones que pronunció. Y ya hemos declarado que ellas implicaban doctrinas provechosas. Entonces, notemos aquí que el Señor declara que somos demasiado crueles si al ver a un hombre pobre y afligido, sin tratar de ayudarlo nos alejamos de él.

Notemos también que a veces podemos deducir buenas doctrinas de cosas dichas al pasar en las Santas Escrituras. Como Job aquí, hablando de su esposa dice, *mi aliento vino a ser extraño a mí mujer aunque por los hijos de mis entrañas le rogaba*. Esto demuestra que los hijos debieran añadir al amor entre marido y mujer. Porque cuando Dios bendice a un matrimonio con descendientes ello debiera incrementar el afecto para vivir en mayor concordia. Es algo que los paganos han sabido bien; pero es algo escasamente observado por aquellos que ciertamente debieran ver las cosas con mayor claridad. ¡Y qué condenación habrá para los creyentes que se jactan de haber sido enseñado a los pobres ignorantes que viven como a ciegas! Hay entonces, paganos que han confesado que los hijos son como prendas² para confirmar mejor el amor entre marido y mujer, para mantenerlos en paz y unión. A continuación Job dice que ha rogado a su mujer por amor de los hijos que había engendrado por medio de ella. Pero esto no la conmovió en lo más mínimo. Entonces, esto demuestra que es algo contra la naturaleza y que en esta situación su mujer demostró ser como una bestia salvaje. Notemos entonces que aquellos que no pueden seguir este orden aquí son amonestados al pasar, como si el Espíritu Santo hubiera pronunciado una sentencia explícita contra ellos. Sin embargo, vemos a muchos que no tienen discreción aunque Dios les ha dado la gracia de tener muchos hijos. Aquí hay un hombre que quisiera vivir con su mujer; es cierto que el matrimonio en sí ya es algo tan sagrado que esta sola palabra tendría que ser suficiente cuando se dice, "Los dos serán una sola carne," para que el hombre considere la unión con su mujer más preciosa que la que tendría con su padre y madre; pero si Dios aun añade, como confirmación sobreabundante de esta gracia, que el matrimonio produce hijos, y aun así los hombres y mujeres son tan brutos para no ser inducidos e incitados por esto a amarse aun mucho más, ciertamente demuestran una ingratitud por demás despreciable. Ahora, (como ya lo hemos dicho) este es un asunto muy escasamente platicado entre los cristianos; entonces, debemos sacar provecho de esta palabra, aunque aquí se la menciona sólo incidentalmente.

Job, a efectos de añadir al mal, dice, *que amigos y los hombres de mi consejo*, aquellos a quienes estaba acostumbrado a comunicar todos sus secretos, *se han vuelto contra él* o quizá se han burlado de él, indicando que ya no lo tenían en cuenta. Y que no solamente lo despreciaban los que tenían alguna reputación, sino también los *más insignificantes*, los más desgraciados. Job indica, en resumen, que se encuentra desprovisto de toda ayuda, viendo que sus amigos le han fallado. En segundo lugar, que su vergüenza ha sido tal que los más despreciables del mundo no se han dignado a considerarlo de su misma categoría. Ciertamente tuvo que decir que su aflicción era grande, viendo que no había nadie que lo reconociera como miembro de la compañía de los hombres, sino que ya estaba más que exterminado. Esto es, en resumen, lo que Job quería decir. Ahora (como ya lo hemos mencionado), Dios quería entrenarlo por esos medios, a efectos de que nos sirviera de ejemplo. Entonces, si ocurriera que nuestro prójimo más cercano fuere nuestro enemigo mortal, que nos persigue, aprendamos a volver corriendo a Dios, y a sobrellevarlo pacientemente, viendo que a Job le ocurrió antes que a nosotros. Y recordemos también lo que se dice de

nuestro Señor Jesucristo, ya que él pertenece a todos los miembros de la iglesia, "El que de mi pan comía, alzó contra mí el calcañal."³ Esto tiene que cumplirse en todos los creyentes, y por eso el Señor Jesús nos ha mostrado el camino, para que no nos sintamos demasiado ofendidos cuando somos conformados a su imagen. Hemos de ver entonces todos los golpes, notar que los hijos de Dios serán traicionados y perseguidos por aquellos en quienes tenían plena confianza y con quienes habían tenido gran intimidad. Bien, este es un asunto sumamente difícil, nadie puede negarlo, y cuando experimentemos este mal alcanzará para hacernos perder el coraje; pero puesto que nuestro Dios nos ha declarado que así tenía que ser, y que nos ha dado un testimonio de ello en la persona de su único Hijo, hemos de pasarlo por alto, y someterlo a esta condición. Es algo que debemos observar en este pasaje.

Ahora venimos a lo que Job agrega. "*Oh, vosotros mis amigos, tened compasión de mí, porque la mano de Dios me ha tocado,*" dice Job. Es cierto, cuando vemos que Dios castiga a los hombres, debemos glorificarle diciendo, Señor, eres justo." Pero hay una consideración especial en cuanto a Job, y es que Dios no lo castigaba por faltas que había cometido, sino por otro propósito. De todos modos, consideremos cuál hubiera sido el caso si hubiera sido castigado conforme a sus merecimientos. Y cuando veamos a un pobre malhecho a quien Dios ha llevado a su condenación, debemos ser tocados en nuestro interior, al menos por dos razones: Una es que si cada uno se mira a sí mismo, veremos que Dios tendría que castigarnos con mayor severidad si se complaciera en visitarnos de acuerdo a nuestros merecimientos. Todo aquel, entonces, que se considere a sí mismo, verá que es culpable para ser castigado por Dios, tan severamente como aquellos que se han endurecido; consecuentemente debemos mirarlos piadosa y compasivamente. Por lo tanto, nuestros vicios y nuestras iniquidades debieran hacernos humildes. Allí hay una persona, pobre y miserable; se ve que Dios la está persiguiendo; es algo horrible. ¿Pero qué de ello? Hay causa suficiente para que Dios también me castigue a mí; entonces debo humillarme, y debo verme a mí mismo en la persona de aquel. Ese es un tema. Y luego veamos a una persona que haya sido extremadamente afligida por la mano de Dios, sepamos que la misma no sólo fue igualmente creada a la imagen de Dios, sino que también es nuestro prójimo, como si fuera uno con nosotros. Todos somos de una naturaleza, tenemos una misma carne, pertenecemos a la humanidad, es decir que procedemos de un mismo origen. Siendo así, ¿no debemos pensar el uno en el otro? "Además, veo una pobre alma que va a perecer; ¿no debiera tenerle compasión para aliviarla si ello está en mi posibilidad?" Y, aunque tal vez no tenga los medios, debo aspirar a hacerlo. Estos son (digo) los dos motivos que deben motivarnos a la piedad cuando vemos que Dios aflige a los que son dignos de ello. Entonces, cuando pensemos en nosotros mismos, ciertamente seríamos muy duros y estúpidos, si no hemos tenido piedad de aquellos que son como nosotros, como cuando hemos reconocido: "Aquí hay una persona formada a la imagen de Dios, es un alma que ha sido comprada por la sangre del Hijo de Dios. Si ella perece, ¿acaso no es algo que debe afectarnos?"

Es por que ahora Job dice, "*amigos, tened compasión de mí, porque la mano de Dios me ha tocado.*" Para entender esto mejor aun, debemos considerar la siguiente declaración, "Horrenda cosa es caer en las manos del Dios vivo."⁴ Entonces, cuando vemos algún castigo enviado por Dios, debemos sentir temor, aun cuando Dios nos esté persiguiendo. Yo estaré en paz, y aparentemente Dios no me tocará, sin embargo, veré cómo castiga a uno, cómo aflige a otro; ¿acaso no es asombroso? ¿Acaso vamos a esperar hasta que Dios nos golpee fuertemente en la cabeza? Sería por demás despreciable. Pero cuando vemos que quiere instruirnos a expensas de otros, debemos considerar la causa por la que castiga así a los hombres. Como nos lo muestra San Pablo (Efesios 5:6). No dice, "Temán porque la ira de Dios vendrá sobre ustedes;" lo que dice es, "Amigos míos, vean cómo Dios castiga a los incrédulos, y cómo los guarda a ustedes; entonces debieran saber que es para instrucción de ustedes cuando muestra alguna señal de su ira sobre los hombres." Notemos entonces esta frase del apóstol, es decir, "Cosa horrenda es caer en las manos de Dios;" y cada vez que ejecute algún

castigo, permitamos que ello nos afecte. Que esto nos sirva ahora para una instrucción completa a efectos de apiadarnos de aquellos que sufren diciendo, "¡Ay! He aquí una pobre criatura; si fuera afligida por un hombre mortal se le podría dar algún alivio; pero es Dios quien se le ha vuelto en contra. ¿Pero acaso no hemos de tenerle piedad viendo esto?" Si alguien responde diciendo, "¿Acaso no sería resistir a Dios si tenemos piedad de aquellos que son castigados por sus faltas? ¿No sería como querer interponernos, contra la justicia de Dios?" No, porque ciertamente podemos tener estos dos motivos: (1) aprobar la justicia de Dios, dándole gloria y honor por lo que hace; y, sin embargo, (2) permitirnos un sentimiento de piedad hacia aquellos que son castigados, dado que nosotros merecíamos tanto o más, y puesto que debemos buscar la salvación de todos, sea la de nuestro prójimo cercano o la de aquellos con quienes nos une algún lazo interpuesto por Dios. Es como cuando aprobamos la justicia terrenal que solamente como un pequeño espejo de la justicia de Dios, aunque la aprobamos nos permitimos sentir compasión por el malhechor. Cuando un criminal es castigado, no se dice que fue tratado injustamente ni que hubo crueldad en el juez. Ante tal caso se dice que quienes fueron constituidos para ejercer justicia se perciben de su tarea y ofrecen un sacrificio aceptable a Dios sentenciando a la muerte el criminal; sin embargo, nos permitimos sentir piedad por una pobre criatura que sufre a consecuencia de sus malas obras; si ello no nos conmueve es que no hay humanidad en nosotros. Si esto lo reconocemos en la justicia humana, que solamente es como un pequeño destello de Dios; al acercarnos a su trono soberano, les pregunto, ¿no debiéramos, en primer lugar, glorificar a Dios por todo lo que hace, sabiendo que es justo y equitativo en todo y por medio de todo? No obstante, esto no nos impedirá (como he dicho) de: (1) que tengamos compasión de aquellos que están sufriendo, de cuidar de ellos y aliviarlos; y, cuando no podamos hacer nada mejor, (2) desear su salvación orando a Dios que al final él quiera hacer que las correcciones de su mano sean provechosas para atraerlos nuevamente a sí mismo; que no permita que sigan endurecido enfureciéndose contra su mano.

Esto digo, es la base, sobre la cual Job pide y exhorta a sus amigos a que se apiaden de él. Se dirige especialmente a aquellos que le son más cercanos; porque, si bien Dios puso cierta unidad entre los hombres en general, es decir, los ha unido a todos (como ya hemos dicho) y que no debieran separarse los unos de los otros; de todos modos, Dios nos obliga doblemente cuando tenemos, ya sea algún parentesco o algún otro lazo; ya sabemos que los parientes debieran sentirse impulsados a tener más amistad privada los unos con los otros; porque tratándose de parientes Dios ha puesto a los hombres como se pueden poner a las bestias, bajo yugo, diciendo según el dicho, "las bestias brutas no enseñarán lo que debemos hacer." Si dos bueyes están bajo un yugo y uno quiere rebelarse, ambos se atormentarán mutuamente; y si no están dispuestos a trabajar juntos de común acuerdo, para luego beber y dormir juntos, se convertirán en sus propios verdugos. Así es con las personas cuando Dios pone a unos cerca de otros, cualquiera sea la forma; es como si quisiera atar a ambos bajo el mismo yugo para ayudarles a sostenerse el uno al otro; y si son rebeldes, si son peores que las bestias brutas, ¿qué condenación merecerán recibir sobre sus cabezas? Entonces, notemos bien, que según Dios nos une, dándonos los medios para comunicarnos mutuamente, también nos compromete el uno con el otro. Porque una persona será tanto más dada a su amigo, aunque nuestra caridad debiera ser general, y aunque debiéramos amar a aquellos que Dios nos encomienda, que incluso pueden ser nuestros enemigos mortales. De todos modos el marido será más dado a su esposa, el padre a sus hijos, los hijos a su padre, y los parientes los unos a los otros; y, en general, debemos reconocer todos los grados de amistad que Dios ha puesto en el mundo.

Ahora Job agrega, "*¿Por qué me perseguís como Dios?*" Ciertamente parece que esta frase no es muy razonable aquí; porque se dice (como ya lo hemos mencionado) que los justos lavarán sus manos en la sangre de los inicuos. Entonces debiéramos regocijarnos al ver que Dios castiga a los malvados. Pero Job afirma aquí que uno no debiera perseguir a los que Dios

persigue. Pero esta cuestión ya fue solucionada cuando dijimos que podíamos muy bien estar de acuerdo con la justicia de Dios y sin embargo, permitirnos un sentimiento de piedad hacia aquellos que sufren, y ayudarles, si está en nuestro poder hacerlo; porque por lo menos hemos de sentirnos impulsados a desear su salvación. Por lo tanto sería una crueldad si perseguimos a los hombres como Dios. ¿Y por qué? Porque cuando Dios aflige a los hombres (no digo a los justos como Job, sino a aquellos que han vivido en el mal, que han llevado una vida malvada) no es que vayamos a levantar nuestra cabeza contra ellos, y que los vayamos a molestar aun más; sino que él quiere, en primer lugar, que cada uno de nosotros pueda aprender a condenarse a sí mismo en la persona del otro. Veo que tal individuo ahora es castigado por las caras de Dios. ¿Y por qué? Por sus pecados. Ahora bien, ¿acaso no es Dios el juez de todo el mundo? Entonces, esto me incluye a mí, porque ¿acaso soy inocente? ¡Ay! No hay sino demasiadas faltas, y todas son faltas despreciables. Así es entonces, como uno debiera condenarse en la persona de otro cada vez que contemplamos en otro los castigos enviados por Dios; además Dios también quiere instruirnos en la piedad y compasión. Si seguimos este orden, no podremos equivocarnos; pero, si venimos a atormentar a aquellos que ya tiene demasiado mal, ignorando nuestras propias faltas, ¿no sería ello una crueldad? Queremos usurpar la función de Dios para ser jueces; más bien debiéramos pensar en lo que se dice, "Todos debemos comparecer ante el trono del juicio de Dios." Es cierto (como ya lo hemos dicho) que Dios tiene que ser glorificado a través de todos los castigos que envía a los hombres; pero esto no significa que cada uno se exima de condenarse a sí mismo, ni de estar sujeto a algún tipo de humanitarismo por medio de esto; así sabremos que Dios tiene que ser el Juez de todos. Y es por eso que Job argumenta correctamente con sus amigos afirmando que ellos lo persiguen como Dios. Entonces, notemos bien esto, si Dios mostró su venganza sobre aquellos que le ofendieron, ello no significa que quiera animarnos a ser inhumanos y a enfurecernos con los pobres pacientes cuando están totalmente derrotados; más bien quiere que tengamos compasión de ellos.

Además Job acusa aquí a sus amigos de crueldad, diciendo que no se satisfacen con su carne. "*¿Por qué,*" dice Job, "*ni aun de mi carne os saciáis?*" Es cierto que aquí usa una figura del lenguaje; porque cuando nos oponemos así (como ellos dicen) a nuestros semejantes, es como si quisiéramos devorarlos vivos; y nosotros también usamos esta manera de hablar en nuestro lenguaje común. Así como una persona se deleita en comer, comiendo y bebiendo; también aquellos que son crueles contra sus semejantes, parecieran querer prepararse su comida, parecieran querer comerlos y devorarlos con vida. Es por eso entonces que Job dice, "*¿Por qué ni aun de mi carne os saciáis?*" Porque cuando vemos que el mal de nuestros semejantes es cada vez mayor, y nosotros todavía no estamos satisfechos, y aun añadimos al mal de ellos, ello es una crueldad demasiado grande, es como comerlos. Esta circunstancia entonces tiene que ser notada cuando Job dice, "Por lo menos sus amigos debieran estar satisfechos al verlo tan derrotado. ¿Qué más quieren? Estoy que no doy más, ya no soporto más." Es algo natural que cuando hemos buscado todos los medios para vengarnos, si luego le ocurre la peor de todas las aflicciones, nuestra ira se aplaque. Ahora, no estoy diciendo que este sentimiento aquí deba ser considerado como una virtud; porque los paganos, aunque fueren malvados, aunque suponen que la venganza les es permitida, sin embargo, tenían la consideración de apaciguarse viendo que sus enemigos eran molestados de tal manera que ya no tenían necesidad de infligirles nada con sus propias manos. ¿Cómo es eso? Aquí hay una persona que le ha hecho daño a alguien; o quizá la persona ofendida alentaré el deseo de vengarse, si le fuera posible. Sin embargo, Dios se le anticipa y la manda una gran calamidad al ofensor. Entonces el hombre que había estado amargado y solamente deseaba la ruina de aquel a quien odiaba, ahora dirá, "Realmente, ¿qué más haré?" Ahora está tan derrotado que incluso es digno de piedad, ya ha tenido lo suficiente." Así es entonces cómo el fuego será extinguido naturalmente cuando hemos sido la persona más irritada del mundo contra alguien, viéndole en aflicción. Esto (como he dicho) no es virtud ni debe ser tenido en cuenta como un

servicio a Dios ni como caridad. Sin embargo, si esto es una inclinación natural aun entre los paganos, ¿qué de aquellos que en el día de hoy no están satisfechos cuando ven a sus enemigos perseguidos a más no poder, pero que sin embargo no se sacian y aún quisieran devorarlos? Y si es condenable cuando uno no está satisfecho con las aflicciones que Dios manda a los enemigos, ¿cuánto más condenable será actuar así respecto de los amigos? Entonces los que tienen semejante crueldad sepan que no son dignos de ser considerados como parte del número de los humanos. Todo aquel entonces, que quiere cumplir con su deber, no solamente debe dejarse apaciguar por el mal y la aflicción de sus enemigos, sino que debiera sentirse impulsado a la piedad; y en vez de buscar venganza debiera, más bien, estar dispuesto a ayudarles todo lo que puede; porque no hay duda, cuando Dios envía alguna aflicción a nuestros enemigos, y a aquellos que nos han irritado, él desea suavizar la malicia y la mala voluntad que hay en nosotros, quiere cambiar en nosotros aquello que nos motiva a estar mal intencionados respecto de nuestros semejantes. Y si ahora Dios nos llama a ser humanos, y nosotros vamos en dirección totalmente opuesta, ¿no es como oponernos abiertamente a él? Entonces, notemos bien, cuando Dios aflige a aquellos que nos han hecho algún mal y nos han herido, es para suavizar el rencor que hay en nuestro corazón; y si previamente habíamos estado enojados y ofendidos, o si hemos deseado venganza, Dios quiso moderar todos esos malos sentimientos en nosotros; él quiere inducirnos a la compasión y al humanitarismo. Esto es lo que debemos notar de este pasaje.

Ahora Job todavía agrega algunos otros lamentos referidos a sus miserias, diciendo, "*Mi piel y mi carne se pegaron a mis huesos, y he escapado con sólo la piel de mis dientes.*" Esto es para expresar mejor la proposición que ya hemos discutido, es decir, que sus enemigos ciertamente debieran estar satisfechos aunque fuesen semejantes a bestias con el único anhelo de devorar. Y ¿por qué? "Porque" dice, "ustedes ven en qué estado me encuentro. ¿Qué más quieren? ¿Acaso alguien puede desear mayor mal a una persona que el que Dios me ha mandado?" Ahora, cuando dice que su piel se le ha pegado a los huesos, es como si dijera que se ha secado completamente, que es como un cadáver, que ya no hay jugo ni sustancia en él. Al decir que ha escapado con la piel de sus dientes, es para indicar que no hay salud en él sino en sus encías, o que su piel se asemeja a sus encías, porque cuando la infección se ha esparcido en el cuerpo, la piel ya no se ve seca; tendrá, en cambio, el aspecto de las encías, es decir, cuando la descomposición se dispersa, todo es carcomido, y la carne se verá ensangrentada, y brotará mitad sangre y mitad agua, como de una herida, como también vemos que una herida tiene el aspecto de las encías. Así que entonces, Job está diciendo aquí que su aspecto humano estaba tan desfigurado que ya no se lo reconocería. Ahora, habiendo llegado a tal extremo, ¿No era razonable que sus amigos se dieran por satisfechos? Entonces, aquí se nos amonesta a tener más consideración que de veras tenemos de las aflicciones de nuestros amigos; y que, cuando Dios les envía algunas calamidades, debiéramos orar a él que nos quiera dar la gracia de tener nuestros ojos más abiertos para considerarlos, y de tenerlos bien en cuenta, para que puedan inducirnos a la piedad; que cada uno se ocupe de aplicar este remedio, lo mejor que puede; y que aun al final debiéramos esperar que siendo tocados por la mano de Dios, él manifiesta su misericordia.

Ahora, puesto que Job era acusado por sus amigos de haber blasfemado contra Dios, y de haberse justificado a sí mismo sin razón alguna, y de haberse eneguecido en sus vicios, sin reconocerlos; en vista de ello Job dice, "*¡quién diese ahora que mis palabras fuesen escritas! que con cincel de hierro y con plomo fuesen esculpidas en piedra para siempre, y como memoria permanente.*" Hablando de esa manera Job declara que no en vano ha conservado su inocencia, y que solamente teme aquello que sería un reproche para él delante de Dios; sabe que tiene buena causa para hacerlo. En resumen, esto es lo que sostiene. Ahora, es muy cierto con respecto de las declaraciones de Job, algunas eran exageradas. Dijo muchas cosas extravagantes; porque él mismo no se controlaba, y aunque tenía un fundamento bueno y razonable, y aunque su caso era aprobado por Dios, no obstante la presentación que él hacía

era deficiente (como ya lo hemos dicho anteriormente) y muchas palabras escapaban de su boca que eran dignas de condenación. Entonces, ¿por qué dice ahora que quisiera que sus declaraciones fuesen asentadas por escrito? ¿No es acaso para traer doble condenación sobre su cabeza? Notemos que Job lo consideraba como principio, sin estar sujeto a cada palabra que había pronunciado; sino que aquí hace estas afirmaciones para defender su caso. Ahora bien, esta defensa era justa; y aunque era totalmente rebuscada, y aunque iba de un lado a otro, sin embargo, sostiene justamente que su aflicción no era por causa de sus pecados, y que ellos no debían considerarlo como el hombre más malvado del mundo porque Dios había mostrado tal severidad contra él. Entonces, las proposiciones de Job eran correctas; de todos modos aun estaba en falta puesto que no reconoció todos sus vicios y puesto que ciertamente no siempre se consideraba culpable delante de Dios. Por eso se nos amonesta que hablemos con mucha prudencia. En Salmo 39:2 se dice, "Guardaré mi boca con freno, en tanto que el impío esté delante de mí, pero al final no me pude contener." David sabía bien que cuando los hijos de Dios son tentados, y se ven oprimidos por aflicciones, mientras que los malvados logran sus victorias y tienen vía libre, ello es una experiencia tan dura que nos resulta sumamente difícil contenernos y no murmurar contra Dios. Por ese motivo dice, "he resuelto mantenerme bajo control, he puesto un lazo sobre mi mandíbula inferior, he cerrado mi boca para no pronunciar una sola palabra; pero al final todas estas barreras fueron rotas, todas las resoluciones que había tomado no pudieron evitar que mostrase el deseo que había concebido en mi interior; y al final el fuego estalló." Con esto David muestra que es una virtud muy grande y muy rara, que seamos pacientes en silencio refrenándonos a nosotros mismos cuando los malvados nos oprimen, y sobre todo, cuando vemos que los malvados tienen su boca bien abierta para glorificarse ellos mismos y mofarse de nosotros. De manera que al unir este pasaje de David con el ejemplo de Job, debemos ser instruidos a callarnos cuando Dios nos aflige. ¿Y por qué? Porque de acuerdo a la violencia de nuestras pasiones aunque aprendamos a hablar con la debida sencillez y a alabar a Dios y a bendecirle, aun así no llegamos a ser tan prudentes y moderados que no se nos escape nada, que no se nos salga alguna bambolla, es decir que siempre seremos culpables en nuestras declaraciones. Entonces, aunque quizá no queramos blasfemar contra Dios, ni decir algo que no sea para honrarle, aun así puede ocurrir que seamos demasiado atrevidos en nuestro hablar; como cuando Job pidió que todo fuese escrito, que todo fuese grabado en un memorándum, que fuese esculpido o bien en la roca o en plomo, para que nunca pudiera ser borrado. Sigamos más bien el consejo de orar a Dios con respecto a las declaraciones que suponemos ser las más puras, para que nos perdone por las faltas cometidas con ellas. Porque aquel que sea capaz de refrenar su lengua (Santiago 3:2) tendrá una virtud poco frecuente. Puesto que estamos dispuestos a hablar el mal cada vez que podemos, y cuando suponemos haber hablado con perfecta rectitud, Dios hallará que todavía habrá algún exceso. Esto entonces es lo que debemos notar de este pasaje.

Ahora, para finalizar, Job agrega que *él sabe que su Redentor vive*. Ciertamente, en aquel entonces esto no podía ser entendido tan cabalmente como ahora; de manera que debemos entender la intención de Job al hablar de esa manera. Su intención, entonces, es que no estaba haciendo la parte de un hipócrita, presentando su causa delante de los hombres, y justificándose a sí mismo; sabía que se las tenía que ver con Dios. Eso es lo que debemos saber con respecto a estas frases; si ellas fuesen tomadas fuera de su contexto, no serían de mucha edificación y no sabríamos lo que Job quiso decir. Por eso, recordemos lo que hemos discutido. ¿Qué es lo que sostiene Job? Sabemos que los hombres hacen todo lo posible por excusarse ellos mismos, en efecto, sin pensar en Dios. Les es suficiente que el mundo esté satisfecho con ellos, y en tal caso son considerados como caballeros. Esta es la hipocresía que engendra actitudes impúdicas, porque si no sé que Dios es mi Juez, ¡oh! me conformaré con que los hombres me aplaudan y yo tenga buena reputación entre ellos. ¿Y qué habré ganado? Nada, absolutamente. ¿Acaso no es una actitud muy impúdica cuando, aunque amonestado por mi propia conciencia, aunque convencido de haber hecho el mal, no obstante levanto una

barrera y digo, "¿Por qué soy acusado? ¿Qué he hecho, acaso no tengo una buena causa?" Podré hacer hermosos intentos por disimular para cubrir mi pecado, y cuando así haya confundido los ojos de los hombres, he aquí mi caso habrá sido ganado. Pero ocurre lo que he dicho, la hipocresía engendra una actitud impúdica, es decir, que los hombres se atreven a defender su caso como bueno porque no tienen en cuenta a Dios.

Ahora bien, Job, en cambio, dice *"yo sé que mi Redentor vive y que al fin se levantará sobre el polvo*. Como si dijera, "quizá yo sea considerado un hombre malvado y desesperado, como alguien que ha blasfemado contra Dios, tratando de justificarme a mí mismo contra él. No, en absoluto, solamente quiero humillarme y descansar debajo de su gracia; sin embargo, sostengo mi integridad delante de ustedes porque veo que ustedes solamente proceden con calumnias. Entonces me defiendo de tal manera de tener en cuenta a Dios y tener mis ojos fijados en él." Ahora bien, de esto podemos y debiéramos deducir buenas enseñanzas; es decir, que no seamos como hipócritas, cubriéndonos delante de los hombres, haciéndoles creer que sostenemos un buen caso, y exhibiéndonos como caballeros mientras que nuestra conciencia nos está amonestando. Aprendamos, en cambio, a examinarnos a nosotros mismos, a conocer nuestros pecados y a humillarnos delante de Dios. Comencemos, pues diciendo, ¿Cómo estoy yo mismo? Es cierto que podría excusarme fácilmente delante de los hombres, ¿pero de qué me serviría delante Dios? ¿Acaso me aceptaría? No, de ninguna manera. De acuerdo con esto procedamos entonces todos, tanto grandes como chicos a venir ante este Juez celestial y que cada uno se presente allí para pedir perdón por sus faltas; y no dudemos de que al acercarnos sinceramente somos absueltos por él, no porque lo hayamos merecido, sino por su gracia y misericordia.

Ahora inclinémonos en humilde reverencia ante el rostro de nuestro Dios.

NOTAS DEL TEXTO SERMÓN NO. 8

*Sermón 71 en *Calvini Opera, Corpus Reformatorum*, V. 34, pp. 114-126.

1. Francés: *póllice*.
2. Francés: *gages*.
3. Salmo 41:9 se refiere a David y Ahitofel, pero también tiene cumplimiento en Cristo y Judas, Juan 13:18.
4. Hebreos 10:31.

SERMÓN N° 9 EN MI CARNE HE DE VER A DIOS*

"Y después de deshecha está mi piel, en mi carne he de ver a Dios; al cual veré yo mí mismo, y mis ojos lo verán, y no otro, aunque mi corazón desfallece dentro de mí. Mas debierais decir: ¿Por qué le perseguimos? Ya que la raíz del asunto se halla en mí. Temed vosotros delante de la espada; porque sobreviene el furor de la espada a causa de las injusticias, para que sepáis que hay un juicio" (Job 19:26-29).

Ayer vimos la presentación hecha por Job afirmando tener en cuenta a Dios y no estar de ninguna manera atado a los hombres; porque aquellos cuyo interés se limita al mundo aquí abajo, no escudriñan voluntariamente sus conciencias, como debieran hacerlo, no reconocen sus pecados, a efectos de poder pedir que Dios les perdone, confesando que han sido

transgresores. Porque vemos que, tan pronto dependemos de la aprobación de los hombres, lo único que queremos es superarlos, sea con la verdad o con falsedad. Esta es la causa por la cual no pensamos adecuadamente en Dios y consecuentemente no nos preocupamos en corregir nuestras faltas como debiéramos hacerlo; brevemente, en nosotros sólo hay hipocresía. Por eso Job dice que, *él sabe que su Redentor vive*; como si dijera que no ha alegado lo suficiente para ser justificado delante de los hombres, y que no era ése su propósito, porque sabía que debía presentarse ante Dios, y ser juzgado allá, y rendir cuenta de toda su vida. Luego agrega que el día final Dios *separará sobre el polvo*; como diciendo, "Cuando los hombres hayan decaído porque el mundo tiene que perecer, Dios aun permanecerá; de modo que cometería una gran necedad queriendo excusarme a mí mismo delante de los hombres mientras Dios me condena, puesto que aquellos que ahora son mis jueces o que quisieran tener ese honor, tienen que perecer conmigo, pero Dios permanecerá siempre. De modo entonces, es suficiente con que me rinda a él, y con oír aquello que él quiera ordenar."

Ahora bien, cuando dice que *"Dios se levantará sobre el polvo,"* quiere significar que él no es como los hombres; porque cuando seamos aniquilados tendremos que renunciar a todo; sabemos que debemos volver a aquellos de donde provenimos, en corrupción y descomposición. "Pero Dios," dice Job, "no puede ir a la perdición de la misma manera que los hombres, sino que siempre seguirá en su condición." Además notemos que Job quería decir que Dios derramará el poder que hay en él sobre el polvo, es decir, sobre los hombres que no son nada, y que no tienen poder en sí mismos. Ahora, bien este título que atribuyó a Dios implica mucho, implica que él es su garante, y que es él quien lo sustenta. Si Dios quisiera, Job podría permanecer, sin embargo, debemos perecer; Dios quiere hacernos partícipes de su poder y de tal modo que nosotros lo experimentemos. De manera entonces que Dios se para sobre el polvo, hace que el polvo reviva completamente, y luego, lo restaura; porque sin esto sería en vano llamarlo "Redentor" y "Garante." Notemos bien que Job no solamente quería expresar que Dios no se limita a guardar su poder encerrado en su propia esencia, sino que lo derrama sobre los hombres. Esta es una buena doctrina para nosotros. Porque en primer lugar somos amonestados acerca de la vanidad que es querer agradar solamente a los hombres y ser aprobados por ellos. ¿Qué ganamos? Porque aquí abajo todo tiene que perecer. Aprendamos entonces a tener nuestros ojos fijados en Dios a efectos de que él pueda poseernos, y que nosotros podamos ser aprobados por él. Es aquí donde hemos de aplicar todo nuestro estudio. Sin embargo, a efectos de no estar atados a este mundo, a efectos de no estar envueltos en la hipocresía que por naturaleza está demasiado arraigada en nosotros, sepamos que Dios es nuestra garantía, es decir, que es cosa exclusivamente suya mantener la integridad de los hombres, cuando hayan andado con la conciencia pura delante de él; que él será su Juez, de una vez para siempre, y que se parará sobre el polvo; y aunque todo cuanto veamos alrededor de nosotros sea frágil e inservible, Dios no es así, su condición es mucho mayor; y no solamente para sí mismo, sino a efectos de volver a poner a todas las criaturas en su condición original, una vez que hayan expirado. Y para los creyentes es un consuelo inestimable cuando se los ve oprimidos por calumnias en este mundo; aunque hayan tratado de caminar rectamente, nunca dejan de ser fastidiados y mordidos con falsedad; entonces, en vista de ello se pueden encomendar a Dios e invocarle como a su garante, descansando en la certeza de que Dios estará de pie con los hombres cuando estos sean aniquilados. Bien, aquellos que hoy presumen condenarnos y de hablar contra nosotros, tienen que caer, y las cosas seguramente serán revertidas; porque Dios será nuestro Redentor. Actualmente, los hombres por su temeridad usurpan el poder de Dios, emprenden aquello que no les es lícito; pero es preciso que al final Dios les muestre su lugar, tanto para que él sea exaltado como para que nosotros sepamos que es asunto suyo mantenernos.

Esto es lo que debemos recordar cada vez que alguien hable con falsedad contra nosotros: por una parte debemos tener un buen testimonio delante de Dios; por otra parte, que es suficiente con que él no apruebe aunque seamos rechazados por todo el mundo. Venimos a lo

que dice Job. Job afirma que los gusanos (aunque la palabra no pueda ser expresada, sin embargo, se ve claramente que se refiere a todo tipo de gusano y corrupción), cuando hayan comido la piel, roerán y consumirán lo que haya quedado; no obstante, aunque espera ver a Dios, y verle a él, afirma: "en mi carne," es decir, espera ser restaurado; "si, yo le veré, y no otro, aunque mis riñones hayan decaído en mi interior," es decir, aunque todo mi poder haya sido disuelto y abolido. Aquí hay una afirmación digna de ser notada cuando Job declara que tendrá su atención fijada en Dios, y en ningún otro; en efecto, aunque pueda ser totalmente consumido es como si dijera que la esperanza que tiene en Dios no será medida conforme a lo que se puede ver, sino que, cuando aparentemente no se ve nada, él todavía no dejará de mirar a Dios. ¿Y cómo? Si una persona se encuentra como abandonada por Dios percibiendo solamente toda clase de mal, sintiendo que la muerte la amenaza de todas partes, que incluso la devora totalmente, si a pesar de todo persevera, es porque realmente tiene constancia en la fe para decir, "bien, yo invocaré a mi Dios, y aun experimentaré su poder; solamente su poder me puede dar fuerza; y ello ocurrirá aun cuando aparentemente yo esté perdido." Aquí hay una persona que triunfa sobre las cosas del presente. Entonces muestra la fe y esperanza que tiene en Dios, no porque puede ver y comprender con sus sentidos naturales, sino que trasciende el mundo; como está dicho, nuestra esperanza debe trascender la esperanza; y la esperanza debe estar referida a cosas ocultas. Ahora vemos la intención de Job. Es cierto que aquí no habla explícita y simplemente de la resurrección; no obstante, estas palabras no pueden ser expuestas a menos que se reconozca que Job quería atribuir a Dios ese poder que actualmente no se ve en el orden común de la naturaleza. Es como si dijera que Dios quería ser conocido por nosotros, no solamente cuando nos hace bien, mientras que nos preserva y alimenta; sino también cuando aparentemente nos falla, y cuando solamente vemos la muerte delante de nosotros; aun entonces tenemos que estar convencidos de que nuestro Señor no dejará de ser nuestro garante, y que, siendo suyos, seremos sostenidos mediante su protección.

Pero para obtener mayor provecho de este pasaje, pensemos bien lo que dice Job: "Si bien lo que queda aquí," dice, "sea deshecho después de mi piel, no obstante he de ver a mi Dios." Esto no es creer en Dios únicamente porque hace que la tierra produzca grano y vino; como vemos que ocurre con muchas personas brutas que no tiene sensibilidad o percepción del Dios que está en el cielo a menos que él los alimente y llene sus vientres. Cuando se les pregunta, "¿Adonde está Dios?" responden diciendo, "Es él quien nos alimenta." Es cierto que debemos entender cabalmente la bondad y el poder de nuestro Dios, manifestados en todos los beneficios que él nos concede. Pero no debemos detenernos allí; porque (como ya he dicho), nuestra fe tiene que elevarse por encima de todas las cosas visibles de este mundo. De manera entonces, no digamos, "Yo creo en Dios porque me sostiene, porque me da salud, porque me alimenta." Digamos más bien, "Creo en Dios, y aunque ya me ha dado algunas muestras de su bondad y de su poder al cuidar de este cuerpo que no es sino corrupción, viendo que él mismo declara ser mi Padre, viendo que subsisto por el poder de su espíritu; no obstante, solamente creo en él porque me llama al cielo, porque me ha creado semejante, no a un toro o un asno, para vivir por algún tiempo; sino que me ha formado al imagen suya, para que yo pueda tener esperanza en su reino y ser un participante de la gloria de su Hijo. Creo que diariamente me invita allí, para que yo no tenga dudas de que cuando mi cuerpo sea echado al sepulcro será como si fuera aniquilado, pero que será restaurado en el día final; y, mientras tanto mi alma estará seguramente guardada, cuando después de la muerte Dios me tenga bajo su protección, y que aun entonces contemplaré, mejor que ahora, la vida que ha sido adquirida para nosotros por medio de la sangre de nuestro Señor Jesucristo." Esto entonces, es lo que debiera ser nuestro credo a efectos de vivir bien gobernados. Ahora, cuando estemos así, bien dispuestos, estaremos en condiciones de decir con Job, "Muy bien, es cierto, veo que mi cuerpo está decayendo; si es que aun hay algún vigor, éste va menguando día tras día, y así contemplo a la muerte sin tener que ir a buscarla a diez leguas

de distancia; porque es tan poco lo que veo en mis carnes, excepto debilidad, que ésta y es en sí un mensaje de muerte; no obstante, he de ver a mi Dios." Y si podemos hablar de esa manera viendo que nuestro poder declina y se desvanece poco a poco; si a Dios le agrada afligirnos de tal manera que realmente llegamos a ser semiconsumidos (ese fue el caso de Job; porque dice, "Mi piel es carcomida y consumida"; Job era, por así decirlo, un cadáver, y sin embargo, protesta y afirma: "Bien, no dejaré de tener en cuenta a mi Dios.") No dejemos de esperar en Dios de acuerdo al ejemplo de Job. De esta manera entonces, la gravedad de las aflicciones de parte de Dios no nos asombrará, siempre y cuando estemos dispuestos a reconocerlo a él en su manera de obrar con nosotros, es decir, considerando bien el propósito con el cual nos ha creado y por el cual nos mantiene en este mundo.

Además, cuando Job dice que él "*verá a su Redentor desde su carne,*" su intención es (como ya hemos dicho), afirmar que será restaurado a una condición nueva, después que su piel haya sido de esa manera carcomida. Porque afirma que aun sus huesos serán consumidos y que nada quedará sano; y luego agrega, "*En mi carne he de ver a mi Dios.*" Pero ¿cómo es que le verá en su carne? Esto es, "Seré restaurado a mi condición anterior, y aun he de ver a mi Dios." De esa manera confiesa que Dios es suficientemente poderoso para levantarlo aunque lo haya consumido totalmente y lo ha arrojado a las profundidades. La condición por la cual debemos esperar en Dios es ésta: que habiéndonos arrojado al sepulcro, podamos saber que extiende su mano para levantarnos de allí. No digamos entonces, "Espero en Dios porque veo que me ayuda y no me falla en nada;" sino que cuando Dios nos falle, cuando es como si estuviera lejos de nosotros, entonces digamos con Job, "Yo he de verle en mi carne; ahora no soy nada; aparentemente soy una sombra y mi vida se desvanece rápidamente; sin embargo, mi Dios se declarará tan poderoso hacia mí que yo he de verle." Así habló Job en una época en que todavía no había mucha doctrina, cuando la ley probablemente aun no había sido escrita; pero supongamos que sí había sido escrita, los profetas todavía no existían en esa forma; solamente existía Moisés (porque los profetas mencionan a Job como a un hombre de tiempos antiguos).¹

Entonces, teniendo solamente una pequeña chispa de luz, Job tuvo esa fuerza en sus aflicciones, y no solamente viendo una especie de muerte, sino viendo que Dios aparentemente le había dado la forma de un monstruo entre la gente, una cosa terrible y aterradora, y sin embargo podía decir "Es así para que yo vea a mi Dios." ¿Qué excusa podría haber en la actualidad cuando Dios nos detalla la resurrección tan exacta y tan explícitamente, dándonos tan hermosas promesas de ella? Más aun, considerando que nosotros vemos el espejo y la sustancia de ella en nuestro Señor Jesucristo, viendo que fue resucitado para mostrarnos que no debemos dudar de que en un momento todos seremos partícipes de esa gloria inmortal. Entonces, si después de tales confirmaciones todavía no podemos tener el conocimiento que había en Job, ¿no debería imputarse ello a nuestra ingratitud? Porque si pudiéramos recibir las promesas de Dios con verdadera fe, ¿no tendrían ellas suficiente poder para hacernos vencer todas las tentaciones que tanto gobiernan sobre nosotros? Entonces, notemos bien este pasaje, para que también podamos decir con San Pablo (II Corintios 5:1), "Si este tabernáculo se deshiciere (con "tabernáculo" él se refiere a algo hecho de hojas, algún cobertizo que no tiene valor alguno) tenemos un edificio preparado, mucho mejor y más excelente en el cielo. Si este hombre exterior, es decir, todo lo que es de la vida presente y que tiene apariencia, es aniquilado, y sin embargo Dios quiere renovarnos para hacernos contemplar de alguna manera nuestra resurrección, viendo a nuestro cuerpo fallando de esa manera." Como San Pablo lo expresa también en otro pasaje (I Corintios 15:36) donde nos recuerda la semilla que es echada en la tierra, afirmando que no puede germinar para tener una raíz viva ni llevar fruto, a menos que antes sea transformada a descomposición. ¿Alcanzamos a ver entonces, que la muerte comienza a gobernar sobre nosotros? Sepamos que Dios quiere darnos verdadera vida, es decir, la vida celestial que fue adquirida para nosotros por medio de la preciosa sangre de su Hijo. Ahora bien, sin esto es inevitable que la menor de las tentaciones del mundo nos

conquiste, porque (como ya lo he dicho) todas las miserias que tenemos que sufrir son otros tantos mensajeros de muerte. Ahora bien, viendo a la muerte y suponiendo que hemos de ser consumidos por ella, ¿no deberíamos desesperarnos completamente? Entonces, no existe otra forma de consolarnos en nuestras aflicciones excepto con esta doctrina; es decir, cuando todo lo que hay en nosotros haya sido consumido, aun no cesaremos de ver a nuestro Dios; en efecto, de verlo en nuestra carne.

Y luego se dice, *"Mis ojos le contemplarán, y no otro."* Job no agrega esto siguiendo la proposición que ya había hecho, es decir: "Puesto que Dios me ha dado la certeza de restaurarme al poder, yo me consagro totalmente a él; ya no tengo por qué estar perturbado, ni por qué distraerme de esta o aquella manera; porque debo consagrarme solamente a él. Entonces, *"Mis ojos le contemplarán, y no otro."* Acá hay todavía una hermosa doctrina. Lo que afirmó no hace mucho, es decir, *que verá a Dios en su carne*, está referido a la experiencia de cuando Dios lo incorpore sobre sus pies; lo que dice esta vez lo dice a partir de otra consideración, es decir, teniendo en cuenta la esperanza; porque nosotros tenemos dos formas de considerar a Dios: (1) Lo tenemos en cuenta cuando se revela en la experiencia como Padre y Salvador y cuando de ellos nos da una experiencia digna de ser notada. Allí está mi Dios; me habrá librado de tremenda enfermedad de manera que su obra se asemeja a una resurrección; es un testimonio de que ha puesto su mano sobre mí para ayudarme; por eso lo contemplo y lo contemplo por experiencia. Ahora, mientras estoy enfermo, y aunque ya no tengo esperanza, no ceso de contemplar a Dios; porque pongo mi confianza en él; luego espero con paciencia lo que él quiera darme, sin dudar que, aunque tal vez me quite de este mundo, yo soy propiedad suya. (2) Hay todavía otra manera de contemplar a Dios. Entonces Job dijo que contemplaría a Dios por experiencia una vez que haya sido restaurado a su condición. En segundo lugar agrega que no cesará de contemplarlo, a pesar de ser completamente desmenuzado por los males. "Mis ojos" dice Job, "estarán puestos en él, no quiero apartarlos." Ahora bien, aquí vemos la naturaleza de la fe, es decir, reflexionar de tal manera acerca de Dios que nada se pierda, que no haya tales distracciones como las que acostumbramos tener. Pregunto esto, ¿por qué no podemos descansar en Dios como tendríamos que hacerlo? Es porque separamos el oficio de Dios y todas sus virtudes en tantas partes y trozos que prácticamente no dejamos nada de él. Haremos bien en decir que es asunto de Dios sustentarnos; sin embargo, no cesamos de trepar hacia arriba y abajo, hacia adelante a atrás, buscando los medios para nuestra vida; no como medios dados por Dios, y provenientes de él; sino que incluso les atribuimos el poder de Dios y, en efecto, los convertimos en ídolos.

Es así como podemos considerar a Dios con placer, y, sin embargo, no hallar descanso o contentamiento en él. Entonces, notemos bien la palabra usada por Job. Dice que sus ojos contemplarán a Dios, y no otro; como si dijera, "Me aferraré a esto, y no me agitaré como lo hacen los hombres, sino que me entregaré enteramente a mi Dios diciendo, Tires tú, Señor, verdaderamente solo tú, de quien tengo mi vida, y si ahora decaigo, tú me restaurarás, tal como lo has prometido." Ahora bien, hagamos siempre la comparación entre Job y nosotros. Porque si Job, sin tener semejante testimonio de la bondad de Dios, sin disponer de una doctrina que fuese una centésima parte tan familiar como la que tenemos nosotros, sin embargo, dijo que contemplaría a Dios - ¿acaso tendremos excusa nosotros si nos descamamos por aquí y por allá; en efecto, habiéndose presentado a nosotros nuestro Señor Jesucristo en quien habita toda la plenitud de la gloria divina, y siendo mostrado todo el poder del Espíritu Santo en El, al ser resucitado de los muertos? Y, no es incluso necesario que extendamos mucho nuestra vista a efectos de contemplarlo. Porque el evangelio es un buen espejo en el que le vemos cara a cara. Siendo así (como ya he mencionado) seamos personas bien aconsejadas libres de la culpa de semejante ingratitud, del extremo de no haber sido suficientemente condescendientes de mirar a aquel quien se nos presentó en forma tan mansa. Esto es, en resumen, lo que debemos notar en este pasaje.

Luego Job agrega: *"Aunque mi corazón desfallece dentro de mí,"* es decir, "aunque ya no

hay a poder or vigor en mí." En resumen (siguiendo la proposición que él ha sostenido), ahora muestra que no mira a Dios porque Dios le haya tratado gentilmente porque Dios le haya concedido todos sus deseos, porque haya sido preservado de las aflicciones; porque ocurre completamente lo contrario. "Aunque," dice, "Estoy en tal angustia, aunque aparentemente Dios está golpeándome, aunque ya no hay vigor en mí, no obstante, contemplaré a mi Dios con mis ojos y me aferraré a él únicamente, y sé que aun he de verle como mi Redentor y Garante, después de haberme consumido de esta manera."

Ahora, para concluir, dice a sus amigos, "*Ustedes han dicho, ¿por qué es perseguido? o ¿por qué hemos de perseguirlo puesto que la raíz del asunto o de la proposición se encuentra en mí?*" Este pasaje es un poco oscuro porque la palabra puede ser interpretada de dos maneras: "¿Por qué es perseguido? o "¿Por qué le perseguiremos?" Si lo tomamos como "¿Por qué es perseguido?" es como que los amigos de Job están asombrados por la aspereza con que lo trata Dios, y sin embargo, arriban a la conclusión de que es un hombre totalmente rechazado. Si las palabras se traducen como: "*¿Cómo le perseguiremos?*" sería como que han venido con deliberada malicia para destacar sus faltas y satirizarlo. Pero, aunque hay diversidad de interpretaciones en cuanto a las palabras, el sentido resulta ser el mismo. Miremos la doctrina que hemos de deducir de ellas; porque la doctrina es lo principal, ella es el todo. Entonces Job reprocha a sus amigos por haber juzgado mal sus aflicciones. ¿Y por qué? Porque desde el comienzo mismo se apresuraron diciendo: "Oh, realmente tiene que ser una persona malvada; si hubiera andado con buena y pura conciencia no sería afligido de esta manera." Ahora, por el contrario, Job afirma que *la raíz de la proposición es hallada en él*. Es cierto que esta palabra a veces significa "cosa" y a veces "palabra." Pero aquí Job quiere indicar que tiene un fundamento bueno y firme, y cuando haya sido adecuadamente sondeado, se verá que su caso no es como los otros habían falsamente estimado.

Veamos ahora, a qué propósito lleva esto, y qué provecho podemos sacar de ello. Cuando Job plantea a sus amigos el haber dicho "*¿Por qué está siendo perseguido ?*" demuestra que es una crueldad de los hombres mirar buscando los pecados de otro tan pronto como éste es castigado por las varas de Dios, es decir: "Este hombre tiene que ser un malvado; por lo tanto hirámoslo hasta que muera." Porque este es el fin donde debiéramos comenzar. Es cierto (como ya fue dicho más plenamente antes) que en todos los azotes y correcciones que Dios envía siempre tenemos que contemplar su juicio sobre los pecados del hombre; pero su propósito es condenarnos a nosotros. No tenemos que ser jueces de otros, eximiéndonos a nosotros mismos; comencemos, comencemos con nosotros mismos. Entonces vemos la utilidad de esta doctrina, es decir: cuando un hombre es oprimido por males, no debemos ser tan apresurados para condenarlo, y, por cierto, no debiéramos tener la inclinación de encontrar crímenes en él; más bien, debiéramos mirar a Dios, quien se revela a sí mismo como Juez tanto de nosotros como de aquel, y que nos constriñe a reconocer que debemos tener piedad y compasión de aquel que sufre, y que tenemos que hacerlo gustosamente, aunque quizá conozcamos sus faltas; debiéramos, en cambio, seguir el consejo de alcanzarle alguna medicina, a efectos de poder restaurarlo. Cuidémonos de poner el arado delante del buey, es decir, de hacer juicios antes de haber entendido el caso, pues eso es lo que estamos acostumbrados a hacer. Ya se ha dicho con frecuencia que Dios no siempre afligirá a los hombres con el mismo propósito; algunas veces castigará sus pecados, a veces querrá probar su paciencia, o bien habrá alguna otra razón. Entonces, no seamos demasiado apresurados o atrevidos para juzgar antes de haber conocido todos los hechos; porque vemos lo que les pasó a los amigos de Job. Tan pronto lo vieron en aflicción dijeron: "Tiene que ser un malvado." Pero bendito el hombre que juzga con prudencia a los afligidos, tal como se dice en el Salmo.² ¿Acaso David no fue oprimido por la mano de Dios y con una severidad tal que la misma no se vio en otro hombre? Sin embargo, Dios dice: "He hallado que David mi siervo es conforme a mi corazón, lo he ungido con el aceite del gozo."³ He aquí Dios tomando a David como en su seno, y sin embargo, vemos de qué manera es tratado. Si somos apresurados para juzgar

condenaremos a David y a Abraham y a todos los santos patriarcas. Y ¿acaso semejante manera de juzgar no resultará en deshonra para Dios? Ciertamente. Entonces, seamos sobrios y modestos cuando vemos que nuestros semejantes son afligidos, y reconozcamos la mano de Dios para que no nos ocurra lo mismo que a los amigos de Job.

Ahora dice de modo particular que la *raíz del asunto está en él*, o la raíz de la proposición o su efecto y sustancia. Con esto indica que debemos inquirir antes de juzgar. Ahora, en efecto, cada uno seguramente confesará que cometiendo premeditadamente este error, será una presunción necia y arrogancia de parte nuestra, pues, este proverbio es muy común, "De juez necio, sentencia breve." Entonces, no arriesguemos semejante suposición sin antes haber sondeado y examinado la esencia del asunto. Notemos bien que debemos haber llegado a la raíz antes de emitir juicio alguno; y no juzguemos apresuradamente, por temor de parecer ignorantes, porque esto es lo que impulsa a los hombres a ser demasiado apresurados: la vergüenza que tienen de no ser suficientemente perspicaces para juzgar de inmediato; porque si no doy mi opinión al respecto, ya no me estimarán. Ahora bien, Dios se burla de esta ambición. Mantengámonos a nosotros mismos en sobriedad y modestia hasta que Dios nos haya declarado por qué castiga a uno y a otro no; no queramos adelantarnos a Dios. Es cierto, cuando hayamos inquirido, cuando hayamos llegado a la raíz, entonces estaremos en condiciones de juzgar libremente; porque el juicio no será de nosotros, sino que provendrá de Dios, porque estará fundado en la palabra suya y estará bajo el gobierno de su Espíritu Santo; entonces, sobre todo, hemos de llegar a la raíz que aquí se menciona. Y luego dice: "*Temed vosotros delante de la espada; porque la indignación de iniquidad, o de la aflicción, de la espada está cercana, para que sepáis que hay juicio.*" Esta declaración es suficientemente oscura porque las palabras están cortadas, pero, en resumen, Job quiso expresar esto, "*teman delante de la espada,*" como diciendo, "aquí ustedes están hablando en la oscuridad, están haciendo deporte como aquellos que no tienen ninguna otra cosa que hacer, y que tienen tiempo libre." Tal clase de gente siempre estará dispuesta a disputar; como tampoco no hay mejor gente para la guerra que aquellos que están lejos del frente de batalla; dirigirán la batalla, sitiaron ciudades, matarán, saquearán, se llevarán el botín, y todo será una maravilla; pero después de haber conducido grandes charlas, y cuando hayan bebido en el mercado, solamente les resta escuchar el tambor para esparcirse. Por eso Job reprocha a sus amigos el hecho de haber disputado sobre su caso como pasando el tiempo; debieran temer el juicio de Dios y temer la espada, como si Dios ya se hubiera mostrado sobre ellos.

Luego dice, "*La indignación de iniquidad.*" Esta palabra denota la crueldad de la que previamente los había culpado. "*La indignación,*" es como diciendo, "Aquí ustedes están enardecidos contra mí, en efecto, listos para afligirme." Porque la palabra hebrea puede significar "iniquidad" y también "aflicción." Pero Job declara aquí que sus amigos no han venido a él como teniendo cierta compasión por su problema, más bien han venido enardecidos contra él, en efecto, para afligirlo y para molestarlo aun más. Y ¿a qué se refiere con esto? *La espada*" dice; o sea, "Dios no dejará impune semejante salvajismo, porque aunque yo les haya ofendido, no obstante, ustedes tienen que ser más humanos hacia mí; pero condenándome sin causa no hacen sino mostrar mayor severidad conmigo; entonces, la espada de Dios tiene que ser mostrada sobre ustedes, en efecto, para que puedan reconocer que hay juicio." Aquí hay una sentencia digna de ser notada y muy útil; porque Job, amonestando así a sus amigos es como un profeta de Dios que se dirige a todos en común y en general. Entonces nos advierte que debemos temer la espada de Dios, si somos tan maliciosos como para juzgar el bien del mal, y si somos tan inhumanos para torturar a aquellos que ya están pasando suficientes miserias. Está dicho que, "Maldito aquel que llama bueno lo malo, y malo lo bueno;"⁴ y, sin embargo, vemos que este vicio ha reinado desde todos los tiempos, y que todavía reina. Aquellos que son guiados por sus pasiones, ¿qué escrúpulos tendrán para desafiar abiertamente a Dios? Saben suficientemente bien que, "Aquí hay un caso bueno en sí mismo y, no obstante, me opondré a él." "Aquí hay un hombre que quiere servir a Dios, yo he de

impedirlo." "Aquí hay algo que podría ser para la edificación de la iglesia, algo que podría servir a la comunidad de los hombres, al bienestar público, pero yo voy a arruinarlo completamente." Porque se verá que aun aquellos que están sentados en el trono de la justicia, serán como diablos encarnados para desafiar a Dios, para trastocar toda equidad y rectitud y que serán llenos de corrupción y exceso. Qué podemos decir cuando vemos esto, excepto que hemos llegado a la cima de toda iniquidad. Con otros es igual; se ve que no hay pequeños ni grandes que no desafien a Dios. Entonces, no debemos decir que el diablo posee a los hombres, siendo estos tan dados a trastornar el bien, a mantener el mal, a pesar de que esta horrible maldición ha sido pronunciada por el profeta (Isaías 5:20) contra todos aquellos que llaman bueno lo malo, y malo lo bueno? Y esto es lo que Job pretendía aquí diciendo: "*Temed la espada.*" A quién está hablando? A aquellos que están inflados contra Dios y contra toda rectitud. Porque ¿contra quién hacemos guerra cuando queremos cambiar la luz en tinieblas, cuando queremos oprimir una causa buena, sino contra Dios? Aquí Dios está siendo asaltado por nosotros. De manera entonces que tenemos una buena causa para el temor, aunque aflijamos a una sola persona volviendo a molestarla. Porque aquí está Dios que se opone a ello; afirma que no quiere soportar tales actos de violencia, tales extorsiones. Cuando alguien desea cometer un salvajismo e injuria contra los pobres, Dios se adelanta mostrando que es su protector. Entonces, ¿no debiera hacernos temblar el recuerdo de estas palabras cuando somos tentados a ofender y molestar al pobre, y a aquellos que ya están en aflicción sabiendo que la espada de Dios está desenvainada contra todos aquellos que quieren angustiar aun más a aquellos que ya están demasiado afligidos? Entonces, aquí está Dios que desafía a todos los que son dados a injuriar, a cometer actos de violencia y extorsión, o cosas similares, y él los llama a fuego y sangre. Y así cuando sea asunto de alguna pobre persona en aflicción, carente de sostén, tengamos temor de pisotearla, de molestarla, y de avergonzarla. Y ¿por qué? Porque aquí está Dios que declara tener su espada desenvainada contra todos aquellos que hayan atormentado así a los buenos e inocentes.

Esto es lo que Job dice para concluir, *que la indignación de iniquidad hará descender la espada*; como si dijera: "Es cierto que los hombres, cuando han salido a molestar al bueno, les parece que seguirán impunes, no temen a Dios ni a sus juicios; en efecto, pero temen la espada." Job dice, "está lista para ellos." No seamos entonces tan presuntuosos de prometernos que la mano de Dios no puede venir sobre nosotros, cuando así hemos atormentado a pobres personas que solamente querían vivir en paz, y que no nos han ofendido en nada; cuando hayamos venido para punzarlos y cuando hayamos actuado con amargura contra ellos. Dios será cien mil veces más amargo contra nosotros, y así lo experimentaremos cuando nos hayamos presentado ante él como nuestro Juez. Ahora bien, si esto fuese adecuadamente ponderado es cierto que en el mundo las cosas serían mejores de los que son. Vemos a los príncipes que por su ambición saquearán el campo, quemarán las casas, destruirán las ciudades, robarán, harán destrozos, y pillajes y arruinarán todo en forma horrible. ¿Y por qué? Todo ello les es lícito bajo el título de la guerra. Pero primero debieran considerar si realmente están constreñidos a causar semejantes problemas y de hacer esas guerras en todo el mundo. Pero, puesto que es solamente su ambición lo que los inflama y puesto que son tantos los males producidos por esta avaricia que los mueve, ¿acaso piensan que la espada no está lista para ellos? Y luego, aquellos que les sirven en su codicia, y que la alimentan, ¿acaso suponen que Dios no desenvainará su espada sobre ellos? Pero no los consideremos solamente a ellos; porque vemos a aquellos que no son ni reyes ni príncipes y que no tendrán el poder de trastornar al país, ni de ir por la fuerza, y que sin embargo no cesarán de tener tanta malicia o más que los otros; porque serán como pequeños escorpiones que disparan su ponzoña a través de la cola cuando no tienen otra forma de causar daño; y vemos que cada uno solamente quiere aguijonear y molestar. Entonces, ¿acaso no es necesario que lo dicho aquí sea experimentado, es decir, que la espada está desenvainada contra toda esa gente? Y es por eso que Job dice de manera especial, "*para que sepáis.*" Es cierto que estos no eran

cabezas huecas; sabían que hay un Dios en los cielos que es el Juez del mundo, eran hombres de letras y bien preparados, tal como le hemos visto por sus declaraciones, y como aun hemos de ver, gratos a Dios. ¿Por qué es entonces que Job les dice, "*Pan que sepáis*"? Es que cuando los hombres son ennegrecidos por sus malas aflicciones, no reconocen a Dios; les parece que, habiendo levantado un velo divisorio, Dios ya no ve una sola gota, y que ya no debiera castigarlos como se lo han merecido. Entonces, contemplemos la espada, aunque ahora no la podemos ver con los ojos; es decir, aunque Dios todavía no nos dé las señales de querer afligirnos, a efectos de hacernos reconocer que él es el Juez del mundo; permitiendo que se nos muestre que no desea ser excesivamente estrictos hacia nuestros semejantes. Además, sepamos que todavía no alcanza con abstenernos de todo mal, sino que debemos estar dispuestos a ayudar a todos aquellos que están en aflicción. Porque cuando una persona sea capaz de afirmar que se ha abstenido de todo mal e injuria, por ese motivo todavía no es justificada delante de Dios. ¿Y por qué no? Porque debía auxiliar y ayudar a aquellos que se han abstenido del mal no son absueltos delante de Dios, sino que se los considera culpables, les pregunto, qué hemos de decir de aquellos que de día y de noche solamente inventan malicia; los que se preguntan, "¿Cómo podré agujonear ahora a este, y luego a aquel?" Cuando existan personas tan malvadas, que se aguzan con el propósito deliberado de destruir a sus semejantes, ciertamente, ¿no es preciso que la espada de Dios sea tanto más afilada contra ellos? Entonces, considerémonos a nosotros mismos, y no estemos depuestos solamente a aliviar a los que vemos que están siendo afligidos, sino que también, viendo que hay tantas miserias y calamidades en todo el mundo, tengamos piedad de aquellos que están lejos, y que nuestra visión se extienda hasta allí (así como la caridad tendría que abarcar a toda la humanidad) y oremos a Dios que él se complazca en tener compasión de aquellos que están así angustiados, y que, habiéndolos castigado con sus varas, pueda traerlos de regreso a sí mismo y hacer que todo ello converja para su salvación, para que en lugar de la ocasión que tenemos ahora para gemir, seamos capaces de regocijarnos todos juntos y de bendecir su nombre a una sola voz.

Ahora inclinémonos en humilde reverencia ante el rostro de nuestro Dios.

NOTAS DEL TEXTO SERMÓN NO. 9

*Sermón 72 en *Calvini Opera, Corpus Reformatorum*, \. 324, pp. 127-139.

1. Ezequiel 14:14-20.
2. Salmo 106:3, "Dichosos los que guardan juicio."
3. En realidad no es una cita, sino un resumen de Salmo 89:20, I Crónicas 17:19 y Salmo 45:7.
4. Isaías 5:20 "¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo!"

SERMÓN N° 10 ¿TRAERÁ EL HOMBRE PROVECHO A DIOS?*

"Respondió Elifaz lemanita, y dijo: ¿Traerá el hombre provecho a Dios? Al contrario, para sí mismo es provechoso el hombre sabio. ¿Tiene contentamiento el Omnipotente en que tú seas justificado, o provecho de que tú hagas perfectos tus caminos? ¿Acaso te castiga, o viene ajuiicio contigo, a causa de tu piedad? Por cierto tu malicia es grande, y tus maldades no tienen fin. Porque sacaste prenda a tus hermanos sin causa, despojaste de sus ropas a los desnudos. No diste de beber agua al cansado, y detuviste el pan al hambriento. Pero el hombre pudiente

tuvo la tierra, y habitó en ella el distinguido (Job 22:1-8).

Cuando tenemos que tratar con los hombres, y pudiendo presentar algún reproche contra nuestro adversario, o cuando podemos encontrar alguna falla en él, tenemos la impresión de haber ganado nuestro caso. Digo que cuando estamos equivocados, y cuando tampoco hay otro juez para condenarnos más que nuestra conciencia, si hay una persona que me acusa y me siento culpable, veré si no hay también algo que morder en ella; y si lo hay lo presentaré para mi absolución. ¿Por qué? Porque creo que distraeré a quienes debieran ser jueces de mi caso, a efectos de que no limiten su atención a mí y para que el mal cometido realmente sea oscurecido y escondido. Esta es entonces la forma común de tratarnos los unos a los otros, es decir, buscamos algún subterfugio que nos sirva como agujero para escapar cuando podamos decir, "¿Y cómo es esto? He hecho semejante favor a un hombre; cuando tendría que haberle ofendido, ahora esto tendría que ser puesto en la balanza." Esta es la forma en que queremos minimizar la falta que hemos cometido. O quizá digamos, "Y si he fallado en este asunto, ¿acaso él es enteramente inocente?" Ahora bien, cuando venimos ante la presencia de Dios todas estas cosas son echadas por tierra. Es cierto que nos gustaría utilizar el mismo procedimiento para con Dios que el usado con los hombres mortales; pero sería un abuso. ¿Por qué? ¿Qué reproche podemos presentar contra él? ¿Qué falta hemos de hallar en él? ¿Qué servicio podemos haberle hecho que podamos usar de argumento para afirmar que debiera sentirse comprometido hacia nosotros? En todo esto debemos callarnos la boca, de modo que solamente sea un asunto de confesar la deuda, y con toda humildad reconocernos culpables, sin replicar nada, y sin hacerle juicio, puesto que no nos aprovechará de nada. Y este es el argumento que aquí es discutido por Elifaz. Así vemos que de la proposición que él presenta se puede deducir una buena doctrina. Y habrá hablado muy bien, siempre y cuando haya aplicado esto tal como debiera haberlo hecho; pero Elifaz se dirigió equivocadamente a la persona de Job. Es allí donde cometió el error. No obstante, esta doctrina en sí es, en términos generales, muy útil para nosotros, es decir, cuando Dios nos convoca a su presencia, y cuando nos invita a reconocer nuestras faltas, no es propio que busquemos alguna respuesta diciendo, "Si es que he fallado en este asunto, ciertamente, Dios tendría que perdonarme, puesto que yo le he hecho un servicio, y él debiera reconocerlo, y es algo que ciertamente merece ser recompensado." Entonces, despojémonos de todos estos pedazos de basura, porque no tienen cabida cuando venimos a presentarnos delante de Dios. ¿Por qué no? Porque no le damos ninguna ganancia, de nosotros no obtiene ni frío ni calor (como ellos suelen decir) y así como no le podemos ser de provecho, tampoco no podemos causarle ningún daño. Habiendo concluido y aclarado este asunto vemos que toda nuestra presunción debiera ser echada en tierra, reconociendo que no hay otro remedio que confesarnos, con toda humildad, culpables.

Pero para que esto sea entendido mejor, deduzcamos las cosas ordenadamente, tal como están contenidas aquí. "*¿Qué provecho*" dice Elifaz "*traerá el hombre a Dios? Para sí mismo es provechoso el hombre sabio.*" Es cierto que a primera vista nos parece merecer mucho de parte de Dios cuando nos esforzamos en servirle y honrarle. Pero en esto somos demasiado ciegos, porque pensamos que Dios pueda recibir algún beneficio de nosotros, como si le faltara algo. Ahora bien, al contrario, él no aumenta ni disminuye, él así como es, es la fuente de todo bien que nada pide prestado de otra parte; y aquellas cosas que le traen los hombres no son de ninguna manera, para aliviar su necesidad o ayudarle de alguna forma posible. "Si yo tuviera trabajo que hacer," dice el Señor, "¿te lo pediría a tí? ¿Acaso no están todas las criaturas en mi mano?" Además, sabemos que Dios afuera de su majestad no busca nada. Entonces apartemos la necia sensación de que vamos a hacerle algún bien o causarle algún provecho a Dios; más bien, confesemos con David en el Salmo 16:2 que nuestro bien no llega hasta él. Porque si bien los hombres se proyectan todo lo que quieren, aun así Dios no puede recibir nada de sus manos, ni mucho menos decir que tiene necesidad de que le sean útiles. Y, efectivamente, después de haber derramado tantos bienes sobre nosotros para que seamos

sacados de ellos, nosotros no podemos darle ninguna recompensa, tal como lo dice el Salmo 116:12 "¿Qué pagaré a Jehová por todos sus beneficios conmigo?" No puedo hacer nada excepto invocar su nombre. Nos es tan imposible obligar a Dios en favor nuestro, que cuando nos haya dado una vasta cantidad de bendiciones, nosotros no podremos pagarle con la misma moneda y realmente no sabríamos cómo ofrecerle una sola gota de servicio. Esto es lo que hemos de observar en primer lugar aquí. Pero si alguien pregunta, "¿Por qué es entonces que Dios requiere que le sirvamos atentamente? Aparentemente es para bien suyo." Ahora bien, no es un asunto que nos atañe, ni a nuestra salvación. Cuando Dios nos da la regla de la buena vida y nos manda abstenernos del mal requiriendo que hagamos esto y aquello, no está pensando en lo que le es útil a él. Por lo tanto, en toda su ley no hay ninguna consideración respecto del beneficio propio; en cambio considera lo que es bueno para nosotros y útil para nuestra salvación. Si obramos bien, el bien volverá a nosotros; si hacemos el mal será en perjuicio propio en cuanto a Dios, él sigue siendo siempre completo en sí mismo. Es cierto que con todo lo que hay en nosotros violamos su majestad destruimos su justicia y somos culpables de esto; pero ello no significa que por eso podamos reducir a Dios en algo, que podamos privarlo de lo que tiene, que podamos alcanzarlo y causarle algún daño. En absoluto. De manera entonces que el hombre solamente se daña a sí mismo; así también, todo beneficio que haya causado volverá sobre su persona. Y en esto vemos la inestimable bondad de nuestro Dios; porque nos da, cuidadosamente, sus mandamientos declarándonos cómo debemos vivir. ¿Y por qué lo hace? Acaso porque quiere ser un buen administrador diciendo, "Redundará en algún provecho para mí?" En absoluto; sino que procura nuestro bien y nuestra salvación. Si yo prestara un servicio sin considerar mi propio beneficio, y si tuviera tal cuidado del bienestar ajeno, al extremo de ir y rogarle: "Tienes que hacer esto y aquello," y esa noche y esa mañana estuviera detrás de él para aguijonearlo e incitarle a poner sus asuntos en orden, y en todo ello nada retornará a mí, ¿no sería muestra de un amor sumamente raro e inusual? Y aquí está Dios comportándose de esa manera con nosotros. Y, no obstante, ¿y qué es? Cuando comprendemos su infinita majestad, y consideramos el hecho de su condescendencia para pensar en nuestra salvación, y de hacerlo tan cuidadosamente, no tenemos que sentirnos tocados en nuestra alma, en efecto, no tendríamos que estar atónitos y asombrados ante semejante bondad? Y ahora, ¿qué ingratitud sería la de los hombres, siendo que Dios nada puede obtener de ellos, para ser tan endurecidos y tan estúpidos que habiéndoles mostrado el camino de la salvación, exhortándolos a caminar en él, no tengan la condescendencia de dar un solo paso, sino más bien de volver atrás! ¿Existirá alguna excusa cuando hayamos sido tan desagradecidos por la bondad de nuestro Dios? Ahora, bien, hay más aun, y es que nuestro Señor, aunque no reciba nada de nosotros, sin embargo, da la apariencia de estar comprometido hacia nosotros. "¿Acaso tengo algo que ver," dice, "con todo lo que me traen?" Y aunque así fuere, él no puede recibir nada de nosotros. Es cierto; pero lo que hacemos, Dios lo acepta, Dios lo registra en su cuenta, como si le sirviera de algo; vemos que él se compara con un padre de familia que tiene una viña, de la cual, después de haberla cultivado, cosecha el vino; o que tiene un campo del cual reacoge el trigo. Dios, usando tales figuras del lenguaje, muestra que considera nuestras obras tan aceptables como si las mismas fuesen sacrificios, agradables y de buen aroma. Incluso dice que cuando hacemos el bien a los pobres es como si se lo hiciéramos a él, que lo acepta como hecho a él mismo. Es así como el Señor Jesús lo expresa de sí mismo. "Aquellos que hayan hecho a uno de estos mis hermanos menores lo recibo como hecho a mí mismo."¹ Entonces, si el Señor desciende al extremo de sujetarse a la condición de hombre mortal y corruptible, afirmando que lo hecho a nuestros hermanos él lo recibe a pesar de que no podemos traerle nada, y si voluntariamente se compromete con nosotros, sin adeudarnos nada; viendo todo esto, ¿no debemos sentirnos extasiados de admiración viendo que el Señor muestra tanta humanidad hacia nosotros? Entonces, notemos bien lo que se dice en este pasaje, cuando el hombre se haya esforzado por vivir en santidad, y en rectitud, conforme lo manda Dios, no sería para decir que a lo largo de su vida reunido algún

provecho a Dios; el beneficio ha sido para él mismo. Y, sin embargo, el Señor para alentarnos a hacer el bien ciertamente acepta aquello que en sí carece de provecho; lo requiere como si él fuese enriquecido por ello, y declara que nuestros esfuerzos no se perderán ni serán inútiles.

Esta, digo, es la intención de Dios cuando nos llama a una buena vida. Además, reconocamos con qué propósito se ha dicho esto a nosotros; porque debemos recordar las circunstancias que he mencionado, es decir, cuando venimos ante Dios para rendir cuentas, debiéramos olvidar todos los pensamientos necios que alentamos en cuanto a nuestra capacidad de producirle alguna ganancia, de haber merecido algo de él. Todo ello, digo, debe ser abandonado. Y, ¿por qué? Dios no es como una criatura que necesita la ayuda de alguien. Dios no necesita nada, está satisfecho en sí mismo. Entonces, siendo así, que nuestro Señor no está de ninguna manera obligado hacia nosotros, aprendamos a humillarnos delante de él y estemos contritos por causa de nuestras faltas, en efecto, estemos totalmente turbados por ellas, pidamos a Dios que quiera perdonarnos. Pero ¿por qué querrá perdonarnos? No será para que digamos, "El sabe que he tratado de vivir bien, y que he hecho esto y aquello." Porque ¿de qué servirá todo lo que podamos alegar? De nada, en absoluto. Entonces, olvidemos todos estos subterfugios, considéremelos culpables, porque cuando hayamos usado todas estas respuestas, ninguna de ellas alcanzará a Dios. Mientras tengamos que tratar con hombres mortales podremos aplicar obras tan endebles para cubrir nuestras faltas; sin embargo, nos turbamos de vergüenza cuando esta falsedad es expuesta. ¿Qué pasará entonces, cuando vengamos a nuestro Dios? Y en esto vemos cuan abusivos son los papistas. Porque si bien no pueden negar que si Dios quisiera ser severo con ellos, todos están bajo maldición; no obstante, ellos insistirán en presentar sus esfuerzos a satisfacción, queriendo exhibirlos delante de Dios; afirmando que si han fallado en algo seguramente podrán repararlo con algún otro medio; en efecto, ellos tienen sus obras a las cuales llaman "de sobre abundancia,"² que no fueron pedidas por Dios, que servirán para llenar los vacíos cuando hayan cometido algún mal, y Dios los presiona. "Muy bien," dicen, "si hemos pecado, con esto lo compensaremos, y si es puesto en la balanza aún sobraré." Eso es lo que afirman los papistas de manera que les resulta un gran absurdo que la remisión de pecados sea libre, que Dios nos persone de pura gracia. Están dispuestos a confesar que esto es cierto con respecto de la culpa, pero con respecto de la penalidad, depende de nosotros expiar por ella. Cuando los hombres se han descarriado por semejante orgullo, ¿no debemos decir que han transfigurado completamente a Dios, y que ya no saben lo que El es? Tanto más debiéramos notar bien lo que esta expresado aquí, es decir, que para nosotros es en vano hacer creer que podemos traer algún provecho a Dios; no es más que vana imaginación. De modo que, cuando hayamos concebido lo que es su altura, aprendamos a reconocer humildemente nuestras faltas sin ofrecer respuesta alguna. Porque no podemos presentar ningún reproche ante él como tampoco no podemos alegar ante él que haya recibido algo de nosotros, ni que esté de alguna manera obligado hacia nosotros. Con esto, suficiente para este punto.

Ahora, dice además, "*A Dios no le importa si hacemos bien o no, o si andamos en perfección.*" Cuando Elifaz habla de esta manera no quiere decir que Dios cierra sus ojos, y que no sabe discernir entre el bien y el mal; lo que significa es que no le importa con respecto a sí mismo. Es cierto que Dios como fuente de toda justicia y rectitud, ama la equidad; y cuando vivimos rectamente ello es como un reflejo de Dios. Porque es cierto que no hay bien en nosotros; pero es como ver el brillo del sol aquí abajo no proviene de la tierra; vemos la luz sobre las casas, sobre la tierra, y sin embargo, no procede de allí; es una luz reflejada (como la llaman) una luz que se devuelve de acuerdo a cómo la recibe la tierra; es entonces que procede de ella. Como cuando nos miramos en un espejo; el espejo no tiene cara, pero el rostro del hombre es presentado allá y el espejo lo muestra. De modo entonces, cuando hacemos el bien, no es algo que procede de nosotros mismos (porque de nosotros solamente se podría extraer hediondez y pobreza, puesto que por naturaleza somos corrupción), pero Dios derrama su bondad y justicia sobre nosotros. Entonces, si él realiza esta gracia

regenerándonos por medio de su Espíritu Santo, para que podamos vivir en santidad, somos como espejos en los cuales se ve su imagen, como una representación; es una luz que proviene de lo alto, pero que se demuestra aquí abajo. Ahora bien, dado que Dios reconoce que todo el bien proviene de él, también ama al que es bueno; como también es imposible que lo hiciera de otra manera, viendo que él es el origen y fuente de ello. Además, no afecta la consideración de sí mismo, es decir, a su propio provecho, o a la ventaja que podría recibir de ello; no le importa cómo viven los hombres. Cuando los hombres hacen las cosas peor de lo que podrían, ¿acaso le quitan algo a la justicia que hay en Dios? ¿Pueden sustraer algo de su majestad? ¿Acaso pueden aniquilar su gloria y honor? ¿Pueden acortar los límites de su reino? En absoluto. Es por eso entonces, que se dice que a Dios no le importa lo que les hombres hacen. Pero, en cuanto a nosotros consideremos si es o no para nuestra bendición ponernos de su lado, y rendirnos a él sujetos en obediencia. Y, sabiendo que no tiene necesidad de nosotros, ni de nuestra vida, ni de nuestras obras, no obstante, está interesado en que vivamos en santidad. Conozcamos por medio de ello su amor hacia nosotros; según lo que ya se ha dicho, él ha sido condescendiente para unirnos a sí, y de unirnos de tal manera que se vivimos bien, dice establecer su gobierno; si vivimos mal dice no gobernar más. ¿Y por qué? ¿Podemos impedir que el soberano dominio de Dios permanezca para siempre? De ninguna manera. Entonces, ¿por qué usa semejante lenguaje? Es (como ya he dicho) para declarar cómo nos ama, tal como está dicho en Proverbios 8:31 donde se introduce la sabiduría de Dios cuyo placer y delicia es habitar entre los hombres. Dios habla de esa manera para mostrarnos que no quiere que el bien que hay en él esté como encerrado y oculto; sino que sea derramado sobre nosotros, y que seamos partícipes de él; y así como le place iluminarnos, para que no seamos como las bestias brutas, sino que le reconozcamos a él, concibiendo lo que él nos muestra, de tal manera que seamos puestos en alto en su reino. Así también es él, en y a través de todas las cosas; a El le place entendernos sus beneficios para darnos tal regocijo en ellos que él se une a nosotros, y nosotros a él. Entonces Dios ha tenido tal cuidado de nosotros que sí le importa nuestra manera de vivir; pero no porque con ello reciba provecho o daño. Esto es, en resumen, lo que debemos notar.

Ahora se dice además, "*¿Acaso será por temor a ti, que te acusará o que vendrá ajuicio contigo?*" Aquí se muestra, más claramente aún, que no hemos de ganar nada queriendo jugar con Dios, tal como nos hemos acostumbrado a hacerlo con nuestros semejantes. Porque, ¿a qué se debe que se usen tales evasivas en los juicios y pleitos con los hombres, a menos que sea para levantar una muralla y para apaciguar a la audiencia o quizá para intimidarla, para que ya no continúe en forma tan estricta? Por ejemplo, si alguien es asaltado, se detendrá a reflexionar: "Este hombre me persigue acaloradamente. ¿Qué debo hacer?" Luego vendrá con algún subterfugio; o le mandará alguien para susurrarle al oído [La expresión utilizada por Leroy Nixon es: "he will sick someone on the tail of his adversary to put a flea in his ear..."] diciendo "¿No has pensado que tu adversario es más fuerte que tú?" O quizá levante alguna oposición clandestina contra él, de manera que el hombre se retire por sí solo sin atreverse a continuarlo que había comenzado temiendo que el mal volverá sobre su propia cabeza. Puesto entonces que hemos estado acostumbrados a intimidar a los hombres mortales, a efectos de escapar de sus manos, y a mostrarles los dientes les damos alguna indicación de que tenemos los medios para vengarnos, ahora nos parece que con Dios podemos actuar de la misma manera. Y ¡qué necesidad! ¿No obraremos realmente sin sentido? Pero, puesto que los hombres son tan presuntuosos de imaginarse que pueden hacer con Dios lo mismo que con sus semejantes, es que se ha dicho, "¿Y piensas que Dios guarda silencio por temor a ti?" Ahora bien, qué es lo que motiva a los hombres a golpear con tanto terror a su adversario? Es que la persona reflexiona: "Este quiere hacerme daño, tengo que impedirlo, y sin embargo, si me asalta, he de rechazarlo; o quizá, yo tenga los medios de la justicia para repelerlo." Eso es entonces lo que nos impide avanzar los unos contra los otros, es decir, cuando queremos protegernos a nosotros mismos, y cuando los malvados quieren herirnos, contamos con la

justicia que se interpone entre ambos; porque el hecho de refugiarnos en ella les impide ejecutar lo que han emprendido; esta es entonces nuestra manera de proceder cuando tenemos que vérnoslas como hombres mortales. Ahora no vayamos a pensar que Dios es arrastrado por tales emociones. ¿Y por qué no? ¿Qué podríamos hacerle a él? ¿Podemos causarle calor o frío, como ya he dicho? Entonces, Dios no viene contra nosotros por temor de tener menos si nos anticipamos a él, o por temor de que le pisemos el cuello; porque si él quiere, su aliento es suficiente para aplastarnos; y aquellos que tanto se levantan contra Dios, ¿qué están haciendo, sino rompiéndose la nuca? Es como si una persona, queriendo subir se corta los nervios y las venas, y no puede; la persona tiene que detenerse a pocos pasos de la meta y si quiere ir más allá del límite se desgarrará todo el cuerpo. Su caída entonces, será fatal. Es así cuando los hombres tienen la arrogancia diabólica de levantarse contra Dios. Por eso, no debemos pensar que nuestro Señor tiene celos de nosotros; él se burlará de una presunción como la descrita en Salmo 2:4. Muy bien, es cierto que los hombres harán mucho ruido cuando se amotinen. Y sobre todo, harán gran ruido cuando reyes y príncipes hacen alianzas y se conjuran contra el Dios viviente, yendo el pueblo con ellos. Pero eso es solamente aquí abajo, los hombres son como saltamontes como dice el profeta Isaías (40:22). Los saltamontes tienen patas tan largas que pueden saltar; pero caen rápidamente. Así los hombres, ciertamente, dan vueltas aquí; pero, saltarán por encima de las nubes? En absoluto, el que mora en los lugares soberanos no hará sino reírse. Esto es para mostrar adonde está el trono de Dios, es decir, arriba en los cielos, de manera que los hombres nunca lo alcanzarán. El se reirá allá arriba mientras descansa, entre tanto, ellos hacen mucho ruido aquí. Y de esa manera aprendamos que cuando Dios nos convoca, y nosotros defendemos nuestro caso, no es que podamos ser capaces de herirlo, no es que él se considere a sí mismo para impedir que nos anticipemos a él; de ninguna manera. ¿Por qué entonces? Es para hacernos ver el mal que hay en nosotros, y que de esa manera seamos motivados a buscar el remedio, y que con verdadero arrepentimiento podamos venir a él, a efectos de ser gobernados por su voluntad. Entonces, Dios, al castigar a los hombres procura su salvación; al condenarlos quiere absolverlos; o mejor, cuando ellos son castigados él quiere ratificar y confirmar su justicia, mostrando que ningún mal quedará impune. Sin embargo, también quiere destruir el orgullo que habita en los hombres, puesto que se complacen en sus vicios y se glorían en ellos; cuando Dios llega los hombres a juicio quiere terminar con todo ello. Aprendamos entonces a no adularnos más, toda vez que tengamos algún remordimiento dentro de nosotros seremos condenados por la palabra de Dios, nuestros vicios serán mostrados, nuestra sarna será puesta al descubierto; aprendamos, digo, a no usar más subterfugios, porque solamente agravaremos nuestro andar. Y sepamos que Dios no nos teme, y que mucho menos somos capaces de ocasionarle daño alguno. El, en cambio, nos invita a recordar nuestras faltas, a estar descontentos con ellas; y así nos extiende su mano para guiarnos a la salvación; o quizá quiere que nuestra condenación se duplique y que seamos tanto más inexcusables habiéndole resistido y que con la malicia que hay en nosotros hayamos sido obstinados y rebeldes al extremo de no doblegarnos cuando quiso convertirnos a sí. Eso es, en resumen, lo que debemos considerar.

Ahora Elifaz agrega, "*¿No es grande tu malicia, y tus iniquidades sinfín?*" Es cierto que esto es muy deficientemente aplicado a Job (como ya ha sido notado). Sin embargo, tenemos que asimilar esta doctrina general a efectos de aplicarla a nosotros mismos conforme a la necesidad que de ella tengamos. Notemos entonces que por la boca de una persona incauta que no habría tenido la prudencia necesaria para apropiarse la verdad a su propio uso, el Espíritu Santo nos muestra lo que debemos hacer cuando venimos a rendir cuentas a Dios; es para mostrarnos que estamos obligados hacia él en todo y por medio de todo, y que de ninguna manera él se deja sujetar por nosotros; más aun, que no podemos ocasionarle ningún daño; y que al condenarnos y llevarnos ajuicio no busca su propio beneficio, sino nuestra salvación, y nuestro bien; en efecto, aun siendo condenados, es para luego ser absueltos por él, para que

no caigamos en la condenación extrema a la cual finalmente tendrán que venir los malvados. Por otra parte, cuando Dios nos lleva así ajuicio, es para examinar nuestros pecados, y analizar toda nuestra vida; para que sintamos desagrado por nuestros vicios. Sin embargo, cuando hayamos revuelto totalmente todo lo que hay en nosotros, y cuando aparentemente hayamos conocido lo que hay allí; sepamos que aun no habremos percibido una centésima parte, me refiero a aquellos que ven allí con mucha claridad, y que no quieren ni adularse a sí mismos ni alimentar el mal. Porque si bien es cierto que, de acuerdo a la insensibilidad de los hombres, y de acuerdo a su visión corta y oscura, no comprenderán una centésima parte de sus pecados; pero Dios, que ve mucho más claro que nosotros, los conoce. Si hoy caemos en un pecado y somos cabalmente acusados del mismo, aun así volveremos mañana a cometer una falta; en efecto, y el día no pasará sin que cometamos un gran número de ofensas y transgresiones. Entonces será para comenzar siempre de nuevo, porque no seremos convencidos una sola vez de algún pecado, o dos veces o tres, sino cien veces. Entonces, ¿adonde iremos? Si el hombre ha examinado bien su conciencia, y se halla culpable de tantas maneras y llega a la conclusión de decir, "Y Dios incluso sabe cien veces más" ¿adonde podrá estar de pie? ¿No debiéramos estar en gran manera atónitos ante esto? ¿No debiera esto encresparnos los pelos viendo que prácticamente somos arrojados a las profundidades de la muerte?

He aquí lo que debemos notar de este pasaje, es decir, cada vez que al escuchar la predicación de la palabra de Dios, son condenados los pecados a los que estamos apegados, cada uno debiera mirarse para conducir cada uno su propio juicio sin esperar que lo haga Dios; sino reconocer," ¡ Ay! En esto he fallado, y no solamente una vez ni dos, sino innumerables veces. Y si yo he fallado en esto, seguramente hay otras fallas; ¿qué pasará si Dios quiere revolver mis hediondecas? Seré totalmente deshecho." Esto, digo, nos llevará a la humildad y al arrepentimiento, para que ya no seamos tan lerdos como antes para acercarnos a nuestro Dios; que al menos ya no seamos tan displicentes de acalorarnos contra sus correcciones. Seamos tanto más cuidadosos para no hacerlo viendo que la mayoría se complace y gloria en sus pecados, y que en vez de gemir y sentirse turbados por la vergüenza, pretenden ser buenos cristianos, en efecto, lo más perfectos que se pueden encontrar. Es cierto que en general dirán, "Oh, soy humano, y todos tienen que confesar sus pecados; pero nadie es mejor que yo; no conozco a nadie que anhele vivir mejor." Y ¿quiénes son los que hablan así? Pobres embaucadores, en efecto, tan engañados que el aire hiede por causa de sus iniquidades; y, sin embargo, vendrán aquí para mofarse abiertamente de Dios. Ahora bien, (como he dicho) si vamos a analizar lo que somos no nos quedará sino el ser totalmente turbados, reconocer que somos culpables, no de un pecado, ni de dos, sino en todo y por todo; sepamos que somos malditos de Dios, más que miserables, de manera que Dios solamente puede tener piedad de nosotros. En resumen, aquí se muestra que los hombres no solamente deben confesar sus pecados delante de Dios como un formalismo; como quienes creen que es suficiente con haber dicho, "Oh, yo niego que haya faltas en mí." No, no hagamos eso; permitamos en cambio, que la carga nos pese tanto que no podamos soportar más. Porque, ciertamente, es así cómo Dios será realmente glorificado; no es cuando los hombres digan que tienen unas pequeñas debilidades e imperfecciones, sino cuando hablan con David de la grandeza de sus pecados, y de la multitud de sus iniquidades (Salmo 38:4,5). Y es también así cómo habla Daniel en su confesión (Daniel 19:20); él que fue como un ángel en comparación con otros, sin embargo dice, "Estaba confesando mi pecado y el pecado de mi pueblo." No habla como si fuera alguna pequeña falta, sino dice, "Nuestros pecados, Señor, son grandes y enormes." Aprendamos a reconocer de esa manera quienes somos, en efecto, de tal manera que Dios pueda ser glorificado en todo y por todo. Este es un tema. Además, ¿qué esperanza tenemos de que Dios nos reciba y que nos sea piadoso y propicio si no venimos realmente por las faltas que hemos cometido? Nuestro Señor Jesús no dice, "Vengan a mí todos aquellos que reconocen 'soy un pecador, y tengo algunas debilidades.'"¹ De ninguna manera. "Todos ustedes que están trabajados y cargados, ustedes que tienen sus hombros doblados bajo el peso de

sus pecados." Estos son los llamados por Jesucristo, a hallar misericordia en él y en su gracia; y no aquellos que se mofan de Dios, haciendo una confesión frívola sin ser tocados en su corazón. Esto es lo que debemos notar en esta palabra. Además, a efectos de llegar a este entendimiento, tenemos que hacer un examen especial de las faltas que hemos cometido; porque una persona nunca dirá con toda sinceridad, "Yo ciertamente soy arrojado al infierno," a menos que se haya analizado muy bien y haya considerado sus faltas, una tras otra, para que las mismas sean notadas bien. Entonces, si no hemos hecho un examen especial nunca apreciaremos el hecho de que nuestras iniquidades no tienen fin y que son innumerables.

Es por eso que aquí se nos presenta este orden; porque Elifaz, habiendo dicho en términos generales que el pecado de Job era grande y sus iniquidades sin fin, dice: *Porque sacaste prenda a tus hermanos sin causa, y despojaste de su ropa a los desnudos. No diste de beber al cansado, y detuviste el pan al hambriento. Y ¿acaso no has hecho pacto con gente llena de violencia?* Es por eso que ahora Dios te persigue." Ahora bien, es cierto, (como ya hemos dicho) que Elifaz es muy injusto y hiere a Job; sin embargo, el Espíritu quiere instruirnos aquí en cuanto al orden que debemos seguir para ser adecuadamente humillados delante de Dios, a efectos de no endurecernos y de esa manera provocar su venganza, queriendo oponernos a él. En resumen, notemos que los hombres no sentirán sus pecados como debieran a menos que los consideren en forma particular y luego los cuenten uno por uno. Es cierto que no somos capaces de llegar al final y que siempre habremos de concluir diciendo con David (Salmo 19:12): "¿Quién podrá entender sus propios errores? Sin embargo, esto no quiere decir que debemos sencillamente pasarlos por alto, sin abrir el paquete. Si un juez terrenal sabe cómo ser agudo y estar atento para el juicio, incluso cuando es un juicio donde no se trata solamente la vida de un hombre; les pregunto, ¿habiendo ofendido a nuestro Dios, no hemos de estar mucho más ansiosos al respecto? Incluso, cuando un juicio no trate un asunto criminal, sino apenas una pequeña cantidad de dinero, no obstante, el juez tiene que considerar atentamente si tiene testigos y si el juicio es conducido correctamente, para que las cosas puedan ser verificadas; aunque el asunto quizá sea de solamente diez a veinte florines, a de cien coronas, o de no sé qué. Y si un juez no cumple con su deber, será culpable delante de Dios como un ladrón; porque es peor que un ladrón, puesto que se roba los bienes de otro, y que los bienes que pertenecían a uno son dados a otro. Y ahora les pregunto, si Dios nos hace el honor de constituir jueces de nuestra salvación, ¿acaso tendremos excusa si somos indiferentes y cerramos nuestros ojos a lo que es provechoso y útil? Ciertamente, no. Entonces, procedamos a pesar bien lo que he discutido: es decir, que los hombres nunca entenderán sus pecados como debieran y como se requiere que lo hagan, a menos que hayan examinado en forma particular su vida. En efecto, vemos cómo lo hace David; porque un solo pecado lo lleva de vuelta al seno de su madre, viendo que ha hecho una trasgresión tan villana delante de Dios con la cual se constituyó en causa de un crimen cruel, y no solamente de un hombre, sino de muchos, porque causó la muerte de Unas. Luego, habiendo visto la bajeza de su pecado, la enormidad del mismo lo constriñe a pensar no solamente en este pecado, sino que se encamina a sí mismo más detalladamente; incluso se contempla en el pasado del seno de su madre, condenándose a sí mismo en todo y por todo. Es así como tenemos que hacerlo también nosotros. Sin embargo, la confesión papal fue un asunto diabólico cuando querían que los hombres, confesándose al oído de un sacerdote, desembucharan sus pecados; como un glotón que vomita vino después de haberse llenado tanto que su estómago ya no recibe más. Entonces, Dios no quiere que tengamos esa clase de confesión, la cual también es enteramente contraria y repugnante a su palabra. Por otra parte, tampoco quiere que con una sola palabra digamos "he pecado," endosando, con actitud superficial el muerto a otro (según el refrán en este país); [Nota del traductor: Literalmente el refrán dice "pasar la brasa a otro."] en cambio, hemos de reflexionar cuidadosamente, cada uno debe penetrar a su conciencia; debemos comprender que, "Ahora estoy aquí, soy culpable ante Dios, no solamente de un pecado, sino de este y de aquel, y no solo una vez, sino que siempre vuelvo a él." Si lo

hacemos así, examinándonos a nosotros mismos de una manera especial, seguramente seremos capaces de concluir diciendo: "Señor, nuestras iniquidades son infinitas, nuestras transgresiones no tienen fin." De esta manera, digo, es cómo Dios quiere ser glorificado. Es así como los pecadores son tocados en el alma, y heridos en su conciencia a efectos de sentirse disgustados con sus pecados. En efecto, aquellos que solamente se confiesan en términos generales diciendo, "soy un pecador, semejante al resto de los hombres." Mostrarán que no fueron tocados interiormente en lo profundo de su corazón y que no saben lo que significa ser conscientes de tal manera de sus pecados que los mismos les desagraden. Ahora bien, de nuestra parte aprendamos a escudriñar bien y a sondear la profundidad de todos nuestros vicios; y cuando hayamos coleccionado un buen número de ellos, sepamos que hay cien veces más, y que debiéramos estar turbados, que debiéramos declararnos culpables, gimiendo en presencia de Dios, diciendo: "¡Ay, Señor! Es cierto que el número de nuestros pecados es grande, que nuestras iniquidades son infinitas; pero que la multitud de tus misericordias es derramada sobre nosotros," como dice David (Salmo 40:12,13). Porque este es el único medio para obtener perdón de todas nuestras ofensas: es cuando Dios se complace en cubrirlas y abolirlas por medio de su bondad, y de purificamos de ellas por medio del poder de su Santo Espíritu.

Ahora inclinémonos en humilde reverencia delante del rostro de nuestro Dios.

NOTAS DEL TEXTO SERMÓN NO. 10

*Sermón 83 en *Calvini Opera, Corpus Reformatorum*, V. 34, pp. 267-279.

1. Mateo 25:40.
2. En la actualidad el término técnico en la teología católica es, "obras de sobreerogación."

SERMÓN N° 11 LA MAJESTAD DE DIOS*

"Respondió Bildad suhita, y dijo, El señorío y el temor están con él; él hace paz en sus alturas. ¿Tiene sus ejércitos número? ¿Sobre quién no está su luz? ¿Cómo, pues, se justificará el hombre para con Dios? ¿Y cómo será limpio el que nace de mujer? He aquí que ni aun la misma luna será resplandeciente, ni las estrellas son limpias delante de sus ojos. ¿Cuánto menos el hombre que es un gusano y el hijo del hombre, también gusano?" (Job 25:1-6).

Puesto que somos tan dados a valorarnos a nosotros mismos, y que esta necesidad se debe a que no pensamos en Dios y en la naturaleza de su majestad, tenemos aquí una advertencia buena y muy útil, de que toda vez que seamos tentados a atribuirnos alguna gloria a nosotros mismos, debiéramos volver nuestra atención a Dios y comprender su naturaleza, la naturaleza de su virtud y poder, la naturaleza de su justicia, la naturaleza de toda su gloria. Seguramente entonces se silenciaría nuestro cacareo; porque en vez de estar inflados de orgullo e intoxicados con la presunción, la sola consideración de Dios sería suficiente para derrumbarnos de tal manera de ser turbados en nuestro interior. Esto es entonces, por qué el Espíritu Santo nos da ahora, por medio de Bildad esta amonestación. La amonestación es que seguramente tiene que haber señorío soberano en Dios, y nosotros tenemos que sobrecogernos al pensar en él, viendo el orden que él ha puesto en el cielo y a través del mundo; y sepamos que, así como nada de lo nuestro puede tener valor para él, las estrellas que brillan para él son oscuras.

Siendo esto así, ¿qué les queda a los hombres? Ahora (como toda sopa) ellos no son sino gusano y putrefacción. ¿Y si quieren gloriarse más que las estrellas, de qué valdrá? ¿No es su necesidad demasiado grande? Vemos entonces a qué fin tienden las proposiciones contenidas aquí, esto es, puesto que los hombres, mirando aquí abajo, no pueden humillarse, Dios les presenta su majestad, para que sepan que ya no es asunto de valer algo; porque todo aquel que a sí mismo se exalta delante de Dios tiene que ser totalmente humillado.

Aquí Bildad, a efectos de hacernos sentir cómo debiéramos temer y respetar a Dios dice, "*El hace paz en sus alturas,*" es decir, dispone de tal manera el orden del cielo que allí se ve un gobierno apacible y bien llevado. Esto podría referirse a los ángeles; en nuestra oración decimos "Sea hecha tu voluntad en la tierra como en los cielos," lo cual indica que Dios es escasamente obedecido aquí abajo; ello se debe a la rebelión que hay en los hombres, como también estamos leños y cebados con muchas codicias que no pueden ser reconciliadas con su justicia. De manera entonces, pedimos que así como los ángeles se conforman en todo y por todo, él también quiera reformarnos a nosotros, y corregir los malos deseos que hay en nuestra naturaleza; quiera obrar de tal manera que su reino y dominio sea apacible aquí abajo. Entonces uno podría referir este pasaje a lo que allí se dice de los ángeles; pero sin dudas Bildad tenía otra intención, es decir, en cuanto a todo el plan que debemos percibir en el orden del cielo. Entonces, aunque el sol sea como un cuerpo infinito desde nuestro punto de vista, y aunque su movimiento sea rápido, y aparentemente debiera confundirlo todo, sin embargo, nadie sabría cómo ajustar un reloj a ese ritmo; es imposible. Lo mismo vemos en la luna, y en todas las estrellas; porque aunque el número de ellas es infinito, sin embargo, no hay confusión, sino que cada una de ellas está perfectamente ordenada como posible.

Entonces, no es sin causa que aquí Bildad diga, "*Dios hace paz en sus alturas.*" Entonces vemos su reino no solamente en sus criaturas celestiales, sino que desde las alturas regula el orden del mundo, que a pesar de la confusión reinante aquí en las cosas, las que están revueltas, y con muchos cambios y problemas; no obstante, Dios no deja de llevar todas las cosas a un fin tal como él lo ha ordenado y deliberado en sí mismo. Es cierto, si volvemos nuestra mirada hacia abajo, no podemos ver este señorío tan apacible como el que aquí se nos declara. Pero si contemplamos la providencia de Dios, es cierto que en medio de los problemas y todas las revoluciones del mundo conoceremos que Dios gobierna todas las cosas según su beneplácito. Ahora vemos la implicancia de las palabras, "*Dios hace paz en sus alturas,*" es decir, mantiene bajo control a todas sus criaturas, de manera que aunque se vean algunos cambios no obstante no deja de gobernar por su consejo. Puesto que esto es así, concluyamos que es totalmente correcto que en él haya poder y señorío, y que ello nos asombre; es decir, que debemos rendirle homenaje como a aquel que gobierna, y debiéramos tener temor y respeto y debiéramos reconocerlo con toda reverencia como Maestro y Señor del cielo y de la tierra. Ahora, al principio parecería que esta proposición era superflua; pero cuando hayamos evaluado bien lo que acabamos de discutir, seguramente veremos que no es sin causa que aquí Bildad destaque el gobierno y dominio que Dios tiene en todo el mundo. Porque esta palabra saldrá rápidamente de la boca, y demasiado rápido hablamos de Dios; sin embargo, no concebimos su majestad; lo reducimos casi a la estatura de un ídolo. Ciertamente, es algo que no confesaríamos, incluso nos horrorizaríamos de hacer semejante confesión; sin embargo, no le reconocemos a Dios el poder que le corresponde, y que debiéramos sentir que hay en él. Porque charlamos acerca de su majestad, y su nombre saldrá de nuestros labios como burlándonos, la mayoría de las veces hablamos con escarnio de él; se ve que los hombres no podrían ser más profanos, y sin embargo, ante la mención del nombre de Dios debiera doblarse toda rodilla y temblar toda criatura; nosotros, en cambio, tenemos la audacia de no rendirle ninguna reverencia ni humildad. En resumen, los hombres no reconocen la majestad de Dios y no comprenden su virtud como para humillarse delante de él y estarle sujetos como debieran. Es necesario entonces, que cuando alguien nos hable de Dios, que sea una persona capacitada, es decir, que experimentemos a Dios como Dios es. Y es por eso que las Santas

Escrituras tantas veces le atribuyen títulos, no estando satisfechas con simplemente nombrarlo; le asignan títulos como: "Todopoderoso," "Omnisciente," "Totalmente Justo," "El único inmortal," diciendo luego que él ha creado todas las cosas, y que él las gobierna. ¿Con qué propósito se dice esto si no es para despertar a los hombres que son demasiado estúpidos y que no honran a Dios de acuerdo a la dignidad que tiene? En resumen, todas las veces que las escrituras honran a Dios es para reprochar nuestra ingratitud y estupidez evidenciada en que no le rendimos lo que le debemos, y que según nuestras posibilidades le robamos poder y gloria; por lo menos debemos considerarlo como lo que es, adorarlo y humillarnos a nosotros mismos delante de él, y exaltarlo y magnificarlo como él lo merece.

Aprendamos además que cuando aquí se dice, "*Dios hace paz en sus alturas,*" y que él gobierna al mundo visible que todos tienen que ponerse del lado suyo, aunque tal vez haya alguna contumacia y rebelión, reconociendo que él no fracasa en ejecutar su consejo; cuando oímos esto debiéramos dejar de dormir y de jugar con Dios como hemos estado acostumbrados a hacerlo; debiéramos en cambio, temblar ante su majestad; y sobre todas las cosas, volvamos a la conclusión que se hace aquí, es decir que hay dominio soberano y temor hacia él; entonces no solamente debiéramos estar sujetos a él sino temblar con todo temor, para que Dios sea temido de tal manera que no tengamos la necia valentía o, más bien, la locura de oponernos a él, y de disputar contra lo que hace, o de murmurar como si hubiese alguna falla en sus obras. Por este motivo es que aquí todos se callan para que, siendo despojados de su maldita presunción, puedan aprender a temblar en la presencia de Dios y reconocer que es a él a quien deben todo homenaje.

Es por eso que Bildad agrega; "*¿Tienen sus ejércitos número? Sobre quién no está su luz?*" Cuando dice que sus ejércitos no tienen número es para indicar que los hombres ciertamente tienen que ser más que fanáticos cuando pretenden oponerse así a Dios queriendo hacerle guerra. Es cierto que no lo confesarán; sin embargo, es imposible murmurar contra Dios, y oponerse a sus juicios sin enojarse por lo que hace, y sin hacerle la guerra. Y ¿por qué? Porque, ¿en qué consiste el dominio y señorío que tiene sobre nosotros? Es cuando no solamente reconocemos su poder, sino su bondad e infinita sabiduría, su justicia, su misericordia, sus juicios; cuando hayamos hecho esto lo estaremos glorificando. Entonces, cuando los hombres no hallan razón en lo que Dios hace, cuando lo acusan de crueldad, o con impaciencia se enojan contra él, o se escandalizan por lo que hace; no hay duda que tratan de robarle su divina gloria; y esto no puede hacerse sin luchar contra él. Entonces, si no glorificamos a Dios en su justicia, en su bondad, en su poder, en su infinita sabiduría, es como si tuviéramos una actitud de desafío hacia él, de levantamiento contra él. Ahora bien, ¿de quién proviene el hombre mortal? Aquí dice, "*Los ejércitos de Dios son innumerables.*" Ahí están todos los ángeles del paraíso, armados para mantener el honor de aquel que los ha formado y creado; todas las criaturas están dispuestas a vengar su majestad tan asaltada por nosotros, que no somos sino gusano y corrupción. Notemos bien con qué propósito se habla aquí de los ejércitos y regimientos de Dios; es para que nosotros sepamos que, comoquiera y dondequiera que presumen murmurar contra Dios y blasfemar contra su justicia, tendrán como enemigos mortales a tantos ángeles como ángeles hay en el cielo. Ahora bien, sabemos que el número de ellos es infinito. Ellos también deben saber que todas las criaturas están armadas para ir contra ellos; porque ¿con qué fin es que Dios ha creado todas las cosas, si no es para que su gloria pueda brillar en ellos? Ahora bien, si los hombres se sujetan a Dios por propio placer, y rinden a Dios el honor que él se merece; lo dicho aquí de sus ejércitos y regimientos no será para atemorizar, sino más bien para que se regocijen. En efecto, cuando las escrituras nos narran que Dios tiene muchos millones de ángeles alrededor suyo, listos para hacer lo que él les mande, ¿a qué propósito lleva esto, sino para que reconozcamos que cuando Dios nos haya recibido en su gracia, aunque fuésemos sitiados de todas partes, él es suficientemente poderoso para mantenernos bien protegidos aquí abajo? Entonces, cuando los hombres exhiban todo su poder, pensarán en esto y aquello para arruinarnos; y cuando el mismo diablo

se levante contra nosotros, no tenemos que temer. ¿Por qué no? Porque Dios tiene sus ejércitos celestiales para protegernos; como está dicho, "Ángeles acampan alrededor de los que temen a Dios," en Salmo 34:7 y luego, él ha ordenado a sus ángeles guiarnos de tal modo que el fiel no tropiece. Vemos entonces cómo la infinita multitud de ángeles tiene el propósito de confortarnos o de asegurarnos que Dios proveerá para nosotros en tiempo de necesidad y que él tiene con qué hacerlo. Pero aunque los creyentes descansen en Dios y con toda humildad de los ángeles, también es cierto que aquellos que se rebelan, todos los orgullosos, todos los rebeldes debieran ser atemorizados por él, debieran reconocer que oponiéndose así a Dios, también se las tendrán que ver con muchos enemigos, que todo el poder de los ángeles se volverá contra ellos para aplastarlos, que igualmente todas las criaturas estarán para defender la gloria de aquel por cuya virtud existen.

De modo que recordemos bien la palabra dicha aquí, "*Los ejércitos de Dios son innumerables.*" Sobre esa base debiéramos reconocer que es en vano que los hombres conspiren contra nosotros; porque cuando hayan juntado a todos sus ejércitos, aun así no serán más fuertes; Dios siempre tendrá victoria sobre ellos. Entonces, ya no seamos engañados, viendo que estamos bien acompañados, que habrá mucho pueblo que se parece a nosotros. ¿Y por qué no? En un momento todos podemos ser confundidos por la mano de Dios, y por su poder. Y entonces, aunque él solo sea suficiente para nuestra salvación o nuestra perdición, todavía le quedan sus ejércitos que están preparados y equipados con un armamento incomprensible para nosotros, a los cuales preparará contra nosotros cuando bien le parezca. Temamos entonces, y aprendamos (como he dicho) a no inflarnos al ver que el mundo está de nuestra parte y que habrá gran poder para protegernos; todo ello no nos servirá de nada contra el poder de Dios que nos es declarado aquí. Ahora, con esto se puede ver cuán ciego puede ser la incredulidad de los hombres; porque debemos escoger, o bien que los ángeles del paraíso nos tengan bajo su cuidado, y que ellos velen por nosotros, y que sean ministros de salvación; o bien, que sean nuestros adversarios, y adversarios de muerte. He aquí Dios usando semejante bondad y gracia hacia nosotros que ordena que sus ángeles nos sirvan (como lo dice Salmo 91:11); quiere que seamos advertidos por ellos, y además dice que constituyen sus poderes, como si extendieran su mano sobre nosotros a efectos de poder protegernos. ¿Cuál es la consecuencia entonces, del hecho de ser guiados por los ángeles, y de ser protegidos de todo mal? No podemos escoger semejante bien; aquí se nos lo ofrece, sólo nos resta aceptarlo. ¿Pero nosotros, qué hacemos? Por mucho que debamos recibirlo como un don de Dios, nos acercamos a él desafiando la majestad de Dios provocando a sus ángeles y hostigándolos para nuestra perdición y confusión. ¿No será entonces que estamos totalmente privados de razón, y que el diablo realmente nos ha embrujado, puesto que preferimos tener a los ángeles como enemigos en vez de tenerlos como ministros de nuestra salvación; puesto que ellos están listos para ayudarnos y guiarnos, siempre y cuando seamos miembros de nuestro Señor Jesucristo y que lo honremos como a nuestra cabeza? Entonces, aprendamos que cada vez que se nos hable de Dios, a no pensar que él es como algo muerto, sino de pensar en su gloria tal como aquí nos es declarada. Y puesto que somos demasiado estúpidos, recordemos que Dios tiene a sus ejércitos, y que tiene un número infinito de ángeles que están dispuestos a ejecutar sus mandamientos, y que todas sus criaturas le obedecen, lo que también es totalmente razonable.

Consecuentemente, cuando se dice, "*La luz de Dios está sobre todos,*" ello se interpreta como que Dios derrama sus dones sobre sus criaturas para que alguna chispa de bondad y sabiduría sea percibida para que alguna chispa de bondad y sabiduría sea percibida en todas partes; si bien ella ha sido designada especialmente para los hombres, porque también es allí donde la luz de Dios es percibida, como dice en el primer capítulo de San Juan, ya que desde el principio Dios no solamente dio vida a las criaturas, sino que les dio vida para mantenerlas en ella; ciertamente, por el poder de su palabra; pero en cuanto a los hombres, les dio luz a su vida. Entonces todas las criaturas existen porque siempre reciben vida de nuestro Señor

Jesucristo, la palabra eterna de Dios; pero tenemos una vida más noble y más exquisita que la de las bestias o de los árboles o de los frutos de la tierra. ¿Por qué es así? Nosotros tenemos inteligencia y razón. De manera entonces, que la luz de Dios brilla sobre los hombres; y si estamos sujetos así y obligados hacia Dios, ¿acaso no somos tanto más culpables, si hacemos que esta luz se desvanezca? Es muy cierto, porque debemos recordar lo que dice el apóstol San Pablo en Hechos 17:27 que cuando vengamos palpando a ciegas, buscándolo a él, no obstante, la gloria de Dios será experimentada. ¿Cómo es eso? El habita en nosotros, no necesitamos buscarlo lejos, es en él que vivimos y nos movemos y tenemos el poder para ser. Así es entonces, cómo es expuesto este pasaje: es que Dios, habiéndonos hecho partícipes de su luz nos ha comprometido tanto consigo mismo que nosotros seríamos más que ingratos si tratamos de aniquilar su gloria, y si no le rendimos lo que es suyo. ¿Y por qué? El hombre no puede moverse si no experimenta que Dios habita en él; es de él que tenemos la vida, y es también él a quien tenemos que agradecer que nos haya hecho criaturas razonables más bien que bestias brutas. ¿Porque a qué se debe que somos más valiosos que bueyes y asnos, excepto porque a Dios le agradó preferirnos? De manera entonces que esta luz por la cual Dios nos ilumina es para nosotros semejante ocasión para exaltar su gloria y sujetarnos bajo su mano.

Este es un significado que está implícito en el pasaje que además contiene una buena doctrina. Pero cuando cada cosa es adecuadamente considerada, Bildad no quiere indicar meramente que Dios ha derramado su luz sobre nosotros para darnos inteligencia y razón; muestra, en cambio, que no podemos huir de su presencia, que tenemos que andar delante de él, y que él ve todas las cosas, y que él realmente tiene sus ojos sobre nosotros. Así es entonces, como la luz de Dios es derramada sobre los hombres; y es en la misma medida que no podemos ocultarnos de su presencia. Y es siguiendo la proposición que nos ha expuesto. Porque, como Bildad dijo, Dios tiene a sus ángeles; están equipados para su servicio, son semejantes a grandes ejércitos. Ahora también agrega que para nosotros será en vano, que no seremos capaces de huir de la presencia de Dios. Es cierto que saltamos como sapos, y que imaginamos ser como caballos desbocados; pero al final tenemos que someternos a Dios. ¿Y por qué? porque su luz brilla de tal manera sobre nosotros que no podemos huir de él, como podríamos hacerlo si estuviéramos tratando con un hombre mortal. Aprendamos entonces que esa debe ser nuestra conclusión cuando somos tentados a semejante atrevimiento como es el de pensar que podemos escapar de la mano de Dios. ¿En verdad? ¿Y adonde iremos? Porque sabemos que su poder es derramado en todas partes, y que su mirada escudriñadora es infinita. Cuando hayamos entrado a las profundidades de la tierra, aun allí no dejará de vernos y de tomar nota de lo que hacemos. Nosotros, entonces, seríamos más que necios si nos levantamos contra Dios, sabiendo que será en vano trastornar y mezclar las cosas, y planificar muchos proyectos y conspiraciones. Porque todo ello de nada aprovechará puesto que somos observados siempre por él y por su ojo avizor. Ahora bien, esta es una doctrina suficientemente común en las Santas Escrituras; pero apenas la recordamos, puesto que es escasamente practicada, al menos por nosotros. Y siendo esto así, si nos viniera a la memoria, que Dios nos ve, y que todo cuanto hacemos y decimos es anotado por él, les pregunto, ¿no debíamos andar con más temor y cuidado del que tenemos comúnmente? Pero, ¿qué es lo que hacemos? Solamente tenemos miedo de los hombres; con tal que aquí abajo no tengamos testigos contra nosotros, estamos satisfechos. Y este es el motivo por el cual los hombres sueltan las riendas de sus malvadas codicias; es decir, porque el Espíritu de Dios no tiene dominio en sus vidas, y les parece muy bien haber concebido cosas execrables y haberlas hecho, puesto que nadie los amonesta. Entonces, hay muy poco de la ley de Dios delante de sus ojos. Porque si tuvieran esta luz en mente, es cierto que la misma reprimiría la totalidad de sus malos deseos, los purgaría de todas sus fantasías con las cuales están inflados. En efecto, si estamos avergonzados delante de los hombres, ¡cuánto más deberíamos ser movidos por aquel que es el Juez de todos! Porque si los hombres nos juzgan, no lo hacen en su propia

autoridad, ni en su propio nombre; es solamente para aprobar el juicio de Dios, puesto que solamente tiene él esa competencia. Ahora aquí está Dios que nos ve; sin embargo, no le rendimos ninguna reverencia; no nos preocupa provocar su ira contra nosotros. ¿Cómo es posible? De modo entonces, cuando hayamos aprendido bien esta lección, de que Dios ha derramado su luz sobre nosotros, ciertamente será un buen motivo para hacernos andar en toda pureza de conciencia, no solamente corrigiendo las faltas que cometemos exteriormente hacia los hombres, sino todo el mal que está oculto en nuestro interior, y toda hipocresía. Esto es entonces, lo que tenemos que recordar de esta palabra.

Ahora Bildad, habiendo hablado de esta manera, agrega, "*¿Qué justicia, entonces, se atribuirá al hombre comparado con Dios?*" Palabra por palabra esto es, "*con Dios. ¿Y cómo será limpio el que nace de mujer?*" Esto es como un auténtico comparendo dirigido hacia nosotros, para mostrarnos que somos muy necios estimándonos a nosotros mismos, y haciendo creer que tenemos alguna justicia o poder en nosotros, algo que sea digno de alabanza. Un ladrón que está en medio del bosque no temerá ni la justicia ni ninguna otra cosa. Es cierto que siempre llevará un temor; como ya se ha visto antes, Dios ha grabado sobre el corazón de los hombres tal sentimiento hacia sus pecados que ellos tienen que juzgarse y condenarse a sí mismos. A pesar de ello los malhechores están tan contentos que no les importa ahorcar a cuanto caminante encuentren si lo pueden atrapar. Sin embargo, cuando ven que su tiempo se acaba, cuando ven que su pago está listo ya no tienen ese valor, ya no tienen esa furia con la cual fueron embrutecidos. Así es con nosotros; porque mientras no sabemos que tenemos que rendir cuentas a Dios, y mientras no comprendemos su infinito poder, y el señorío que tiene en sí mismo, existe tal presunción en nosotros que no nos cuesta nada magnificarnos por encima de las nubes; y si se menciona justicia en cuanto a nosotros, no tardamos en hallarla, nuestros vicios nos son virtudes. Así es como los hombres, antes de haber sido convocados delante de él, y traídos por la fuerza, están tan ebrios de su coraje que no pueden reconocerse tal como son. Porque si se reconocieran, ya no habría ocasión de apreciarse a sí mismos. Es por eso que ahora Bildad dice de manera especial, "*¿Cómo se justificará el hombre mortal delante de Dios?*" Esta palabra tiene mucho peso, es como si dijera, "Muy bien, mientras los hombres están entre ellos, serán plenamente capaces de juzgar sus virtudes, cada uno de ellos dirá, 'Yo, yo soy un buen hombre' y aun se estimará mucho más que otros cuando se trate de ponderarse en la balanza. 'Y este fulano tiene tal defecto, tiene tal y cual vicio.'" Sabemos perfectamente bien cómo despreciar a otros echándolos por tierra que es una maravilla; y sin embargo, no queremos confesar nuestras propias debilidades, nos cubrimos todo lo que podemos. Y si existe una pequeña gota de virtud (al menos así parece; porque todo ello no es sino humo, como pronto veremos), ¡oh! queremos que Dios nos tenga en tanta estima y que nos precie tanto, que debiera robarse a sí mismo para recompensarnos. Esta es, entonces, la arrogancia de los hombres, en efecto, mientras ellos se consideran entre sí. Pero cuando hemos venido ante Dios y reconocemos lo que somos, y cuando inquirimos en nuestro interior para examinar nuestra vida, siendo aterrados por su majestad, que no nos permite enredarnos en nuestra hipocresía y mentiras, entonces olvidamos todas estas necias jactancias por las cuales estuvimos engañados por un tiempo. Y aprendamos así, siguiendo lo que aquí se nos declara, que cuando seamos tentados con orgullo, y cuando supongamos tener alguna virtud con la cual estimarnos grandemente a nosotros mismos, aprendamos, digo, a presentarnos delante de Dios, y no esperemos que él nos arrastre a su presencia, sino que cada uno cumpla este oficio consigo mismo; porque aquí está nuestro Señor quien nos muestra el procedimiento que debemos seguir. El hombre entonces, siempre imaginará tener, no sé qué, con lo cual magnificarse a sí mismo; pero para corregir esta necedad y arrogancia dejemos que solamente se pregunte, "*¿Quién eres?*" Ahora bien, para saber quiénes somos, vengamos a Dios. Porque el hombre nunca se reconocerá mientras esté encerrado en sí mismo, o mientras se compara a sí mismo con sus semejantes; pero es cuando hayamos elevado nuestros ojos y reconozcamos que debemos venir ante el trono de aquel que conoce a

cada uno, que no es como los hombres mortales que están contentos con trozos de deshecho, y ante quien no podemos presentar nuestras cáscaras externas, que son todas esas cosas que no sirven para nada, que aquí se precian tanto. Entonces, cuando hayamos conocido que todo ello se desvanece delante de Dios, entonces aprenderemos a tomar nuestro lugar, y a no ser elevados con semejante orgullo.

Y es por eso que se dice, "*hombre*" ciertamente, "*aquel que es nacido de mujer, ¿cómo se justificará con respecto de Dios?*" Sin embargo, puesto que no existe nada más difícil, que hacer razonar a los hombres, y lograr que sean totalmente despojados de su vana confianza, por la cual son engañados, Bildad agrega aquí, "*He aquí que ni aun la misma luna será resplandeciente, ni las estrellas son limpias delante de sus ojos; ¿Cuánto menos el hombre, que es un gusano, y el hijo del hombre, también gusano.*" Es cierto que esta palabra puede ser expuesta de diversas maneras, es decir, como que Dios no va a brillar tan lejos como la luna; o bien que no extenderá su tabernáculo, es decir, que no se digna a acercarlo; y que las estrellas no son puras, es decir, todas las criaturas en las cuales no obstante vemos gran nobleza, realmente tendrían que ser removidas por Dios; que existe una distancia demasiado grande. Y esto se dice especialmente porque las criaturas en las alturas son más excelentes que aquellas aquí abajo. Pero aunque fuera así, allí está Dios que está tan distante de ambos, tanto de la luna como de las estrellas, que existe una distancia infinita. ¿De qué manera entonces hemos de acercarnos a él? Ahora este significado es suficientemente útil; en efecto, ya sea que se lo interprete como "brillar" o como "extender su tabernáculo," es todo lo mismo. En resumen, Bildad quiere indicar que si el Señor quisiera llamar ante su presencia sus criaturas, no hallaría más luz en la luna, y las estrellas quedarían oscuras; y, sin embargo, ellas son las que iluminan el mundo; de modo que todas las cosas tendrán que ser aniquiladas cuando se presente la majestad de Dios. Ahora los hombres se agradan y se glorifican ellos mismos. ¿Adonde están alas con las que podamos ascender tan alto para tomar la luna entre nuestros dientes (como ellos dicen) o para escalar las estrellas? Sin embargo, cuando suponemos que no tenemos absolutamente nada en nosotros mismos y que Dios se presenta, todo tiene que ser tragado, y transformado a nada, por su gloria incomprensible. Ahora vemos dónde están los hombres cuando quieren glorificarse ellos mismos. Ciertamente digo, Satanás tiene que haberlos embrujado totalmente; porque es como si volaran por encima de las estrellas. ¿Y están suficientemente equipados para ello? Cuando los hombres quieren escalar solamente cuatro escalones, es para quebrarse la nuca, luego para despedazarse sus nervios. Ahora bien, siempre que suponemos que tenemos algo para glorificarnos a nosotros mismos, damos semejante salto que es como para quebrar la nuca de los hombres y de los ángeles por así decirlo. Entonces, ¿no es que somos (como ya lo he dicho) más que locos? Esta es la intención de Bildad.

Además, hay algunos que exponen esto como que son las eclipses de la luna, pero tal interpretación de ninguna manera puede ser garantizada; porque el sentido es más simple, es decir: las criaturas más nobles, y que incluso parecen tener algo de divinidad no son nada cuando se las compara con Dios; todo esto tiene que ser reducido a nada y que solamente permanezca Dios en su perfección; y nosotros tenemos que reconocer que no hay ni justicia ni poder, ni sabiduría, sino solamente en él; todo el resto no es más que mera vanidad. Es cierto, sin embargo, que la experiencia muestra que el sol no es oscuro, ni las estrellas. Sí, verdaderamente, con respecto de nosotros. Entonces tenemos que notar que la luz que tienen deben tomarla prestada de otra parte.¹ Son como pequeñas chispas que Dios muestra de su gloria. Entonces, ni el sol, ni la luna, ni las estrellas pueden glorificarse por derecho propio. Incluso si Dios se les opusiera esta luz tendría que ser oscurecida con todo el resto. Porque si ante el sol el aspecto de las estrellas nos parece oscuro, les pregunto ¿qué será respecto de la infinita luz de Dios? Ahora vemos la intención de Bildad. En efecto, en cuanto a la luna dice que no habrá luz; las estrellas no tendrán pureza delante de Dios. Es como si dijera: "Ciertamente vemos la luz derramada en todo el mundo; tenemos nuestros ojos que la reciben y se regocijan

e ella; sin embargo, todo ello no es nada delante de Dios, incluso en cuanto al cuerpo de la luna y de las estrellas del cielo, todo ello" dice Bildad, "será oscurecido y se desvanecerá al ser comparado con la gloria de Dios."

Y ahora venimos a los hombres, ¿Qué son? ¿Qué pueden hacer? ¿Qué poder tienen? ¿De qué se pueden jactar? No son sino gusano y pudrición; y, sin embargo, se quieren justificar en ello? Solamente nos resta practicar esta doctrina y aplicarla a nuestro uso. Aquí se nos muestra que al venir delante de Dios, no hay nada digno de alabanza que podamos traer. Entonces aquí se declara a los hombres despojados de todo bien, sin una sola gota de justicia por la cual podrían mejorar ellos mismos; no les queda sino aceptar su condenación sabiendo que solamente encierran todo tipo de pobreza y miseria. Ahora bien, si esta doctrina fuese bien conocida por los hombres no tendríamos tantos combates y disputas con los papistas como los que tenemos. Porque quienes están del lado de ellos se precian de su libre voluntad; como si los hombres tuvieran algún poder para disponer de sí mismos delante de Dios. Es cierto, sin lugar a dudas, confesarán que somos débiles, y que no podemos hacer nada sin la ayuda de Dios, y sin ser preparados por la gracia de su Espíritu Santo. ¿Pero qué? Mientras tanto atribuyen algunas capacidades a los hombres; y entonces se consideran cooperadores con Dios para ayudarle en su gracia, para trabajar en común; en resumen, son sus compañeros. Y entonces, ¿cuál es el fundamento que ellos ponen? Ellos mismos tienen que atribuirse esto y aquello de manera que ya no será asunto sino de magnificar a los hombres en sus poderes y méritos. Porque si bien siempre confiesan que necesitamos de la piedad de Dios y que él tiene que ser misericordioso con nosotros, ¡oh! sin embargo, levantan viento en su interior de manera de inflarse; es decir que se embriagan con estas doctrinas diabólicas haciendo creer que tienen más mérito, y que Dios los acepta conforme porque pueden ser dignos de su gracia, y que él siempre tiene en cuenta sus virtudes. Así es entonces, en el papado. "Y entonces" dirán, "si fallamos, ¡oh! tenemos nuestras obras que sobreabundan; podemos satisfacer a Dios respecto de nuestros pecados; y aunque le hayamos ofendido, y aunque sabemos que perdonará nuestras faltas, no obstante, podemos presentarle algunas satisfacciones; y esta es la forma de reconciliarnos con él." Ahora, si esto que se nos muestra aquí por Bildad, y lo que hemos visto previamente hubiera sido mejor conocido, todas estas disputas se vencerían. Para los papistas, les es fácil juzgar, así rápidamente, la justicia de los hombres, sus méritos, sus satisfacciones y su libre voluntad. ¿Y por qué? Porque no tienen en cuenta a Dios, porque están dormidos en su vana creencia, la cual han concebido ellos mismos para justificar a los hombres con su propio poder. Sin embargo, debíamos notar bien este pasaje. Notemos entonces, para concluir, cuando podamos convocar nuestras conciencias delante de Dios, será para humillarnos, y de tal manera que ya no será cuestión de presumir nada con respecto de nosotros mismos; en cambio, reconoceremos que somos solamente gusano y pudrición, que en nosotros solamente hay infección y toda clase de hediondez. ¿Qué queda, entonces? Aprendamos adonde depositar toda nuestra confianza cada vez que se nos hable de los medios de nuestra salvación, es decir, que siendo recibidos por nuestro Dios mediante su pura bondad, él nos purga y limpia con su Santo Espíritu de todas nuestras manchas, y nos lava en la sangre de nuestro Señor Jesucristo, la cual ha derramado para purgarnos, dejándonos tan puros y limpios que podemos existir ante su rostro.

Ahora inclinémonos en humilde reverencia ante el rostro de nuestro Dios.

NOTAS DEL TEXTO SERMÓN NO. 11

*Sermón 94 en *Calvini Opera, Corpus Reformatorum*, V. 34, pp. 405-418.

1. Aunque podamos entender que "de otra parte" simplemente quiera decir que las estrellas

toman su luz de Dios, es evidente que aquí la astronomía de Calvino estaba equivocada. Sin embargo, hay que recordar que en 1554, año en que fue predicado este sermón, aun eran relativamente desconocidas las teorías de Copérnico (1473-1534). Galileo, la persona que popularizó dichas teorías no nació sino en 1564, año en que murió Calvino. Nótese también que el argumento de Calvino no es destruido sino más bien fortalecido por la astronomía de Copérnico

SERMÓN N° 12 **¿NO CUENTA DIOS TODOS MIS PASOS?***

"Hice pacto con mis ojos; ¿Cómo, pues, había yo de mirar a una virgen? Porque ¿qué galardón me daría de arriba Dios, y qué heredad el Omnipotente desde las alturas? ¿No hay quebrantamiento para el impío, y extrañamiento para los que hacen iniquidad? ¿No ve él mis caminos, y cuenta todos mis pasos?"(Job 31:1-4).

Ya hemos visto antes cómo Job había afirmado no ser lo que sus amigos querían hacerle creer que era; porque ellos opinaban que Job había sido rechazado por Dios. Entonces él había declarado haber vivido en santidad y perfección. Nuevamente vuelve a esta afirmación, y no sin motivos; porque le parecía una prueba muy gravosa ser considerado un hipócrita a pesar de haber andado en rectitud de corazón, y con simpleza delante de Dios. Además sin considerar su propia reputación, ni de lo que pensarían de él, porque Dios lo conocía. Es cierto, no debiera haberse andado como lo vemos aquí. Sin embargo, era bueno que conociera el final y el propósito de Dios para visitarlo de tal manera. Ahora, vamos a ver esto más plenamente al concluir el capítulo. Veamos ahora lo que dice aquí: Job quiere declarar que ha servido fielmente a Dios, y que ahora soporta males tan graves y tan excesivos, que estos no pueden ser por las ofensas que pudiera haber cometido, sin que existe otra razón oculta, conocida por Dios, pero que los hombres no pueden percibir ni juzgar. En primer lugar da testimonio de su integridad diciendo *que ha hecho un pacto con sus ojos para no mirar incautamente a una hija viviente*. Ahora bien, es una señal de gran perfección y realmente angelical en un hombre poder afirmar que nunca ha invitado el mal; porque ciertamente es posible que un hombre tenga alguna repentina y fugaz tentación y sin embargo, no le haga caso, rechazándola incluso y odiándola. En efecto, sería una gran virtud si un hombre pudiera tener todos sus sentidos bajo control, y ser exento de toda corrupción, de modo que no pueda ser engañado. Pero aquí Job va más allá. Y para comprenderlo mejor notemos que en la formación del pecado hay tres grados, incluso cuando el pecado en sí no es cometido. Santiago, hablando del pecado, usa la figura de un niño; porque dice (1:14, 15) que la concupiscencia es concebida, y dio a luz pecado, y que el pecado es completado cuando se convierte en hecho, cuando la cosa es ejecutada. Ahora, digo, aunque no haya un hecho exterior, existen tres grados en un pecado.

El primero es una imaginación fugaz que la persona concibe cuando mira a algo; la asaltará aquí y allá en forma de una fantasía; o bien, aunque no vea nada, su mente es tan adicta al mal que será descamada hacia un lado y otro, y muchas fantasías vendrán a su mente. Ahora, es cierto que esto es malo. Pero no nos es imputado. Ahora existe el segundo grado, y es que, habiendo concebido una fantasía, de alguna manera somos debilitados y sentimos que nuestra voluntad es arrastrada hacia ella; y aunque no haya ni consentimiento ni acuerdo, sin embargo hay en nosotros algún punto desde el cual nos sentimos apelados. Ahora ese es un pecado grave, el que se ha concebido. Luego existe nuestra voluntad, el consentimiento, cuando nuestra voluntad ha cesado, sin detenernos, en la consumación del pecado si la oración para el mismo se presenta. Luego existe el tercer grado, y entonces el pecado es formado en nosotros, aunque exteriormente no sea ejecutado. Y esto es muy digno de ser notado; porque si bien el asunto nos podría parecer difícil, sin embargo no hay nadie, ni hombre ni mujer, que no entienda lo que acabo de decir, y que no lo experimente en sí mismo

cada día. Por ejemplo, cuando somos afligidos nos vendrá a la imaginación esta pregunta, "¿Acaso se acuerda Dios de nosotros?" No hay nadie que podría afirmar que no concibe tales pensamientos; porque nuestra naturaleza es tan corrupta e inclinada al mal que es imposible que no tengamos semejantes temores. Ahora, ciertamente ya es pecaminoso cuando esto viene a nuestra mente, aunque pensemos, "Ahora qué? lo detesto, es una blasfemia pensar que Dios no tiene piedad de aquellos que lo invocan, que no quiere ayudar a aquellos que le buscan; es como si quisiéramos negar que él sigue gobernando al mundo." Entonces, cuando tales cosas vengan a nuestra mente, ellas son pecado y nosotros deberíamos llegar a la conclusión de decir, "Ciertamente, Señor, qué criaturas pobres y llenas de vanidad somos, el poder concebir cosas tan monstruosas." Luego, está el segundo grado, cuando el mal nos presiona, y el dolor es multiplicado, y llegamos a murmurar diciendo: "Ciertamente, ¿y si Dios pensara en mí, estaría yo languideciendo de esta manera? ¿No se ocuparía en ayudarme? Pero no lo hace, se oculta; entonces pareciera que me ha abandonado." Es cuando disputamos así en nuestro interior, y tenemos este temor preguntando si Dios cuida no de nosotros que debemos entender lo que se nos declara, y recibir sus promesas, y ser fundamentados en ellas, diciendo, " No, pase lo que pasare, aun así tendré confianza en mi Dios, y mi refugio en él." Pero aunque finalmente tengamos esta seguridad y constancia, no obstante, si antes de llegar a ella estamos llenos de perplejidad, este es un pecado mayor que el primero y ya somos culpables delante de Dios tanto por la duda como por la incredulidad, puesto que somos capaces de recibir semejante tentación. Luego existe el tercer grado, cuando somos derrotados totalmente, y no sabemos sino decir, "Oh, desgracia, el mal ha triunfado, y Dios ha demorado demasiado en extenderme su mano. Aquí me veo a mí mismo, realmente desesperado." Cuando somos abrumados de tal manera que ya no podemos invocar a Dios, y cuando ya no sentimos que las promesas de Dios nos sostienen, haciéndonos regocijar, ese es entonces el tercer grado del mal; como cuando se ha concebido a una criatura, ya no queda otra cosa que hacer, sino dar a luz, aquí también no se necesita nada más sino consumir exteriormente el hecho. Ahora llegamos a esta declaración de Job: "*He hecho*" dice, "*un pacto*, o convenio *con mis ojos*." Hemos dicho que esto es una señal de gran perfección. ¿Y por qué? Porque si una persona puede controlar su mirada, de manera de no concebir nada por el hecho de mirar esto o aquello, lo cual le podría arrastrar al mal, y si demuestra tener auténtica castidad y honestidad, uno tiene que decir que tal persona es casi tan libre de toda corrupción como un ángel. Ahora, no en vano hace Job esta afirmación. Reconozcamos entonces, que en este mundo el fue preservado como un ángel de Dios. Es cierto que por naturaleza no era tal; y también, al decir que ha hecho un pacto, esto es posterior a los beneficios recibidos por causa del temor de Dios, de tal manera de haber puesto bajo su pie su mala concupiscencia, ganando esta victoria sobre el corazón, de manera que es capaz de mantenerse bajo control, y sujeto, diciendo: "No codiciaré el mal deseándolo y anhelándolo. Ninguna parte dentro de mí podrá querer ofender a Dios, en cambio estaré aquí, controlando tanto mis miradas y mi boca y mis oídos." Esto es entonces, cómo Job hizo este pacto. No es que tuviera tal perfección en su naturaleza; era un hombre sujeto a pasiones iguales a nosotros, y sin lugar a duda, tuvo muchas tentaciones. Pero se comportó de tal manera que se acostumbró a andar en el temor de Dios hasta el punto de no concebir deseos malos. Entonces, tuvo un hábito, como se lo llama, es decir, se sentía deudor a ello, de modo de no seguir mirando de un lado al otro invitando sobre sí tal o cual cosa. En resumen, vemos aquí que Job no solamente quería declarar que había tratado de servir a Dios, sino que había hecho tal esfuerzo que había mordido y capturado todas las pasiones de su carne, el extremo de que ya no le costaba nada servir a Dios; porque no tenía las luchas que tenemos nosotros por causa de nuestra debilidad, e incluso por causa de la corrupción que hay en nosotros. Ahora bien, notemos que esto no fue por poder propio; por sí mismo no podría haber adquirido semejante perfección; fue necesario que Dios lo reformara de tal manera mediante su Santo Espíritu que al final fue realmente separado de la clase común de los hombres; porque no es sin causa que David presenta este

pedido a Dios: "Señor, aparta mis ojos, que no vean la vanidad" (Salmo 119:37). Si hubiera sido la obra de Job la que aquí defendía, no hay duda que también David hubiera podido adquirir semejante constancia, como es la de no concebir vanidad, y que sus ojos no fuesen seducidos o distraídos de ninguna manera imaginable. Ahora, es aquí que David confiesa que no podía tener ni adquirir esto sino por la pura gracia de Dios; consecuentemente, se deduce que Job no pudo hacer tal pacto por su propia libre voluntad,¹ diciendo que la razón dominaba de tal manera en él que podía obtener la victoria sobre todas sus pasiones; aquí, en cambio, intenta atribuir a Dios la alabanza por tal beneficio. No es entonces, para jactarse y magnificarse así mismo, como habiendo adquirido semejante beneficio, sino reconociendo que Dios lo había gobernado tan bien que en la presencia del mal ya no se sentía atraído por él.

Además, cuando Job habla de esta manera, notemos que por el contrario intenta decir si un hombre mira a una mujer o a una joven, y si es incitado al mal, esto ya es pecado delante de Dios. Aunque el acto exterior quizá no ocurra allí, aunque el hombre quizá no trate de corromper a una joven, ni de seducirla, aunque quizá todavía no tenga la intención de decir, "Yo quisiera," y aunque luego el hombre no tenga este deseo, sino que resiste la tentación a la cual es incitado, sin embargo, no deja de ofender a Dios. Este punto es digno de ser notado. En efecto, oímos la declaración de nuestro Señor Jesús, que no debemos pensar que seremos eximidos o absueltos delante de Dios por el simple hecho de habernos abstenido del adulterio corporal; sino que aquel, que simplemente haya mirado a una mujer, será juzgado como adúltero delante de Dios si, en efecto, la mirada ha sido carente de castidad.² Y lo que es peor (como ya lo he dicho) cuando la voluntad aun no ha sido fijada en ello, ya tenemos que confesar la falta delante de Dios a efectos de humillarnos a nosotros mismos. Bien dicen los papistas que si un hombre concibe el mal, esto es, si lo desea de tal manera que está plenamente resuelto a cometerlo cuando la ocasión se le presente, en tal caso, confiesan ellos, el pecado es para condenación. Pero si el hombre tiene algún apetito malvado basta que no lo apruebe totalmente para que, según afirman los papistas, no sea pecado; en ello hay una blasfemia execrable. Está dicho, "Amarás a tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu entendimiento y con todo tu fuerza."³ ¿Qué quiere decir "entendimiento y fuerza"? Dios no ha limitado el amor que le debemos, a nuestro corazón solamente, y a nuestros sentimientos; afirma en cambio, que nuestra mente y nuestros sentidos también tienen que estar aplicados a ello, y toda nuestra fuerza, es decir, todas nuestras facultades y poderes que tiene nuestra naturaleza. Ahora, si un hombre concibió algún mal, aunque no estuvo totalmente de acuerdo con él, y aunque sus sentimientos no estuvieron completamente entregados a él, les pregunto, ¿amará a Dios con todo su entendimiento? De ninguna manera. Aquel que tiene el mínimo deseo de corrupción en sí mismo, aunque el resto tienda a cumplir la ley, ¿podrá amar a Dios como debe hacerlo? Ciertamente, no. Porque el pecado no es sino la trasgresión de la ley de Dios.

Concluamos entonces que todas las fantasías malvadas que tenemos cuando somos atraídos por el mal, son otros tantos pecados, y que estamos en deuda con Dios, y que él no solamente nos ha soportado con su infinita bondad, sino que perdona a los suyos, aunque ellos deben reconocer estas cosas como pecado; y todo aquel que se adula así mismo provoca la ira de Dios y completa el mal para su condenación. Porque al final, la hipocresía tendrá que ser descubierta y revelada para ser castigada con todo el resto. Entonces, aquellos que piensan no estar obligados y creen no ofender a Dios cuando son atraídos por el mal, no gana nada; no es para enmendar su conducta, porque esta hipocresía tiene que ser castigada gravemente. Recordemos entonces (como ya lo he dicho) que si bien no consentimos el mal, sino que en realidad solo somos tentados, aunque haya algún deseo al que resistimos; éste ya es una falta y una debilidad en nosotros. Si solamente concebimos algún deseo malo, ello ya es signo de corrupción en nuestra naturaleza. Y, en efecto, si el mal no habitara en nosotros, y si todavía no hubiéramos apartado de la rectitud e integridad que Dios puso en el primer hombre, es cierto que nuestra mirada sería mucho más pura y casta de lo que es; y todos nuestros sentidos,

tales como oír, hablar, palpar, serían realmente puros y limpios; no habría corrupción en ellos. Y para que esto llegara a ser así pensemos bien lo que dice Moisés, que, cuando Satanás vino para seducir a Eva, y, consecuentemente a Adán, y ellos, habiéndole prestado atención, fueron corrompidos por la ambición de ser semejantes a Dios. Dice que miraron al árbol de la sabiduría y del bien y del mal, y vieron que era deseable para adquirir conocimiento. ¿Qué, si no lo hubieran mirado? Y, ¿acaso no lo habían visto ya? Porque Dios les había dicho, "No coman del fruto que yo les he prohibido; porque tan pronto coman de él, les declaro que quedarán separados de mí, siendo condenados a morir." He aquí, entonces, Adán y Eva, que ya habían contemplado este árbol. Y ¿por qué es entonces que ahora Moisés lo cuenta como pecado? Es porque lo conocieron como algo deseable, es decir, pensando que era bueno comer de él, alentaron un apetito malo y perverso. ¿Y de dónde proviene? De su corazón corrompido, el que manchó, más y más sus miradas; como también un hombre tendrá manchada su vista por el hecho de beber, por causa de su intemperancia, el mal tiene que estar adentro; algo tiene que arder antes que se pierda la vista; o también como en un accidente, cuando un hombre pierde la vista, previamente habrá habido alguna catarata, o alguna cosa similar que con el correr del tiempo le privará de la vista. Así es con todas las miradas malvadas que son para ser condenadas; porque si no hubiera algún apetito malo, por el cual es infectado y corrompido el corazón, el ojo (como ya lo he dicho) en sí sería puro y limpio, de manera que podríamos contemplar las criaturas de Dios sin ser arrastrados a mal alguno. Pero ahora las cosas son tales que no sabríamos cómo abrir nuestros ojos, sin concebir algún deseo malo; no sabríamos cómo decir, "Esto es hermoso, aquello es bueno," sin ofender inmediatamente a nuestro Dios. ¿Acaso eso no es una gran perversidad? Entonces reconozcamos cuál es el pecado que reina en nosotros; cómo en efecto, ha tomado su posesión desde que Adán cometió la trasgresión, de tal modo que nuestra naturaleza ahora está tan corrompida que no sabríamos cómo mirar a algo que podríamos llamar hermoso y bueno sin ofender a Dios, en vez de ser invitados a amarle como debiéramos, y a alabarle por su bondad, y por tantos beneficios que no da aquí. Entonces, en lugar de glorificar a Dios y de ser motivados a amarle y servirle, no sabríamos cómo decir, "Esto es hermoso, esto es bueno," sin ser tentados, en efecto, impulsados, ya sea la avaricia o a otra voluptuosidad. En breve, todo lo hermoso debajo del cielo, y lo bueno, nos aparta de Dios, cuando tendría que acercarnos a él. ¿Acaso no es Dios fuente de toda belleza y bondad? Ahora bien es cierto que este apetito no tiene dominio, y tampoco debería tenerlo, sobre los hijos de Dios; pero hablo de aquello que es natural en el hombre hasta que Dios haya obrado en él. Es cierto que los creyentes no serán tan pervertidos, y sus sentidos no serán tan depravados como para ser siempre arrastrados al mal; sin embargo, siempre tendrán algún residuo de la infección que proviene de las entrañas maternas, esto es, tendrán puntos de contacto interior donde serán incitados al mal, aunque quizá lo odien y al principio lo rechacen. En efecto (como ya he dicho) ¿quién es aquel que no concibe la fantasía de pensar que Dios no tiene cuidado de él tan pronto tiene que soportar algún mal? Y es una blasfemia, realmente execrable si consentimos con ella, y si nuestra atención es enfocada por algún breve tiempo en ello, aunque quizá no sea un asunto determinado por la voluntad.

Así vemos entonces, que si el hombre es invitado al mal, aunque no lo apruebe y rechace la tentación, y luche contra ella, sin embargo, no deja de ofender a Dios. ¿Y por qué? Porque es una trasgresión de la ley tal como lo hemos demostrado. Del mismo modo, necesariamente tiene que proceder de una fuente mala; porque el ojo en sí no será corrupto; no es allí donde comienza a producirse el pecado. ¿Adonde entonces? En la mente⁴ del hombre y en su alma; porque ciertamente los malos sentimientos tienen que estar ocultos adentro, antes que el ojo tienda al mal y sea invitado a él. Y es por eso que he dicho que Job, al afirmar que se ha abstenido de todo mal y de toda mirada inmodesta, nos muestra que quienes están infectados por ella, no pueden excusarse delante de Dios diciendo que no tienen falta. En consecuencia, aprendamos a mantenernos en guardia, a no adularnos a nosotros mismos, como ya lo he

mencionado. Digo, estemos en guardia, porque qué difícil es, ¿no cierto? controlar de tal manera nuestros ojos que no seamos tentados por ninguna mala concupiscencia a deseo desordenado. Al ver los bienes del mundo no seamos tocados por la avaricia. Al ver las cosas confortables, las delicias y las voluptuosidades que hay aquí y allá, no seamos inducidos a querer que Dios nos las dé. Cuando miramos a uno y otro lado no haya adulterio, ni ambición, ni avaricia, ni ninguna otra cosa que se nos pueda meter debajo de la piel. Es imposible, o al menos no sin gran dificultad, y más allá de todos nuestros recursos; de manera que es prácticamente imposible que abramos nuestros ojos sin concebir alguna ofensa contra Dios. Puesto que es así, aprendamos a estar alerta; porque nosotros mismos no podemos perfeccionarnos como para que ya no se encuentre ninguna falla en nosotros, y que ya no tengamos que buscar nuestro refugio en la remisión de nuestros pecados. Concluyamos entonces que tenemos que luchar valientemente, viendo que somos tan corruptos que de ninguna manera podemos usar nuestros sentidos, ni aplicarlos a ninguna cosa sin que haya algún resto de la mala corrupción que desagrada a Dios. Esto es, entonces, lo que debería invitarnos a ser diligentes.

Y luego, en segundo lugar, aprendamos también a humillarnos, viendo que el mal quiere hacernos dormir mediante la hipocresía, a efectos de que no reconozcamos nuestras faltas y para que así se agrave el mal. Miremos entonces a nuestro propio interior, y habiendo examinado nuestras imperfecciones, gimamos delante de Dios: "Oh, Señor, tú me has concedido la gracia de querer avanzar en mi servicio a ti. Yo me esfuerzo, yo anhelo, yo resisto todas mis pasiones, lucho conmigo mismo; sin embargo, no soy recto delante de ti;

Señor, se encuentran muchas fallas en mí. "Así es cómo los creyentes, habiendo trabajado duramente, y habiéndose esforzado más allá de todos sus recursos, siempre deben mantener su afecto, para poder condenarse ellos mismos ante la existencia de algún vicio mezclado con el bien que Dios les da para hacer; que puedan aprender a condenarse ellos mismos delante de él y luego humillarse a efectos de obtener gracia. Estos son entonces los puntos que tenemos que notar de este pasaje. Ahora, aunque quizá tengamos fantasías que entran a nuestra mente, tanto de noche como de mañana, y aunque por ellas debiéramos percibir que existe una asombrosa corrupción en nuestra naturaleza, no por ello debemos perder el coraje, sino que hemos de seguir caminando; oremos a Dios que, si él ha comenzado a compeler, que continúe y añada el poder de su Espíritu Santo. De esa manera debemos pedirlo, y sentir que ya hay algo peor en nosotros que nuestros malos sentimientos; juntemos ambas cosas, y que sean pisoteadas de tal manera que nunca más puedan levantarse. Y cuando el maligno venga a agujonearnos para invitarnos al mal, no permitamos que triunfe sobre nosotros, en cambio, siempre tengamos en alto nuestros sentidos; resumiendo, dejemos que el Espíritu de Dios gobierne de tal manera nuestros corazones que, aunque existan los malos deseos éstos estén realmente bajo control, verdaderamente encadenados; que no se puedan levantar, que no puedan arrastrarnos de un lado a otro, sino que siempre sigamos firmes, y resueltos a decir, "Nuestro Dios tiene que gobernarlos, y nosotros debemos seguir su santa voluntad."

Así es entonces, cómo en medio de nuestras malvadas fantasías tenemos que tomar coraje para andar siempre honorablemente, sabiendo que el buen Dios nos sostendrá; no es que vamos a negar lo existencia de tantos pecados, sino que los mismos nos han sido perdonados. Y este es el punto en el cual diferimos de los papistas. Los papistas afirman que las malas concupiscencias no son pecados siempre y cuando uno las resista; esa es una blasfemia execrable. Es como decir, "Dios tiene que renunciar a sí mismo y trastornar su ley." Y esta opinión no solamente es pasajera de parte de alguna gente sencilla e ignorante, sino que es una convicción que captura a grandes doctores en sus escuelas, o mejor dicho, en sus sinagogas diabólicas. Nosotros, por el contrario, decimos que estos son otros tantos pecados, pero que no nos son imputados por Dios puesto que él los borra mediante su bondad y gratuita misericordia, por medio de nuestro Señor Jesucristo en quien creemos; y teniendo semejante consuelo debiéramos esforzarnos tanto más, como ya lo he dicho.

Además, Job muestra claramente que sabía cuál era esta ofensa, y que hubiera sido culpable si hubiera mirado inmodestamente, porque añade, "*Qué galardón me daría el Dios de arriba, y qué heredad el Omnipotente de las alturas?*" Ahora Job muestra aquí que no está hablando de un auto-perfeccionamiento delante de los hombres, ni de adquirir una reputación por la fuerza y la santidad (como hacen aquellos que solamente quieren ser reconocidos aquí abajo), sino que tiene sus ojos fijados en Dios, y que habla como en su presencia, y le pide que sea testigo y Juez. Y a ese punto también tenemos que llegar nosotros; porque (como se ha discutido anteriormente) mientras queramos que nuestra vida sea aprobada por los hombres, estaremos llenos de mentiras, subterfugios y astucias; de manera que ello nos llevará a disfrazar lo blanco y cambiarlo en negro, y de hacer que la virtud sea pecado y viceversa. Así lo haremos cuando tratemos de ser aprobados por los hombres. Y así, todo aquel que quiera andar en rectitud, y tener la integridad que aquí menciona Job, ¡oh! ciertamente tendrá que recapacitar sobre sí mismo y no andar más aquí abajo diciendo, "¿Quién me hallará en falta?" No, eso tiene que ser eliminado, y la persona en cuestión tiene que presentarse delante de Dios diciendo, "Ahora bien, ¿quién soy? Es con Dios con quien tengo que tratar; cuando haya satisfecho a todos los hombres de la tierra, aun no habré ganado nada; todos tenemos que callarnos la boca, porque Dios no se complace con rostros hermosos, hermosos disfraces, apariencias, o cosas semejantes. El mira el corazón, sondea los pensamientos y descubre todo cuanto está oculto por las sombras." Siendo esto así, seamos constreñidos a andar en integridad y rectitud. Pero al contrario, nos distraemos aquí y allá, estamos sujetos a inventar subterfugios, y mediante hermosos desfiles adelantar nuestro mejor pie; y cuando ya no podemos hacer nada mejor nos cubrimos con hojas como nuestro padre Adán. Por eso, notemos bien la lección que se nos muestra aquí a todos los creyentes; es decir, cuando queramos andar adecuadamente, no sólo tenemos que hacerlo delante de los hombres, nuestros ojos no tienen que centrarse solamente en ellos; sino que tenemos que contemplar al Juez celestial, y tenemos que saber que es a él a quien tenemos que responder y rendir cuentas. Suficiente con esto. Además (como ya lo hemos mencionado) aquí Job sabía que Dios no soporta miradas inmodestas sin castigarlas. ¿Y por qué no? Porque ellas son otras tantas ofensas.

Luego agrega, "*La iniquidad será cortada.*" Con lo cual muestra que aquel que tenga ojos entregados a la vanidad, aunque no esté totalmente de acuerdo con ella, no obstante es condenado como pecador y malvado delante de Dios. Recordemos lo que se dijo del tiempo de Job; porque si bien no sabemos si vivió antes de la ley⁵ o no, de todos modos vivió antes de los profetas y, como ya hemos declarado, es mencionado como un hombre de la antigüedad. Entonces aquí está Job, procedente de un tiempo cuando Dios aun no había dado una doctrina totalmente amplia, o una luz tal como la que hemos tenido desde entonces; porque los profetas clarificaron en gran manera aquello que era oscuro en la ley. Job vivió antes; cuando solamente existía algo así como una pequeña chispa si consideramos la doctrina que ha existido desde ese entonces. Sin embargo, sabía bien que no debía ser atraído por un deseo mal sin ser culpable delante de Dios. Y ahora nosotros, ¡cuan culpables seremos teniendo el Sol de Justicia que resplandece sobre nosotros como en pleno mediodía! He aquí Jesucristo, con su evangelio nos ha traído una luz tan grande que no tenemos excusa. Si decimos, "Yo no lo entiendo, para mí es demasiado alto y demasiado profundo," ¿con qué derecho lo haríamos? Acaso no tenemos una doctrina suficientemente amplia, puesto que la voluntad de Dios nos ha sido tan plenamente manifestada? ¿Cómo, entonces, tendremos excusa si no reconocemos lo que reconoció Job? Y en esto se ve la venganza de Dios, es decir, cuan horrenda es sobre el papado, puesto que esas bestias se han atrevido a negar que el hombre peque al ser tentado así al mal teniendo puntos internos de contacto y concibiendo malos deseos, siempre y cuando no consienta totalmente con ellos. Y Job que no tenía una doctrina costosa (como ya lo hemos declarado) sin embargo, esto lo sabía muy bien. De modo entonces, mirémonos atentamente a nosotros mismos, y a que Dios nos ha concedido la gracia y el privilegio de hacernos conocer

su verdad mucho mejor de lo que fue en aquel tiempo; seamos vigilantes, y tan pronto abramos nuestros ojos, tan pronto experimentemos alguna vanidad en nosotros, algún deseo malo, reconozcamos "¡Oh! Existe pecado oculto en el interior, hemos ofendido a nuestro Dios, y nuestros ojos ya están contaminados con ellos; al aparecer el mal afuera, al existir chispas, ¿acaso son hechas sin fuego?" Entonces debemos aprender a condenarnos a nosotros mismos; en efecto, si no fuera por la misericordia de Dios seríamos destruidos por él; porque esa es la porción de nuestra herencia que nos ha sido preparada desde arriba. Es cierto que los hombres podrán justificarnos; pero nosotros tenemos que aparecer delante de Dios quien juzgará de manera totalmente distinta.

Y Job dice especialmente, "*Desde arriba, desde el cielo.*" Esta palabra se repite, pero no es lenguaje superfluo. ¿Y por qué no? Tácitamente hace una comparación entre el juicio de Dios y las opiniones que nosotros podríamos tener respecto de los hombres. Entonces, aquí hay hombres que podrían justificarnos por todo, y nuestra hediondez y nuestra pobreza no sería reconocida; nuestra reputación sería realmente como la de pequeños ángeles y, consecuentemente, supondríamos que no se halla falta en nosotros. Ahora, ¿de qué nos ha aprovechado? De nada en absoluto; porque aquí está Job quien nos llama desde las alturas. Muy bien, es cierto que aquí abajo los pecadores podrán ser absueltos, y serán fácilmente aprobados por los hombres; (porque aparentemente sólo se ven virtudes), ¿pero en las alturas? Allí está Dios quien trastornará todas las opiniones vanas que habrán reinado por un tiempo. Y así, aprendamos que tantas veces como seamos culpables habiendo sido atraídos a malas concupiscencias, también el pago nos ha sido preparado en el cielo, es decir, desde las alturas, a menos que el buen Dios nos proteja y use de su paternal bondad con nosotros. Esto entonces es lo que tenemos que recordar a efectos de magnificar la bondad de nuestro Dios, viendo que nos castiga severamente, y también para ser incitados a pedirle perdón por todas nuestras faltas de cada día.

Ahora, además se dice, "*¿No hay quebrantamiento para el impío, y extrañamiento para los que hacen iniquidad? ¿No ve él mis caminos, y cuenta todos mis pasos?*" Aquí Job expresa con mayor claridad la porción y la herencia de la que ha hablado; y es para afligirnos más, hasta el fondo del alma, con la convicción de nuestros pecados. Es cierto que no insiste en cada cosa de la cual habla en la ley, y no usa tantas palabras; sin embargo, el Espíritu Santo nos ha dado aquí, por medio de su boca una instrucción general. Porque cuando alguien nos habla de los juicios de Dios, y de los castigos que envía sobre los pecadores, nosotros somos tan lerdos que ello apenas nos mueve. Es necesario entonces que nuestro Señor nos despierte, y nos haga más sensibles con respecto de su terrible ira; es algo horrible tenerla así dirigida contra nosotros. Por eso es entonces que Job agrega la declaración que está contenida aquí, "*¿No será cortado el inicuo, y no será afligido el malvado?*" ¿Qué significa este "ser cortado?" Es que los malvados merecen ser exterminados, que Dios los arroje al infierno, que los destruya completamente, como también la palabra implica algo más que salario o herencia. Porque los hombres (como ya he dicho) se hacen creer ellos mismos que escaparán con un castigo leve; como cuando un criminal es detenido en la prisión, sabiendo que merece la horca, él mismo se hace creer que "Quizá escape con los azotes, quizá sea desterrado." De esa manera digo, los hombres no reconocen la ira de Dios tal como es; no reconocen el castigo que se merecen, puesto que no piensan en la muerte eterna. Vemos entonces, cómo Job, no sin causa, habiendo hablado de la porción que está preparada en las alturas para todos los malvados, agrega que se trata de una separación y turbación para arrojarlos al infierno. Ahora con esto reconozcamos que el Espíritu de Dios nos amonesta por nuestra indiferencia. Si con el golpe estuviéramos atentos a los juicios de Dios, dispuestos realmente a sentir nuestras faltas, no tendríamos necesidad de que el presentara dos veces la proposición; sería suficiente habernos advertido con una simple palabra. Pero el Espíritu Santo, habiendo hablado de la porción que Dios prepara para todos los que desprecian su ley, agrega "separando." Porque somos como brutos, y cuando alguien se limita a declararnos una cosa, nosotros no la comprendemos;

estamos preocupados con semejantes estupideces que si Dios nos golpea rudamente todavía no sentimos los golpes de su mano. Y entonces, ¿cómo hemos de estar afligidos por las advertencias que él nos hace? Es cierto que si se limitara a hablar, no seríamos tocados ni abatidos en nosotros mismos, viendo que por los golpes de su mano todavía no somos suficientemente humillados. Entonces, notemos bien que aquí se amonesta nuestra indiferencia y estupidez. Por lo tanto, estemos despiertos cuando Dios nos invita tan cuidadosamente, y seamos más instruidos para pensar en nosotros mismos. Eso es lo que tenemos que observar en este versículo.

Ahora, en conclusión, cuando Job dice, "*¿No ve él mis caminos y cuenta todos mis pasos?*" Notemos bien que se aplica a sí mismo la doctrina que ha presentado en términos generales. Porque había dicho, "*¿Qué galardón, o cuál es la porción de Dios en lo alto, y qué heredad es la del Omnipotente de los cielos?*" Así Job había hablado de todos; pero ahora aplica esta doctrina a su propio uso, y declara con qué propósito había hablado así. Entonces, cada vez que los juicios de Dios nos vengan a la memoria, ya sea que nos sean propuestos por los hombres y que leamos de ellas, tengamos la prudencia de reflexionar sobre nosotros mismos, y que cada uno mire a su propia persona. Porque los juicios de Dios no tienen que quedar como sepultados, sin que jamás se hable de ellos; sino que cada uno debe aplicarlos a sí mismo y a su uso particular. Esto es entonces, lo que tenemos que notar cuando Job, habiendo discutido la doctrina en general, se acerca más y más para mirar a su propia persona. "Dios" dice, "sondea y conoce mis caminos." Es decir, puesto que Dios es Juez de todos los hombres, ninguno puede escapar de su mano. "Dios," dice, "*¿acaso no conoce todos mis caminos, acaso no cuenta todos mis pasos?*" Con esto es suficiente para el primer punto.

En cuanto al segundo, notemos también el estilo que usa Job, diciendo que Dios mira sus caminos y pasos, y que los cuenta. Es para expresar que Dios no los cuenta solamente desde lejos, y que no solamente mira lo aparente aquí abajo; sino que mira cuidadosamente para notar y marcar todas nuestras obras; efectivamente, y no se trata de una mirada confusa; su mirada no confunde; él mira a efectos de contar, para enumerar cada cosa, de manera que nada se le escape, de no olvidar nada. Ahora (les pregunto) ¿No es para nosotros ocasión de reconocer mejor nuestros caminos, y contar nuestros pasos, al ver que Dios tiene presentes todas las cosas? ¿Por qué es que los hombres apenas reconocen una centésima parte de sus pecados? En efecto, una persona cometerá cien veces al día la misma falta, y escasamente pensará una vez en ella. ¿Cuál es la causa de esto? Es porque pensamos que Dios no nos observa desde arriba, no reconocemos que ante su mirada no se puede ocultar nada y que no olvida ninguna de nuestras obras y ninguno de nuestros pensamientos. Entonces procedamos a pesar bien las palabras contenidas aquí, es decir, que Dios conoce nuestros caminos y cuenta nuestros pasos, lo que quiere decir, que el número de ellos ya está establecido para él, que incluso hasta el último detalle tiene que venir a cuenta. Esto es lo que ganarán aquellos que con mentiras y adulaciones habrán cubierto sus malas obras; pues todas ellas tendrán que venir a la luz. ¿Qué queda entonces? Debíamos pensar en nosotros mismos más cuidadosamente de lo que hemos estado acostumbrados a hacerlo, y siempre debíamos estar alertos, a efectos de no ser sorprendidos por las emboscadas desde las cuales somos atacados de todas partes; y viendo que estamos sujetos a caer en tantos pecados de los cuales nuestra naturaleza está llena, examinémonos bien para estar disgustados con ellos, y sentirnos culpables delante de Dios; incluso gimamos nuestras confesiones con David (Salmo 119:12) reconociendo que es imposible que todas nuestras faltas nos sean conocidas. No obstante, oremos al buen Dios que, cuando haya identificado en nosotros las faltas y los pecados que nosotros mismos no podemos ver, se complazca en borrarlos por su misericordia; y que de esta manera no tengamos otra seguridad de nuestra salvación sino la de saber que él nos recibe a misericordia en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, y que también tenemos el lavamiento mediante el cual somos purgados, esto es, la sangre que ha derramado para nuestra redención.

Ahora inclinémonos en humilde reverencia ante el rostro de nuestro Dios.

NOTAS DEL TEXTO SERMÓN NO. 12

*Sermón 111 en *Calvini Opera, Corpus Reformatorum*, V. 34, pp. 622-635.

1. Aquí Calvino usa el francés, *fran-arbitre*, que sugiere en abundancia los muchos errores del "libre albedrío."
2. Mateo 5:28, Pero yo os digo, "cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón."
3. Lucas 10:27.
4. Francés: *l'Esprit*, "espíritu" o "mente," en Calvino generalmente se refiere a "mente."
5. La entrega de la ley por parte de Dios y el registro de la ley por parte de Moisés.

SERMÓN N° 13 LA PUREZA Y EQUIDAD DE JOB*

"Si fue mi corazón engañado acerca de mujer, y si estuve acechando a la puerta de mi prójimo, muela para otro mi mujer, y sobre ella otros se encorven. Porque es maldad e iniquidad que han de castigar los jueces. Porque es fuego que devoraría hasta el Abadón, y consumiría toda mi hacienda. Si hubiera tenido en poco el derecho de mi siervo y de mi sierva, cuando ellos contendían conmigo, ¿Qué haría yo cuando Dios se levantase? Y cuando él preguntara, ¿qué le respondería yo? El que en el vientre mi hizo a mí, ¿no lo hizo a él? Y no nos dispuso uno mismo en la matriz! (Job 31:9-15).

Aquí tenemos dos declaraciones de parte de Job, que son dignas de ser notadas. Una es que ha vivido en tanta castidad que delante de Dios es puro no habiendo tratado de seducir a ninguna mujer. La segunda es que no ha sido orgulloso ni cruel contra aquellos que le eran subordinados. Y aunque fue puesto sobre sus semejantes, teniendo incluso poder sobre ellos, él se mostró humano y modesto. Ahora tenemos que recordar lo que se discutió anteriormente; es decir, que Job, al afirmar que anduvo rectamente delante de Dios y de haber conversado con los hombres sin hacer daño a nadie, no se refiere a un solo aspecto, sino que abarca a toda la ley de Dios, y de todas las cosas contenidas allí deduce cómo también nosotros tenemos que ser especialmente amonestados por ellas. Porque (como hemos demostrado) no es suficiente con que tratemos de cumplir nuestro deber con respecto a un solo artículo, si entre tanto omitimos todo el resto. Porque Dios no quiere que las cosas que ha unido en su ley sean separadas o desarticuladas. Recordemos entonces lo que ya ha sido expuesto sobre esto. Ahora sigamos el orden observado aquí por Job, hasta que el resto haya sido agregado. En cuanto a lo que dice del adulterio, el sentido es que él mismo está dispuesto a soportar la vergüenza de que su esposa sea expuesta a adúlteros si él ha intentado seducir a alguna mujer. "Que otros" dice, "se encorven sobre mi mujer," que ella sufra tal vileza, que yo también lo soporte con respecto a mí mismo; "si mi corazón ha sido seducido, o si estuve acechando" dice Job, "a la puerta de mi prójimo," es decir "si he estado espiando para hacer el mal." Luego declara por qué considera al adulterio algo tan horrible. "Porque es" dice, "maldad e iniquidad que han de castigar los jueces," es decir, "digno de ser condenado. Es fuego que devoraría, y que quitaría la raíz de mi sustento." Así es entonces, cómo Job fue guardado en castidad y no fue dado a la hediondez del adulterio; es que sabía que era una cosa detestable, y que Dios no

lo soportaba. Ahora, en cuanto al castigo que menciona aquí, es el pago justo de fornicarios y adúlteros,¹ es decir, así como hicieron a otros, lo mismo les sea hecho a ellos; y no es solamente en este pasaje que ello se menciona, sino que tenemos el ejemplo más notable en la persona de David; porque si bien fue un santo profeta, y un rey escogido de en medio de toda la humanidad, teniendo testimonio de que Dios lo halló conforme a su corazón; sin embargo, por haber declinado repentinamente, y por haberse adueñado de la mujer de otro, vemos el castigo que le sobrevino; la maldición de Dios le es declarada por el profeta Natán. "Tú lo has hecho en secreto, pero te será devuelto en público; el sol," dice el profeta, "será testigo de ello." David había obrado con tal artimaña que pensó que su pecado no sería conocido por el mundo, y que sería librado de él puesto que no había reproche ni murmuración en contra suya; pero Dios vengó esa hipocresía y le dijo que si bien lo había hecho en secreto, su pecado tendría que ser publicado y él tendría que ser difamado, para que el pecado pudiera ser conocido por todos. ¿Y cómo? Es algo tremendo que su propio hijo viniera a causar el sonido de trompeta para reunir a la gente y para que las esposas del rey se vieran expuestas a toda vileza. Existe un incesto contrario a la naturaleza. Pero Dios declara que esto no ocurriría por casualidad.² "Soy yo," dice el Señor, "quien lo ha causado." Como diciendo, "Que ninguno considere a la persona de Absalón sin ir más al fondo. Es cierto que debe considerarse como algo detestable que haya violado así el orden de la naturaleza, pervirtiendo todo honor, y trayendo esta vergüenza a su padre; no obstante, fui yo quien estuvo obrando aquí, y no se debe suponer que esto haya ocurrido por accidente;³ sino que soy yo quien lo ha hecho," dice el Señor. Puesto que Dios no protegió a un profeta como él, un hombre investido de tal excelencia como la que hemos dicho, y que en toda su vida había andado en integridad, excepto por esta caída por causa de la mujer de Urías; si entonces Dios fue tan severo con David, a quien había elegido, ¿corno va a proteger a adúlteros que convierten la seducción de mujeres ajenas en un negocio común, que están al acecho para triunfar en sus malvados proyectos? ¿No tendrían que sentir que hay un Juez en el cielo, que no permitirá que tal maldad quede sin ser castigada? Dios causa entonces una vergüenza similar para que vuelva sobre esas personas, solamente para que reconozcan que han recibido un salario justo, tal como lo han merecido, y para que aprendan a humillarse ellos mismos delante de Dios. Además, esta amenaza debería aplacar mejor las tentaciones de aquellos que tienen algún temor de Dios, oyendo que si abusan de las mujeres de otros, también será preciso que sus mujeres sean violadas, corrompidas, y que Dios levantará adúlteros que ejecutarán, por así decirlo, su justicia. Si una persona tiene alguna gota de temor de Dios, y un poco de razonamiento, ciertamente se mantendrá bajo control, oyendo tal amenaza mediante la cual Dios le extiende una advertencia. Y para que cada uno todavía saque provecho de este pasaje, y por el hecho de ver que Dios no puede permitir semejante maldad, aprendamos a orar de tal manera a él que pueda gobernarnos de modo que nuestros malos deseos puedan ser domados/ y que esta malvada codicia no tenga dominio sobre nosotros y realmente no tenga ni acceso ni lugar allí. Con esto es suficiente para un ítem. Sin embargo, notemos qué más se dice acerca del crimen, para que no nos parezca extraño que Dios lo castigue tan severamente; porque siempre queremos medir los pecados con nuestras escalas, y traemos una balanza falsa (como se dijo ayer), quisiéramos, si nos fuera posible, argumentar con Dios y acusarlo de excesiva severidad cuando castiga nuestros pecados.

Y por ese motivo he dicho que debemos observar bien lo que Job continúa diciendo, "Porque es maldad," dice "demasiada grande, y una enormidad para ser condenada, es como un fuego que arde para devorar cada cosa a perdición." Esto significa que no debemos juzgar el adulterio conforme a la opinión común de los hombres que no hacen sino burlarse de él; porque vemos que hay chistes al respecto dando vueltas, y que muchas personas que desprecian a Dios y profanos que se mofan de ello. Se oirá esta blasfemia diabólica, "Es un pecado venial, por eso tiene que ser perdonado," y cosas similares; pero esto no ha comenzado hoy. Y también es por eso que San Pablo, habiendo hablado del adulterio, dice

(Efesios 5:6) "Amigos míos, estén atentos para no ser tentados con palabras; pues por este motivo la ira de Dios viene sobre los incrédulos." Satanás las ya había embriagado al mundo a tal extremo con cuentos sucios que el adulterio ya no era considerado tan detestable como tendría que ser. San Pablo dice que los hombres charlarán y se adularán mutuamente usando esas mofas en vano. ¿Y por qué? La ira de Dios seguirá de todos modos su curso habiendo mostrado desde siempre que el adulterio le era insoportable. En efecto, debíamos notar, en primer lugar, que es para corromper nuestros cuerpos que debieran ser templos del Espíritu Santo. Otros pecados, dice San Pablo (I Corintios 6:18p son cometidos de tal manera que su mancha y su marca no permanecen en el cuerpo del hombre, como el de la fornicación; porque pareciera que los fornicarios y las fornicarias están dispuestos a la desgracia trayendo su inmundicia y vergüenza delante de Dios. Si supiéramos que por la fornicación se profana el templo de Dios y del Santo Espíritu; que con ella uno separa los miembros del cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, ¡oh! ciertamente que tendríamos mayor horror ante este pecado del que tenemos. Y luego, cuando el adulterio es unido a la fornicación⁶ es para pervertir toda rectitud y equidad humana. Si uno roba los bienes de otro, el castigo será ejecutado, todo el mundo rechazará al ladrón, gritarán detrás de él, le golpearán en la cara; y el adulterio no es simple ratería; porque con él no se roba los bienes y el sustento de otro, uno roba el honor y todo lo demás, y no solamente a los que ya han nacido, sino a aquellos que aun no están formados en el vientre. Y luego, ¿No es el matrimonio un pacto sagrado, tal como lo llama el Señor en las escrituras? Si alguien en una venta ha falsificado el contrato, o si asume un título falso sobornando a algún falso testigo, habrá castigo y debe haber castigo. Ahora aquí está el mayor de los contratos que se puede hacer en el mundo que es violado y falsificado. Se hace una declaración tan solemne de la fidelidad, afirmando que el esposo posee a la esposa y la esposa al marido; vienen aquí al templo como a la presencia de Dios, se le invocará para que sea Juez y declare si cada uno ha cumplido lo que promete; y todo ello será destruido, de manera entonces, si reconocemos estas cosas, es cierto que fornicarios y adúlteros no debieran ser tolerados como lo son; sino que cada uno debiera considerarlos un horror, ni siquiera debiera haber quien controle sus sentimientos contra ellos, nadie que no sea su juez; y esta declaración debiera ser para ley y regla; y cada vez que haya alguien tan malvado que no pueda ser retenido por el temor a Dios, por la religión, los tales debieran, de todos modos, tener miedo a esta amenaza; en resumen, es cierto que debiera haber mayor celo para cortar semejante mal de en medio de nosotros. Con esto vemos entonces que existen muchos que profesan el evangelio pero apenas se preocupan por lo que se demuestra en contra de ellos; y aunque piensen "este es Dios el que habla," ello no los mueve. ¿Y por qué no? Porque Satanás los ha marcado; han sido arrastrados tan lejos que ya no tienen razón ni inteligencia en ellos. Y por eso recordemos tanto más la lección contenida aquí, Entonces, cuando dice, *"Fornicación es una gran maldad,^ y es iniquidad para ser condenada,"* cada uno se presente ante el juicio de Dios, y seamos sabios para conservarnos sin contaminación. Y puesto que esto es una virtud más que humana, y que seguramente es necesario que Dios obre para destruir todas las malvadas codicias oremos a él que por su Santo Espíritu pueda gobernarnos de tal manera que lleguemos a detestar este pecado, y que también siempre podamos tener ante nuestros ojos la venganza de la cual se habla aquí. Y aunque Dios tal vez no castigue a los fornicarios y adúlteros de la manera revelada aquí, sepamos que tiene diversos medios, de tal manera que no podremos escapar de su mano. Cuando un hombre haya seducido a la mujer de otro, si Dios no permite que la esposa del culpable caiga en semejante inmundicia (porque podría ocurrir que un hombre tenga una mujer virtuosa, y que Dios se apiade de ella, para que sea protegida, no sea abandonada al mal, aunque su esposo sea un hombre malvado), no por eso debe pensar el esposo, que tiene motivos para salir mejor; porque Dios sabe bien como encontrar otro medio de castigo. Reconozcamos entonces que tiene suficientes castigos en sus cofres, como se dice en el cántico de Moisés (Deuteronomio 32:34). Porque tiene azotes terribles que nos son desconocidos, y que puede exhibir cada vez que la

parezca bien; anticipemos su juicio, y rindámosle temor y reverencia, viendo que nos concede la gracia de advertirnos antes que su mano venga sobre nosotros.

Y luego, si todavía somos tan indiferentes como para no sentir la amonestación que se nos da aquí, notemos que el Espíritu Santo repite esta amenaza cuando dice, *"Es un fuego que devora a cada uno a perdición, es para cortar su sustento de raíz."* Los hombres ciertamente tienen que ser más que brutos, si esto no los despierta al menos; porque no solamente se dice que "es maldad, un pecado que merece ser castigado"; sino que "es fuego que lo consume todo, que va directamente a la raíz, es una perdición extrema, no quedará sustento alguno que no sea raído." Entonces, al oír que Dios nos amenaza de tal manera a efectos de que ira sea expuesta en forma terrible, ¿no deberíamos pensar, ahora o nunca, en nosotros? Y además, practiquemos esta doctrina de dos maneras, es decir, que cada uno la aproveche por propio derecho; y luego, tratemos también, tanto como nos sea posible, que cada uno, de acuerdo a su situación y vocación, de corregir este mal cuando lo encontremos en medio de la gente, a efectos de que seamos limpios de él. En cuanto al primero, que cada uno se examine a sí mismo, y que controle bien todos sus sentimientos, por temor a ser seducido. Ya hemos demostrado que no será suficiente que una persona sea impedida de cometer el acto, sino que debe guardar cuidadosamente sus ojos, de manera de no mirar a nadie sin la debida castidad. Porque aquel que haya mirado a la esposa de otro con una mala codicia, ya es juzgado delante de Dios como fornicario y adúltero. ¿Y qué ocurrirá entonces, si miramos al corazón, y si luego venimos para espiar y acechar a efectos de seducir a una mujer? Tanto más entonces, debemos ser vigilantes para mantener bajo control nuestras codicias, y en la medida en que estas sean intensas, que cada uno también piense en sí mismo, permanezcamos bajo control en el temor de Dios. Además, considerando una amenaza tan horrible que él proclama contra esto, tengamos el celo de corregir a los fornicarios cuando vemos que tienen dominio en nuestro medio; porque si los permitimos, y si son alimentados por nuestra indiferencia, seremos considerados ante Dios como aborregados y rufianes. No deben ser excusados; porque aquel que cierra un ojo, o es ciego y permite lo que hacen los fornicarios no puede ser exento delante de Dios de ser aborregado (como ya he dicho); y conforme a lo que hay en nosotros, no hacemos sino acumular leña para la ira de Dios. Si la casa de un fornicario tiene que ser consumida, y el fuego debiera devorar todo allí - y nosotros, por nuestra parte, no seguimos el consejo de no extinguirlo, motivando que los fornicarios no se pongan de moda en nuestro medio, y que sean algo común y permitido, el fuego tiene que ser encendido en toda la ciudad, y en todo el país, y tenemos que experimentar la maldición de Dios que nos socava por culpa de ellos y debiéramos ser enteramente consumidos. Y en cuanto a lo que se dice aquí, refiriéndose especialmente a los jueces, los que tienen la responsabilidad y el oficio de castigar los pecados, que se miren cuidadosamente a sí mismos; porque serán doblemente aborregados y doblemente rufianes delante de Dios si permiten que los fornicarios pasen delante de sus ojos, y ellos los ocultan, sin tomar nota de ellos, dándose incluso por satisfechos ya que los mismos estarán cada vez más de moda. Esto es entonces lo que debemos notar de este pasaje. Además, seamos instruidos para no ser retenidos solamente por el temor forzado de cometer el acto de fornicación; sino que viendo que Dios ha ejercido su gracia escogiéndonos a ser templos de su Santo Espíritu, y que nos ha acercado a sí mismo, oremos que quiera darnos la gracia de servirle en toda pureza, no solamente del cuerpo, sino también de la mente. Y puesto que estamos injertados en el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, y él nos ha unido a sí mismo como miembros suyos; estudiemos cómo evitarle la vergüenza de acercarnos contaminados con semejante suciedad.

Así es entonces, cómo los creyentes debieran ser inducidos a la castidad, no solamente por un temor forzado, sino reconociendo la gracia y el honor que Dios les ha hecho; así cómo estuvo dispuesto a acercarse a ellos, que entonces, también ellos no hagan sino pedir para acercarse a él por los medios de nuestro Señor Jesucristo. Suficiente con esto en cuanto a la declaración que Job hizo aquí contra los fornicarios. Vengamos ahora a la segunda declaración

que Job presenta; es que no solamente no violó el derecho de otro, sino que incluso no usó de orgullo o crueldad hacia aquellos que le estaban sujetos. Los siervos y las siervas de aquel tiempo no eran como los de hoy; no eran tenidos por contrato, como empleados, como personas pagadas; sino que eran esclavos toda su vida, de modo que eran poseídos como asnos y bueyes. Y esto es muy digno de ser notado; porque si bien, conforme al derecho humano, un señor podía tener dominio tanto sobre la muerte como sobre la vida de su servidumbre, no obstante, vemos la conducta de Job; es decir, se retuvo, y él mismo se impuso ley, puesto que sabía, que conforme a Dios aquellos que tienen tal señorío no deben abusar de él, no tienen que ser tiranos, no deben pisotear a criaturas razonables. Seguramente tenemos que notar entonces, cuál era la calidad y las condiciones de los siervos de aquel tiempo; porque esto es para reconocer mejor el humanitarismo de Job y la rectitud que practicó, no permitiéndose él mismo aquello que le hubiera sido permitido desde el punto de vista de los hombres; porque Job veía bien que, de acuerdo a Dios, ello no era lícito.

Ahora notemos las palabras que usa: "*Si yo he rehusado,*" dice, "*el derecho de mi siervo y de mi sierva, cuando ellos contendían conmigo.*" Porque la palabra que usa aquí significa "pelear," "debatir" y "tener alguna diferencia," o "juicio." Con esto Job indica que aunque podría haberles cerrado la boca a sus siervos y siervas, y aunque podía haberlos golpeado cada vez que le hubiera parecido bien, de manera que ninguno se habría irritado contra él. Sin embargo, les dio libertad para presentar sus casos; como al estar él enojado, si había excusas razonables, sus siervos y siervas podían debatir francamente sus casos y demostrar su derecho, de manera que Job no los oprimiera por la fuerza. Vemos entonces que no tenía ni orgullo ni crueldad. Ahora declara más plenamente de qué manera pudo controlar sus pasiones, al extremo de ser tan humano de soportar a sus inferiores; "porque," dice, "*el que los ha hecho a ellos también me ha hecho a mí, todos hemos sido formados de Uno.*" Esto podría interpretarse como que hemos sido formados en un mismo vientre, es decir, que todos somos descendientes de Adán, todos somos de la misma naturaleza; pero el significado tiene que ser llevado aun más lejos. Entonces, Job considera dos cosas al soportar a sus siervos y siervas. La primera es que tenemos un Creador común, que todos descendemos de Dios; y luego, que hay una misma naturaleza, de manera que tenemos que llegar a la conclusión de que todos los hombres, aunque tal vez sean de baja condición y despreciados de acuerdo al mundo, sin embargo, tienen hermandad con nosotros. Porque aquel que no condesciende a reconocer a un hombre como a su hermano tiene que convertirse él mismo en buey, o león, u oso, o alguna otra bestia salvaje, y tiene que renunciar a la imagen de Dios que está impresa en todos nosotros. Estas son las dos razones presentadas aquí por Job.

Consecuentemente su conclusión es, "*¿Qué haría yo cuando Dios me visitara? ¿No se levantaría contra mí? ¿Podría yo existir* delante de su rostro?*" Cuando él me llame a rendir cuentas de toda mi vida, ¿cómo podría responder si yo no hubiera sido humano con mis siervos?" Este es un pasaje que implica una doctrina grande y muy útil, siempre y cuando sepamos aprovecharla. Porque si tenemos que ser humanos hacia nuestros inferiores, de modo que, teniendo los medios para oprimirlos, tengamos que imponernos ley y medida y gobernarnos a nosotros mismos, ¿cuánto más hacia aquellos que son iguales a nosotros? Porque pareciera que si alguien me es sujeto, me tendría que ser lícito usar de tal autoridad, que él no pueda hablar, y que yo pudiera hacerle cualquier cosa. Como vemos que los hombres actualmente se convencen ellos mismos de ser mucho más de lo que realmente son; y si Dios les da alguna porción de autoridad, ellos la aumentarán de tal manera que no habrá ni fin ni medios. No obstante, debíamos proteger a aquellos que son inferiores a nosotros, y sobre los cuales hemos sido puestos. ¿Qué pasará entonces cuando tengamos que ver con nuestros iguales o superiores? Un señor será condenado delante de Dios si ha oprimido a su siervo con violencia, si él mismo se ha levantado con tal presunción y arrogancia que ya no permite a su siervo mantener un buen argumento; ¿y qué pasará si el siervo es rebelde contra su señor? ¿Qué pasará si un hijo se levanta contra su padre, o un súbdito contra su superior?

Es cierto, esto es menos soportable.

Entonces vemos aquí una doctrina general y común; es que en primer lugar aquellos que han sido elevados a alguna dignidad debieran reconocer que Dios no los ha puesto allí para aflojar las riendas, para molestar a otros y para mantenerlos bajo sus pies; sin que ellos siempre tengan que mantenerse en humildad y modestia. Suficiente con esto para un ítem. Porque la autoridad que existe entre los hombres debiera ser valorada de tal manera que aquel que sirve y es pequeño, no por eso sea despreciado. Es cierto que un hombre quisiera tener una sierva en su casa, y no hay sierva más noble que ella; entonces, un hombre quisiera ser oído y obedecido solamente en su casa. Ahora vemos, sin embargo, que un señor no tendrá tal dominio sobre sus siervos y siervas que no tenga la obligación de escucharlos pacíficamente cuando se les ha hecho daño. Entonces, si un hombre en su casa privada debiera usar de tal humanitarismo hacia los que le son inferiores, ¿qué será de aquellos que tienen la autoridad de la justicia?

Porque no tiene dominio sobre sus siervos y siervas como los señores. Existe una autoridad y una preeminencia honorable pero no es para dominar de tal manera a otros, que éstos estén en servidumbre; al contrario, que los reyes y príncipes no se adulen a sí mismos dando la impresión de que el mundo ha sido creado para ellos, porque ellos han sido creados para la multitud. ¿Acaso los principados y reinos no fueron establecidos por Dios para el bien común? No era solamente para poner a dos o tres de ellos encima de otros. De ninguna manera; en cambio, es para que haya un poco de orden en la humanidad y un poco de buena conducta. Entonces, los reyes y príncipes debieran considerar cómo conducir a sus subordinados, a efectos de no pisotearlos, y para no ejercer tiranía sobre ellos; porque serán mucho menos excusables que los amos cuando haya tratado cruelmente a sus siervos y siervas. Entonces es algo tanto menos permitido a aquellos que son llamados para administrar justicia, a aquellos que están puestos como siervos de Dios para administrar el derecho a cada uno. Si se olvidan o si son descarriados por el orgullo, Dios seguramente tendrá que castigarlos con mucha mayor severidad que a los amos que hicieron alguna violencia o algún daño a sus hermanos subordinados. Además, ¿es esa la forma en que aquellos que tienen alguna autoridad se erguirán? ¿Qué de aquellos que son de la misma condición? ¿Cómo ha de vivir cada uno con su pariente y con su prójimo? Si una persona se levanta por sí misma cuando debiera reconocer la igualdad de aquellos que la acompañan, de manera de embestirlos como un toro (les pregunto), ¿no es necesario que semejante orgullo sea subyugado? Y si un hombre, sin tener más que repentino coraje, quiere usurpar tal autoridad para con sus semejantes, de manera que solamente los mirará con desdén, al extremo de creer que todo el mundo debe temblar ante su mirada, ¿no será necesario que Dios ponga su mano sobre semejante bravata?

De modo entonces, notemos este pasaje; porque no es solamente para instruir a los amos en la modestia y el comportamiento humano, sino para todos en general, y por una razón muy grande. Y mientras seguimos viendo que Dios quiere que aquellos que son inferiores sufran y soporten a los que tienen autoridad sobre ellos; ciertamente cada uno tiene que considerar su estado y vocación y tenemos que aprender a conformarnos a tal modestia que un amo no oprima a sus siervos, que el siervo no se enoje contra su amo; sino que cada uno sea consciente de su tarea, de manera que Dios pueda ser servido en grado supremo. Eso es lo que tenemos que notar de este pasaje. Ahora, para estar más convencidos, si tal vez fuimos tan crueles en nuestra mente que hayamos querido usurpar más de lo que correspondía, sepamos que seremos condenados no solamente por la boca de Dios y de sus profetas, si en nosotros se ha mostrado esa crueldad y si hemos sido crueles con nuestros subordinados; pero, en tal caso, será necesario que los paganos, en el juicio final, sean nuestros jueces. Y he dicho que, de acuerdo a las leyes humanas, en aquel tiempo un amo tenía ese poder sobre la muerte y la vida de sus siervos. ¿Qué es lo que los paganos dijeron al respecto? "Tenemos que usar a nuestros siervos como a mercenarios, es decir, como a personas que hemos contratado,

y que nos deben sujeción." 9 Entonces, si personas incrédulas que vivieron en el pasado tuvieron este sentido de humanidad, de que cada uno tenía que imponerse la ley, aunque tuviesen licencia de hacer lo que bien les pareciera con sus siervos, les pregunto, ¿qué excusa habrá para nosotros que fuimos iluminados por la palabra de Dios si no tenemos por lo menos la misma consideración? Entonces notemos que si Dios nos eleva a cierta autoridad es para probar nuestra modestia; y si él nos da siervos y siervas, sujetos a nosotros, es para ejercitarnos en nuestra actitud humana y en la rectitud que aquí se mencionan. Y que podamos mostrar que si Dios nos da alguna gracia especial, la cual nos extiende de su parte, nosotros, por ese medio, somos motivados a usarla con sobriedad. Y si Aquel que tiene todo el poder sobre nosotros, sin embargo, nos protege, es para que le sigamos voluntariamente como hijos suyos; y que, anhelando ser semejantes a él seamos humanos los unos con los otros. Además, sepamos que este poder es totalmente perverso cuando un hombre, al amparo de su autoridad quiere eruirse cruelmente sobre otros; es, afirmo, la señal de una naturaleza totalmente maligna cuando un hombre quiere elevarse así sobre otros por causa de su crédito. Al contrario, los de naturaleza benigna y amorosa ciertamente siempre serán considerados con sus subalternos; ellos mismos se pondrán límites, y tanto más cuando Dios les da autoridad. No se trata de una obligación impuesta desde afuera como en el caso de algunos que actúan como perros; cuando no pueden hacer otra cosa se echan y usan todo tipo de adulaciones, pero luego, cuando se han levantado, saltan hacia adelante mostrando que no tenían ninguna modestia, sino que eran de naturaleza abyecta la cual se considera villana y detestable. Y esto debería inducirnos tanto más a la modestia que el Espíritu Santo nos exige en este pasaje. Pero lo principal es que observaremos bien las dos razones que ya hemos mencionado, es decir (1) que tenemos un Creador del cual todos provenimos, y (2) que todos somos de la misma naturaleza.

Esto es entonces lo que tenemos que considerar, para aplastar todo el orgullo y crueldad que hay en nosotros cuando seamos incitados por ellos. Entonces, si un hombre tiene casa, y si Dios le ha dado sirvientes y siervas, y si es tentado a eruirse demasiado y de usar de excesiva severidad, que busque el remedio que aquí nos es declarado. ¿Cómo? Cuando yo trate cruelmente a mis siervos, quitándoles el pan de la boca, de modo que no se atrevan a comer una migaja sin que yo rezongue, oprimiéndolos más de lo necesario; en resumen, si me muestro cruel con ellos ¿con quién estoy luchando? Es cierto que son míos; sin embargo no los ha creado y formado Dios? ¿No tenemos un Maestro común en el cielo? Esto es lo que sostiene Pablo (Efesios 6:9) cuando exhorta a los amos a proteger a sus criados: "Amigos míos" dice, "aunque ustedes sean superiores a ellos, no obstante, tienen un Amo en los cielos; porque aquellos que son puestos en alto no por eso dejan de estar sujetos; porque Dios está sobre ellos. Entonces, consideren que tendrán que rendirle cuentas a Aquel que les ha dado los sirvientes." Teniendo esta consideración, ¿acaso no estamos obligados a guardar nuestros límites? Porque, ¿acaso tenemos estas cosas por nosotros mismos? ¿De qué manera llegamos a esa superioridad que cada uno tiene en su lugar? ¿Acaso no es como un bien que Dios ha puesto en nuestras manos? No debemos entonces ser sabios y usarlo según su voluntad? Incluso los paganos han sabido qué decir cuando quisieron establecer dominios soberanos: "Bien, es cierto que los reyes están hechos para temor y espanto, sin embargo, no pueden huir de la mano del Juez celestial; hay un Dios que está encima de ellos." Si esto se dice de príncipes que tienen una superioridad soberana, ¿qué de aquellos que son de clase menor, como los amos y la servidumbre? Y, además (como he dicho) reconozcamos que "tenemos todos un Creador común." Cuando seamos capaces de tener en cuenta que todos provenimos de un mismo Dios, tenemos que llegar a la conclusión cierta, de que no podemos oprimir a nuestro prójimo sin ofender a Dios. Entonces, que ninguno se levante en vanidad; (como dice Salomón en Proverbios 14:31 y 17:5), que aquel que burla al ciego o al pobre, desprecia a su Hacedor. Allí hay un pobre hombre al que he despreciado, y de esa manera lo he avergonzado; es cierto que en primera instancia la ofensa va dirigida a un hombre mortal,

pero Dios lo pone delante suyo y toma la ofensa como dirigida a su propia persona.

Esto es entonces, lo que Job, o mejor dicho, el Espíritu Santo quiso hacer notar en este pasaje, diciendo que quien ha creado al amo también ha creado al siervo. De manera que, cuando seamos tocados por la vana presunción de apreciarnos más que a otros, queriendo tener tal dominio que los demás debieran cada uno obedecer nuestro juicio; que cada uno debiera arrojarse a nuestros pies, para que nosotros estemos en boca de todos; cuando ello ocurra reflexionemos así: "Aunque yo sea amo, Dios me ha hecho siervo; Dios lo ha formado a él, tanto como a mí." Pensar de esa manera será para subyugar la presunción que hubo en nosotros, para que toda altivez sea reprimida. También debiéramos tener la segunda consideración que se menciona aquí, es decir, que somos de una misma naturaleza. Porque, en verdad, Dios ciertamente ha formado a las bestias brutas, los árboles y otras cosas; pero a los hombres no los ha formado como a bestias, les ha dado inteligencia imprimiendo su imagen en ellos. Por otra parte, no puedo mirar a un hombre sin verme a mí mismo como en un espejo. Puesto entonces, que Dios ha establecido esa unión entre nosotros (les pregunto) el que trate de romperla, ¿no se está separando a sí mismo de la humanidad? ¿Acaso no sería digno de ser enviado de vuelta a los perros por no reconocer la naturaleza que Dios ha puesto en todos nosotros? ¿Pero qué? Muy pocas personas piensan en estas cosas; al contrario, se verá que cuando una persona es puesta solamente un punto más arriba ya pensará que no pertenece más a la gente común. Y tanto más hemos de notar cuidadosamente esta doctrina viendo que Job, en una época que todavía no disponía de la luz que tenemos ahora, sabía que por ser todos creados por el mismo Dios, puesto que a todos nos ha puesto en la misma categoría, debería corregirse el orgullo que hay en los hombres y toda ferocidad y altivez; les pregunto, ¿qué excusa tenemos si ahora Dios se declara a sí mismo como nuestro Padre? No solamente dice ser el Creador de la humanidad, de pobres y ricos, de siervos y amos, sino que él mismo se nombra nuestro Padre; entonces tenemos que tener hermandad entre nosotros a menos que queramos renunciar a la gracia de Dios, y separarnos nosotros mismos de su casa, en la que somos sus siervos. Vemos en qué extremo Jesucristo, el Señor de gloria, se humilló a sí mismo haciéndose siervo de siervos; así también nosotros tenemos una herencia común a la cual somos llamados, como lo dice San Pablo (Romanos 8:17). Entonces, siendo así aprendamos a humillarnos, y sabiendo que el orgullo y la crueldad nos cerrarán la puerta del paraíso seamos bondadosos y humanos hacia aquellos sobre quienes tenemos autoridad, puesto que el Señor los posee como a hijos. Y llevémonos de tal manera con ellos que Dios pueda ser glorificado por todos, por grandes y chicos, y sigamos un orden tal que cada uno pueda ser consciente de su deber, conforme a su vocación, y rindamos todo homenaje al gran Señor y Maestro, que es el Juez de todos nosotros.

Ahora inclinémonos en humilde reverencia ante el rostro de nuestro buen Dios.

NOTAS DEL TEXTO SERMÓN NO. 13

*Sermón 113 en *Calvini Opera, Corpus Reformatorum*, V. 34, pp. 648-660.

1. Francés: *paillardes et adulteres. 1. francés: de cas fortuit.*
2. Francés: *de cas d'aventure.*
3. Francés: *dontees*, domesticados, subyugados.
4. Este versículo dice "huye la fornicación." En la Biblia moderna francesa parecería faltar la palabra *paillardise* utilizada por Calvino. En Mateo 5:28 leemos *¡adultere*, y en I Corintios 6:18, *l'impudicite. L'impudicite* es el término más amplio porque aparentemente incluye relaciones ilícitas tanto entre personas casadas como solteras.
5. El pecado en sí es suficientemente grave si es solteras ambas partes, pero si una o ambas

partes son casadas, no solamente se comete el pecado en el cuerpo, sino también el de destruir uno o ambos hogares, según sea el caso.

6. Para Calvino cualquier "relajamiento" o violación de disciplina según Dios era un pecado muy grande. Quiera Dios que algunas de las Iglesias Reformadas despierten y comprendan ese hecho hoy.
7. Francés: *consister*. Se podría realizar un interesante estudio de *consister*, *existe?* y *subsister* en el uso de Calvino. Pero en general, no me he tomado el trabajo de trazar una distinción entre ellas.
8. Cicerón, *De Officiis*, 1, I C. 13 N° 41.

SERMÓN N°14 EL CARÁCTER HUMANO DE JOB*

"Si estorbé el contento de los pobres, e hice desfallecer los ojos de la viuda; si comí mi bocado solo, y no comió de él el huérfano (Porque desde mi juventud creció conmigo como con un padre, y desde el vientre de mi madre fui guía de la viuda); si he visto que pereciera alguno sin vestido, y al menesteroso sin abrigo; si no me bendijeron sus lomos, y del vellón de mis ovejas se calentaron; si alcé contra el huérfano mi mano, aunque viese que me ayudaran en la puerta; mi espalda se caiga de mi hombro, y el hueso de mi brazo sea quebrado. Porque temí el castigo de Dios, contra cuya majestad yo no tendría poder" (Job 31:16-23).

Aquí vemos el carácter humano¹ que tenía Job al ayudar a los pobres y necesitados. Por eso dijo que no había hecho daño a nadie, pero ahora va aun más allá, es decir, que teniendo piedad por las necesidades de los que iban a él por ayuda, los aliviaba con sus propios bienes y sustento, sí, incluso sin que tuvieran que esperar mucho. En esto demuestra haber tenido una disposición presente, es decir, que ni bien se le presentaba la petición se ocupaba de ella, sin demorar de día en día como hacen aquellos que aman el hacerse rogar. Y es por eso que dice, *"Si estorbé el contento de los pobres"* es decir, "si no he ayudado al pobre al verlo escaso y necesitado," o *"si hice desfallecer"* dice, *"los ojos de la viuda."* Porque si esperamos algo, anhelándolo, nuestro ojo siempre está puesto en ello; y cuando miramos a algo con todas nuestras ansias, nuestros ojos desfallecen y se marean. Entonces vemos el significado de lo que dice Job aquí, que no bajaba su hocico (como dicen) cuando los pobres venían para pedirle ayuda, sino que los auxiliaba inmediatamente. Job afirma que *"no vio que pereciera alguno sin vestido, ni menesteroso sin abrigo,"* sino que más bien los trató de tal modo que *sus lomos y costados le bendecían.* Es decir, sentían el favor que él les manifestaba. *"Del vellón de mis ovejas se calentaban."* En resumen, Job dice que *"no comió su bocado solo, ni devoró él mismo los bienes que Dios le había dado, sino que les dio parte a las viudas y huérfanos que estaban con él."* *"El huérfano (dice Job) creció conmigo como con un padre."* Con lo que indica que había sido un padre para los huérfanos. *"Desde el vientre de mi madre (dice) fui guía de la viuda, me he ocupado de los pobres que necesitaban ayuda y nunca les he fallado. Y si no ha sido así, que mi espalda se caiga de mis hombros,"* es decir, "que mis miembros se desliguen, y que me descomponga y me haga pedazos. *"Que mi brazo (dice Job) se salga de su unión y que sus huesos se quiebren;* que el mundo vea la grande y horrible maldición de Dios sobre mí y mi cuerpo (dice Job) si he hecho daño a los débiles, a los que eran incapaces de defenderse ellos mismos, si yo hubiera levantado mi mano contra los huérfanos; y aunque pude haberles hecho daño en lugar de cada ayuda que debían recibir de mi mano, que la justicia me defiende en mi error; entonces, si yo he intentado semejante cosa, que sea yo despedazado y deshecho en mi vida." Y esto fue así *"porque temí el castigo de Dios, porque no soportaría su carga."* De esta manera declara (como ya lo había hecho antes) que no era el respeto por los hombres, ni la vergüenza ante el mundo, ni ninguna otra consideración la que le impedía hacer el mal; sino

que, viendo que Dios era su Juez, por ese motivo andaba en rectitud. Y aunque pudiera haber andado impune en el mundo, sin temor de ser perseguido por la justicia o de otra manera, y pudiendo haberse tomado la libertad de causar daño a los de clase más baja, basándose en el concepto que tenían de él, no obstante, siempre tuvo la consideración de decir, "Ciertamente, Dios mío, sé que tu ira sería terrible sobre mí, y ¿cómo podría yo soportarla?" Para ser breve, Job muestra aquí que el abstenerse del pecado no era por temor al castigo (porque no veía ninguno) sino por causa de la conciencia que le compelió a obedecer a Dios y temer sus juicios venideros. Este es el efecto del contenido que encontramos aquí.

Y, en primer lugar, tenemos aquí una lección para demostrar que somos hijos de Dios; y es que tenemos que ser piadosos para ayudar al prójimo en su necesidad. De manera que aquí se nos recomienda dar limosnas. Muchas veces se les ha dicho a ustedes que la palabra "limosnas" significa lo mismo que "misericordia." Ahora vemos que entre otros títulos Dios se atribuye éste, el de ser humano y misericordioso. Entonces, no podemos ser sus hijos, ni él nos reconocerá como tales, a menos que aquí sigamos su ejemplo. Es que debiéramos ser movidos a la piedad cuando vemos a los pobres en adversidad, e ir cada uno a proveerles de acuerdo a su habilidad. Es cierto que bien podríamos dar todo nuestro sustento, y sin embargo, todavía no se contará como virtud. Porque antes que la mano se abra para dar, es preciso que el corazón sea tocado con compasión. Pero si tenemos piedad de aquellos que están en adversidad es preciso que les ayudemos según seamos capaces (como dice Santiago en 2:16); si digo a un pobre, "Amigo mío, que Dios te ayuda," estoy mostrando que no tengo amor. Si digo, "Este hombre da mucha lástima," y sin embargo entre tanto no hago nada para ayudar al que tendría que ayudar; lo que digo es una burla, y no soy más que un hipócrita. Es decir, allí veo cómo Dios me muestra un caso digno de piedad, y es como si Dios me diera la oportunidad de ocuparme en ello; y de esa manera veo que me llama, y no obstante entre tanto no doy ninguna señal al respecto. Si hubiera una sola gota de humanidad en mí, ¿no trataría por mi parte de ayudar en semejante necesidad? Entonces, en este texto tenemos que recordar que el Espíritu Santo nos exhorta a dar limosnas, y que las mismas consisten de dos elementos: esto es (1) de tener piedad de nuestros semejantes cuando los vemos en adversidad; y, además, en tener un afecto tan piadoso que (2) busquemos la forma de ayudarles, y ejercitándose cada persona en esta habilidad. Es cierto que no podemos satisfacer todas las necesidades que vemos, y por eso un cristiano se puede lamentar en su corazón, sin poner su mano sobre la billetera. Porque es imposible (incluso para aquellos que tienen las mejores intenciones) de ayudar en todos los casos. Y por eso, esta piedad les servirá y Dios la acepta como una limosna como si los pobres fueran llenados y alimentados por ella; y cuando tienen esa compasión de un pobre, es un sacrificio tan grande delante de Dios, que es como si hubieran dado y actuado y distribuido con mano abierta. Sin embargo, es preciso que siempre estemos atentos para actuar de acuerdo a nuestra posibilidad, sabiendo que nuestro Señor nos ha hecho mayordomos de los bienes suyos los cuales ha puesto en nuestras manos, no con el propósito de que cada uno los devore solo, sino para que los hagamos llegar a aquellos que los necesitan. También es cierto que nadie puede establecer una norma definida en este caso; y ciertamente cuando San Pablo lo menciona, dice que Dios nos constriñe, no a modo de una necesidad, sino que quiere que lo hagamos con libre devoción (Romanos 12:8). De paso, recordemos claramente que si el pobre pasa ante nosotros y nosotros vemos su necesidad manteniendo la billetera cerrada, de manera de no condescender a ayudarles, ello es una señal segura de que somos como bestias salvajes y que no hay una pizca de piedad en nosotros, y que algún día sentiremos la misma crueldad si Dios nos envía algunas aflicciones; y que cuando estemos en miseria nadie sea movido por ello, sino que la gente nos mire con desdén, de manera de rechazarnos y dejarnos completamente desprovistos. Porque esa es la medida y el pago que Dios acostumbra a dar a todos los que tienen el corazón endurecido hacia sus semejantes; conforme a lo que está dicho, aquel que carece de misericordia, sin misericordia será juzgado. Si además los hombres son crueles hacia nosotros de acuerdo a como hemos

desamparado a otros; al final también nosotros tendremos que aparecer delante de Dios, quien nos tratará con todo rigor, por no haber seguido la bondad que hay en él, y que él quisiera que fuese nuestra regla y ejemplo. Entonces, es tanto más necesario que recordemos la doctrina que aquí se nos muestra, esto es que Dios piensa que no es suficiente con solamente abstenernos de hacer el mal, o de dañar a nuestros semejantes, o de privar a otras personas de los bienes y del sustento. Ciertamente ya es una especie de virtud cuando podemos afirmar que tenemos las manos limpias, y que no somos dados al robo, engaño y a la extorsión; pero por todo ello no vayamos a pensar que estamos eximidos. Porque si Dios nos ha dado con qué ayudar a aquellos que tienen necesidad, si no lo hacemos, somos culpables. Y ¿por qué? Porque habremos tomado los bienes de Dios y les habremos dado otro uso al que él quería. Si a un siervo se le encomiendan los bienes del amo, y si el amo le ordena dar tanto a fulano, y a pagar una suma de dinero que debe a mengano; o si le ha dado orden diciendo cómo quiere que sus bienes sean gastados, y si ahora el siervo asume el papel de avaro, de modo que si viene una persona tras suyo diciendo, "págame," pero él sin embargo, no le da un centavo; y si viene otro diciendo, "tu amo quiere que me des cierta cosa," y él sin embargo, no le da nada, y si toda la casa clama a él por pan, pero él deja que la servidumbre de su amo se muera de hambre; les pregunto, ¿Acaso es tolerable que ese siervo responda diciendo, "Señor, no he tocado ni una pizca de tus bienes; porque, Señor, te he reservado a ti todo lo que tenía"? Entonces el amo podrá avergonzarse diciendo, "No fue con ese propósito que he puesto mis bienes en tus manos. Ahora me has avergonzado, porque no has colocado mis bienes donde yo te lo había indicado; y ahora debo soportar yo la vergüenza de tu avaricia al pellizcar de lo que no era tuyo." Ahora bien, cuando el amo venga a semejante siervo, ¿acaso no lo condenará como malvado? De la misma manera Dios nos da sus bienes con el propósito de aliviar con ellos a nuestros hermanos pobres. Pero, si por el contrario, somos tan insensibles que ni un centavo sale de nuestras billeteras, ni un bocado de pan de nuestra mesa, ¿qué será de nosotros? Acaso no es defraudar a aquellos a quienes Dios ha mandado tener parte de nuestro sustento cuando robamos a Dios aquellos que él ha puesto en nuestras manos? Entonces, como he dicho antes, aprendamos a ser más misericordiosos, y, aunque nadie pueda imponer una ley definida diciendo "Debes dar tanto," no obstante, que cada uno se ejercite y considere su propia posibilidad, sabiendo bien que cuando hayamos hecho cuanto pudimos, aun no habremos quedado libres de nuestra responsabilidad.

De esa manera entonces, ustedes ven la ley particular que cada persona debiera seguir, es decir, que esta caridad debiera extenderse a lo largo y ancho, aun al extremo de hacernos confesar que no hemos cumplido nuestra responsabilidad hacia los pobres. Y si hacemos todo lo que está a nuestro alcance (aunque no logremos completa perfección) que no sea con avaricia ni murmuraciones, sino con un corazón dispuesto a ayudar a los que tienen necesidad; estemos seguros que nuestro Señor acepta nuestras limosnas como un sacrificio agradable; sí, aunque haya un poco de sal en ello y aunque no hagamos ni la décima parte de lo que estamos obligados a hacer. Con todo esto es preciso que marquemos la circunstancia que aquí se nos presenta, para que no causemos esperas a los necesitados (porque cuando nos demoramos de esa manera, es una muestra de que nuestro corazón no está dispuesto a hacer el bien a nuestro prójimo) posponiéndolo para otro momento, excepto que sea por un buen motivo. Porque muy bien puede ocurrir que un hombre sea piadoso y sin embargo averigüe cuál es la necesidad de la otra parte, pero esta no es la demora que Job menciona aquí afirmando que no ha desalentado al pobre en su deseo. Porque aquí intenta expresar el hastío de los avaros, es decir, su reacción cuando una persona desea algún alivio de ellos y gustosa recibiría un centavo de sus billeteras; para ellos es como sacarles los intestinos y por lo tanto siempre estarían gustosos de tener alguna ayuda. Les gusta tener un pagador enfermo cuando los hombres van en demanda de su deuda; saben bien que deben pagar, sí, y que están en buenas condiciones de hacerlo, pero les hace bien jactarse por uno o dos días con el dinero en la billetera; o bien son como un hombre que es llevado a la horca; se demora todo lo que

puede, y cuando llega el momento de subir la escalera, se detiene a cada paso. Los guasones estos hacen lo mismo; cuando viene una persona demandando su deuda, ellos retroceden, y mucho más si viene pidiendo limosnas. Pero si fuéramos caritativos seguramente no tendríamos esta repugnancia, no pediríamos semejantes treguas, los pobres no se debilitarían por nuestra culpa, hasta ensordecernos los oídos con su clamor; sino que trataríamos de ayudarles en ese mismo momento conforme a nuestras posibilidades.

Ustedes ven entonces, lo que tenemos que recordar de este pasaje; es que si queremos dar limosnas aceptables a Dios, no debemos demorarnos hasta ser importunados por los pedidos y el clamor; sino que, viendo una necesidad, debemos dar adecuadamente en ese mismo momento; como cuando nosotros soportamos alguna adversidad nos parece que la gente nunca vendrá a tiempo para ayudarnos. Y, entonces, ¿por qué no tratamos de igual manera a nosotros? No hace falta tomar otra medida sino esa. Porque es una regla realmente natural que hagamos a otros como queremos que nos sea hecho a nosotros; sin embargo, somos apurados para anhelar ayuda y lamentablemente lerdos para darla. Entonces, ven por qué debemos notar tanto más esta afirmación de que Job no hizo esperar a la viuda, ni desalentó al pobre en su deseo.

Y ahora agrega, *que no ha comido su bocado solo, sino que le dio al huérfano, y a la viuda.* ¿Por qué? *porque (dice) desde el vientre mi madre he guiado a la viuda, y al huérfano he dado de comer como un padre.* Aquí tenemos un hermoso ejemplo de generosidad y liberalidad. Porque aquí no se trata de algunas pequeñas limosnas para una semana, tres o cuatro; sino que Job declara aquí que ha sido un padre para los huérfanos y un protector para las viudas; no sólo para ayudarles, sino alimentándolas también de sus bienes y sustento. Al oír esto, les pregunto, ¿no debiéramos estar profundamente avergonzados de que en nuestro corazón apenas y con dificultad podemos hallar a uno entre cien para ayudarle? De manera que si fracasamos una veintena de veces, no obstante, pensamos estar eximidos dando una limosna ligera a algún individuo; no que le proveamos las cosas que necesita, sino que de paso le damos una monedita, como diciendo, "anda, cómprate algo." ¿Acaso no es para gran vergüenza nuestra que aquí Job nos sea puesto como espejo, y que en su persona el Señor nos muestre nuestro deber, y que, sin embargo, nosotros no hagamos nada? No obstante, el contenido que encontramos aquí debiera servirnos para nuestro aprendizaje e instrucción. Por otra parte sirve para condenarnos, puesto que no se necesitarán otros registros delante de Dios para reprocharnos nuestra bestial crueldad, al menos si no seguimos lo que aquí se nos muestra en cuanto a Job.

Es cierto que si bien no tenemos esta perfección, no por eso Dios dejará de aceptarnos, como ya he dicho. Aunque nuestras limosnas no son lo que debieran ser, siempre y cuando tengamos tal compasión de los que están en angustia que tratemos de hacerles el bien y lo hagamos con ánimo pronto, Dios lo acepta. Pero entre tanto, ¿si no podemos igualar a Job, hemos de dejar de seguirle por eso? ¿No debiéramos al menos hacer algo para conformarnos a su ejemplo? ¿Acaso no demos apuntar a la misma meta? Tal vez no seamos capaces de criar huérfanos, puesto que, aun teniendo los medios para ello, podría ser que nuestra debilidad nos retenga de entregarnos completamente; pero al menos hemos de tener alguna compasión. Y luego, si no podemos llegar a lo que llegó Job, al menos vayamos en esa dirección, puesto que Dios nos llama a hacerlo. Pero, ¿acaso no es una gran vergüenza que no hagamos nada? O si moviendo apenas una pierna, por eso ya crujimos los dientes, como lo hacen estos haraganes que al dar un solo paso con el pie, creen que están arrastrando toda una montaña. Y luego levantan un brazo. Es algo que les espanta, y les hace crujir los dientes, y en vez de avanzar retroceden. Si vamos a trabajar de esa manera, ¿acaso no será una señal de que no hay disposición en nosotros?

Por eso, si no podemos llegar a la perfección que Job declara haber tenido, declaración que hace, no a modo de jactancia, sino a efectos de que seamos tanto más movidos a ello, al menos aprendamos a seguir su ejemplo. Porque Dios sabiendo que nunca mejoramos por

medio de una lección sencilla, pone espejos delante de nosotros para que tengamos menor excusa. Si una persona pregunta, "¿Cómo entonces, hemos de dar a todas las personas sin discriminación?" La respuesta es que el Espíritu Santo no quiere que las limosnas sean sin discriminación, de modo que a nadie le importe cómo son usados los bienes de la gente; porque si vamos a hacerlo sin discreción, cada uno realmente quedaría como seco, y al final el pobre quedaría desprovisto de ayuda; porque el más osado (como dicen) se llevaría todo. ¿Y qué tipo de personas son las más osadas? Son las que menos piedad merecen, porque fingirán ser pobres, solamente para juntarlo todo ellas mismas; solamente buscan recoger el doble o triple, y difícilmente se preocupan de otros que sufren hambre y sed. Por eso es bueno que los hombres sean prudentes y se fijen cuidadosamente a quién dan, especialmente teniendo en cuenta la lujuria que hoy existe en el mundo; porque da pena ver cuántos hipócritas hay. Difícilmente se encontrará a uno entre cien que sea digno de ayuda, porque si bien son realmente pobres, sin embargo, nadie sabe cómo ayudarles, porque tan pronto reciben algo cae en la glotonería y borrachera, y de esa manera Dios los lleva a gastar todo. Para ser breve, hemos llegado a la medida completa de toda iniquidad puesto que tenemos que usar de gran discreción, y escudriñar cuidadosamente cuando vamos a dar algo. Pero entre tanto, cuidémonos de no querer ocultar nuestra tacañería a la sombra de la prudencia. Porque Dios no condena el hecho de que los hombres consideren a quién van a dar, para que la dádiva sea bien colocada; no, pero primero nos corresponde estar totalmente resueltos en nuestro corazón diciendo: "En cuanto a mí no me preocupa retener conforme a los bienes que tengo; haré el bien conforme a mi habilidad; lo que más deseo es encontrar adonde pueda ayudar." Cuando alguien haya tomado esta resolución, déjelo averiguar si sus limosnas son bien invertidas en esta o aquellas persona (porque podrá hacerlo libremente); pero si una persona se dice a sí misma, "oh cuando se trate de dar, el primer requisito es el de tener buen juicio," excusándose siempre y afirmando... "Oh, pero no veo pobreza allí," (y es muy fácil tener algún pretexto para no hacer nada), esa persona manifiesta lo único que quiere es ser eximida de ayudar a aquellos que necesitan su ayuda. Entonces, si queremos inquirir por nosotros mismos, es preciso que antes tengamos la disposición de dar, es decir, es necesario que sólo queramos hacer el bien; luego, haremos osadamente, por nosotros mismos, las averiguaciones. Podemos hacerlas, siempre y cuando en primer lugar seamos correctamente motivados, y que no estemos queriendo esconder nuestra avaricia. Esta es entonces, la actitud a la cual debemos llegar. Entre tanto, nuestra diligencia en las averiguaciones, no debe ser excesiva, porque haciendo el bien es imposible no ser engañados, y aunque nos esforcemos grandemente en discriminar, no podremos evitar dar algunas limosnas a aquellos que no las merecen. Y es por eso también que San Pablo nos exhorta a no cansarnos de hacer el bien (Gálatas 6:9). Porque tendremos muchos obstáculos para hacer el bien. Habrá muchos bufones que nos calumniarán, después seguirá la ingratitud, y todo ello podría desalentarnos. Sin embargo, es preciso que siempre tengamos buen ánimo y continuemos, sea cual fuere el resultado. En resumen (siguiendo lo que ya he dicho) no podemos establecer aquí todo tipo de leyes especiales, sino que la regla general que Dios nos da debiera alcanzarnos, esto es que debiéramos tener un corazón humano, inclinado a la piedad y compasión, que debiéramos querer hacer el bien, y ayudar a aquellos que tienen necesidad de nuestra ayuda, y que no debiéramos ser motivo de demora para aquellos que nos esperan, más bien debiéramos tener un corazón abierto, para que la mano también pueda estar abierta cuando la necesidad lo requiera. Esto es, en resumen, lo que hemos de observar aquí.

Además, notemos bien que luego Job dijo *que no quería que el necesitado de ropa muriese, que no había permitido que el desnudo muriese de frío.* "Sino," dijo, *"sus lomos y sus costados me han bendecido, y se han calentado con el vellón de mis ovejas."* Aquí Job demuestra que trató por todos los medios de ocuparse en dar limosnas, alimentando no sólo a los hambrientos, y dando de beber a los sedientos, sino vistiendo también a los desnudos. En efecto, si queremos ser piadosos tenemos que ministrar a las necesidades de nuestros

semejantes, tal como los vemos; porque no es suficiente con ayudar en un solo sentido. Es cierto que no todos pueden ser semejantes a Job; porque no tenemos miles de animales como él los tenía, de modo de ser contado entre los grandes príncipes de hoy con respecto de su renta; como hemos visto, no solamente tenía bueyes, por pares o por centenas, sino que tenía suficientes rebaños para cinco o seis pueblos grandes, en efecto, mucho más, para todo un país. Porque hemos visto que en cuanto a su hacienda solamente su riqueza y sustento eran semejantes a la hacienda de todo un país. Y no todos llegarán a eso. Pero sea como fuere, miremos nuestra propia capacidad; porque de acuerdo a ella tenemos que tratar de hacer el bien. Porque sabemos que está escrito que Jesucristo alabó a la viuda que solamente había dado dos monedas, y la reconoció más que a todos los que habían dado grandes sumas de dinero. ¿El motivo? Ella había dado todo su sustento, mientras que los otros solamente habían dado una pequeña parte en comparación con sus riquezas. Entonces, que cada uno se considere a sí mismo; y, en primer lugar, viendo la necesidad del prójimo, sea de bebida o de vestimenta, si no podemos ayudarles de otra manera, al menos oremos a Dios que tenga piedad de ellos, y que él los levante; para que no seamos responsables del hecho de no haber recibido ayuda. Esto es, entonces, lo que tenemos que recordar, que Job, habiendo hablado de su bocado, y habiendo dado una parte a los hambrientos, agrega que también había vestido a aquellos que sin su ayuda podrían haber muerto de frío.

Incluso dice que *sus lomos lo han bendecido*. Con lo cual declara que tuvieron ocasión de ser agradecidos hacia él. Sin embargo, muestra que no ayudaba a los hombres por pago, y que no buscaba aquellos que haciendo bien a otro incrementaría lo suyo propio; sino que se daba por satisfecho sabiendo que el bien era aceptable a Dios. Esta es una lección que haríamos bien en recordar; porque aunque las personas puedan ser desagradecidas, y aunque aquellos a quienes hayamos hecho bien murmuren contra nosotros, y aunque tal vez devuelvan mal por bien; aun así no habremos perdido nada con hacerles el bien. ¿Y por qué? Aunque crujan, si los hemos alimentado sus vientres nos bendecirán delante de Dios; si les hemos ayudado de otra manera, el respectivo órgano tiene que responder. Es cierto que algunas veces serán tan malvados que dirán: "Ciertamente, ¿acaso es esto para un buen propósito?" Como hemos de ver, hoy los más pobres son los más orgullosos; aquellos a quienes hemos tratado de hacer el bien serán los más calumniadores. Probablemente sea esto lo que veamos; sin embargo, no nos enojemos por ello. Si no podemos soportar semejante ingratitud, notemos la palabra que está escrita aquí, esto es, que aquello que hayamos hecho nos bendecirá delante de Dios. ¿Acaso existe una persona tan villana que, siendo ayudada, rezongue y murmure? Bien, dicha persona todavía tiene costillas; y si la hemos vestido, su cuerpo tiene que bendecirnos delante de Dios. Es cierto que la persona en sí quizá no sea afectada tanto; pero, aunque eso pueda ocurrir, Dios considera el cuerpo que ha sido vestido; y esta bendición será tenida en cuenta delante de él. Como he dicho, el vientre de una persona que ha sido alimentada habla, y aunque su boca quizá sea tan desleal, aunque convierta el bien en mal, y aunque sólo salga veneno de ella; no obstante, el Señor acepta la limosna que se ha dado. Esto es entonces lo que hemos de notar a efectos de ser incitados a ayudar a aquellos que nos necesitan, que no pensemos si ellos van a recompensarnos o devolvernos el bien hecho, o incluso decir "Gracias." Porque, supongan que hagan exactamente lo contrario. No obstante, nuestro esfuerzo no se habrá perdido, puesto que Dios acepta el sacrificio que ha sido hecho. Esta, entonces, es la implicancia de lo dicho: *"las costillas o los riñones bendicen a aquellos que vistieron a una persona que tuvo frío."* Por otra parte, notemos que si los pobres no claman por venganza contra nosotros y no se quejan, no obstante, sus costillas nos maldecirán si han sufrido privación, y si hemos cerrado nuestros ojos, y no les hemos tenido piedad, diciendo "Yo me siento bien; no me importa como se sientan otros." Entonces, si hemos tenido esa crueldad, ciertamente Dios hará hablar a sus costillas y riñones; si personas pobres y desamparadas murieron por causa de sus necesidades sin que nosotros fuésemos condescendientes para ayudarles, aunque ellas quizá no abran la boca para quejarse de nuestra crueldad, la angustia

que ha sufrido tendrá que clamar y quejarse delante de Dios, y es preciso que se haga venganza de acuerdo con dicha queja. Esto ocurrirá aunque esas personas no digan una palabra, como hemos afirmado.

Ahora, después que Job habló de esta manera, agrega: *"que no ha levantado su mano contra el huérfano, aunque en la puerta le hubieran ayudado."* Es decir, aunque podía haberlo hecho sin ser castigado por los hombres; porque en aquel tiempo los juicios se conducían en las puertas de la ciudad, puesto que era el lugar de concurrencia popular. "Entonces, Job dice, "Es cierto que a uno lo podría haber hecho temblar, a otro huir; yo podría haber sido un relámpago, y sin embargo, nadie habría dicho una palabra contra mí. ¿Y por qué no? La persona que goza de buena reputación es soportada sin que nadie se atreva a quejarse contra ella; y si alguien se quejara los jueces no se atreverían a ejercer el derecho. Aunque yo tenga tal reputación que las cortes me permitirían cualquier cosa que yo intentase, sin embargo, no abusé de ello; ni siquiera he pisoteado a los pobres; cuando hubo un huérfano no traté de aprovecharme; porque sabemos que los huérfanos son, con frecuencia, víctimas del pillaje." Job entonces demuestra que era tan recto² que aun pudiendo haberse adueñado del sustento de otro, nunca intentó hacerlo, nunca trató de aprovecharse a expensas de otro, en efecto, aunque los hombres, por su parte, lo hubieran permitido. Pero Job agrega el motivo: *"Porque "* dice, *"he temido la aflicción y ruina de parte de Dios."* Como si dijera, "No solamente considero el hecho de que los hombres no me reprocharían, sino que he mantenido mis ojos puestos en Dios, quien es mi Juez celestial." Ahora vemos, en primer lugar, que desde siempre han existido grandes corrupciones, de manera que las personas que se ocupan de hacer el bien a todos, no por eso son eximidas. Entonces, en la actualidad no es nada nuevo que los jueces se den la mano con los más malvados, favoreciéndolos y soportando todas sus malas obras; esto ha sido una costumbre común. Tanto más debieran los que administran justicia considerar de qué manera serán aceptados por Dios. Pero, ¿qué es lo que vemos? La corrupción ha gobernado durante mucho tiempo y hoy se manifiesta más que nunca. Si alguien dice, "Está bien, no importa, porque esta maldad ha existido desde tiempos muy antiguos, no por eso será perdonado. Además, no había en aquel entonces este conocimiento de Dios, la enseñanza no era tan familiar como lo es hoy. Entonces, los que están sentados en los tronos de justicia, sosteniendo el martillo, mientras permiten las extorsiones, viendo que un pobre es pisoteado sin tomar nota de ello, viendo que las personas de alguna reputación usurpan más de lo que les corresponde; ¿qué excusa tendrán si lo ocultan, puesto que todos los días son agobiados por amonestaciones y demostraciones, y todos los días se les declara sus responsabilidades tanto para con Dios como para con la gente que les ha sido encomendada?³ Notemos entonces, con respecto a esta enseñanza, que si semejante corrupción ha prevalecido en el mundo, es porque los jueces han soportado a los malvados; actualmente viendo semejante confusión cada uno debe consolarse a sí mismo diciendo que no será excesivo el daño cuando no hay derecho ni rectitud⁴ de parte de aquellos que nos perjudican tanto y cuando no podemos ver el fin de semejante cosa. Entonces, tenemos que armarnos de paciencia; porque vemos que Dios desde siempre quiso que los suyos se ejercitaran en ella. Ciertamente, él podía haber hecho justicia desde el tiempo de Job, pero quiso que muchos pobres sufrieran. Si actualmente ese es el caso con nosotros, es que de esa manera quiere enseñarnos lo que significa sufrir. Con esto, suficiente para este punto.

Sin embargo, quienes administran la justicia tienen que considerar bien su parte en ella; ya que las personas tienen una inclinación por este vicio, inmediatamente serán incitadas por él, a menos que se mantengan continuamente alerta; ciertamente, vemos demasiados ejemplos de esto. Ahora, también hay una segunda lección que debemos registrar, y es que no debíamos pensar en la cantidad que la gente nos permitirá llevar, sino que, siguiendo el ejemplo de Job, debíamos mantener la mirada puesta en Dios, y el temor de él debiera impedirnos causar daño o hacer cualquier mal a nuestros semejantes. Y esta es una lección muy necesaria, porque actualmente (les pregunto), ¿qué se tiene en cuenta, sino la recompensa de parte de

los hombres? Ella se considera suficiente, siempre y cuando se la pueda concretar. Sin embargo, ¿cuál es el orden de la justicia? Es semejante al del tiempo de Job. En las puertas había ayuda para quienes hacían extorsión, para los que devoraban a las viudas, para los que molestaban a los pobres. He aquí, en la actualidad hemos llegado al mismo extremo, y peor aun, porque si una persona es pisoteada, no tendrá derecho alguno. ¿Y por qué? Los que cometen pillaje con los bienes de otro, los que engañan, golpean o molestan a los pobres, y cuyas medidas rebalsan con toda iniquidad, son gente disoluta que ha concebido semejante osadía, llegando a creer que para ellos ya no existe ley alguna. Ahora, los magistrados por su parte, son más tímidos que las mujeres, no hay entre ellos el poder del Espíritu de Dios, en cambio, se complacen en acordar, gratificar e incluso a concordar a medias con los malhechores; y aunque saben que las cosas no marchan bien, no obstante, les falta el celo para remediarlas; otros serán peores aun; lo único que quieren es que todo sea viciado, y que lleguemos a un mal tan extremo que ya no haya nada sino confusión, que ya no haya ningún temor de Dios ni honestidad.

Ahora bien, la mayoría de ellos no piensan otra cosa sino en cómo escapar cuando han hecho algún mal. Algún villano estará espiando los bienes de otro; o bien, si existe alguna manera de atraparlo, considera, "¿Es verdad? Pero tendré que rendir cuentas. Ah, pero eso no importa; cuando le haya hecho un regalo de aquí, lo habré ganado; y él ganará a otros dos; y luego, si hago lo mismo seremos cuatro. Y cuando tenga hasta media docena de personas que piensen lo mismo, los habré ganado a todos." Es así como los encargados de la justicia, son expuestos a la venta como prostitutas, que ya no tienen vergüenza y ni les importa su honor, ni ninguna otra cosa; porque ahora sus artimañas para fingir serán tan villanas que ya no serán plausibles, ni siquiera para el mundo. Esto es lo que vemos. De esa manera todos tienen licencia para robar, cometer pillaje, golpear, practicar todo tipo de extorsión. Y ¿por qué? Porque si el asunto es traído a la corte, allí todo está corrompido. Por eso es una declaración que debiéramos notar bien cuando Job afirma que a pesar de la reputación que tiene y a pesar de haber podido ser tan intrépido que ni siquiera los jueces se habrían atrevido a hacer justicia en su contra; ni siquiera ante la presentación de quejas; sin embargo, él de buena gana se abstuvo de hacer el mal, y no terminó diciendo; "Puedo hacerlo, porque los hombres me lo permiten," sino que esta palabra le fue de freno, es decir, *tuvo temor de la aflicción enviada por Dios*.

Entonces, aprendamos ahora a andar con sinceridad y buena conciencia; queriendo emprender algo hagamos este examen: ¿Es permitido por Dios o no? Y si vemos que hay algo que le desagrada, algo que él prohíbe y desaprueba, conformémonos con ello; y aunque los hombres puedan aplaudirnos, y aunque puedan incluso permitirnos hacer lo que nos parece bien, nosotros procedamos a hacer este examen. Y ¿por qué? Porque tendremos que presentarnos delante del Juez celestial. Y ¿entonces de qué nos aprovechará haber escapado de la mano de los hombres? Porque será para duplicar la venganza. ¿Y por qué? Porque, en efecto, mostraremos que tenemos mayor temor de los hombres que de Dios y ¿acaso no es esa la forma más villana de injurarlo, prefiriendo a las criaturas mortales, pobre carroña en lugar de su majestad? Puedo creer en los hombres, y sin embargo, no hacer más que mofarme de Dios; su majestad no me significará nada. Y luego, cuando hayamos corrompido a la justicia, ya sea por medio de odio, o el cohecho, o por algún otro medio indirecto, de manera de haber comprado a los jueces; ¿acaso ello no es un segundo ataque que lanzamos contra Dios? ¿No es acaso contaminar lo que él ha santificado? Ahora bien, la justicia es un asunto sagrado, y nosotros la profanamos cuando arrastramos al mal a aquellos que están sentados en las sillas de justicia, y a los que Dios ha constituido allí para que la autoridad de su nombre sea reflejada; digo, si venimos así con el propósito de engañarlos, ¿acaso ello no es un sacrilegio? Y por eso he dicho que no hacemos sino duplicar la ira de Dios sobre nosotros si así hemos estado escapando de la mano de los hombres. Así es cómo debiéramos tener los ojos puestos en Dios teniendo en cuenta sus juicios, para refrenarnos de nuestra libre voluntad cuando

pudiendo hacer el mal, aunque en lo concerniente a los hombres, el mismo nos fuera permitido. Entre tanto, notemos también que no sólo tenemos que temer la aflicción de Dios cuando vamos a experimentarla, sino que tenemos que mirar más lejos; porque es demasiado tarde para una persona cuando, percibiendo los golpes de la mano de Dios, siente que él es su Juez; procedamos, en cambio, al temor mientras aun nos amenaza; antes que su castigo caiga sobre nuestras cabezas. Es así como cada uno se cuidará de hacer el mal, percibiendo desde lejos, con los ojos de la fe, las aflicciones que están preparadas para los malhechores y para los que molestan a su prójimo. Y Dios manifiesta gran gracia hacia nosotros al advertirnos anticipadamente el golpe, de manera que podamos prever su venganza. Esto es, entonces, lo que tenemos que recordar.

La conclusión que Job agrega es: *¿Cómo he de llevar su carga?* Esto es para mostrarnos lo que también dijo el apóstol (Hebreos 10:31): "Horrenda cosa es caer en las manos del Dios vivo." Tenemos miedo de los castigos humanos que solamente afectan al cuerpo; entonces ¿qué será el fuego de la ira de Dios que lo consume todo? Ciertamente, un fuego que nunca se extingue, que arde de tal manera que requiere persistencia para soportarlo; no tiene fin. ¿No es algo que debiéramos considerar? De manera entonces, seamos tocados por la aflicción de Dios y consideremos el abstenernos de hacer el mal, no sólo por la vergüenza o dolor delante de los hombres; sino que en nuestras mentes y en nuestros sentidos preguntemos: "¿Cómo es esto ahora? Cuando los hombres hayan dispuesto hacernos pasar por los tormentos más crueles que uno pueda imaginar, todo ello no será nada comparado con el precio de la venganza de Dios. Si una persona es atada a la rueda,⁵ o quizá sometida a tortura,⁶ de manera de ser quemada en vida, y si bien estos son tormentos poderosamente atroces, sin embargo, pasan y no duran mucho; y además, es solamente dolor corporal. Pero allí está la ira de Dios que lo consume todo, es un fuego abrasador que arde sin fin, es un gusano que carcome el corazón desde adentro y lo consume." Cuando las escrituras utilizan estas comparaciones no expresan totalmente la realidad. Es solamente para darnos una leve comprensión de ella. Entonces, notemos bien, que la venganza de Dios preparada para todos los malhechores es una carga insoportable; y que por esto somos incitados a andar en temor y paciencia, sabiendo que si los hombres usan violencia y crueldad contra nosotros, existe un Juez celestial que la vengará; y que de esta manera también somos refrenados en hacer el mal, si bien nos es lícito hacerlo en lo que al mundo respecta; seamos prudentes y tengamos nuestras conciencias claras, y que el conocimiento de Dios sea la verdadera norma para guiarnos, y que nuestros ojos siempre se eleven para tener en cuenta a aquel que nos ha puesto en el mundo declarándonos que alguna vez hemos de venir para rendir cuentas delante del trono de juicio.

Ahora, inclinémonos en humilde reverencia ante el rostro de nuestro Dios.

NOTAS DEL TEXTO SERMÓN NO. 14

1. *Sermón 114 en *Calvini Opera, Corpus Reformatorum*, V. 34, pp. 661-675.
2. Francés: *humanité*, humanidad, una característica virtud de Calvino mismo.
3. Francés: *qu'il a eu une telle droiture*.
4. Estos sermones eran predicados diariamente durante 1554. Asistían jueces y majestrados.
5. Francés: *ne raison me droit*.
6. Antiguo instrumento de tortura sobre el cual el verdugo quebraba con una pata de cabra los miembros del hombre.
7. Francés: *tenaillé*, carne arrancada con tenazas o instrumentos similares calientes al rojo vivo.

SERMÓN N° 15 JUSTA INDIGNACIÓN*

"Cesaron estos tres varones de responder a Job, por cuanto él era justo a sus propios ojos. Entonces Eliú hijo de Baraquel buzita, de la familia de Ram, se encendió en ira contra Job; se encendió en ira, por cuanto se justificaba a sí mismo más que a Dios. Asimismo se encendió en ira contra sus tres amigos, porque no hallaban qué responder, aunque habían condenado a Job" (Job 32:1-3).

Para aprovechar lo que se narra aquí, y lo que hemos de ver en adelante, tenemos que recordar lo que hemos visto antes, es decir, que Job, teniendo que defender un buen caso, lo ha conducido con deficiencia. Y, los que vinieron para consolarlo, teniendo un caso pobre aparentemente tuvieron buenos argumentos y razones de las cuales se podría deducir una doctrina útil. Y, si bien estaban en falta, por no construir sobre buen fundamento, la falta de Job era la de construir deficientemente, teniendo un fundamento que en sí era bueno. Y es por eso que ahora se dice, *"Eliú el buzita se encendió en ira porque aquellos que no habían contestado a Job, no obstante lo habían condenado; también se enojó contra Job porque estuvo decidido a justificar se a sí mismo antes que a Dios."* De manera entonces, vemos que el enojo de Eliú contra Job no era más razonable que contra los tres amigos que habían venido para consolarlo. Porque Job se había extralimitado, si bien su pleito era justo y razonable; los otros habían resistido a Dios, aunque habían usado buenos razonamientos, lo hicieron con un propósito equivocado.

Sin embargo, dice: *Cesaron estos tres varones de responder a Job, por cuanto era justo a sus propios ojos.* Hemos visto que Job nunca supuso ser tan justo en sí mismo que no hubiese qué decir contra él; al contrario, había declarado ser un pobre pecador; sin embargo, no quería ser condenado conforme a los deseos de aquellos que juzgaban equivocadamente sus aflicciones. La opinión fantasiosa de los tres amigos de Job era esta: "Aquí hay un hombre rechazado por Dios, puesto que es tratado tan severamente." Ahora se dice que debiéramos juzgar con prudencia a aquel que sufre la corrección de Dios; porque no debemos afirmar que cada uno sea castigado conforme a sus ofensas. A veces Dios protege a los malvados, y cubre sus iniquidades; y para una condenación más dolorosa la bondad de Dios les habrá sido vendida a un precio muy caro, siendo que él los ha esperado con paciencia. De manera entonces, puesto que algunas veces Dios aparentemente no castiga a los que lo han merecido, no por eso pensemos que están en mejores condiciones, y no los justifiquemos por el hecho de ser guardados por Dios. Al contrario, cuando vemos a una persona castigada por las varas de Dios, no pensemos que es más malvada que el resto del mundo; porque posiblemente Dios quiere probar su paciencia, sin embargo, no la castiga por sus pecados. Ahora bien, Job no consentía la necia doctrina de sus amigos; y es por eso que les parecía que se justificaba a sí mismo, si bien esa no fue su intención. Entonces, guardémonos (como se ha mostrado anteriormente) de tomar un argumento pobre (porque seremos enceguecidos y nos parecerá que si una persona no concuerda con nosotros, que ya no hemos de discutir con ella), pero antes de comenzar una disputa asegurémonos bien de la verdad. No hay nada peor que hacer las cosas apuradas; conocemos el proverbio que siempre se cita: "El apuro nos pierde, y de un juez apurado sólo se oirán sentencias necias." Siendo esto así, aprendamos a mantenernos realmente en suspenso hasta conocer la verdad. Sin embargo, notemos que muchas veces ocurrirá que ante los hombres seremos condenados equivocadamente; es cierto, aunque nuestros detractores tengan la boca tapada y no tengan razones para convencernos, sin embargo, no dejarán de ser guiados por su orgullo para difamarnos pronunciando declaraciones malvadas contra nosotros. De esta manera somos amonestados para que, si los

hombres son tan malvados de condenarnos, sin tener argumentos, no nos sentimos demasiado ofendidos, porque esto no es algo nuevo, ya que a Job, un siervo tan excelente de Dios, le ocurrió lo mismo; y en la actualidad vemos a los papistas que se dan por satisfechos habiendo determinado que sus errores, supersticiones y doctrinas falsas son buenas; y en ellas proceden siguiendo un magistral estilo. Piénsenlo. No necesitamos discurrir ni inquirir por qué actúan de esa manera. Porque ellos creen tener toda la autoridad, y desde ella truenan contra nosotros. Sin embargo, sepamos que la verdad está de nuestro lado, y estemos totalmente persuadidos de ello. Entonces, resistamos semejante tentación² y no nos asombremos puesto que siempre ha sido así que aquellos que no tenían razón alguna jamás dejaron de condenar osadamente y sin escrúpulos a un buen caso. Por eso, viendo que el diablo los enceguece de esa manera, sigamos siempre nuestro camino, y seamos constantes en la verdad que conocemos. Por nuestra parte seamos advertidos también a conducirnos con mayor modestia cuando reconocemos haber andado demasiado de prisa; porque a veces ocurrirá que los hijos de Dios echen espuma por la boca, debido a que no se contienen suficientemente. De modo entonces, no sigamos esos ejemplos y que ninguna obstinación se junte a la temeridad. Ciertamente, es algo muy difícil (puesto que toda persona que entra a un debate con frecuencia será obstinada), pero cuando hemos estado equivocados, no mantengamos una opinión errada; más bien aprendamos a refrenarnos a nosotros mismos. Me he salido de mis casillas; sé muy bien que no he sido tan modesto como debía. ¿Qué debo hacer?. No endurecerme; debo, en cambio, volver las riendas, viendo que he tomado un camino equivocado. Así es entonces cómo, mediante el ejemplo de los amigos de Job el Espíritu de Dios nos advierte, en primer lugar, a ser modestos, a efectos de no luchar demasiado pronto contra Dios; y luego, si hemos estado equivocados, aunque haya sido sin obstinación, no perseveremos en el error; sino que, conociéndolo, tratemos más bien de corregirlo.

Concerniente a lo mencionado aquí de *Eliú* no es sin causa que las escrituras nos demuestran de qué raza era, llamándolo "*buzita de la familia de Ram.*" Porque aquí vemos en primer lugar, la antigüedad de lo que hemos discutido antes; además éste es el asunto principal que Dios quena declararnos, es decir, que entre aquellos que estaban rodeados de muchas vanas fantasías había quedado, sin embargo, una semblanza de religión. Ahora este es un asunto muy digno de ser mencionado; porque sabemos cuan pronto se rebela el mundo, apartándose en pos de toda corrupción y mentira. Digo que, después del diluvio, habiendo ocurrido una venganza de Dios tan horrible y digna de ser recordada, de la que los hijos de Noé pudieron escapar; habiendo vivido ellos muchos años después, pudieron instruir a sus hijos y descendientes enseñándoles cómo Dios se había vengado de la maldad del mundo; sin embargo, eso no les impidió que se rebelaran y dejaran la verdadera religión para volverse a las mentiras, idolatría y todo tipo de excesos. Que ello nos haga ver que los hombres son frágiles en extremo, y que no hay nada más difícil que retenerlos en el temor de Dios y en la buena religión. Es cierto que, en cuanto al mal somos tan constantes que nadie nos puede apartar de él; y cuando alguien quiere corregir el mal que hay en nosotros, no sabe por dónde comenzar, no encuentra lugar dónde comenzar, puesto que hay tal dureza que da pena. Ciertamente, y en cuanto al bien, lo perdemos rápidamente, no cuesta nada incitarnos a dejarlo. De ello se nos muestra un buen ejemplo, ya que muy pronto después del diluvio, los hombres están extraviados y han dejado el puro conocimiento de Dios; a pesar de que este les había sido revelado.

Sin embargo, en este ejemplo de la persona de *Eliú* vemos que Dios había dejado algo de la buena simiente en medio de las sombras, y que algo existía de la buena simiente en medio de las sombras, y que algo existía de la buena y santa doctrina. ¿Y por qué? A efectos de que los incrédulos pudieran ser declarados sin excusa; que no pudieran alegar la ignorancia que reinaba en todo el mundo. Porque, ¿a qué se debe que Dios no era servido y adorado con pureza, que en cambio los hombres le volvían las espaldas? No lo hicieron por ignorancia, que podrían haber alegado honestamente, fue más bien malicia deliberada. Los hombres no

quieren ser engañados por otros, ni llevados a creer algo; pero cuando se trata de servir a Dios, cierran sus ojos, extinguen toda luz que alumbra, no preguntan nada, excepto cómo entregarse a todo tipo de engaño. Eso es entonces, lo que aquí se nos declara. Ahora debiéramos pesar bien lo que fue declarado anteriormente, que si bien estos no eran profetas de Dios, no obstante, la doctrina que salió de ellos era tan majestuosa que realmente era digna de los profetas. Es cierto que (como hemos dicho) la aplicaron en forma deficiente; sin embargo, poseían una mente sumamente dispuesta. En efecto (como ya hemos declarado) las cosas que se han deducido antes no deben ser recibidas de otra manera que como procedentes de la escuela del Espíritu Santo. Ahora, aunque estas personas eran tan excelentes, sin embargo, no habían sido instruidas en la ley de Moisés, estaban separadas de la iglesia de Dios; porque si la ley se hubiera dado en aquel tiempo (lo cual no es nada seguro) ellas estaban lejos del país de Judea y no tenían comunicación con él, como para ser partícipes de la doctrina que Dios había designado simplemente para su pueblo. Entonces vemos que personas que no poseían las escrituras, que no poseían sino la doctrina que Noé o sus hijos habían publicado después del diluvio, vemos que esas personas son profetas de Dios teniendo un excelente espíritu, y, aunque vivían en países diferentes, vemos cómo Dios les había dado un conocimiento que podía servir para edificar al común de la gente. Así es entonces que el mundo no tiene excusas por motivos de ignorancia; porque si bien la idolatría había reinado desde el tiempo de Tera y Nacor, y ellos mismos habían sido idólatras (como está escrito en el último capítulo de Josué)³ seguidos por sus descendientes. Sin embargo, este Eliú que era de la familia de Ram, y estos otros tres,⁴ fueron exentos de la corrupción de aquel tiempo; de modo entonces, vemos que la religión pura no había sido abolida entre ellos; sino que existía una doctrina suficiente para guiarlos hacia Dios, ya para convencer al mundo de su obstinación, y de la ignorancia en que se encontraba. Esto es lo que en primer lugar tenemos que notar.

De manera entonces, cuando oímos que Dios permitió que la gente fuera a la perdición, notemos bien que no obstante no haber extendido a todos los hombres la gracia de dar la doctrina especial que él había reservado para su iglesia, no por eso los exime. Dios entonces ha dejado que los hombres enloquezcan, y que se hundan⁵ totalmente en la perdición: no obstante, ha quedado alguna semilla en sus corazones, y han sido convencidos de tal manera que ya no pueden decir: "No sabemos lo que es Dios, no tenemos ninguna religión," ya que nadie puede estar exento de ella; porque está grabado en la conciencia que el mundo no se ha formado por sí mismo, sino que hubo alguna majestad celestial a la cual tenemos que estar sujetos. Es cierto que San Pablo (Romanos 1:20) habla específicamente del testimonio con que Dios ha sellado a todas las criaturas, puesto que el orden del mundo es como un libro que nos enseña, y que debe guiarnos hacia Dios; sin embargo, tenemos que volver a lo que se dice en Romanos 2:14,15, que Dios ha registrado tal certeza en nuestras conciencias que no podemos borrar el conocimiento que tenemos del bien y del mal. No todos podrán tener lo que oímos que tuvieron los tres amigos de Job; sin embargo, nunca encontraremos a una persona tan ruda o tan bárbara que ya no tenga ningún remordimiento en sí, que ya no sepa que existe algún Dios, y que no tenga alguna discreción para condenar al mal y aprobar el bien. Entonces hay algunos trazos que Dios ha dejado en el corazón aun de los más ignorantes, a efectos de que los hombres no se puedan amparar con ninguna excusa, sino que puedan ser condenadas por la ley que está escondida en su propio interior. Sin embargo, notemos que es totalmente necio que los hombres se hayan opuesto a Dios para mantener la doctrina que había reinado entre ellos. Porque cómo es posible - puesto que el conocimiento de Dios ha resplandecido tan claramente en el mundo (como hemos visto anteriormente) que todos pudieron ser iluminados por ella-que se hayan entregado a brutalidades tan estúpidas como por ejemplo adorar a árboles y piedras, o adorar el sol y la luna, o también la de hacer imágenes grotescas de ellos, y no saber lo que es el Dios viviente? ¿Cómo pudo suceder? Porque es como si un hombre fuese premeditadamente, al sol del medio día, a caminar sobre el borde del precipicio, arrastrado por su borrachera, aunque sus ojos vean la ruta correcta. Entonces vemos que los

hombres no se han apartado por simple falta de conocimiento, sino que han despreciado a Dios con verdadera malicia. Sin embargo, notemos bien a efectos de que ya no usemos los subterfugios acostumbrados, diciendo: "Miren aquí, si los hombres están tan mareado que ya no saben lo que es Dios, ¿no debiera esto servirles de excusa?" Al contrario, cuando alguien argumenta de esta manera procedamos a darle como respuesta lo que dice San Juan (1:5) "La luz siempre ha resplandecido en las tinieblas," y nosotros lo vemos en ejemplos actuales; porque es imposible que los hombres hayan sido extraviados a tan enormes y estúpidas supersticiones, excepto que ellos mismos se hayan arrojado a ellas por su propia libre voluntad. Entonces hubo malicia y rebelión sumadas a la ignorancia cuando los hombres erraron el verdadero camino de la salvación entregándose a los ídolos. Eso es lo que tenemos que recordar.

Es para que mientras tengamos la luz estemos tanto más atentos en nuestro andar. Ya he mencionado que si Dios nos manifiesta la gracia de mostrarnos el camino, tenemos que apurarnos, y no es asunto de quedarse dormido, ni mucho menos de cerrar los ojos del conocimiento. Actualmente vemos como una gran oscuridad que reina sobre la mayor parte del mundo; los pobres papistas se perdieron en ella, y no saben lo que hacen. ¿Y por qué? Porque Dios los ha abandonado tal como se lo merecieron. Su venganza tiene que ser como una inundación que los cubre, y que los lleva a la perdición, puesto que deliberadamente olvidaron la verdad. Por nuestra parte tenemos a Jesucristo que es el Sol de Justicia, que resplandece sobre nosotros. Entonces, no tenemos que cerrar nuestros ojos aquí, más bien caminemos mientras dure el día, sigamos la exhortación que se nos hace y nos seamos culpables de borrar deliberadamente el conocimiento que hoy nos es dado. Esto es, entonces lo que tenemos que recordar, en primer lugar, de este pasaje.

Ahora, en cuanto a la *ira de Eliú* notemos que aquí no se lo culpa de una pasión exorbitante; se trata, en cambio, de una indignación buena y loable, tanto más viendo que el celo de Eliú era por la verdad de Dios, pensando que Job *quería justificarse a sí mismo más que a Dios*. Los amigos de Job no tenían ese conocimiento; puesto que argumentaban diciendo que Job era un malvado. Job no niega, y estaba acertado, pero (como hemos dicho), fue demasiado lejos, y aunque el suyo era un caso bueno, lo presenta deficientemente, escogiendo un procedimiento pobre. Eliú entonces, considera que Job se ha salido de sus límites, y que a veces, en su impaciencia, ha murmurado queriendo justificarse a sí mismo en vez de justificar a Dios. Luego se enoja contra aquellos que toman apresuradamente un caso malo sin poder hacer una conclusión, siguiendo confundidos cuando se llega a los extremos. Aquí entonces está Eliú encendido en ira, pero no sin causa. Por eso entonces, como su celo es bueno, también el Espíritu Santo aprueba la ira y el enojo que hubo en él.

Sin embargo, tenemos que notar las palabras, "*Job quiso justificarse a sí mismo antes que a Dios.*" Ciertamente, esa no fue su intención, y hubiera preferido cien veces ser tragado por la tierra o nunca haber venido a este mundo, antes que pensar en semejante blasfemia. En efecto, hemos dicho cada vez que se extralimitó, que no se trataba de una conclusión definitiva, sino que estaba echando espumas por la boca, porque para los hombres es difícil refrenarse a sí mismos de manera de no escapárseles muchas pasiones. Ese era el caso de Job; además, casi al final, se disculpó; y si en algo estuvo errado no pretendió excusarse. ¿Por qué entonces, dice que quiso justificarse a sí mismo antes que a Dios? Ahora bien, esta expresión contiene una doctrina buena y útil; porque aquí se nos enseña que por no pensar, muchas veces podemos blasfemar contra Dios. ¿Y de qué manera? Oponiéndonos a él. Cuando no nos parece bien todo lo que Dios hace, especialmente cuando nos aflige, es cierto que pretendemos tener más razón que él. Es cierto que no vamos a decirlo, y tampoco tendremos semejante persuasión en nuestro interior; pero las evidencias lo muestran; para condenarnos es suficiente con que no demos gloria a la justicia de Dios; con no glorificarlo es suficiente. Esto se entenderá mejor con el ejemplo. Aquí está Job, sabiendo que Dios es justo; en efecto, Job lo reconoce con franqueza. En cuanto a sí mismo confiesa que es un pobre pecador, y que hay

muchas faltas en él, e incluso, si quisiera oponerse a Dios, que sería convencido mil veces de sus pecados antes que Dios haya respondido a un solo cargo. Entonces, Job no pretende justificarse directamente a sí mismo antes que a Dios, ni siquiera de igualarse a él. Sin embargo, ¿qué dice: "Estoy atónito al ser afligido así por Dios, y qué faltas puede de encontrar en mí?" Y luego, "Soy una pobre criatura, llena de debilidades; ¿acaso tiene que exhibir Dios su brazo poderoso contra mí? Oh, que me deje morir con el primer golpe." Cuando Job se abandona a semejantes murmuraciones y desafíos, no hay duda que se justifica a sí mismo antes que a Dios. ¿Y por qué? Cree que Dios está equivocado al afligirlo de esa manera; y puesto que ignora el por qué de esto, lo único que pide es que Dios se presente personalmente como su adversario. Y luego, en segundo lugar, se enoja porque Dios no lo consume con el primer golpe, y que no lo manda al hoy. Entonces, cuando Job tiene arranques tan violentos de pasión, no hay duda que al obrar de esa manera se justifica a sí mismo antes que a Dios. Y esto es lo que ya he dicho, que muchas veces vamos a blasfemar en nuestras pasiones sin pensar en ello; lo cual debiera llevarnos a todos a ser tanto más cuidadosos en no soltar las riendas de nuestras pasiones para no ser tan miserables de blasfemar contra Dios sin pensar en ello. Esta doctrina entonces, es muy útil para nosotros. El Espíritu Santo expresa que todos los que se enojan y murmuran en sus aflicciones, todos aquellos que no se pueden sujetar a la mano fuerte de Dios, confesando que todo lo que él hace es justo y razonable; todos ellos se justifican a sí mismos antes que a Dios; y aunque no lo digan, y aunque afirmen cien veces que ni siquiera pensarían en ello, no obstante lo hacen. Ahora aquí hay un juez competente para pronunciar sentencia; no es propio darle puntapiés, porque nada ganaremos con ello. Entonces, ¿qué queda? únicamente que aprendamos ante todo a condenarnos a nosotros mismos y cuando vengamos delante de Dios, que presentemos nuestro caso de tal manera de reconocer que somos pobres pecadores. Además, cuando los juicios que Dios ejecuta sobre nosotros, nos parezcan demasiado dolorosos, procedamos a soportarlos pacientemente, sin hacer mayores averiguaciones. Si nos parece extraño que Dios nos trate con demasiada severidad, y cuando no veamos el motivo por el cual lo hace; si nos parece que el mal dura demasiado y que Dios no tiene cuidado de nuestra debilidad, que no nos tiene la debida piedad, cuando ese sea el caso no demos rienda suelta a tales fantasías, al extremo de consentirlas, en cambio recordemos siempre esto: Dios es justo, además de todos los otros atributos suyos. Es cierto que no percibiremos el motivo por el cual lo hace, ¿pero de dónde más procede esto sino de nuestra debilidad y rudeza? Acaso tenemos que medir la justicia de Dios mediante nuestros sentidos? ¿Adonde nos llevará eso? ¿Cuál será el propósito de ello? Entonces, aprendamos a glorificar a Dios en todo lo que hace; y aunque su mano sea ruda sobre nosotros, nunca dejemos de confesar, "De veras, Señor, si pretendo entrar en juicio contigo sé muy bien que mi caso está perdido."

Es lo que argumenta Jeremías (12:1) mostrándonos el camino que debemos ir; porque si bien la confusión era tan grande que podía haber estado suficientemente afectado como para murmurar con el resto del pueblo, sin embargo, usa este prefacio: "Señor, yo sé que eres justo, es cierto que si comenzara a disputar contigo estaría preocupado por mi deseo carnal, y cuando veo que las cosas son tan confusas, ciertamente tiendo a preguntarme a mí mismo por qué será que tú obras de esa manera. Entonces tengo la tentación de hacerlo; pero, Señor, antes de tomarme la licencia de inquirir en el por qué de tu obrar, declaro que tú eres justo, que eres equitativo, y que nada puede provenir de ti que no sea digno de alabanza."

Este entonces es el procedimiento que debiéramos seguir, siempre que se nos presenten los incomprensibles juicios de Dios, es decir, saber que nuestra mente no tiene la capacidad de ascender tan alto, y que estas son profundidades demasiado profundas para nosotros. Y, sobre todas las cosas, practiquemos esto en nosotros mismos; porque los hombres están llenos de Dios; y cuando no están totalmente persuadidos de esto, tendrán, sin embargo, la certeza de que Dios no tiene motivos para perseguirlos con tanta severidad; cada uno se jacta de sí mismo minimizando su pecado, a pesar de sentirse culpable del mismo. "Muy bien, es cierto

que soy un pecador," dirá, "pero no soy el peor del mundo." Y ¿por qué no conocemos la grandeza de nuestro pecado? Es porque nos vendamos los ojos. Así es entonces, como nos inflamamos de orgullo. Debemos practicar esta lección, especialmente cuando Dios nos aflige, y no iniciar pleito contra él aunque nos parezca que sus castigos son demasiado severos; sin embargo, sepamos que en todo lo que hace hay una medida, y que no se excede; que esto nos enseñe a conformarnos apaciblemente a su voluntad. Y aunque Dios no nos castigue por causa de nuestros pecados, sepamos que ello es de pura gracia la cual él ejerce hacia nosotros, que ello es un privilegio especial que nos da; porque siempre tendrá buenos motivos para castigarnos aunque nosotros fuésemos los más justos del mundo. Ahora resulta que estamos muy lejos de semejante perfección. ¿Qué es, entonces, lo que Dios puede hacer con nosotros? Aunque nos visite para probar nuestra paciencia, si nos concede la gracia de dejarnos sufrir por su nombre, aun así podrá castigarnos por nuestros pecados; sepamos que él nos hace un honor excesivamente grande, y por eso procedamos a humillarnos; y que cada uno, en su lugar, tenga la modestia de decir, "Muy bien, yo quisiera ser tratado de otra manera por Dios y seguramente pareciera que se ha extralimitado afligiéndome, pero quisiera saber que no lo hace sin causa, y que no es por mis pecados que me aflige; es tanta la gracia que me está demostrando, porque he merecido mucho más, y sin embargo, debo inclinar mi cabeza sometiéndome completamente a su buena voluntad."

Así es entonces como glorificaremos a Dios, y como hemos de atribuirle la justicia que es suya, es decir, cuando nos mantenemos callados, como también San Pablo lo menciona en Romanos 3:19, "Para que" dice, "toda boca se calle, y que el mundo pueda reconocer su deuda con Dios," y que solamente él pueda ser justificado. ¿Cómo es que, conforme a San Pablo, será justificado el Señor por medio nuestro? Esto es, cuando todos permanecemos bajo condenación, sin tener la osadía de responderle, confesando, en cambio, espontáneamente que somos deudores suyos. Entonces, llegando a esto es que Dios será justificado, es decir, su justicia será probada por medio de nosotros con una alabanza como la que él merece. Pero, si por el contrario, la gente se levanta sin saber que está expuesta a condenación y no confiesa la deuda por la cual está obligada delante de Dios; aunque digan que quieren justificar a Dios, es decir, confesar que él es primero, y sin embargo, lo condenan. Además, cuando se dice que Eliú se encendió de esa manera, sepamos que hay una gran diferencia entre un enojo que procede del celo para con Dios y esa clase de enojo que cada uno de nosotros tendrá por interés de sus propias cosas, o de su honor, o de su propia estima. Porque aquel que se enoja y es probado por una pasión privada no tiene excusa; aunque afirme que su caso es bueno, de todos modos, ofende a Dios por el hecho de enojarse; porque somos demasiado ciegos en nuestras pasiones. Este, entonces, es un asunto, es decir, tenemos que mantener ajustadas las riendas de nuestro enojo; en efecto, cuando nos sentimos incitados a estar ofendidos contra nuestros semejantes con respecto a nosotros mismos. Pero existe un enojo que es bueno, enojo que procede de un sentimiento que tenemos cuando Dios es ofendido. Entonces, cuando estemos encendidos por un celo bueno y luchemos por la causa de Dios, si estamos enojados, oh, que no por ello incurramos en culpa; pero notemos que este enojo aquí es sin distinción de personas. Si alguien está enojado por una pasión carnal o por aquello que le concierne a él mismo, y el afectado quiere defenderse, y luego quiere mostrar que favorece a sus amigos, y si hace más por ellos que por otros, entonces sí hay una distinción de personas; como también nosotros seremos más considerados con nosotros mismos. En cambio, tendríamos que estar enojados con nosotros mismos si queremos que Dios apruebe nuestra ira y enojo. Y eso es lo que dice San Pablo (Efesios 4:26); porque allí se refiere especialmente a lo que dice el Salmo 4:4, en cuanto a estar enojados sin ofender. ¿Y cómo es posible eso? Es cuando una persona mira a su propio interior, y premeditadamente se aparta, y no le importa tanto condenar a otros como condenarse a sí misma, y luchar contra sus propias pasiones. Así es entonces, como debemos estar enojados, y es allí donde comienza el propósito adecuado de nuestro enojo, si queremos que sea aprobado por Dios, es decir, que cada uno mire sus propios vicios;

procedamos entonces, a dirigir nuestro enojo sobre ellos, siendo que hemos provocado la ira de Dios contra nosotros, viendo que estamos llenos de pobreza. Que estemos enojados y provocados por ese motivo para que comencemos en el sitio correcto; y luego condenemos al mal dondequiera que se encuentre, tanto en nosotros mismos como en nuestros amigos; pero que no seamos influenciados por algún odio particular. No dirijamos nuestra ira contra alguien simplemente porque ya estamos preocupados por algún sentimiento malo hacia dicha persona. Entonces, nuestro enojo será loable, y mostraremos que procede de un auténtico celo por Dios. Es cierto que no siempre seremos capaces de refrenarnos a nosotros mismos; porque si bien el celo de Dios gobierna en nosotros, no obstante, no podemos evitar el salirnos de control, a menos que Dios nos sujete. Entonces tenemos que tener prudencia y moderación en nuestro celo. Pero, (como ya he dicho) el enojo en sí será loable si procede de esa fuente, es decir, de nuestro odio al mal, dondequiera que este se encuentre, y especialmente en nuestras propias personas.

Entonces, ¿qué hemos de notar en este pasaje? En primer lugar, no hemos de condenar todo enojo; cuando vemos a una persona acalorada y furiosa no debemos atribuirlo siempre al pecado; como vemos a los bufones de Dios que dirán, "Oh, ¿tiene que ser tan tempestuoso? ¿Tiene que enojarse? ¿Acaso no saben cómo usar modales apacibles?" Estarán blasfemando malvadamente contra Dios; lo provocarán; como que se ven muchos que trastornan toda buena doctrina, buscando solamente cómo poner tal corrupción en todas partes que Dios ya no sea conocido, y que su verdad sea sepultada. Ahora, habiendo hecho eso, querrán ver sembrada la disensión, o quizá todo lo que hicieron fuese aprobado, y que desde el púlpito el predicador no hiciera sino contar cuentos, para que no hubiese amonestaciones. En este espíritu dirán, "¿Acaso no saben predicar sin enojarse?" ¿Porqué? ¿Acaso se admite que veamos a una pobre criatura, frágil y mortal, levantándose contra la majestad de Dios, para pisotear toda buena doctrina, y que nosotros, sin embargo, lo soportemos pacientemente? De esa manera ciertamente demostraríamos no tener celo por Dios; porque en el Salmo 69:9 dice que el celo de la casa del Señor debe consumirnos. Porque si tuviéramos un gusano carcomiendo el corazón no tendríamos que sentirnos tan afectados como cuando hay algún oprobio hecho a Dios, como cuando vemos que su verdad es cambiada en falsedad. Entonces, aprendamos a no ocultar el pecado de esa manera; distingamos, en cambio, entre el celo de Dios y el enojo carnal por el cual las personas son movidas y encendidas en relación con sus propios pleitos; como dice aquí, Eliú se encendió de indignación, estuvo ardientemente enojado, y, sin embargo, en él se lo considera una virtud; porque es el Espíritu Santo el que habla. Sepamos digo, por medio de esto, que no debemos rechazar el enojo de inmediato, sino que debemos discernir la causa por la cual una persona se ha encendido; porque si se entristece viendo que la gente ofende a Dios, y que la verdad es trastornada, consideremos que esa clase de enojo procede de buena fuente. Y además, aprendamos (siguiendo lo que ya he dicho) a mostrar enojo, cuando vemos que el honor de Dios es herido, y cuando tratan de oscurecer su verdad o de disfrazarla; que ello nos mueva, que nos encienda, para demostrar que somos hijos de Dios; porque no podemos dar mejor prueba de ello. Sin embargo, mantengamos las cosas dentro de los límites para no mezclar nuestras pasiones excesivas con el celo de Dios; que tengamos la prudencia de discernir; y, después de eso, aunque odiamos los vicios, y los detestemos, no obstante, tratemos de llevar la persona a la salvación. Ahora, es cierto que practicar esto es difícil; pero Dios nos guiará, siempre y cuando permitamos que el Espíritu Santo nos conduzca y le demos toda la autoridad sobre nosotros. Entre tanto, debiéramos notar bien esta doctrina, puesto que en la actualidad vemos infinitas ocasiones de enojarnos si fuéramos hijos de Dios. Por un lado están los papistas que no quieren sino destruir toda religión. Es cierto que presentarán una buena máscara apoyando al cristianismo, pero aunque sea así, lo único que quieren es suprimir la majestad de Dios. Vemos como la verdad es cortada en pedazos. Oímos las blasfemias execrables que ellos vomitan. Les pregunto, ¿si estas cosas no nos tocan en lo más profundo, si ellas no nos lastiman como si nos hiriesen con la espada; acaso no estaremos

demostrando que no sabemos lo que es Dios, y que no somos dignos de ser suyos como hijos? Tan delicados cuando nuestro honor es herido que no podemos soportarlo; sin embargo, el honor de Dios será expuesto a toda vergüenza y desgracia, ¿y vamos a fingir que no es nada? ¿Y no tiene que rechazarnos Dios y no debe mostrarnos que no tenemos sentimientos para defender su honor? Este es un asunto.

Ahora, no es necesario ir tan lejos como a los papistas, porque cuando vemos entre nosotros a los perros y puercos⁶ que sólo quieren corromperlo todo, que vienen a meter sus hocicos en la palabra de Dios, y solamente tratan de trastornarlo todo, cuando vemos a estos bufones de Dios, cuando vemos a estos profanos viles que vienen para cambiar todo en un hazmerreír y burla, cuando vemos cómo los malvados disfrazan las cosas y que ellos corrompen y pervierten todo con sus falsas acusaciones, cuando vemos a los herejes sembrando su veneno para echarlo todo a perder;⁷ viendo todas estas cosas, les pregunto, ¿acaso no debemos ser tocados por ellas? Se ha dicho que si alguien se levanta así contra Dios, es como si esa persona lo hiriese mortalmente. "Ellos experimentarán" dice (Zacarías 12:10) "a aquel a quien han herido;" Dios declara que alguien está en camino para herirlos con la espada; Y, ¿acaso, no va a aplicarla a nosotros? Dios declara que su Espíritu está entristecido, como si estuviera languideciendo, ¿y nosotros no haremos sino reírnos de ello? Después de oír las odiosas blasfemias con las que el nombre de nuestro Señor Jesús es despedazado; vemos que actualmente el nombre de Dios está en gran vergüenza y desgracia, si estuviéramos entre los turcos estaríamos avergonzados de ello;⁸ vemos las vilezas que se cometen; por una parte actos de adulterio y lascivia, por otra, actos de furiosa violencia. Dicho brevemente, la gente ha pasado el límite al saltar por la borda. Y si nosotros no obramos en forma diferente, ¿acaso declararemos ser hijos de Dios y cristianos? Entonces, ciertamente, tenemos que ser prudentes y tener mayor celo del que hemos tenido hasta ahora; y cuando cada uno de nosotros se enoje, que sea por causa de sus pecados; y especialmente cuando vemos que Dios es gravemente ofendido. Es así cómo Dios aprobará nuestra indignación, como aquella que aquí se menciona, la que recibe alabanza del Espíritu Santo. No obstante, puesto que nos resulta fácil caer y soltar las riendas de nuestras pasiones; oremos a Dios que quiera gobernarnos de tal manera mediante su Espíritu Santo, que nuestro celo sea totalmente puro, a efectos de ser aprobado por él.

Ahora inclinémonos en humilde reverencia ante el rostro de nuestro Dios.

NOTAS DEL TEXTO SERMÓN NO. 15

*Sermón 119 en *Calvini Opera, Corpus Reformatorum*, V. 35, pp. 1-14.

1. Elifaz, Bildad y Zofar.
2. O juicio.
3. Josué.
4. Elifaz, el lemanita; Bildad, el suhita, y Zofar, el naamatita.
5. O totalmente perdido. Francés: *se sont tous abysmez*.
6. Nuestro Señor Jesucristo mismo utilizó estas expresiones, por ej. Mateo 6:7, "No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos."
7. Francés: *pedre*, perder.
8. Calvino quiere decir que el nombre de Dios es tenido en mayor estima y respeto entre los musulmanes que entre muchos grupos de cristianos. En efecto, es una observación valedera.

SERMÓN N° 16 LA INSPIRACIÓN DEL TODOPODEROSO*

"Y Eliú había esperado a Job en la disputa, porque los otros eran más viejos que él. Pero viendo Eliú que no había respuesta en la boca de aquellos tres varones, se encendió en ira. Y respondió Eliú hijo de Baraquel buzita, y dijo: yo soy joven y vosotros ancianos; por tanto, he tenido miedo, y he temido declarar mi opinión. Yo decía: Los días hablarán, y la muchedumbre de años declarará sabiduría. Ciertamente espíritu hay en el hombre, y el soplo del Omnipotente le hace que entienda. No son los sabios los de mucha edad, Ni los ancianos entienden el derecho. Por tanto, yo dije: Escuchadme; Declararé yo también mi sabiduría" (Job 32:4-10).

Ayer discutimos el celo de Eliú, que aquí es alabado por el Espíritu Santo, y demostramos de qué manera este ejemplo tenía que servirnos, es decir, que cuando vemos que la verdad de Dios es entenebrecida, y blasfemada su nombre, ello debería herir nuestros corazones. También hemos demostrado que si teníamos algún sentimiento por Dios y su honor, tenemos que defender su verdad tanto como nos sea posible. Es cierto que no todas las personas lo habrán aprendido, pero, sin embargo, de acuerdo a la medida de nuestra habilidad, nos corresponde demostrar que nuestra intención es la de resistir al mal y no consentirlo. Sin embargo, se ha declarado que este celo tenía que ser guiado por la razón, que no tenemos que ser impulsados por una impetuosidad excesiva, sino que debe ser acompañado de una importante proporción de prudencia. Y eso es lo que hemos leído ahora, es decir, que Eliú no fue extremadamente apresurado, sino que prestó atención a todas las declaraciones que se hicieron, demostrando de esa manera su modestia. Entonces, notemos que si un hombre se lanza demasiado rápido hacia adelante, sin considerar si le es necesario o no hablar, no le será acreditado como celo de su parte. Por ejemplo, vemos a muchos que solamente piden tener libertad para hablar, y sin embargo, es posible que algún otro pueda presentar el caso mucho mejor que ellos; pero a ellos les parece que nunca les llegará el turno para hablar. Esta impaciencia jamás puede ser aprobada. Y como prueba de ello, ¿cómo puede saber, el que habla para instruir a otros, si otro no podría hablar mejor que él? El que habla no tendrá necesidad de ser enseñado, y por cuenta propia presupone ser un maestro. Pero hay otra falta más; porque cuando una persona ignorante, o alguien que no está bien fundamentado balbucea, le tapa la boca a aquellos que tendrían medios mejores y mayor gracia para edificar. Entonces notemos bien que donde no hay modestia, el celo es arrebatado y no gobernado por el Espíritu Santo de Dios, El Espíritu de prudencia,¹ es propio que nosotros distingamos cuándo es necesario hablar y cuándo guardar silencio. Es cierto que una persona puede hacer una buena declaración, aunque no sea de lo más útil, y otras lo serán menos; sin embargo, le corresponde ser temerosa y demostrar un deseo y una disposición de aprovechar y que preferiría ser un estudiante y no un maestro. Cuando una persona procede de esa manera, aunque hable delante de todos, no dejará de ser modesta y humilde; pero si una persona alarga sus declaraciones, y no pone fin a su discurso, y discute todos los temas, está demostrando con ello que está dominada por una ambición vana, y, lo que es peor, no le da lugar a la gracia de Dios tal como debiera hacerlo.

Entonces, ustedes ven lo que se nos muestra con el ejemplo de Eliú al decir que esperó hasta que terminaran sus comentarios; porque aun no sabía a qué los llevaría la discusión. Vio que tanto Job como los hombres que hablaban con él eran hombres de edad; y puesto que la edad trae experiencia y seriedad, Eliú no se adelantó apresuradamente, sabiendo que cuando Dios permite que una persona viva mucho tiempo en el mundo le da la gracia de capacitarla para ser de provecho a los más jóvenes. Porque el hombre de edad ha vivido más tiempo y, por lo tanto, debería estar más asentado y haber adquirido alguna prudencia. De manera entonces, lo que hemos de observar en segundo lugar, es que Eliú reconoció que aquellos que

hablaron antes de él eran de más edad. Y aquí los jóvenes tienen una lección buena y útil, siempre y cuando la puedan practicar bien. Porque (como ya hemos dicho) si una persona ha vivido muchos años, tendría que haber retenido lo que Dios le demostró por medio de la experiencia; y ello no sólo debería servirle para su propio bien, sino también para dar buenas advertencias a aquellos que carecen de la misma experiencia. Además también hay seriedad. Porque los jóvenes tendrían que pensar, "Aunque Dios quizá nos haya dado algún entendimiento, no obstante, aun no hemos visto mucho, lo cual es un gran defecto." Cuando una persona tiene poca experiencia seguramente se arroja rápidamente a la querrela; porque no considera el resultado final de las cosas, ni siquiera sabe por dónde comenzar; además, el acaloramiento que hay en los jóvenes es totalmente contrario a la razón y al buen entendimiento. Aunque alguna persona joven se conduzca bien y finalmente tendrá que saber cómo hacerlo, no obstante, la juventud siempre arrastra a la gente; hay tal hervor en su naturaleza que no se puede controlar. Vemos que San Pablo exhorta a Timoteo que no se sujete a los deseos de la juventud (II Timoteo 2:22). Y con los deseos de la juventud no se refiere al libertinaje, juego, adulterio, debida a otras cosas disolutas. Timoteo era tal espejo y ejemplo de toda santidad en sí mismo que San Pablo incluso tuvo que exhortarlo para que tomara vino (I Timoteo 5:23) y sin embargo, le habla de los deseos de la juventud. ¿Y por qué? Porque, puesto que era joven, aun podía estar demasiado apresurado en algunas cosas. Ahora, si a Timoteo (que excedía a sus mayores en prudencia y seriedad), le correspondía recibir esta advertencia, ¡cuánto más necesaria es para la gente común! De manera que los jóvenes se miren a sí mismos; porque si no tienen la honestidad de escuchar a sus mayores, y de seguir su consejo, ciertamente, aunque tengan todas las virtudes del mundo, ese único pecado los mancharía y viciaría completamente. Y no existe otro pecado tan común que el de esta presunción. Porque los jóvenes, puesto que no han experimentado las dificultades que muchas cosas encierran, avanzan osadamente, sin tener en cuenta el precio; nada les es imposible. La juventud, entonces, siempre es presuntuosa lo cual es un mal excesivamente común; y en eso no ha de ser defendida, porque (como hemos dicho) si una persona joven tiene muchas otras virtudes, y sin embargo confía en sí misma y desprecia a los mayores, creyendo que puede guiar a todos los demás, será turbada por Dios en todo su orgullo, y todos sus dones serán destruidos. Además, aquellos que son jóvenes y todavía no han visto mucho, deberían mantenerse bajo control. Incluso vemos que en la actualidad el mundo está tan fuera de orden que los jóvenes han acumulado un orgullo diabólico por el cual se resisten a recibir toda nutrición o instrucción; los que tienen algún temor de Dios tendrían que luchar tanto más consigo mismos para no descarriarse en pos de las costumbres comunes. Vemos a estos jóvenes payasos pretendiendo ser hombres, ni bien se han librado de la vara; sin embargo, ni siquiera son dignos de ser llamados niños. Son como pollitos de apenas tres días, y sin embargo, quieren ser grandes. Bien, tendrían que permanecer otros diez años bajo la vara, pero, vean esto, creen ser hombres maduros. ¿Y en qué? En su osadía; son desvergonzados como una prostituta, y ya no quieren sujetarse a ninguna disciplina o corrección; es algo que se ve claramente. Ahora, aquellos que recibieron de Dios alguna gracia debieran pensar seriamente en ellos mismos cuando un pecado es tan común, como si fuera una enfermedad contagiosa, y debieran guardarse de ser enredados en él; porque si Dios no les extendiera su mano fuerte, se extraviarían como otros.

De manera, entonces, estén atentos los hijos de Dios y tengan la seguridad que con ser modestos, y es mucho, aunque quizá no haya una exhibición tan hermosa; y aunque son despreciados por los que quieren adelantarse porque ellos no avanzan con la cabeza en alto tengan la seguridad de ser mucho más aprobados por Dios y que él bendecirá su comportamiento modesto y hará que en dos años aprovechen más que lo que aprovecharán en cuatro los que son demasiado apurados. Observemos lo que ocurre con las frutas. Cuando maduran demasiado rápido, y pronto se colorean, también se desvanecen inmediatamente. Pero la fruta que crece más despacio, dura más. Así es con aquellos que quieren avanzar

antes de cumplirse su tiempo. Ciertamente, quizá parezcan hermosos, y a algunas les guste; sin embargo, carecen de firmeza. Por otra parte, los que se avergüenzan y son honestos y no tan presuntuosos como para avanzar apresuradamente, seguramente irán más despacio pero, entre tanto, nuestro Señor les da el poder que dura más. Aquí tenemos entonces un buen punto para retener de este pasaje. Es cierto que la modestia es una virtud adecuada para todos; pero los jóvenes mayormente debieran observar lo que se dice aquí, que deben honrar a sus mayores, reconociendo que por su propia parte, quizá tengan pasiones excesivas que requieren ser amonestadas por otras personas; que aun no están suficientemente asentados en su forma de ser, y que no tienen la experiencia necesaria para ser tan prudentes como se requiere. Además, si una persona joven se ha comportado con tanta modestia, al tiempo indicado tendrá que publicar lo que Dios la haya dado, en efecto, aunque sea entre personas mayores, porque el orden de la naturaleza es que, cuando los ancianos no cumplen con su tarea, no impidan a los jóvenes a realizarlas en lugar de ellos, aun para vergüenza de quienes han vivido muchos años malgastando el tiempo que Dios les ha dado, desperdiciándolo completamente. Ustedes ven entonces, la posición media que debemos mantener; es que la reverencia que los jóvenes expresarán hacia sus mayores no debe impedir la defensa constante de la verdad, no debe impedirles que Dios sea honrado y que los pecados sean vencidos. Porque puede ocurrir que los más ancianos estén desprovistos del Espíritu de Dios, o que gente mala sólo tenga fraude y deslealtad, o quizá la gente sea obstinada en sus opiniones y de cabeza dura. Entonces, ¿es necesario que los jóvenes sean subyugados de tal manera por sus mayores que se aparten de Dios y de su palabra, y de lo que es bueno y santo? De ninguna manera.

Notemos entonces, que la modestia no significa que los jóvenes se hagan tan estúpidos que ya no juzguen ni sepan nada; basta con que no sean tan presuntuosos de andar en escaramuzas, ni de escupir sus espumarajos antes de tiempo. Que escuchen, que sean dóciles, que siempre estén dispuestos a guardar silencio cuando se presenta una buena proposición; y, ciertamente, que se abstengan de ocupar el lugar de otro. ¿Acaso es algo que han hecho? Cuando ven que sus mayores no dan un buen ejemplo, que incluso pervierten el bien, transformándolo en mal; entonces (como ya he dicho) es necesario que el Espíritu de Dios demuestre dónde está. Como en nuestro tiempo, aquellos que habían sido nutridos con las supersticiones del papado, cuanto más tiempo vivieron en el mundo, menos doctrina tenían. Ahora, aunque Dios hubiera querido ser servido por ellos, no se preocupó por ello; digo, en la mayoría de los casos. Entonces, ustedes ven personas de mucha edad, que no tienen gran experiencia. Pero ¿qué de ello? Se han hundido en las sombras, no hubo conocimiento de Dios, ni pureza de religión. Entonces ¿qué pudieron hacer los muchos años en favor de esas personas, sino volverlas tanto más obstinadas en sus opiniones? Porque han puesto su confianza en errores, fueron adictos a ellos que aparentemente no hubo medios de convertirlos. Ahora, si Dios ha querido llamar a personas jóvenes para exponer su palabra, todo cuanto se necesita para comprobar el Espíritu Santo es que los jóvenes no hablen y que sus mayores no estén dispuestos a escucharlos. Es cierto que Dios aun quiere ser servido por los mayores, ha declarado que su verdad no está sujeta a edad. De esa manera entonces, vemos ahora, lo que la modestia tiene que ser en todos, y especialmente en los jóvenes, es decir, que se hagan apacibles para aprender según la ocasión que les es dada y que no quieran defender su propia importancia, que no tengan el necio deseo de hacerse ver; sino que reciban en silencio lo que les es presentado por otros, y que no estén tan preocupados que ya no quieran ser guiados ni gobernados por aquellos que tienen más experiencia. ¿Se ha cumplido con esto? ¿Ahora, no tenemos que ser impedidos, a la sombra de la madurez, de seguir juzgando, ni tenemos que ser semejantes a las pobres bestias, y cuando los ancianos nos han dicho, "Esto debes hacer," no debemos tomar como un oráculo todo cuanto sale de sus bocas. Porque, como ya hemos declarado la discreción tiene que ser agregada al celo; el Espíritu de Dios incluye ambos elementos en sí. Entonces, si hay modestia en los nombres también tiene que haber tanto celo

como discreción; y no es necesario que seamos controlados por aquellos que han vivido mucho tiempo; y aun cuando sea un asunto de persuadir a todo el mundo, la edad adulta no debe causar ningún prejuicio contra lo recto y útil. ¿Cómo que no? Ya he dicho que si todos los ancianos del papado conspiran contra el evangelio, queriendo que la gente siga fiel a sus hábitos de siempre, ¡Oh!, no se dijo que ello cerraría la puerta a Dios y a su palabra; que les impedía a los jóvenes a defender la verdad, cuando los ancianos estaban contra ella, y cuando por tanto tiempo alimentaron el mal al extremo de que ahora solamente quieren que el mismo continúe. Pero aquellos a quienes Dios ha dado más gracia deben oponerse a esto. Pero ahora debemos ir más allá; es decir si alguien dice "¿Cómo es eso? Durante cien años nuestros padres y ancestros han vivido de esa manera, durante quinientos y aun mil años se ha observado que somos gobernados por una ley y regla infalible." Digo, cuando alguien nos viene para argumentar con la antigüedad de los tiempos, como queriendo regresarnos a la creación del mundo, aun así la verdad de Dios no tiene que ser suprimida por esta sombra. De manera entonces, vemos que para ser modestos no es necesario que seamos personas pobres y ciegas; sino que debemos ser moderados observando los límites.

Y esto es lo que agrega Eliú: "*Yo decía: los días hablarán, y la muchedumbre de años declara sabiduría. Ciertamente espíritu hay en el hombre, y el soplo del Omnipotente le hace que entienda.*" Con esto ustedes ven lo que el orden natural pone en primer lugar, es decir, que debemos prestar atención a los ancianos. Porque cuando se trata de elegir al gobernador de una ciudad o de un país, escoger a jóvenes necios, superficiales y testarudos, que no saben gobernarse ni a sí mismos, y ponerlos como jueces y líderes, es para pervertir el orden de la naturaleza, es una vergüenza, y aparentemente para desafiar a Dios cada vez que lo hacen.³ Entonces, cuando podría escoger a personas constantes, personas adecuadas, serias y maduras, pero en cambio dejan que las mismas se pierdan en sus hogares, y escogiendo entre tanto a jovencitos torpes, que apenas han vivido una noche, y ponerlos como jueces cuando ni siquiera saben de qué se trate, es como si se casaran unos niñitos. Estarán muy contentos de venir a las bodas; alguien les dirá: "van a comer carne asada y pastel," y seguramente accederán muy contentos; pero, ¿acaso es por eso un matrimonio? Así es, digo, cuando son puestos como jueces, no teniendo más prudencia y razón que los niñitos, y a que nadie ha tendió la precaución de escoger a aquellos que tienen más seriedad y experiencia. Entonces, en primer lugar, es necesario observar el orden de la naturaleza, es decir, cuando tenemos personas de edad, a quienes Dios ha dado gracia, que ellas tengan el oficio de guiar a otros, y que los jóvenes se humillen debajo de ellos. Porque es vergonzoso cuando los jóvenes quieren hacer grandes cosas sin condescender a recibir la doctrina de aquellos que han vivido más tiempo. Este orgullo no es dirigido solamente contra los mortales, sino que es resistir a Dios quien ha constituido el orden de la naturaleza y quiere que el mismo sea observado. ¿Qué debemos hacer en el oficio de llevar y anunciar la palabra de Dios si hay allí una persona bien experimentada, prudente, aprobada, cuando no tienen la condescendencia de usarla, y, en cambio, escogen a una persona inconstante? Entonces debemos aceptar la recomendación de este orden, lo cual no se hace convirtiéndolo en regla infalible porque a veces ocurre que Dios ha dado mucha mayor gracia a los jóvenes que aquellos que han vivido el doble de años. En ese caso el orden del cual hemos hablado no debe impedir que el Espíritu de Dios sea recibido dondequiera que se manifieste y a sus dones de gracia según los distribuya a efectos de ser usados. Y es por eso que San Pablo escogió a Timoteo, aunque en ese momento había muchas personas mayores. Porque viendo a este hombre tan excelente (del cual tenía testimonios no sólo de los hombres, sino también del Espíritu Santo) lo prefirió a él en lugar de aquellos de más edad. Lo mismo hace Eliú, quien, habiendo escuchado, declara saber que *el Espíritu de Dios el que está en los hombres*; es como si dijera, "Es cierto que no tenemos que juzgar (desconociendo las circunstancias) y decir que los ancianos están chocheando, para no sentirnos obligados a darles espacio y lugar; sino que debemos honrar la edad diciendo, 'quizá el hombre que ha vivido muchos años pueda enseñarnos'; pero si sabemos que no se ocupa

de su responsabilidad, o si ha desperdiciado el tiempo durante su vida en el mundo, si luego el Espíritu de Dios está en una persona joven, ésta tiene que ser puesta adelante." Entonces, recordemos bien que cuando el orden de la naturaleza es observado, no es bajo la condición de que si Dios ha concedido algunos dones de gracia a personas jóvenes, éstas nunca sirvan en la iglesia, y nunca enseñen no solamente a los de su clase a compañeros, sino tampoco a las personas mayores. Consecuentemente, los mayores no tienen que ser impacientes por causa de su edad resistiendo todas las advertencias y diciendo: "¿Cómo es esto? Yo he vivido mucho tiempo y un joven me va a dar lecciones?" Que en cambio reconozcan: "No, yo tendría que haber aprovechado de tal manera que ahora pudiera guiar a otros; pero ahora veo que necesito ser instruido, que soy una criatura joven comparada con aquellos que debieran estar bajo mi enseñanza. Y puesto que Dios no me ha dado la gracia requerida para ser un líder, tengo que ser un alumno y no un maestro." Es así cómo los mayores debieran comportarse al ver que Dios ha derramado más abundantemente sus dones de gracia sobre aquellos que debieran seguirlos, en vez de llevar la delantera.

Ahora, de lo que hemos deducido tenemos una buena doctrina para poner en práctica, es decir, que el Espíritu Santo gobierna sobre el orden de la naturaleza. Y, para comprender aun mejor lo que implica esto, notemos que cuando Eliú dice, "Es el Espíritu de Dios que habita en mí," quiere expresar que es un don que Dios ofrece, como un privilegio, cuando él se complace en que una persona tenga mayores habilidades que otras. Es cierto que, en general, Dios nos ha hecho criaturas con raciocinio, y en ello diferimos de las bestias brutas. Entonces, seguramente, Dios ha dado a todos los hombres sin excepción algo de juicio y espíritu; sin embargo, vemos que uno es lento y de pocas luces, otro es ágil; uno es inconstante, el otro adecuadamente serio con respecto de sí mismo. ¿De dónde proviene esto? Reconozcamos que Dios sostiene con sus manos los dones de gracia y que él los distribuye, conforme a su voluntad, a quien él quiere. Eso es lo que Eliú quiso indicar aquí, para que los hombres no vayan a pensar que por naturaleza tienen una herencia propia desde el seno de su madre; que no vayan a pensar que tienen algo que han merecido y adquirido ellos mismos. Aquí Eliú dice, "Dios nos ha creado a todos; es cierto que tenemos algo de raciocinio, efectivamente, pero es limitado. Sin embargo, si una persona sabe cómo hacer las cosas,⁴ si es prudente, tiene que reconocer que Dios ha extendido de manera especial su mano sobre ella, y tiene que reconocer que por eso su deuda y obligación para con Dios es tanto mayor." Ahora, cuando se nos dice esto no es para que nos hinchemos de arrogancia ni vayamos a creernos de mayor dignidad por ser inteligentes y tener espíritu; reconozcamos que si a Dios le ha agradado darnos esta gracia, tenemos que andar con tanto más temor, porque somos tanto más deudores; y entre tanto, si él ha querido cubrirnos con sus dones, también es para que los podamos comunicar a nuestros semejantes. Entonces, si no sabemos cómo usarlos para glorificar a nuestro Dios y edificar a aquellos que los necesitan, es cierto que seremos tanto más culpables.

Sin embargo, también tenemos que comparar dos grados, es decir, si Dios otorga inteligencia especial a los hombres para discernir las cosas pertenecientes a esta decrepita vida, ¿qué ocurre con la doctrina del evangelio, con la religión pura y verdadera? ¿Acaso la tenemos por naturaleza? ¿Podemos adquirirla por nuestra laboriosidad? Ciertamente, este es un gran error. Si se trata de que un hombre sea un buen maestro de escuela para enseñar a los niños, o de ser un buen abogado en la ley, o un buen médico, de ser un buen agricultor en los campos, aun así el Espíritu de Dios tiene que estar en todo. La persona tiene que saber hacer bien una cosa; como también a veces las artes mecánicas requieren una mente más aguda que el comercio. Ahora bien, entonces respecto a todas las cosas que parecen comunes y de escaso valor, Dios tiene que distribuir su Espíritu entre los hombres. Pero cuando nos referimos a la doctrina del evangelio, hay una sabiduría que supera todos los sentidos humanos que, en efecto, es admirable a los ángeles. Hay secretos del cielo contenidos en los evangelios, porque se trata de reconocer a Dios en la persona de su Hijo; y aunque nuestro Señor Jesús ha

descendido aquí abajo, no obstante, tenemos que comprender su divina majestad, o bien no podremos ser fundamentados ni depositar nuestra fe en él. Es un asunto, digo, de reconocer lo que es incomprensible a la naturaleza humana. Entonces, si con respecto a las artes mecánicas, con respecto a las ciencias humanas que conciernen a la vida transitoria, tiene que distribuirnos su Espíritu Santo, cuánto mayor es el motivo para no pensar que por nuestra sutileza vamos a poder entender los secretos de su reino. El tiene que instruirnos; al mismo tiempo nosotros tenemos que llegar a ser absolutamente necios con respecto a nosotros mismos, tal como lo dice San Pablo (I Corintios 3:18), para ser partícipes de esta sabiduría. Porque allí está la declaración que él hace respecto a esto (I Corintios 2:14) "El hombre carnal nunca podrá comprender la doctrina de Dios;" es decir, mientras los hombres siguen en su naturaleza no conocen las cosas de Dios, y no pueden gustar su palabra; lo que es peor, "les es locura," dice San Pablo (I Corintios 1:18); porque pareciera ser una doctrina carente de sentido y sin embargo, es únicamente el Espíritu de Dios el que nos da fe y nos ilumina. Y esto debiera ser notado cuidadosamente; porque muchas veces nos mareamos cuando vemos que son tan pocos los que reconocen las cosas de Dios, y que, en efecto, hay muchas personas de edad que han vivido largos años en el mundo, y su enfurecen en sus supersticiones y combaten orgullosamente contra la doctrina del evangelio; es algo que nos llena de asombro.

En efecto, pero aquí hay un pasaje que debiera equiparnos contra semejante escándalo: *"Es el Espíritu de Dios que mora en los hombres, es la inspiración del Omnipotente la que le da su inteligencia."* ¿Vemos a personas pobres, ciegas y tan sumergidas en ignorancia que es imposible acercarse a ellas con el evangelio? Que ello no nos asombre. ¿Y por qué no? Porque por naturaleza el hombre es incapaz de juzgar ninguno de los secretos de Dios, sin antes haber sido iluminado. Por otra parte, cuando vemos a una persona que conoce las cosas de Dios, sea joven o anciana, cuando vemos a alguien que durante mucho tiempo ha estado empapado en las tonterías del papado y que viene a la verdadera religión; reconozcamos que allí Dios ha hecho un milagro. Si también vemos a los jóvenes, reconozcamos que Dios tiene que atraerlos de una manera maravillosa porque no reciben fácilmente el yugo, puesto que son presuntuosos, como ya hemos dicho. Entonces, si Dios los doblega y los hace dóciles, es su mano poderosa la que ha pasado. De manera que vemos entonces que ese pasaje debe servirnos de dos formas. La primera es que, viendo que nuestro espíritu nunca sabría cómo subir suficientemente para conocer a Dios su verdad, tendríamos que ser escépticos respecto de todos nuestros sentidos y renunciar a ellos. Y eso es lo que San Pablo llama volverse necio. Luego tenemos que volvernos necios si queremos que el Señor nos llene con sabiduría, es decir, de nuestra parte no tenemos que aportar nada, no suponer que tenemos esto o aquella; porque sería como cerrarle la puerta a Dios. De manera entonces, si queremos que Dios continúe con la gracia de su Espíritu Santo, habiéndonos dado alguna porción de la misma, tenemos que aprender a exaltarlo y magnificarlo a él según lo merece, y reconocer que no tenemos una sola gota de buena inteligencia hasta que Dios la haya dado. Y luego, que ello nos haga perseverar en su obediencia y andar con mayor temor y cuidado, viendo que si Dios extinguiera la luz que ha puesto en nosotros, estaríamos en oscuridad, en efecto, en tan horrible oscuridad que nunca hallaríamos el camino para salir de ella. Esta es la primera aplicación. La segunda es que viendo la mayor parte del mundo extraviándose, y que difícilmente alguien está dispuesto a conformarse a Dios, no debemos asombrarnos al ver que la gente se ha desbordado al extremo de actuar como bestias salvajes. ¿Y por qué no? *Porque es el Espíritu de Dios el que da inteligencia.* Porque entonces, ello debería sernos realmente un argumento para magnificar tanto más la gracia que hayamos recibido; y que, entre tanto, no seamos extraviados viendo semejante rebelión. ¿Y por qué? Los hombres siguen su naturaleza, siguen sus cabezas; y, entre tanto, resisten a Dios, pero es porque la doctrina del evangelio supera todo sentido humano, y así es que Dios tiene que obrar por el Espíritu Santo, abriendo los ojos, de otra manera los hombres siempre seguirán como bestias.

Además Eliú concluye de esta manera: *Los grandes, entonces, no son siempre sabios, y*

las personas de edad no siempre son más inteligentes, o sabias, ni tienen más prudencia que otras. Es cierto que aquí Eliú no quería pervertir el orden de la naturaleza (porque declara al respecto que quería oír a los mayores que él, y que estaba completamente dispuesto a sujetarse a su doctrina), pero indica lo que ya hemos discutido, que Dios no está sujeto a la edad ni a las circunstancias ni a las cualidades de los hombres. Cuando a Dios le agrada levantar a una persona para dignificarla, queriendo de esa manera servir a la salvación de su pueblo, le dará gracia para comprender su oficio; pero de lo contrario prescindirá de ella, y en la medida en que una persona está en una posición de eminencia, se la considerará doblemente bestial. Por ejemplo, si una persona es escogida para proclamar la palabra de Dios, o mejor, si Dios quiere dar gracia a su iglesia, investirá a dicha persona de su Espíritu, le dará inteligencia en su palabra y destreza para saber cómo aplicarla al uso de la gente, y a sacar una buena doctrina de ella; le dará celo y otras cosas que se requieren; y de esa manera Dios se manifiesta tan claramente, que podemos decir que tiene cuidado de nosotros al distribuir así los dones de su gracia a los hombres en lo que se requiere para nuestro provecho. Así es con los que son designados como jueces; de acuerdo a su necesidad de una doble porción del Espíritu de Dios en ellos, cuando Dios quiere que le sirvan les da un gran poder para dedicarse a su responsabilidad. Por otra parte si Dios está enojado con nosotros, los que proclamamos su palabra seremos como bestias que no entienden nada, seremos despreciados por disfrazar las cosas, de manera que la buena doctrina será burlada, y profanada entre nosotros. En resumen, los predicadores difícilmente serán capaces de ser discípulos, sin mencionar que tienen que ser buenos maestros.

Esto es entonces, lo que Eliú quiso demostrar diciendo que, *el grande no será sabio, y el de muchos años no siempre será más instruido*. Como diciendo, "no tenemos que medir a todos de la misma manera, ni decir, 'Este hombre ha sido levantado en su condición y dignidad, consecuentemente es sabio'; no debe ser esta nuestra conclusión. ¿Y por qué no? Porque Dios bien puede desnudar a los más grandes de manera que sean bestias salvajes, y puesto que han vivido mucho tiempo, han consumido mucho pan, habiendo sido alimentados a expensas de Dios; de manera que sería más adecuado decir, 'un buey ha sido engordado.' Esto sería lo más apropiado." De manera entonces, aprendamos que puesto que distribuye su Espíritu a aquellos que están dispuestos a dedicarse a su servicio, éstos debieran conducirse con tanto mayor cuidado y en el temor de Dios. Si lo hacen de otra manera, aquellos que se consideran más sabios serán totalmente enceguecidos al reconocer a Dios, según la advertencia dada específicamente por su profeta Isaías cuando dice (2:14) "Los ancianos no serán más que una gota, los sabios se volverán estúpidos y perecerá toda su inteligencia." Entonces, vemos cómo Dios declara una venganza más horrible sobre los grandes y ancianos y sobre los gobernadores, que sobre la gente común. Con ello se nos amonesta a no atribuirles una autoridad infalible, como si nunca pudieran errar ni conducir equivocadamente a otros. Ahora, si Dios enceguece así a los ancianos a los grandes, a aquellos que están en autoridad (les pregunto) si él no les concede su Espíritu Santo, ¿de qué más sirven? Y notemos bien el motivo por el cual Dios hace semejante amenaza. Es por causa de la hipocresía que hay en los hombres que parecían servirle, pero cuyos corazones estuvieron lejos de él cuando con sus bocas declararon querer servirle, pero entre tanto, se entregaban a las tradiciones de los hombres; es decir, que Dios no los gobernó únicamente con su palabra, sino que ellos siguieron las costumbres de los hombres. Ahora Dios no puede permitir que su autoridad sea disminuida de esa manera. Por eso dice que enceguecerá al sabio, que le quitará su Espíritu y la razón a los ancianos. Aprendamos entonces, si queremos que Dios nos gobierne, que él rija en nuestra mente, y si queremos disfrutar los dones de gracia que son necesarios para nuestra salvación, que debemos dejarle que tenga dominio y majestad sobre nosotros, y que grandes y chicos se conformen a la obediencia a él. Además tengamos su palabra como nuestra regla, y dejémonos ser gobernados por ella; sabiendo que de otra manera no podemos esperar que el Espíritu Santo obre en nosotros. E incluso busquemos todos los medios para ser enseñados.

Dios ha querido que existan pastores en la iglesia que proclamen su palabra, y que podamos recibir correcciones y advertencias de ellos. ¿Acaso no se está haciendo con el debido poder? Oremos a Dios que él quiera suplir esa falta. Luego andemos en tal humildad que no queramos ninguna cosa sino que Dios sólo tenga toda preeminencia sobre nosotros; y estemos seguros que no podríamos tener razón ni inteligencia, sino en la medida en que somos iluminados por el Espíritu Santo. Es así como nunca permitirá que seamos extraviados; pero si ha comenzado a guiarnos y enseñarnos, hará que seamos más y más confirmados en toda sabiduría; como San Pablo lo dice en el primer capítulo de la primera carta a los corintios,⁵ que habiendo comenzado Dios una vez en nosotros, no permitirá que el día final nos falte algo; ese día tendremos una revelación completa de las cosas que ahora conocemos en parte.

Ahora inclinémonos en humilde reverencia ante el rostro de nuestro Dios.

NOTAS DEL TEXTO SERMÓN NO. 16

*Sermón 120 en *Calvini Opera, Corpus Reformatorum*, V. 35, pp.15-27

1. Interesante interpretación de Isaías 11:2 "Y reposará sobre él el Espíritu de Jehová; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová."
2. Francés: *ils ne vont point le front levé*, no andan con la frente levantada.
3. El joven Calvino tenía apenas 27 años cuando comenzó a predicar en la Catedral de San Pedro en Ginebra. Aquí tenemos la reflexión sobria de un hombre de 45 años.
4. Francés: *savoir*, ciencia, aprendizaje técnico.
5. I Corintios 1:8 "El cual también os confirmará hasta el fin." Compárese con Filipenses 1:6 "el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo."

SERMÓN N° 17 AUTORIDAD Y REVERENCIA QUE DEBEMOS A LA PALABRA DE DIOS*

(Este sermón está basado en los tres versos finales del capítulo anterior, y sobre el texto que sigue).

"Por tanto, Job, oye ahora mis razones, y escucha todas mis palabras. He aquí yo abriré ahora mi boca, y mi lengua hablará en mi garganta. Mis razones declararán la rectitud de mi corazón, y lo que sabe mis labios, lo hablarán con sinceridad. El espíritu de Dios me hizo, y el soplo del Omnipotente me dio vida. Respóndeme si puedes; ordena tus palabras, ponte en pie. Heme aquí a mí en lugar de Dios, conforme a tu dicho; de barro fui yo también formado. He aquí, mi terror no te espantará, ni mi mano se agravará sobre ti (Job 33:1-7).

Yo comencé explicando la afirmación de Eliú, de haber hablado rectamente sin consideración de los mortales; una persona que quiere hablar rectamente, conforme a Dios tiene que tener los ojos cerrados en cuanto a la complacencia de los hombres. Porque si somos guiados ya sea por odio o por favor, no habrá buenos principios en nosotros, no habrá sino problemas. Sobre todo si se trata de enseñar en el nombre de Dios, tenemos que estar bien instruidos para apartarnos de todo sentimiento carnal. Y Eliú dijo de manera especial que Dios podía desarraigarlo, si daba importancia a la grandeza de los hombres. Ahora, a primera vista, parecería duro que Dios destruya a alguien por el solo hecho de magnificar alguna grandeza humana. Pero antes que nada notemos que cuando Dios nos concede la gracia de

hablar en su nombre, nos corresponde dar autoridad a su palabra y recomendarla. Si nos distraemos mirando a las criaturas al extremo de no poder hablar con la debida libertad, ¿acaso no estamos deshonrando a Dios? Si una persona enviada por un príncipe terrenal, permite que otros hombres se burlen de ella, y desatiende su misión, y ella no se atreve a entregar el mensaje encomendado, ¿acaso ello no es una cobardía imperdonable? Dios nos recibe en su servicio, incluso a nosotros que somos solamente polvo en su presencia, que somos totalmente inútiles; nos da una misión honrosa de llevar su palabra, y quiere que sea entregada con toda autoridad y reverencia. Luego alguna persona nos hace temblar de manera que disfrazamos la verdad de Dios transformándola en mentira, o bien la llevamos de tal manera que ya no tendrá su derecho natural. Les pregunto, ¿no es eso un reproche tan grave que no se podría hacer otro mayor a Dios? Entonces, si la palabra de Dios no es llevada tan abierta y tan libremente que los hombres puedan honrar a Dios, no hay que asombrarse que haya un castigo preparado tal como lo describe Elifaz. De manera entonces, vamos a deducir una doble lección de este pasaje.

(1) Una es para aquellos que predicán la palabra de Dios, que están en el oficio para enseñar como pastores. Estos tienen que tener una disposición tan firme que no se dobleguen ante nada ni nadie, como se dice en Jeremías, que en la lucha tiene que ser tan fuerte como el metal;¹ porque al mundo nunca le faltará gran testarudez, y los que son llevados a alguna posición de dignidad u honor, no se dejan cautivar por la obediencia a Dios, sino que siempre levantan sus cuernos contra él. Cuando los hombres se olvidan de ellos mismos, al extremo de no poder sujetarse a aquel que los ha creado y formado, nos corresponde tener una constancia invencible, reconociendo que enfrentaremos enemistades y disgustos por el hecho de cumplir nuestra tarea; sin embargo, soportémoslo sin doblegarnos. Ustedes ven lo que nosotros, que somos ordenados como pastores para predicar la palabra de Dios, tenemos que recordar.

(2) A la gente también le corresponde recibir instrucciones generales. Por eso cuando venimos para escuchar un sermón, no traigamos aquí esa soberbia de enojarnos con Dios si somos amonestados por nuestros pecados. No traigamos ninguna amargura, como para estar enojados cuando nos ponen la mano en la llaga. No seamos tan necios y presuntuosos de pensar que Dios tendría que mantener su paz con nosotros; no pidamos ser eximidos con el pretexto de tener algunas cualidades buenas. Incluso si somos reyes y príncipes, nos corresponde inclinar nuestras cabezas para recibir el yugo de Dios; porque toda soberbia tiene que ser deshecha, como dice San Pablo. ^ Porque el evangelio es predicado para que tanto grandes como chicos se sometan a Dios y se dejen gobernar por él. Esto no es posible si no deponemos nuestra soberbia (como lo dice San Pablo en ese lugar) que se exalta a sí misma contra la majestad de nuestro Señor Jesucristo. No tenemos que esperar hasta ser forzados o impelidos a obedecer a Dios, sino que cada uno tiene que hacerlo voluntariamente. Que aquellos que están en posiciones encumbradas sepan que aunque fuesen más que reyes debieran humillarse ante la predicación de la verdad de Dios. ¿Y por qué? Porque tienen que ser conscientes de esto. ¿Qué señor o patrón ha enviado al que predica? Es precisamente aquel que tiene dominio soberano sobre toda la humanidad y a quien todos debieran estar sujetos. Si somos de condición humilde, les pregunto, ¿acaso no es necia furia querer que los hombres nos sustenten ocultando y cubriendo nuestras faltas, que, en efecto, la palabra de Dios sea falsificada en favor nuestro? ¿Acaso se puede transfigurar a Dios? ¡No! Él quiere que su palabra sea su imagen viviente. Ahora, si queremos ser adulados es como pretender que Dios cambie su naturaleza despojándose a sí mismo a efectos de complacernos. ¿Y acaso es no es una temeridad diabólica? Luego vengamos para escuchar la palabra de Dios con toda humildad y modestia, sabiendo que en este sentido nuestra obediencia tiene que ser probada, y que ninguno debe ser eximido, sino que las faltas sean expuestas con toda libertad, tal como corresponde.

Ahora venimos a lo que agrega Elíu. *"Job," dice, "oye ahora mis razones, y escucha todas mis palabras. He aquí, yo abriré ahora mi boca, y mi lengua hablará en mi garganta. Mis*

razones declararán la rectitud de mi corazón y lo que saben mis labios lo hablarán con sinceridad." Veán ustedes la declaración de Eliú a efectos de ser escuchado, es decir, que no hablará con fingimiento, ni como hombre de doble intención, sino que presentará las cosas con pureza, de acuerdo a cómo las conocía, y cómo las mismas le habían sido reveladas. Ese es el primer punto. En segundo lugar agrega, *"He aquí, yo soy con respecto a Dios como eres tú,"* o "conforme a tu boca." La palabra que realmente usa significa "boca," pero a veces se la interpreta como "medida." Ahora, hemos visto anteriormente, que Job pedía a Dios que no le viniera con ningún terror como el que estaba sintiendo. "Si Dios fuese como yo," dice Job, "yo podría responderle; y aunque él tuviese completa autoridad sobre mí, sin embargo, yo podría defender mi caso." Veán cómo habló Job. Entonces esta expresión podría ser expuesta así: *"He aquí, yo soy conforme a tu propia boca,"* es decir, "conforme a lo que tú has pedido," o también: *"He aquí yo soy conforme a tu medida,"* es decir, con respecto a Dios "yo soy semejante a ti." Sin embargo, la intención siempre será la misma; por eso no tenemos que insistir demasiado en esta palabra. Consideremos siempre adonde quiere llegar Eliú, esto es, que él no es Dios como para atemorizar a Job, sino que es hecho de barro igual que Job, es decir, él también es una criatura mortal y frágil que no tiene fuerza propia. Porque "es," dice, *"el Espíritu de Dios el que me ha formado, y el soplo del Omnipotente me ha dado vida."* En resumen, vemos que Eliú le dice a Job que le hablará con tales razonamientos que quedará convencido de ellos. "Ya no debes alegar," dice, "que Dios te atemoriza, que su gloria te es terrible, y que no puedes obtener justicia de su mano; no debes decir eso. ¿Porque quién soy yo? He aquí soy un pobre tipo de tierra y barro. Es cierto que tengo aliento y vida, pero provienen de Dios, no obstante, soy tan frágil como tú. De modo que solamente la razón ha de prevalecer entre nosotros dos, y seguirás turbado." En resumen, vemos los dos puntos contenidos aquí. El primero es que Eliú declara que sus *palabras son la rectitud de su corazón,* y que no hablará ninguna cosa sino lo que ha pensado o concebido en su interior. Esto bien vale la pena de ser notado; porque consecuentemente deduciremos la disposición que debe tener aquel que lleva la palabra de Dios, es decir, que no debe balbucear con el extremo de su lengua, ni hacer comentarios ligeros, ni aun hablar por hablar; sino que, de acuerdo a lo que le ha sido enseñado por Dios eso debiera comunicar a los que están a su cargo, esto es lo que ha sido grabado en su interior. De manera entonces, ¿queremos servir a Dios con pureza en nuestro oficio? Sobre todo debemos controlar nuestra lengua, para que no hable nada sino lo que está grabado en nuestro corazón. En efecto, oímos lo dicho por David y citado por San Pablo (éste lo aplica a todos los ministros de la palabra de Dios), "He creído y por eso he hablado."³ Ciertamente, esto es en general para todos los cristianos e hijos de Dios; pero principalmente debiera ser observado por aquellos a quienes Dios ha ordenado como instrumentos de su Espíritu Santo. Siempre que hablamos Dios quiere ser oído por medio de nuestras personas. Puesto que nos ha hecho un honor tan grande, al menos debiéramos tener su doctrina grabada en nosotros, y allí debiera echar raíces, y luego nuestra boca debiera testificar que la conocemos. Dicho brevemente, nos corresponde haber sido enseñados por Dios antes que podamos ser señores y maestros. Especialmente cuando predicamos, que no sólo le prediquemos a otros; sino que nos incluyamos en el número de la compañía. Eso, digo, es lo que tenemos que observar.

En efecto, cuando una persona habla la palabra de Dios sin sentir ella misma un poder, ¿qué otra cosa está haciendo sino mera palabrería? Y ¡qué sacrilegio es eso! ¡Qué corrupción de la palabra de Dios! De modo entonces, pensemos diligentemente en nosotros mismos; y, cada vez que vayamos al pulpito meditemos bien en la lección que aquí se nos da, es decir, que la rectitud de nuestro corazón se manifieste en nuestra lengua. Por eso si vemos que la doctrina es recta, y que la persona que habla está tratando de edificarnos, sepamos que somos ingratos y completamente rebeldes contra Dios, si no escuchamos con toda humildad lo que él nos propone. Ahora bien, Eliú al hacer este prefacio, no está hablando humanamente, sino mostrando como Dios quiere sujetarnos a sí. ¿De qué manera? *"Atiéndanme,"* dice,

escúchenme, porque no hay sino rectitud en mis declaraciones." Es como si en el nombre de Dios estableciera una regla, es decir, si la doctrina que se presenta es santa, y nosotros estamos convencidos de que lo es, pero luego no nos rendimos con toda reverencia para conformarnos a ella, no seremos culpables de haber resistido al hombre que nos habló, sino de haber provocado simplemente al Dios viviente. De modo entonces, que cada uno esté atento cuando es predicada la palabra de Dios; y puesto que es tanta su gracia con nosotros que nos levanta hombres para declararnos individualmente su voluntad, no seamos tan salvajes con él, más bien estemos dispuestos a ser enseñados en las cosas que sabemos que proceden de él. Y puesto que la ley, los profetas y el evangelio nos han sido comunicados por hombres cuya rectitud es suficientemente conocida y testificada, observemos que todo aquel que no se sujeta a esta doctrina ya no necesita otro juicio para ser condenado. En resumen, notemos que nuestro Señor ha autorizado a sus profetas y apóstoles para que la doctrina que nos dieron ya no sea puesta en duda, sino aceptada como una decisión irrevocable. Suficiente con esto para un tema. Al mismo tiempo se nos advierte que los fieles no tienen que ser deliberadamente tan estúpidos de recibir todo lo que se les dice, que, en cambio, examinen si la doctrina proviene de Dios o no. Y por eso es que se nos manda a probar los espíritus. Y esto tiene que ser notado cuidadosamente. Porque vemos que los pobres papistas se dejan llevar sin discreción alguna, y la fe que tienen no es más que pura estupidez, porque tienen que cerrar sus ojos y no razonar más. Al contrario, Dios quiere que pensemos y que tengamos la prudencia para no ser engañados ni seducidos por las doctrinas falsas que la gente nos trae. ¿Cómo ocurrirá eso? Ciertamente no tenemos que presumir de juzgar la verdad de Dios conforme a nuestro juicio e imaginación, más bien nuestro razonamiento y entendimiento tienen que estar sujetos a él, como lo muestran las escrituras. No obstante, tenemos que orar a Dios que quiera darnos prudencia para así discernir si lo que se nos propone es o no bueno y recto. Además, que con toda humildad no pretendamos otra cosa que ser gobernados por él, y estar bajo su mano, con la certeza de que de esta manera seremos capaces de saber si hay rectitud o no en las declaraciones que se nos proponen.

Eso también es lo que alega nuestro Señor Jesús cuando quiere que recibamos sus dichos. "No busco mi propia gloria" dice, "sino la gloria de aquel que me ha enviado."^ Entonces, tenemos que inquirir siempre en la intención del hombre que habla. Porque si vemos que el fin perseguido es que Dios sea glorificado y que tenga dominio sobre todos los nombres, ya no debe haber disputas al respecto; tenemos que darnos por totalmente satisfechos. Pero si contrariamente su doctrina tiende a oscurecer la gloria de Dios, de apartarnos de su servicio, de aumentar la ambición y vanidad, de manera que no seamos edificados para ser verdaderos templos de Dios; si con su doctrina no somos establecidos como para someternos totalmente a Dios invocándole con pureza, confiando y descansando en su gracia y en su bondad paternal; entonces, ciertamente, debemos notar que no hay rectitud. Es cierto que si en primer lugar Dios no nos hubiera mostrado lo que es la verdadera rectitud, ahora estaríamos seriamente incapacitados, pero teniendo los principios que él nos ha dado, será error nuestro si fallamos. He aquí, Dios dice que quiere ser exaltado y que los hombres reconozcan que toda bondad proviene de él; nuevamente, también quiere tener todo el señorío y gobierno sobre nuestra vida, y de esa manera tenernos de tal modo bajo su control que seamos gobernados por él, conforme a su buena voluntad. El quiere que los nombres queden totalmente despojados y exentos de la confianza en su propia justicia, sabiduría y fuerza; quiere que saquemos el agua de nuestro señor Jesucristo como de la fuente de toda bondad; quiere que le invoquemos con pureza; quiere que los sacramentos por él ordenados sean recibidos como testimonios de su gracia, y como medios y auxilios que nos invitan a servirle con un corazón tanto más libre y sincero. Estas son cosas en las cuales no puede haber sombra, ni ninguna oscuridad ni dificultad. De modo entonces, tengamos siempre esta piedra de toque cuando venimos para probar alguna doctrina. Entonces sabremos si es recta o torcida, verdadera o falsa, pura o corrupta y mezclada, conforme a la verdadera rectitud que Dios nos ha mostrado. Digo, ya no

tenemos que estar rodeados de dudas sobre este asunto; solamente abramos nuestros ojos y luego oremos a Dios que quiera guiarnos mediante su Espíritu Santo; porque sin ello estaremos yendo de un lado a otro incapaces de discernir, como los niños; según dice San Pablo "El Espíritu de Dios tiene que ser como lámpara para alumbrarnos,"⁵ de lo contrario nunca comprenderemos los secretos de Dios. Estos son espirituales en tanto que nosotros, por naturaleza, somos carnales y terrenales, y nosotros siempre estamos doblados hacia abajo. Pero si Dios nos ilumina por su Espíritu Santo, nosotros juzgaremos la doctrina y discerniremos de tal manera que no podremos ser engañados por ninguna de todas las tentaciones de Satanás. Y aunque no envíe seductores, y levante muchos autores de discordias, que tratan de trastornar todas las cosas, no obstante, eso no podrá vencernos, siempre y cuando el Espíritu de Dios sea nuestra luz. Además, aunque a veces Dios hable por boca de los malvados (como se ha dicho que a veces el reino de nuestro Señor Jesucristo será avanzado accidentalmente, que los hipócritas o gente que no tiene temor de Dios, gente que, en cambio, es motivada por vanagloria y otras vanidades, podrán servirle por un tiempo, y Dios recomendará su doctrina para salvación de los elegidos, aunque ello sea para mayor condenación de aquellos) aunque entonces, esto pueda ocurrir a veces, sin embargo, no es lo común. Porque cuando Dios quiere que seamos edificados en él, inmediatamente levanta a hombres que hablan de todo corazón y claramente y, en efecto, les da tal unción a la palabra que sale de sus bocas que los hombres pueden reconocer el poder de su Espíritu Santo, como también San Pablo lo dice. Y es por eso que quienes están en el oficio de predicar la palabra de Dios tienen que practicar tanto mejor lo que he dicho, es decir, de ser instruidos ellos mismos antes de exponer algo, de manera que su corazón hable antes que sus bocas. Para hacer esto, pidan a Dios que quiera tocarlos de tal manera en lo más íntimo, que puedan tener su palabra bien arraigada en el alma, que puedan ser capaces de servir a sus semejantes y percibir que no están avanzando inadvertidamente por ellos mismos, sino que son competidos por el Espíritu Santo. Entonces ustedes ven lo que tenemos que recordar en este pasaje.

Ahora bien, en segundo lugar, Eliú afirma ser un hombre transitorio y frágil de manera que no puede *atemorizar a Job*, y que no quiere ganar el argumento excepto mediante la razón y la verdad. Antes de llegar al punto principal tenemos que observar de paso el tipo de discurso que utiliza: que *el Espíritu de Dios lo ha creado, y que el soplo del Omnipotente le ha dado vida; y, además, que él solo es barro y cieno*. Esto es digno de ser notado por todos los hombres. Porque si pudiéramos recordar adecuadamente lo que aquí se nos muestra, sin lugar a duda todo orgullo en nosotros sería sepultado. Porque, ¿por qué se glorifican los hombres a sí mismos y por qué son tan presuntuosos, cuando, en primer lugar no saben reconocer su origen, y en segundo lugar no saben cómo ser totalmente conscientes de que cuántos bienes tienen los tienen de parte de Dios y que no es herencia sino que tanto la vida como todo lo demás les pertenece porque a Dios le agrada preservarlo? Si entonces los hombres pudieran recordar primero de dónde vienen, y en segundo lugar, que todo el bien que hay en ellos lo tienen únicamente por la gracia de Dios, ciertamente se humillarían de verdad. Por eso dice que somos hechos de tierra y cieno. Ahora bien, podemos j acatarnos y recomendarnos todo lo que queramos, pero no podemos cambiar nuestra naturaleza. Por eso, si una persona se ve tentada por el orgullo y quiere elevarse demasiado, que se examine a sí misma y considere: "¿De dónde provengo? ¿De dónde me tomó Dios?" Basta con que nuestros pies estén embarrados para creernos indignos. Basta con que la suciedad toque nuestros zapatos para que nos parezca estar sucios. Sin embargo, somos completamente hechos de barro. Por eso no debemos olvidar nunca nuestro origen, es decir, "no eres más que tierra y barro." Es cierto que este dicho es suficientemente popular y que toda persona lo confiesa, pero entre tanto, nadie lo reconoce. Un reconocimiento así nos purgaría de todo nuestro orgullo. ¿Qué es la impertinente presunción que hay en los hombres, sino viento porque se hinchan de arrogancia, y se olvidan de ellos mismos? Tanto más entonces, debemos pesar bien este discurso en el cual se dice, "somos creados de barro y cieno." Es cierto que habría alguna dignidad y

excelencia en nuestra naturaleza digna de ser recomendada si fuésemos sinceros, pero no nos sería lícito enorgullecer de ello. Puesto que así como somos estamos corrompidos en Adán; es cierto, debiéramos estar doblemente avergonzados. ¿Y por qué? Fuimos creados a la imagen de Dios. ¿Y cómo está esa imagen ahora? La imagen está desfigurada; estamos tan pervertidos que la marca que Dios ha puesto en nosotros para ser glorificado por medio de ella, se ha vuelto para vergüenza suya; y todos los dones de gracia que nos fueron concedidos son otros tantos testigos para declararnos culpables delante de Dios, porque nosotros los corrompemos; y mientras continuemos en nuestra naturaleza, no hacemos sino abusar de los beneficios que hemos recibido aplicándolos al mal. De esa manera ustedes ven que nuestra confusión siempre aumenta con los dones que Dios nos ha comunicado. Pero supongamos que fuésemos libres de corrupción como nuestro padre Adán al principio. ¿Y acaso por eso hemos de presumir de nosotros mismos bajo el pretexto de haber sido ennoblecidos por Dios? Cuánto tenemos proviene de él. ¿Qué nos separa de las bestias brutas y nos hace más excelentes? ¿Acaso lo hemos adquirido por nuestra propia capacidad? Lo hemos adquirido por nuestra propia fuerza? ¿Lo tenemos por herencia de nuestros ancestros? ¡De ninguna manera! Lo tenemos porque Dios nos lo ha dado en su propia libre bondad. De modo entonces, ¿qué queda por hacer, sino humillarnos?

Ustedes ven en general, lo que tenemos que recordar de este pasaje, donde Eliú confiesa ser hecho de barro, y que se lo debe a Dios el tener vida y aliento, ya que estos le fueron comunicados por la mera bondad de Dios. Sin embargo, aquellos que Dios quiere que le sirvan en puestos de honor deben recordar tanto más esta lección. Porque cuando Dios extiende su mano a los hombres y los pone en cierto grado de honor, no es para que se exalten, sino más bien para que reconozcan cuánto están obligados a él, para ser motivados tanto más para honrarlo, y que debieran agudizar y aplicar todo su ingenio y todos sus sentidos a ello para que Dios sea honrado por ellos; como está escrito que un candelabro no tiene que ser escondido, sino puesto sobre la mesa, o sobre una mesada, para que pueda iluminar toda la casa. Aquellos entonces, a quienes Dios ha mostrado el favor de exaltarlos a algún llamamiento más elevado, o más digno, tendrían que ser tanto más encendido para iluminar a sus semejantes y darles un ejemplo tal de que la gracia que han recibido realmente no sea estrangulada. Esto es lo que tenemos que observar aquí en segundo lugar. En cuanto a esto observemos, en términos generales, que los hombres no pueden atribuir a Dios la gloria debida, a menos que se despojen totalmente de sí mismos. Porque mientras pretendemos reservar una pequeña parte, en esa misma medida disminuimos la gloria de Dios. ¿Qué hay que hacer entonces? Cuando hayamos analizado cuidadosamente el bien que hay en nosotros, contemos lo que hemos recibido y reconozcamos que tenemos nada por nosotros mismos que no hayamos recibido. De esta manera es como los hombres dejarán de despojar a Dios de su alabanza, es decir, cuando estudien para conocerse a sí mismos no dejando una sola gota de bondad propia, sino que cada detalle es puesto en un inventario de aquello por lo cual somos responsables delante de Dios. Además, cuando nuestros egos son aniquilados de esa manera, no perdemos nada; porque no dejaremos de ser vestidos nuevamente; en efecto, si estamos verdaderamente unidos a Dios tributándole la debida alabanza, seremos mucho más ricos que aquellos que están tan llenos de presunción, suponiendo poseer, no sé qué clase de herencia. De manera entonces, no tengamos miedo de toda gloria; porque nuestro Señor no quiere que seamos privados de ningún bien; no obstante, es preciso que seamos turbados. Sin embargo, cuando sabemos que no podemos hacer nada, excepto aquello que nos es concedido desde lo alto, seamos sabios para aplicar todo lo que Dios pone en nosotros al uso por él indicado. Porque nuestro Señor no nos ha investido con los poderes de su Espíritu Santo excepto porque quiere que los mismos sean aplicados a un buen propósito; no deben permanecer sin uso. Por eso, seamos sabios para que lo recibido sea presentado y ofrecido a Dios como en sacrificio, y puesto que con ellos quiere promover la salvación de nuestros semejantes, tengamos, sobre todas las cosas, consideración de edificarnos los unos a los otros. Ustedes ven lo que tenemos

que recordar aquí.

Ahora vengamos a las proposiciones hechas aquí por Eliú, y a la médula de la misma. Eliú dijo, *"El Espíritu de Dios me ha creado, y su aliento me ha dado vida. De manera entonces,"* dice, *"no hay terror en mí para atemorizarte,"* sino que únicamente prevalecerá la razón. Aquí Eliú muestra cuál es la tarea de un buen maestro, es decir, que debe mirarse adecuadamente a sí mismo y contemplarse, antes de abrir su boca. ¿Y por qué? Porque aquellos que no han conocido su propia fragilidad no tendrán compasión de sus semejantes, y cuando quieran amonestar a aquellos que han fallado, lo hacen con tal violencia que los extraviados se extravían aun más, en vez de volver al buen camino. Cuando se trata de consolar, no tienen la habilidad para hacerlo; cuando se trata de enseñar lo hacen con desdén. Por eso, si queremos enseñar adecuadamente la palabra de Dios, comencemos conociendo nuestras propias debilidades. Y conociéndolas seremos motivados a tal modestia y benignidad que tendremos un buen espíritu para pronunciar la palabra de Dios. Es cierto que, habiendo muchos que están llenos de orgullo y rebelión, la palabra de Dios tiene que serles como un martillo para aplastar y quebrantar su dureza; de todos modos, en primer lugar, hemos de enseñar a aquellos que se manifiestan dóciles. ¿Y cómo vamos a hacerlo excepto que hayamos comprendido que debemos sufrir con ellos? Pero no podemos sufrir con ellos si no sentimos cuán frágiles somos nosotros mismos. Porque aquel que no conoce sus propias debilidades no tiene compasión para compartir los dolores de otros y de responder a ellos. De manera entonces, ¿queremos enseñar fielmente a los ignorantes? Tenemos que entender que no hay nada sino ignorancia en nosotros mismos y que con nosotros hubiera sido peor que con todos los demás, si Dios no nos hubiera dado lo que de él hemos recibido. Nuevamente, ¿queremos consolar a los angustiados y afligidos? Entendamos, en primer lugar, lo que significa estar afligido; hayamos arrevesado nosotros mismos ese camino, y hayamos sido tocados con aflicción y tristeza para poder consolarnos con aquellos que están sufriendo, y saber cómo sufrir con ellos. Si luego queremos amonestar a los que han fallado, no lo hagamos con demasiada violencia, más bien apiadémonos de su destrucción. Es cierto que algunas veces hay que unir inmediatamente la vehemencia, porque cuando vemos perecer las almas desgraciadas, no hay tiempo de estarlas lisonjeando; si los hombres son obstinados en su rebelión, no solamente tenemos que punzarlos sino herirlos en el más hondo. En efecto, pero anteriormente tenemos que haber hecho lo siguiente: es decir, tenemos que haber conocido nuestras propias debilidades y tiene que entristecernos el trato riguroso. Así también, aunque el padre castiga a sus hijos y usa palabras mucho más rudas con ellos que con extraños, no obstante, su corazón sangra al tener que transformarse así. Observemos entonces que una persona nunca será indicada como maestro, hasta no haber asumido un afecto paternal y haber conocido, en primer lugar, sus propias debilidades. Estas lo moldearán a ser suficientemente compasivo como para apiadarse de todos aquellos con quienes tiene que tratar. Esto es lo que se nos muestra aquí por medio de Eliú.

Además, todos aquellos que han sido puestos en lugares de autoridad consideren bien que no deben abusar del poder ejerciendo tiranía mediante la opresión de sus inferiores. De lo contrario, tendrán que rendir doble cuenta delante de Dios si bajo el pretexto de la autoridad quieren que los hombres le teman y estén aterrorizados por ellos, sin buscar principalmente el honor de Dios y la salvación de aquellos que les han sido encomendados. Vean como Ezequiel habla de los malos pastores que con tiranía maltrataron al pueblo de Dios.⁶ Dice que gobernaron con poder y con toda autoridad. Pero, por el contrario, se nos muestra aquí que todos aquellos que quieren conducirse realmente con Dios y con sus semejantes, al ser puestos en lugares más altos, no por eso deben exaltarse ellos mismos, sino más bien, saber que, si intentan ejercer el terror para atemorizar a la pobre gente, Dios tendrá que mostrarles que su intención no era la de poner bestias salvajes que aterroricen a su rebaño ni cabras que lo empujen con sus cuernos y enturbien sus aguas, como dice aquí este pasaje de Ezequiel.⁷ Dios quiere mostrar entonces que aquellos a quienes ha dado la espada y el asiento de justicia,

y aquellos a quienes ha puesto en el pulpito para enseñar su palabra, no están allí para ser cabras que pisoteen y opriman a las pobres ovejas. Ustedes ven lo que tenemos que notar en este pasaje. En cuanto a esto Eliú muestra cómo debiéramos recibir la doctrina: esto es, si sabemos que es verdadera y recta, tenemos que aprobarla sin contradicción, aunque no seamos forzados ni compelidos.

Ustedes ven entonces lo que tenemos que recordar en cuanto a las circunstancias y al lugar de la proposición. Es decir, cuando nos es propuesta una doctrina, muy bien, el que habla solo es una persona mortal. Pero, ¿vemos que es recto y verdadero? Sepamos que replicándole no sólo combatimos a Dios sino también a nuestra propia conciencia, que es juez suficiente para condenarnos. De esto podemos deducir una advertencia útil: es que cada vez que la doctrina presentada es recta, ya no tiene que haber objeciones. Porque nada ganaremos discutiendo. Si es verdad, tenemos que someternos. Además, esto no debe impedirnos de poner la majestad de Dios delante de nuestros ojos, porque la doctrina que nos es propuesta no debe ser juzgada por nuestro propio ingenio y fantasía. Por eso es preciso combinar dos cosas. Una es que decidamos nuestra disposición de obedecer a Dios, haciendo esta conclusión: "Nuestro Creador tiene que tener toda majestad, y nosotros debiéramos estar sujetos a El." Esta es la preparación que hay que hacer. Luego tenemos que juzgar, es decir, tenemos que examinar la doctrina, y no con orgullo, no pensando que somos suficientemente sabios por nosotros mismos, sino orando a Dios que él quiera gobernarnos mediante su Santo Espíritu, para que podamos seguir la doctrina que él nos ha mostrado. Ustedes ven entonces las dos cosas que tienen que ser combinadas. Y esta combinación no produce confusión. Porque aquel que está preparado para obedecer a Dios, no por eso dejará de abrir sus ojos para considerar cómo distinguir entre lo falso y lo verdadero. Sin embargo, aprendamos a no ser tan temerosos de no considerar al hombre que habla; reconozcamos en cambio que Dios nos hace un gran favor al complacerse en usar sus criaturas y a descender tanto a nosotros que nuestra ocasión de considerar su palabra sea mayor. Porque si viniera a nosotros en su majestad estaríamos perdidos; pero cuando se nos presenta por medio de hombres se acomoda a nuestras debilidades para que podamos conocer más convenientemente su verdad la cual él nos propone.

Ustedes ven entonces, en resumen, lo que hemos de recordar de este pasaje, y el resto quedará para mañana.

Ahora inclinémonos en humilde reverencia ante el rostro de nuestro Dios.

NOTAS DEL TEXTO SERMÓN NO. 17

*Sermón 122 en *Calvini Opera, Corpus Reformatorum*, V. 35, pp. 40-52.

1. Francés: *qu'il faut qu'il prenne un front d'airain pour batailler*. Jeremías 15:20 "Y te pondré en este pueblo por muro fortificado de bronce."
2. II Corintios 10:5.
3. Salmo 116:10; II Corintios 4:13.
4. Juan 8:50.
5. Efesios 1:18.
6. Ezequiel 34:4.
7. Ezequiel 34:18.

SERMÓN N° 18 EL PODER DE DIOS ES JUSTO*

"Porque sus ojos están sobre los caminos del hombre, y ve todos sus pasos. No hay tinieblas ni sombra de muerte donde se escondan los que hacen maldad. No carga, pues, él al hombre más de lo justo, para que vaya con Dios ajuicio. El quebrantará a los fuertes sin indagación, y hará estar a otros en su lugar. Por tanto, él hará notorias las obras de ellos, cuando los trastorne en la noche, y sean quebrantados. Como a malos los herirá en lugar donde sean vistos" (Job 34: 21-26).

Ayer hemos visto que si Dios quiere castigar a los hombres, no tiene que hacer grandes preparativos, ni armar a la gente, no tomar fuerzas prestadas de ninguna parte; porque con su sola mirada podría destruir todo. Por eso no tiene necesidad de servirse de la mano del hombre. Es cierto que muchas veces lo hace, pero es para mostrar cómo todas las cosas están sujetas a él, y que no hay criatura que no le esté sujeta a servirle, en efecto, para ejecutar los castigos que él quiere que se realicen. Sin embargo no necesita prepararse de antemano para castigarnos. Con esto se nos advierte a humillarnos bajo su mano poderosa, sabiendo que no tenemos forma en este mundo de estar armados si él está contra nosotros, sino que él puede ejecutar sobre nosotros todo lo que haya determinado en su propio consejo. Entonces, en vano se exaltan los hombres en su orgullo, porque al final sentirán que no está en ellos resistir a Dios.

Ahora, siguiendo la declaración que ya hemos discutido, Eliú agrega que Dios no hace estas cosas con poder absoluto, sino porque *conoce todos los caminos del hombre, y considera todos sus pasos*. De modo entonces, si ocurren estos grandes castigos, como cuando un pueblo poderoso es vencido en batalla, y un reino es conquistado, sepamos que Dios no exhibe semejante poder sin causa alguna, sino que lo hace en razón de su justicia. Y aunque quizá no percibamos las razones por las cuales Dios usa semejante severidad refiramos a él el conocimiento de todas las cosas puesto que cada cosa le pertenece, y démonos por satisfechos con saber lo que aquí se nos muestra: es decir, que *los caminos de los hombres le son conocidos*. ¿Por qué es que frecuentemente comenzamos a disputar con respecto a los juicios de Dios y que estos nos parezcan extraños? Es porque nosotros no vemos con tanta claridad como él. Sin embargo, puesto que es oficio suyo juzgar los caminos de los hombres, concordemos con él, y aunque no veamos el por qué de las cosas, sepamos que su caso siempre es bueno y justo, y que no sólo debiera castigar a personas individuales, sino también a pueblos y naciones enteras. La expresión *Dios conoce los pasos de los hombres* es tomada en dos sentidos en las escrituras. A veces está referida a la providencia de Dios, porque él tiene cuidado de nosotros al gobernarnos. Pero en este texto (como en muchos otros también) se dice que *Dios conoce nuestros pasos* porque nada es ajeno a su conocimiento, sino que toda nuestra vida le tiene que rendir cuentas.

Entonces, aprendamos a andar como a la vista de Dios, puesto que nos será imposible ocultarnos, como también agrega Eliú, *no hay tinieblas ni sombra de muerte donde se escondan los que hacen maldad*. Esto no se agrega sin causa. Nosotros vemos que si bien toda persona confiesa que Dios ve todos nuestros trabajos y que necesariamente será nuestro Juez, sin embargo, los hombres hacen la vista gorda y no tienen en cuenta que él los percibe. En efecto, no es en vano que en el Salmo diga que los malvados dan la impresión de que Dios no ve absolutamente sus obras y malicia. ^ También son reprendidos por el profeta Isaías de cavarse cuevas en la tierra para esconderse delante de Dios.² Puesto entonces, que la hipocresía engeuece de tal manera a los hombres, es necesario notar esta declaración: *no hay tinieblas tan espesas que los malvados se puedan ocultar de la vista de Dios*. Y para comprender esto mejor, tenemos que recordar primero lo que he discutido antes: es decir que los hombres, aunque convencidos de que algún día tienen que venir ante el trono de juicio de Dios, no dejan de buscar subterfugios, para luego dormirse en sus escondites como que con ello pudieran engañar a Dios. Vean cuál es nuestra hipocresía. Consecuentemente

observemos que los hombres están equivocados al estar tan alejados de Dios; cuando ya no se acuerdan de él creen que él también les ha dado las espaldas y olvidado sus malas obras. No nos dejemos atrapar por semejantes fantasías. Porque si bien por algún tiempo quizá disfrace las cosas, al final mostrará que no se ha olvidado de su oficio que es el de juzgar a todo el mundo; y no solamente traerá a luz las obras de todos, sino cada uno de sus pensamientos más profundos, conforme a su derecho de escudriñar el corazón de los hombres; y no es en vano que pretenda este título.

Entonces, hay dos puntos que tenemos que deducir de este pasaje. (1) Uno es que debiéramos considerar el pecado tan profundamente arraigado en nosotros: es decir, no debiéramos pensar que escaparemos de la mano de Dios por medio de nuestros subterfugios; ni que, conforme a nuestra ebriedad en pecados, nos parezca que Dios ha cerrado sus ojos o se los ha vendado, o que tiene una cortina delante suyo, de modo de no percibir lo que estamos escondiendo. (2) Sin embargo, por otra parte, en cuanto al segundo punto, notemos lo que se ha dicho de que toda nuestra tiniebla será expuesta delante de él cuando él quiera; y, consecuentemente, consideremos la advertencia de no creer que hemos hecho mejor negocio meramente porque los hombres no han conocido nuestras iniquidades; porque precisamente la causa por la que muchos van a destrucción, es que los tales pasan por buenas personas, o al menos le pueden tapar la boca a aquellos que podrían conocer su vileza; de esa manera entonces triunfan y se atreven a provocar a Dios mismo. Sepamos que con engañar al mundo no hemos ganado nada; porque no importa cuán hermosa sea la apariencia que presentemos, al final tenemos que presentarnos delante del Juez celestial, y él abrirá los libros que previamente fueron cerrados; él hará venir su gran día para que toda tiniebla que ahora mantienen confusas las cosas, sea traída a luz. Es por eso que las Santas Escrituras lo mencionan tantas veces. No es en un solo sitio, ni una sola vez que se dice que no hay tinieblas delante de Dios. Pero, ¿por qué se repite tantas veces esta afirmación? Es porque no se nos puede persuadir de ella. Porque cuando hemos evitado la vergüenza delante de los hombres ya pensamos que Dios debiera dejar de revolver nuestras inmundicias ni mucho menos descubrirlas; pero sepamos que él las hará conocer inclusive en el cielo. Puesto entonces, que no se nos puede persuadir de ello, no está demás que el Espíritu Santo afirme con tanta frecuencia que Dios juzgará distinto que en la actualidad los hombres. Por eso aquí se dice deliberadamente que los pecadores no se ocultarán; es como si Eliú dijera que todos los días los ojos de los hombres se entenebrecen, que confunden sus vicios con virtudes; en efecto, que son tan maliciosos que les resulta sencillos ser adulados; como también vemos que cuando el mal está de moda los pecados ya no son condenados, sino que cada uno los aprueba. De manera entonces, puede ocurrir (como hemos visto por experiencia) que los pecados prevalezcan, y que habrá tal inundación de iniquidad, que todas las cosas serán sometidas a confusión entre los hombres, y que ya no habrá habilidad de juzgar o discriminar; sin embargo, es preciso que esta circunstancia sea cambiada delante de Dios. De modo entonces, aprendamos a elevar nuestros ojos por encima del mundo, y contemplar en fe el juicio de Dios que actualmente se oculta de nosotros, sabiendo que entonces todas las cosas serán expuestas tal como se dice en Daniel,³ esto es, que los libros serán abiertos, que en ese momento se nos presentarán los registros. ¿Qué clase de registros? No de papel ni pergamino, sino que las conciencias tendrán que responder, de manera que cada uno de ellas traerá su propia acusación, no en forma escrita, sino tan profundamente grabada que ya no habrá posibilidad de disfrazar nada. Entonces allí estará Dios en la persona de su Hijo con tal luz que todas las cosas serán conocidas, incluso las que ahora están en las profundidades. Entonces todas estas cosas serán vistas por los ángeles del paraíso y por todas las criaturas. Recordemos esto para andar con un temor diferente a efectos de librarnos de toda hipocresía; puesto que no podemos aumentar nuestra dignidad adulándonos a nosotros mismos. Finalmente aprendamos a no hacer nuestras cuentas sin nuestro señor,⁴ sino que cada vez que se trate de examinar nuestra vida cada uno se presente por sí mismo ante el rostro de

Dios, reconociendo lo que se dice aquí, que siendo oficio suyo escudriñar el corazón de los hombres, e incluso sus pensamientos más profundos; carece totalmente de sentido que hoy seamos absueltos por el mundo, ya que de esa manera no escaparemos de sus manos.

Aprendamos entonces, a examinarnos de esta manera; además permitamos que nuestra oscuridad sea iluminada por la palabra de Dios, viendo que este oficio también es adecuadamente atribuido a él. En este pasaje se dice que *no hay tinieblas de muerte ni oscuridad tan densa que pueda ocultar a aquellos que obran Iniquidad*. Por eso el apóstol a los hebreos testifica que así como Dios conoce el corazón de los hombres, así también quiere que su palabra sea como una espada filosa que penetra nuestros pensamientos y sentimientos; en efecto, que entre hasta la médula para exponer lo que se oculta en nosotros.⁵ Y el apóstol Pablo dice⁶ que cuando es predicada la palabra de Dios tenemos que ser amonestados, como que todos los cargos se hayan escrito contra nosotros y toda nuestra vida fuese expuesta ante nosotros; tenemos que ser convencidos y derribados totalmente para glorificar a Dios, reconociendo cuan culpables somos delante de él. Por eso, no nos presentemos solamente ante el trono de Dios, para corregir todo engaño, sino que cada vez que su palabra toque nuestras llagas y amoneste nuestros pecados, recibámoslo pacientemente sin la presunción de ser obstinados. Porque, ¿qué ganaremos con ello? En el día de hoy vemos a muchas personas que se enojan y rezongan cuando sus pecados les son mencionados; porque quieren ser eximidos. Es como si quisieran que Dios ya no tenga ninguna autoridad sobre ellas y que ya no sea su Juez. Si considerasen adecuadamente lo que dice aquí ya no serían tan estúpidas de estar siempre preguntando, "¿qué?" cuando una persona les muestra algo que es de conocimiento común se vuelven insolentes en extremo. ¿Y por qué? Porque nunca sintieron el valor de la doctrina que afirma que no hay oscuridad ante los ojos de Dios; en cambio, se engañan a si mismos bajando sus hocios como puercos, estando dormidos al extremo de parecerles que todos sus pecados no son nada, aunque sean tantos que parecieran estar adobados en ellos. Pero no sienten la hediondez de su podredumbre porque están infectados con ella. Por eso les correspondería pensar un poco en esta doctrina. Entonces se callarían un poco más cuando los hombres les muestran sus vicios. Y es asombroso que, aunque la iniquidad de muchos es notoria a todos, y aunque incluso los niños pueden ser jueces de ella, sin embargo, se levanten contra Dios y lo desprecian y no soportan ser amonestados. Y ¡qué vergonzoso! No hablo de cosas desconocidas; no se trata aquí de examinar los pensamientos de los hombres o de buscar debajo de la tierra lo que les es desconocido, sino que el desbordante mal consiste en que lamentablemente sea tan notorio. El aire mismo está apestando de él; y sin embargo, estos buenos católicos que quieren ser considerados como buenos cristianos, que siempre tienen el evangelio a flor de labios (en efecto, para morderlo como perros engordados y enloquecidos) quieren que los hombres aun lo disfracen; y creen que se les hace mucho daño al dejar expuesta su lascivia, la cual (a decir verdad) no es expuesta por nosotros, sino solamente mencionada, puesto que todos la conocen.

De todos modos, aquellos que en el día de hoy no pueden soportar que Dios exponga sus corrupciones, para poder avergonzarse de ellas, y arrepentirse, al final sentirán que tienen que venir ante el trono de juicio donde ya no habrá oscuridad ni tinieblas.

De modo entonces, sepamos que nos es en gran manera provechoso que hoy Dios nos mande su palabra para iluminarnos y que así podamos pensar adecuadamente en nuestros pecados. En efecto, si estos por un tiempo nos han sido desconocidos, nos vienen a la memoria y practicamos lo que he mencionado de San Pablo, es decir, de postrarnos y avergonzarnos delante de Dios y de condenarnos, sintiendo nuestra maldad demasiado arraigada en nosotros. Así es entonces, digo como Dios procura nuestra salvación; es cuando sentimos tal poder y tal eficacia en su palabra que nos esforzamos en examinar toda nuestra vida a fondo, para estar disgustados con nosotros mismos. Pero aquellos que son obstinados y desprecian a Dios y vienen como hombres enloquecidos para combatir contra él sin soportar ninguna advertencia, Dios tiene que remitirlos, como a personas carentes de razón, a aquel día

del cual habla Eliú, en el cual no habrá oscuridad ni lugar tan tenebroso para ocultarse, en el cual serán expuestas todas las cosas, en efecto, a la vista de todas las criaturas. No soportan que Dios los avergüence para sepultar definitivamente sus pecados; pero aunque crujan los dientes, tanto los ángeles, como los hombres y los diablos tienen que conocer su maldad y que en todas partes tienen que ser difamados por el poder de esta luz que revelará todos los secretos. Es así como debiéramos aplicar este pasaje a nuestra instrucción. Porque, seguramente, cuando el Señor nos amenaza con el gran día, es a efectos de que nos preparemos para él; y de esa manera el remedio estará preparado para nosotros. Dios no espera hasta que aparezcamos ante él para acusarnos, sino que mediante el evangelio ejecuta su jurisdicción todos los días, como también lo dice nuestro Señor Jesucristo: "Cuando venga el Espíritu juzgará a este mundo."[^] Por eso, cuando el evangelio es predicado Dios ejecuta jurisdicción soberana no solamente sobre los cuerpos de los hombres tal como se encuentra hoy, sino también sobre sus almas, queriendo que con ello seamos condenados para nuestra salvación. De manera entonces, puesto que Dios nos advierte tantas veces que al final tendremos que presentarnos ante esta gran luz, no cerremos hoy deliberadamente nuestros ojos, no seamos voluntariamente enceguecidos cuando él nos envía su palabra para exponer nuestra inmundicia y hacernos sentir que no podemos ocultarnos en su vista. De manera que, aprovechemos usando los medios que hoy se nos dan. Pero si queremos hacernos las bestias salvajes, y siempre buscar guaridas de zorros, al final sentiremos, sabiéndonos malditos, que no en vano se ha dicho que no hay oscuridad delante de Dios. Porque él hará que contemplemos aquellas cosas en presencia de su rostro y de su gloriosa majestad; las cosas que ahora estamos dispuestos a ver en el espejo de su palabra.

Eliú agrega inmediatamente que: *No carga, pues, al hombre más de lo justo, para que vaya con Dios ajuicio.* Este pasaje es expuesto de diversas maneras. Algunos lo toman diciendo que Dios no impondrá más cargas al hombre de las que debe, y de las que puede soportar. Pero si el tema principal del texto es adecuadamente considerado encontramos que, siendo que es asunto de los juicios de Dios, Eliú sostiene que él no aflige al hombre al extremo de darle ocasión de disputar con él. Siempre tenemos que considerar la intención de una proposición. Si alguien quiere saber el significado de una declaración, considere de qué trata la misma, considere el tema expuesto, y las implicancias de todo. Luego, si todo ha sido considerado, el tema principal de este pasaje es que, ciertamente, los hombres pueden murmurar contra Dios, pero al final se verán turbados. Y, ¿por qué? Porque si bien hoy Dios aparentemente nos trata con demasiada severidad, no obstante, cuando las cosas sean cabalmente conocidas nos callaremos y Dios será glorificado como lo dice el Salmo 51.⁸ Notemos bien entonces, que aquí se nos muestra que aunque seamos capaces de hacer mucho pleito a Dios, al final nuestro caso se habrá perdido. Y, ¿por qué? Porque se verá que Dios no nos ha tratado injustamente ni nos ha sometido a una carga demasiado pesada, es decir, no nos ha afligido sin razón. Porque si bien a veces golpea a los hombres con azotes más pesados de los que pueden soportar, sin embargo, nunca es más de lo justo ni más de lo que han merecido. De esta manera somos advertidos en cuanto al orgullo, o más bien, en cuanto a la furia que hay en nosotros, que nos impulsa a murmurar contra Dios. Porque, ¿cómo le hacemos pleito? Nos parece tener algún juez o arbitro por quien él debiera ser juzgado. Si Dios tuviera que rendir cuentas, ¿no seríamos de todos modos, demasiado osados para provocarlo cuando las cosas no son como quisiéramos y cuando no nos trata según nuestro agrado?

Aprendamos entonces, que aquí los hombres son condenados por el diabólico orgullo que los incita a ir contra Dios. Sin embargo, tenemos que considerar bien que Dios no se detendrá a respondernos si lo emplazamos a presentarse ante la ley; siendo así no aparecerá como nuestro contrario. Vendrá, de eso no hay duda. Pero, ¿con qué propósito? Para expresar lo que nos es dicho aquí, esto es, aunque tuviéramos el poder de emplazar a Dios, y él tuviera que responder, de manera de tener que rendir cuentas de todos sus actos, y si pudiéramos abrir

nuestras bocas para hablar contra él; aun así no sería ventaja para nosotros; porque al final cuando todas las cosas sean añadidas y puestas en el balance se verá que Dios no nos ha sometido a una carga demasiado pesada o más allá de lo razonable. ¿Y por qué? Porque nuestros pecados le son conocidos, y conocidos de tal manera que él puede decir la medida del castigo que merecemos. Pero nuestro orgullo se debe a que queremos ser nuestros propios jueces a efectos de justificarnos. ¿Y quién nos ha dado tanta autoridad? He aquí, el juicio ha sido dado a nuestro Señor Jesucristo; por eso tenemos que venir delante de él con toda humildad y reverencia para oír y recibir lo que él pronuncie sobre nosotros sin ninguna contradicción. Pero cada uno de nosotros pretende ser creído en su propio caso; por eso no atribuimos tanto al Dios viviente como a los hombres mortales. Porque en la justicia humana aquel que se sienta en el asiento de justicia no tiene que ser Juez y parte, y sin embargo, frecuentemente dará sentencias injustas, porque los nombres son corruptibles. Pero, aun por todo ello los hombres no cambian en ese respecto referido al orden externo que Dios ha establecido. Y entonces, ¿qué haremos cuando vengamos ante su gloriosa majestad? Vemos pues como los hombres son llevados, más allá de toda razón cuando murmuran contra Dios; y también vemos que la causa de la cual procede esto es lo que he discutido, es decir, estimamos a nuestras obras conforme a nuestra propia fantasía. Sin embargo, ustedes ven aquí, que Dios se reserva el juicio. "Me corresponde a mí," dice Dios, "considerar vuestros pasos. Yo los observo y escudriño, incluso interiormente. No les corresponde entremeterse en este asunto. Porque todo aquel que se toma la libertad de querer juzgar usurpa lo que no le pertenece." ¿Qué hay que hacer entonces? Cuando nuestro Señor nos aflige, refiramos nuestro caso a él, sabiendo que él ve muchos pecados en nosotros que están ocultos ante nuestros ojos. "He aquí Señor, es cierto que no percibo ni siquiera una centésima parte de mis faltas. ¿Por qué es eso? Porque soy ciego, o porque estoy empapado del mal y es como si el mal me hubiera embrujado. Entonces, Señor, que en primer lugar yo sea capaz de percibir mejor las iniquidades que he cometido delante ti, y declararme culpable; luego, puesto que no soy un juez competente para reconocer mis propias faltas, no obstante, ya que tú me has honrado constituyéndote a ti mismo como mi justo Juez, pongo mi caso en tus manos, sabiendo que tú ves lo que a mí me es desconocido." Por eso es que este pasaje dice expresamente, que aunque fuésemos ante la corte con Dios, aun así él no estaría en deuda con nosotros. Guardémonos entonces de la presunción de querer venir en pleito contra él. Porque no importa cuán hermosa sea la pretensión que tengamos ante los hombres, porque cuando vengamos delante de Dios seremos turbados en todo lo que hemos pretendido. Así ustedes ven, en resumen, lo que Eliú quiso decir en este pasaje.

A esto agrega que *Dios quebrantará a los fuertes, ciertamente, sin indagación, y pondrá a otros en su lugar.* ¿Y por qué? *Porque traerá sus obras a la luz y trastornará la noche para quebrantarlos.* Cuando Dios dice que *quebrantará a los fuertes sin indagarlos* es para hacernos sentir mejor la majestad que tan osadamente despreciamos por causa de nuestra estupidez. Es cierto que algunos interpretan la palabra *indagación* como *número*; como si se dijera, "aunque los fueres sean infinitos en número, no por eso dejará Dios de quebrantarlos." Pero, palabra por palabra, es así: *él quebrantará los poderes o multitud de hombres*: porque la palabra implica ambos significados; y entonces, *no habrá indagación*. Puesto que la palabra "indagación" está allí y realmente significa "escudriñar" o "inquirir," sin duda Eliú quiso decir que Dios no tiene necesidad de inquirir nada como la tienen los jueces de la tierra. Puesto que son criaturas hay ignorancia en ellos; por eso tienen que valerse de esos medios ya que no pueden adivinar las cosas. Puesto que ante Dios todas las cosas están abiertas, él juzgará a los hombres sin ningún procedimiento como los que vemos en la policía de este mundo. Sin embargo, aun hay más al respecto, y es que Eliú quería indicar que Dios no siempre nos dejará saber por qué ejecuta sus juicios, sino que en ese sentido seremos ciegos. Esta indagación entonces, de la que habla, está referida realmente a Dios castigando a los hombres; como diciendo, cuando los jueces pronuncien una sentencia se la discutirá y se observará su forma y

estilo, de manera que los hombres conozcan los detalles; luego la sentencia será publicada para que los hombres conozcan los crímenes del malhecho y de qué manera aquel fue condenado. Pero no tenemos que medir el poder y la autoridad de Dios por medio de estas leyes de los hombres. ¿Y por qué? Porque él *quebrantará sin indagar*, es decir, sin mostrarnos el por qué. No siempre publicará su sentencia; los crímenes de un hombre no siempre serán enumerados como para que descifremos por qué nos castiga; es algo que nos quedará oculto; no obstante, entre tanto, no dejará de ejecutar sus veredictos. Vemos ahora el sentido natural de este pasaje.

Pero, sin embargo, agrega que esto no se hace injustamente, "*Porque Dios*" dice, "*hará notorias sus obras.*" Aunque, entonces, Dios castiga sin indagación (es decir, sin observar las formalidades que son requeridas por la policía humana) y, sin embargo, hace todas las cosas con razón y rectitud. Y si esto no se percibe el primer día, esperemos hasta que todas las cosas sean descubiertas, y hasta que él traiga a luz lo que ahora está confuso y turbado. Aquí tenemos que exhortarnos a nosotros mismos, de no adularnos como hemos estado acostumbrados a hacerlo. Porque, esta es la causa por la cual, siendo aparentemente protegidos por Dios, siempre seguimos nuestro propio camino, pensando que somos libres para hacer el mal, ya que no somos castigados. Es que cuando Dios comienza a castigarnos de manera común no lo percibimos, sino que nos preocupamos por estupideces y por la seguridad carnal. Y luego, cuando viene con gran rudeza nos atemorizamos tanto que no sabemos adonde estamos; tan pronto como él truena repentinamente, cosa que él hace cuando bien le parece. Porque habiéndose ocultado por mucho tiempo, sólo necesita levantar su mano y los hombres perecerán en un minuto, tal como dice aquí. Por eso, para que cada uno de nosotros sea solícito, tanto a la noche como a la mañana, recordemos este pasaje, en el cual se dice que Dios no conducirá un juicio prolongado para castigarnos, ni que se atará a ley alguna. Consideremos que siempre tenemos que estar dispuestos y preparados; y no esperemos hasta que nos golpee, más bien, anticipemos cuidadosamente sus juicios, como está dicho, "Dichoso el hombre que tiene un corazón cuidadoso."⁹ Además recordemos también la horrible amenaza, "Cuando los malvados digan, 'paz, todo está bien' la destrucción caerá sobre sus cabezas."¹⁰ De manera entonces, entiendan los fieles que cuando a Dios le agrada castigarlos no necesita comenzar en cierto punto para luego proseguir y luego demorar, como hacen los mortales, debido a los impedimentos que tienen. ¿Y por qué? El condenará y ejecutará la sentencia al mismo tiempo; no necesita afligirse por conducir largos juicios contra nosotros; no tendremos tiempo ni aliento para padecer angustiados hasta ser totalmente arruinado por su mano; en cambio, seremos turbados rápidamente, como si el cielo nos cayera en la cabeza. Entonces, si no queremos ser abrumados por la horrible venganza de Dios procedamos a sentir nuestras propias faltas. Además, cuando las sintamos, sepamos que también tenemos con qué consolarnos en él, siempre y cuando estemos apenados por ellos, no tratando de ocultar el mal sino de exponerlo delante de nuestro Dios, y si gemimos para ser recibidos en misericordia. Porque está dicho que él absuelve a los que se condenan y sepulta los pecados de aquellos que los tienen ante sus propios ojos y que no pretenden otra cosa sino confesarlos.*¹ Por eso, no dudemos de que Dios borraré todas nuestras faltas si ve que las confesamos voluntariamente. Ciertamente, no obstante, es preciso que también pasemos por este camino; es decir, recordar la declaración, "Dios castiga sin indagar" para que cada uno de nosotros pueda hacer su tarea de entrar a sí mismo y examinar cabalmente su vida, para que seamos avergonzados y nos humillemos.

Ahora dice que *Dios habiendo quebrantado así a los grandes y poderosos pone a otros en su lugar*. Y nuevamente, por otra parte, dice, *él los castiga a la vista de todos y, ciertamente, que los castiga como ofensores*. Y he dicho que cuando dice que Dios hace notarías sus obras y que los castiga de esa manera, es para que siempre temamos la justicia de Dios y no vayamos a imaginar que usa alguna tiranía o crueldad. Por eso guardémonos de pensar que Dios exhibirá sin razón semejante poder. Es cierto que la razón que él tiene nos es

desconocida, y tenemos que contentarnos con su única y simple voluntad como la única regla de rectitud; y pase lo que pasare, no imaginemos con malicia que Dios anda torcida u oblicuamente o que juzga con algo distinto que la razón; al contrario, estemos totalmente persuadidos de que si bien sus juicios nos parecen extraños, no obstante, están ordenados conforme a la mejor regla posible, es decir, conforme a su voluntad que sobrepasa toda justicia. Esto es lo que Eliú declara en este pasaje. El mismo debe servirnos principalmente a nosotros. Luego, si alguna persona es afligida en su propio cuerpo, siempre debiera considerar que Dios es justo, a efectos de arrepentirse de sus faltas; porque nunca tendremos auténtico arrepentimiento, si no sabemos que Dios nos aflige justamente; tampoco podemos glorificar a Dios ni confesar que él es justo, a menos que nos hayamos condenado nosotros mismos. Ustedes ven entonces, cómo tenemos que aplicar a nosotros mismos esta doctrina, de que Dios expone las obras de los hombres y las trae a luz cuando los castiga. En efecto, aunque no examinemos palabra por palabra, los pecados y ofensas que hemos cometido, no obstante, el castigo que Dios nos manda, debería sernos de provecho como tal.

Por eso dice que *Dios los castiga en lugar de los malvados*, es decir, de tal manera de indicar con ello que nada podrán ganar con sus réplicas, que no puedan decir que son justos, si no aparecen así incluso ante los nombres. Suficiente para este punto. El otro es que dice, *él pone a otros en su lugar*. Esto es para que sepamos la causa de los cambios que frecuentemente ocurren en el mundo, como también lo dice el Salmo 107, que nos es una exposición correcta de esta oración. Nos extraviarnos de asombro cuando vemos que una plaga barre la población de un país o si viene el hambre o si la tierra que ha sido fértil se convierte en árida, como si se hubiera sembrado con sal, o si todas las cosas están tan angustiadas por guerras que un país quede despojado, o los príncipes del mismo son cambiados. Cuando vemos cualquiera de estas cosas nos asombramos. ¿Y por qué? Porque no conocemos la providencia de Dios que reina sobre todos los medios del mundo; tampoco pensamos en los hombres. Porque si considerásemos cómo se gobiernan los hombres, no nos parecería extraño que Dios haga cambios y alteraciones.

Así ustedes ven por qué se dice expresamente que *Dios pone a otros en su lugar*, es decir, al ver que las cosas cambian en el mundo no pensemos que es algo nuevo. ¿Y por qué? Porque de esa manera Dios se revela como Juez. No lo atribuyamos a la fortuna; pero sepamos que nuestro Señor exhibe su brazo, porque los hombres no pueden mantener la posesión de los beneficios que él les ha concedido. En consecuencia, consideremos cuán ingratos somos, a efectos de corregirlo. Porque tan pronto el Señor nos ha engordado y nos ha hecho bien, nos volvemos contra él dando coces como caballos que reciben un trato demasiado bueno. ¿Es de asombrarse que Dios ponga su mano sobre nosotros cuando somos tan orgullosos e ingratos? Notemos cuál es la modestia de los hombres hoy en día. ¿Acaso, cuando Dios les da algún bien, ellos se gobiernan como para poseerlos mucho tiempo? No; al contrario, se indignan con Dios, de modo que él debiera despojarlos inmediatamente. Viendo entonces que el orgullo y la ingratitud son tan villanos no debemos murmurar viendo el cambio de las cosas o en vista del gran número de resoluciones ¿Y por qué? Porque provocamos a Dios a traerlas sobre nosotros. Sin embargo, no es suficiente saber que Dios quita a un pueblo y pone a otro en su lugar y pone habitantes nuevos en un país removiendo así a los hombres. No es suficiente conocer estas cosas, en efecto, y que las hace con justicia; sino que aun estando en las mejores condiciones oremos a él de concedernos la gracia de disfrutar sus beneficios de tal manera que aun podamos poseerlos y ser guiados por ellos a la herencia que nos es preparada en los cielos. Así ustedes ven cómo debemos usar esta frase; y en cuanto al resto, quedará para mañana.

Ahora inclinémonos en humilde reverencia ante el rostro de nuestro Dios.

NOTAS DEL TEXTO
SERMÓN NO. 18

*Sermón 132 en *Calvini Opera, Corpus Reformatorum*, V.35, pp. 168-179.

1. Salmo 10:11.
2. Isaías 2:19.
3. Daniel 7:10.
4. O terrateniente.
5. Hebreos 4:12.
6. Romanos 10:15,16; 1 Tesalonicenses 2:13.
7. Juan 16:8.
8. Ve también Salmo 63:1, 2,11.
9. Proverbios 28:14. "Bienaventurado el hombre que siempre teme (a Dios); mas el que endurece su corazón caerá en el mal."
10. Jeremías 6:14; 8:11.
11. 1 Juan 1:19.

SERMÓN N° 19
EL USO ADECUADO DE LA AFLICCIÓN*

"No otorgará vida al impío, pero a los afligidos dará su derecho. No apartará de los justos sus ojos; antes bien con los reyes los pondrá en trono para siempre, y serán exaltados. Y si estuvieren prendidos en grillos, y aprisionados en las cuerdas de aflicción, él les dará a conocer la obra de ellos, y que prevalecieron sus rebeliones. Despierta además el oído de ellos para la corrección y les dice que se conviertan de la iniquidad. Si oyeren, y le sirvieren, acabarán sus días en bienestar, y sus años en dicha. Pero si no oyeren, serán pasados a espada, y perecerán sin sabiduría. Mas los hipócritas de corazón atesoran para sí la ira y no clamarán cuando él los atare. Fallecerá el alma de Ellos en su juventud, y su vida entre los sodomitas" (Job 36:6-14).

Después que Eliú dijo en términos generales que Dios aparta los ojos de los justos sino que cuida de ellos, y que, por el contrario, no vivifica a los malvados; agrega, particularmente para probar mejor la providencia de Dios, que *da derecho a los afligidos*. Porque si un pobre hombre que está totalmente destituido de ayuda, un paria en el mundo, sin embargo, es librado de la aflicción y persecución, es preciso que ello proceda de Dios, en efecto, es algo que tiene que ser atribuido a Dios. Porque si no recibimos ayuda del mundo e incluso tenemos enemigos fuertes y poderosos, ¿qué se dirá sino que estamos perdidos no habiendo ya esperanza para nuestra vida? Si luego somos restaurados, es manifiesto que Dios ha estado obrando. Entonces, no es sin causa que Eliú establezca premeditadamente estas expresiones para probar que Dios gobierna todas las cosas aquí abajo.

También establece un segundo ejemplo de la providencia de Dios, es decir, *d gobierno por medio de príncipes* y de hombres que se sientan en el trono de justicia, en lo cual percibimos que Dios es justo y que no quiere que las cosas estén fuera de orden. Si bien no hay una equidad permanente, sin embargo, cuando vemos que hay algo de orden en el mundo ello nos permite ver, como en un espejo, que Dios no ha soltado las riendas para reinar dejándolo librado a la confusión, que todavía no deja de darnos alguna señal y ejemplo de su justicia. En efecto, si el hombre considera por una parte, cuál es la naturaleza del hombre, y por otro lado cómo los gobernadores y magistrados y aquellos que en su mano tienen la espada de justicia se eximen a sí mismos; verá y discernirá fácilmente que es un milagro de Dios que haya cierto bienestar común entre nosotros y que, ciertamente, tenemos que conocerlo y percibirlo. Digo

que la naturaleza de los hombres es tal que cada uno sería dispuesto a estar sujeto. Si, entonces, nuestro

Señor no permite que los fuertes prevalezcan, sino que exista cierto temor y obediencia hacia aquellos que están en preeminencia; en ello se ve que Dios no solamente frena sino que también encadena la naturaleza de los hombres para que este orgullo no se pueda levantar al extremo de que el gobierno público ya no pueda estar sobre él. Después vemos que todos los hombres están dados al mal y que sus pasiones hierven tanto que cada persona quisiera tener la completa licencia y que nadie esté sujeto a corrección. Por eso es preciso incluir que el orden de la justicia proviene de Dios, y que con ello demuestra que él ha creado a los hombres para que se gobiernen honesta y modestamente. En cuanto al segundo punto vemos cómo los reyes y príncipes y aquellos que son de condición inferior se comportan cuando Dios los ha equipado con la espada de justicia y cómo es que trastornan todas las cosas, de manera que parecieran querer desafiar a Dios y destruir lo que él ha ordenado. Ahora, si aquellos que debieran mantener apaciblemente el orden constituido por Dios se esfuerzan en trastornarlo y luchan deliberadamente para poner las cosas en confusión, y si a pesar de todo el gobierno sigue en el mundo, y que las cosas no están tan totalmente confundidas al extremo de no existir marca alguna de lo que Dios ha establecido. ¿Acaso no se ve en ello que Dios es doblemente justo?

Por eso no es sin causa que Eliú, habiendo hablado del alivio de los afligidos, inmediatamente agrega un ejemplo consistente en que *Dios establece a los reyes*, y no solamente por un día, sino para que el mismo orden permanezca continuamente en el mundo. Es cierto que se harán muchos cambios de un lado y del otro y que habrá grandes revoluciones entre principados y señoríos, pero en ello Dios también muestra que es oficio suyo el abatir al orgulloso. No obstante, aun a pesar de los hombres y de toda su furia, algún orden permanecerá aquí abajo, incluso con respecto a los tiranos. Si un rey gobierna injustamente, de manera de despreciar a Dios, y si se llena de crueldad, violencia y codicia insaciable; sin embargo, y a pesar de ello tiene que haber cierta sombra y apariencia de justicia, y no puede ir más allá de ella. ¿De dónde proviene esto, sino que Dios se declara a sí mismo en ello? Por eso, aprendamos a aprovechar de tal manera por lo que se ven en este mundo que Dios pueda ser glorificado en sus criaturas conforme a lo que él merece; y, sobre todo, cuando vemos que libra a los pobres oprimidos, que ya no pueden hacer nada, y que no tienen ni esperan ninguna ayuda de los hombres, percibamos allí su poder y su bondad, y estemos dispuestos a rendirle la alabanza debida a él. Esto es lo que tenemos que observar. Sin embargo, para probar que somos hijos de Dios, seamos sabios para extender nuestra mano hacia aquellos que son perseguidos injustamente, conforme a los medios que Dios nos da para ayudar a los que son pisoteados y que no tienen medios con los cuales vengarse o sostenerse ellos mismos. Tenemos que ocuparnos y conscientemente ejercitarnos en esta obra. En segundo lugar, cuando vemos que los hombres que gobiernan son tan perversos y malvados y que, sin embargo, Dios no permite que se salgan de los límites, humillémonos a nosotros mismos para honrar su providencia, y sepamos que si él no frenara su maldad, nosotros seríamos abrumados con una horrible inundación y todas las cosas serían tragadas y ahogadas inmediatamente. Por eso Dios tiene que ser magnificado cuando vemos que prevalece cierto residuo de justicia y de buen orden, aunque aquellos que gobiernan y sostienen la espada en sus manos son totalmente malvados y dados al mal. Entonces, sepamos esto, y sostengamos, tanto como podamos, el orden de justicia, viendo que es un beneficio soberano que Dios concede a la humanidad, y que de esa manera quiere que también su providencia sea conocida. Y cuando vemos que los príncipes y magistrados y todos los oficiales de la justicia son tan perversos, sintamos pena viendo tan profanado el orden que Dios ha dedicado a la salvación de los hombres; y no solamente debemos detestar a los enemigos de Dios y a los que resisten el orden del gobierno que él puso sobre ellos, sino que sepamos que ellos son los frutos de nuestros pecados para que nos imputemos a nosotros mismos la culpa y causa de

todo el mal. Así ustedes ven lo que tenemos que recordar de este pasaje. Ahora vengamos a lo que agrega Eliú. Dice que si los *hombres buenos* o también los hombres grandes de los que había hablado, a los que Dios exaltó a una condición y dignidad elevada sobre el resto del mundo, a veces son *puestos en el cepo*; si a veces son destituidos incluso en vergüenza, de modo que los hombres los ponen en prisión y en el cepo y son atados con sogas para su turbación, y si Dios no los abandona en tal necesidad, sino que les hace sentir sus pecados, les dice las faltas que han cometido, es para que, habiéndolas conocido, se puedan corregir volver al buen camino; Dios les abre los oídos para que puedan pensar más correctamente en sí mismos y conocerse. Entonces Eliú muestra aquí que cuando nos parece que Dios cierra los ojos y que ya no tiene consideración del gobierno de los hombres, tiene buenos motivos para ellos; y, aunque nos parezca extraño, tenemos que reconocer que él es justo y equitativo en todo lo que hace y que nosotros tenemos ocasión de glorificarle. Es cierto que lo que hemos discutido antes hay que recordarlo siempre; es decir, que las cosas en este mundo no son gobernadas de una manera uniforme y que Dios reserva una gran parte de los juicios que se propone ejecutar para el día final, para que nosotros siempre estemos en suspenso, esperando la venida de nuestro Señor Jesucristo. Para nosotros debiera ser suficiente tener algunas señales mediante las cuales percibir lo que aquí se nos dice. Ahora, la intención de Eliú es anticipar la piedra de tropiezo que los hombres puedan concebir cuando personas buenas y justas son pisoteadas y expuestas por Dios a la tiranía de los malvados, siendo atormentados sin causa, de modo que sin haber hecho daño a nadie, aun así no dejan de ser molestadas. Porque cuando vemos esto nos parece que Dios no piensa en el mundo, que su mirada no se extiende hasta nosotros, y que dé el gobierno librado a la fortuna. Vean cómo nuestra vista es inmediatamente confundida al ver las cosas fuera de orden, y no hay nada más fácil para nosotros que tropezar en esto. Por esta causa Eliú muestra aquí que, aunque los hombres buenos sean perseguidos, o que también aquellos que fueron puestos en el poder son destituidos como si Dios confundiera la tierra con el cielo, no por eso tenemos que atemorizarnos demasiado en nuestras mentes. ¿Y por qué? Porque Dios tiene razones justas que nosotros no podemos percibir a primera vista pero esperemos con paciencia y veremos que Dios hará que tales aflicciones son para nuestro bien y que apuntan a un buen fin. ¿Y por qué?

"Porque entonces" dice, "*Dios anuncia a los que así son atormentados sus pecados*, les hace sentir lo que son para guiarlos a una adecuada corrección." Aquí vemos, en primer lugar, que no tenemos que estimar las cosas conforme a la apariencia exterior, sino escudriñar más a fondo y buscar la causa que mueve a Dios a hacer lo que a primera vista nos parece extraño. Parece contrario a toda razón que un buen hombre sea perseguido así y que todos lo atropellen; pero Dios sabe por qué lo hace. Por eso tenemos que mirar hacia el resultado, y no apresurarnos demasiado en pronunciar el veredicto, como aquellos que juzgan descuidadamente. ¿Cuál es el propósito de nuestras aflicciones? Es para hacernos sentir nuestros pecados; y este es un punto sumamente digno de ser notado, del cual podemos deducir una doctrina de poderosa utilidad. Es cierto que muchas veces oímos que se habla de ella; sin embargo, nunca será suficiente; porque sabemos que las aflicciones nos son tediosas, que cada uno de nosotros se enfurece tan pronto siente el ardor de la vara en la mano de Dios, sin que podamos consolarnos a nosotros mismos ni mantenernos con paciencia. Por eso, tanto más nos corresponde notar bien la doctrina de que cuando Dios permite que seamos atormentados, incluso injustamente, con respecto a los hombres, aun entonces él está procurando nuestra salvación queriendo hacernos sentir nuestros pecados y mostrarnos lo que somos. Porque en tiempos de prosperidad somos ciegos; en efecto, no sabremos correctamente lo que está contenido aquí, a menos que Dios nos lo acerque mediante sus castigos. ¿Estamos bien, y en delicias? Cada uno de nosotros se duerme y se adula a sí mismo en sus pecados, de manera que nuestra prosperidad es semejante a la ebriedad que adormece a las almas. Y, lo que es peor, cuando Dios nos deja solos, en paz, aunque le

hayamos ofendido mil veces, todavía no dejamos de aplaudirnos a nosotros mismos, y nos parece que Dios nos es propicio y que nos ama por el hecho de perseguirnos. Ustedes ven entonces, que los hombres son incapaces de sentir sus pecados a menos que sean llevados por la fuerza a conocerse ellos mismos. Por eso, viendo que la prosperidad nos embriaga de tal manera, y que cuando estamos en paz cada uno se adula en sus pecados; tenemos que sufrir pacientemente las aflicciones de Dios. Porque la aflicción es la auténtica maestra que lleva los hombres al arrepentimiento para que se condenen ellos mismos delante de Dios y, siendo condenados, aprendan a odiar a aquellos pecados en los que anteriormente se bañaban. Por eso, cuando hemos conocido el fruto de los castigos que Dios nos manda, los llevaremos con mayor tranquilidad y con coraje más pacífico que el que ahora tenemos. Pero es penoso ver cuan indiferentes somos. Porque no sabemos que Dios al afligirnos procura nuestra salvación. Además notemos bien que no tenemos necesidad de mirar la mano visible de Dios soltar las riendas de los hombres de manera que seamos perseguidos por ellos, aun injustamente, no habiéndoles hecho daño alguno. Sin embargo, aun en ese caso tenemos que aprender que Dios nos llama a su escuela. Porque cuando deja de castigarnos con su mano y nos pone en manos malvadas, es para domarnos y humillarnos mejor; y para avergonzarnos más. Entonces, cuando los malvados tienen el control de manera de tener los medios para atormentarnos, y cuando nos hacen las peores cosas que pueden hacernos, es como si Dios nos declarase que no somos dignos de ser castigados por su propia mano, y que de esa manera quiere avergonzarnos.

Tanto más debiéramos sentirnos motivados a pensar en nuestras faltas y sentirnos apenados por ellas, y entonces observar lo que agrega Eliú, que *entonces Dios abre nuestros oídos*. En las escrituras esta expresión significa dos cosas. Porque a veces significa simplemente *hablarnos*; y a veces significa *tocar nuestro corazón* de tal manera que oigamos lo que se nos dice. Por eso Dios abre nuestros oídos cuando nos envía su palabra y haciendo que la misma nos sea declarada; y luego abre nuestros oídos los descubre (porque ese es el significado propio de la palabra hebrea) cuando no permite que seamos sordos a su doctrina, sino que le da entrada para que la recibamos y seamos movidos por ella, y que su poder sea demostrado. Vean las dos formas de abrir nuestros oídos que percibimos diariamente y que Dios emplea con nosotros. También abre los oídos de aquellos a quienes aflige dándoles alguna señal de su ira a efectos de enseñarles a pensar más correctamente acerca de sí mismos de lo que hicieron antes. Si un hombre pregunta: "¿Entonces qué? Acaso no nos habla Dios cuando estamos en prosperidad?" Sí, seguramente, lo hace; pero su voz no puede llegarnos; porque ya estamos preocupados con nuestras propias delicias y afectos mundanales. En efecto, vemos que, cuando las personas tienen abundancia para que podamos volver a nuestros sentidos. De modo que las aflicciones en general debieran servirles de instrucción a aquellos que las reciben, de modo que pueden causar un acercamiento a Dios, de quien habían estado previamente alejados. Suficiente con esto en cuanto a un punto. No obstante, los hombres todavía no se dejan gobernar por Dios hasta que él no haya suavizado sus heridas mediante su Espíritu Santo y abierto el pasaje para las advertencias que él da y punzado los oídos de los hombres para que se puedan ocupar de su servicio y obediencia, tal como está dicho en el Salmo.¹ Esto es lo que tenemos que observar. Por eso, cuando somos afligidos, primero recordemos que es Dios quien se dirige en persona a nosotros y nos muestra nuestros pecados a efectos de llevarnos al arrepentimiento. Pero puesto que somos duros para el remordimiento y, lo que es peor, somos totalmente testarudos y sordos a todas las advertencias que él nos hace, tenemos que orar a él para que abra nuestros oídos y nos haga tan abiertos a sus instrucciones que las mismas nos sean provechosas y que no permita que meramente haya estruendos en el aire sin que nuestros corazones sean tocados, sino que seamos movidos para venir a volver a él. De otra manera sepamos que no haremos nada sino provocarlo y rechazar sus correcciones como la experiencia lo muestra en la mayoría de los hombres los cuales son castigados con las varas de Dios, pero no por eso mejora sino que más

bien empeoran. Entonces, puesto que vemos tales ejemplos, aprendamos que nada ocurre hasta que Dios haya abierto nuestros oídos, es decir, hasta que, mediante su Espíritu Santo nos haga oír lo que nos habla, y también, habiendo escuchado, le obedezcamos. Ustedes ven lo que tenemos que notar de este pasaje.

Inmediatamente agrega que *si oyeren y le sirvieren acabarán sus días en bienestar, y sus años en dicha. Pero si no oyeren, serán pasados a espada, y perecerán sin sabiduría*. Aquí Eliú nos muestra aun mejor el provecho que obtenemos de estar en aflicción. Indudablemente, es un gran beneficio y uno que no puede ser suficientemente valorado cuando somos traídos al arrepentimiento, y que, en lugar de ir a la perdición, el Señor nos está trayendo de vuelta a sí mismo. Esto es lo que debiera endulzar todas nuestras penas y nuestras aflicciones. Pero hay mucho más, es decir, que el Señor nos da una prueba de cuan provechosas son para nosotros, a efectos de ser liberados de nuestras adversidades y auxiliados por el, y que él pueda mostrar que nos favorece por este medio. Entonces, cuando todo esto sea conocido por experiencia, ¿acaso no tendremos motivos para estar contentos cuando Dios nos ha librado de tal manera? Porque si él nos deja en la ebriedad de los placeres del mundo, al final nos volveremos incorregibles; por eso él tiene que remediarlo en el tiempo indicado. Y si lo hace por medio de aflicciones, y librándonos luego para que podamos percibir su mano, ¿acaso ello no es una prueba singular de su gracia y de nuestra fe? Si Dios permite que nos revolquemos en nuestra propia suciedad y en nuestros sedimentos (como lo llaman los profetas)² nos consumiríamos en pudrición; y además, no apreciaríamos su gracia hacia nosotros como la apreciamos cuando ella nos es mostrada cuando él nos rescata de las aflicciones en las cuales habíamos caído. Entonces, aquí hay un beneficio doble que vuelve hacia los hombres cuando Dios los corrige de esta manera. Porque, en primer lugar, son llevados de vuelta a él; y, en segundo lugar, perciben su bondad al ser liberados por su gracia. Ustedes ven entonces lo que tenemos que observar en este pasaje. Ahora, alguien podría preguntar "¿Realmente, es así? Cómo sabe usted que Dios quiere traernos al arrepentimiento cuando nos aflige o cuando permite que seamos atormentados por los hombres? ¿Cómo sabemos si este es o no su propósito o su voluntad?" A lo cual respondemos: Cuando vemos que las aflicciones son temporales, y que Dios nos libra de ellas, sepamos que él no quiere hacernos perecer totalmente, sino que se contenta con que seamos abatidos y humillados bajo su mano. Pero cuando le resistimos con cuellos de hierro y no nos inclinamos para las correcciones que él nos manda, no hacemos sino doblar continuamente sus golpes. Al contrario entonces, cuando sentimos nuestros pecados de tal manera que pedimos perdón, sabiendo él que somos correctamente tocados por ellos, entonces hace que nuestras aflicciones se vuelvan en una medicina saludable para nosotros, y así nos libra de ellas. Todo esto lo vemos con nuestros ojos.

Entonces, ya no sigamos murmurando cuando vemos que Dios manda semejantes problemas al mundo, ni nos sintamos ofendidos por ello como si El tuviera los ojos cerrados. Porque él sabe bien lo que está haciendo y tiene infinita sabiduría aunque al principio no nos resulte obvia; pero al final seguramente veremos que él ha dispuesto todas las cosas en buen orden y medida. Y entre tanto, aprendamos también a no estar demasiado apenado cuando somos afligidos así, sabiendo que por este medio Dios promueve nuestra salvación. Además, ¿deseamos ser sanados cuando estamos así en tormento y dolor? ¿Queremos tener un resultado bueno y deseable de ello? Sigamos el camino que aquí se nos muestra; es decir, oír y obedecer. Oír, ¿cómo? Siendo enseñados cuando Dios nos sostiene como en su escuela, de manera que nuestras aflicciones puedan ser como otras tantas advertencias para acercarnos a él. Entonces, oigamos estas cosas y no permitamos que nos entren por un oído y nos salgan por el otro; pero obedezcamos, es decir, rindamos una obediencia a Dios como la que debemos rendirle, y no busquemos ninguna otra cosa sino el enmarcarnos totalmente en él. ¿Qué sigue? No tenemos que asombrarnos si los hombres languidecen de dolor, en efecto, si diariamente son arrojados a profundidades de miserias cada vez mayores. Porque ¿quién de ellos escucha a Dios cuando él habla? Es evidente que siendo tantos los afligidos y

atormentados en la actualidad, las varas de Dios están ocupadas en todas partes. ¿Pero, cuántos piensan en ellas? Ustedes verán a todo un pueblo oprimido por guerras, hasta no poder sostenerse ya; sin embargo, difícilmente hallarán una docena de hombres entre cien mil que oyen hablar a Dios. He aquí el chasquido de su látigo suena y hace eco en al aire; en todas partes hay horribles lloros y lamentos; los hombres exclaman "¡Eh!" Pero, entre tanto, no miran la mano que los castiga; como el reproche del Profeta a los obstinados que, aunque sienten los azotes no reconocen la mano de Dios. Lo mismo vemos en tiempos de pestilencia y hambre. Por eso, entonces, ¿es de asombrarse que Dios envíe heridas incurables haciendo lo dicho por el profeta Isaías:⁴ esto es, que desde la planta del pie hasta la cabeza no haya en él cosa sana, sino herida, hinchazón y podrida llaga en este pueblo de manera que todos están podridos e infectados y sus llagas son incurables? ¿Acaso es para asombrarnos que actualmente los hombres sean tan ingratos para con Dios que le cierran la puerta están dispuestos a escucharle a efectos de obedecerle? De manera entonces, toda vez que seamos castigados por la mano de Dios aprendamos a venir rápidamente a él y a escuchar la advertencia que nos da para que sintamos nuestros pecados y estemos disgustados con ellos. Habiendo hecho eso seamos tocados en lo más profundo para que a él le plazca tener piedad de nosotros. Si procedemos de esta manera, Dios no olvidará su oficio de instruir y liberarnos de todas nuestras adversidades. Pero, ¿queremos pasar por caballos salvajes? Entonces seguramente nos desdeñará como se dice aquí: "*Seremos pasados a espada, y pereceremos sin sabiduría*" es decir, en nuestra necedad. Cuando dice, "*Seremos pasados a espada,*" él significado es que las heridas serán totalmente incurables, que ya no esperemos sanidad, que ya no habrá remedio para nosotros. Si no somos obstinados cuando Dios nos advierte nuestras faltas, él se revelará como un buen médico hacia nosotros purgándonos de todas ellas, al menos si no somos incorregibles. Pero si no hay razón ni enmienda en nosotros, de manera que mordamos los frenos sin sentir nuestros pecados para sentirnos apenados por ellos, sepamos que todas las aflicciones del mundo nos serán mortales. A menos que aprendamos a volver a Dios cuando él nos llama dándonos la oportunidad de arrepentirnos, es decir, a menos que vengamos en el momento correcto y entremos cuando la puerta nos es abierta; a menos que lo hagamos así, todos los castigos que nos fueron dados para nuestro provecho tienen que volverse para nuestra mayor condenación; dichos castigos tendrán que ser tantas otras advertencias de parte de Dios, de que en efecto, la acumulación de toda la miseria sobre nosotros tiene que cumplirse. Tanto más debiéramos pensar en nosotros mismos para no provocar premeditadamente semejante venganza de Dios sobre nosotros. Porque acaso es un asunto de poca importancia, ¿que esté dicho que los obstinados serán heridos por la mano de Dios; ciertamente, ya que los hombres le provocan a más no poder y no están dispuestos a someterse a él cuando les ha hecho el favor de advertirles dándoles entrada a su presencia? En efecto, cuando los hombres se oponen así, ¿acaso no es un desafío abierto a Dios? ¿No es pisotear su gracia bajo el pie? Dios no puede soportar semejante despecho; porque él jura por su majestad⁵ que cuando los hombres hacen fiesta y dicen "comamos y bebamos" mientras Dios los llama al arrepentimiento, ello constituye un pecado que jamás será borrado. He aquí, Dios está tan irritado con ese pecado que jura que será registrado en su presencia para siempre. Tanto más entonces, ello debería incitarnos a humillarnos cuando Dios nos da algunas advertencias, sabiendo que en este punto procura nuestra salvación, para que no rechacemos su yugo cuando él quiere ponerlo sobre nosotros, y que no rechacemos los golpes de su vara los cuales nos da como golpeando sobre un yunque.

En forma específica dice que *aquellos que no oyeren a Dios perecerán sin sabiduría*, es decir, su propia necedad los consumirá. Esto se dice para que no les quede excusa a los hombres. Es cierto que nos escudamos con la ignorancia cuando queremos minimizar nuestras faltas o bien borrarlas completamente. Decimos, "no he pensado en ello; no fui consciente." Pero aprendamos que cuando se hace alguna mención de la ignorancia de los hombres es para condenarlos porque se hicieron las bestias careciendo de razonamiento. Así también lo

menciona el profeta Isaías.⁶ "El mismo motivo," dice el Señor, "por el cual está abierto el infierno y por el cual el sepulcro se traga todo y por el cual todo mi pueblo es consumido, es que no tuvieron conocimiento." Allí Dios se queja de que los pecadores se arrojan voluntariamente a la destrucción. Sin embargo, dice que ello ocurre porque no tenían conocimiento; ciertamente, pero enseguida reprocha a los judíos por haberse embrutecido. Porque, por su parte, el Señor nos advierte suficientemente, de manera que es nuestra propia culpa si no somos bien enseñados ¿Cómo es posible? Dios es un buen maestro de escuela, pero nosotros somos estudiantes pobres; Dios habla pero nosotros somos sordos, o bien nos tapamos los oídos para no oírle. De modo entonces, la ignorancia de la que aquí habla Eliú es voluntaria, porque los hombres no pueden permitir que Dios les muestre su lección o les enseñe a venir a él, sino que más bien continuarían su sendero común, y por eso cierran sus ojos y se tapan los oídos. Así ustedes ven una ignorancia que está llena de malicia y rebelión. Ahora, es cierto que por un tiempo los malvados se agradan a sí mismos al no sentir la mano de Dios, pero es tanto peor para ellos, según los ejemplos que vemos cada día. Si una persona habla a estos embaucadores, dados a toda clase de mal, y los amenaza con la venganza de Dios, se limitan a menear sus cabezas, se burlan, y les parece que es solamente una broma. Nuevamente, toman a los sermones para burla y vuelven toda la Santa Escritura en ridículo para que ya no tenga reverencia ni autoridad. Vemos esto delante de nuestros ojos. Siempre empeoran su condición, puesto que esta expresión no será frustrada, es decir, que todo aquel que no está dispuesto a oír a Dios en la aflicción tiene que perecer sin sabiduría; esto significa que la ignorancia en la cual están inmersos tiene que causarles una ruina peor y arrojarlos aun más a la maldición de Dios. Ahora, puesto que vemos esto, aprendamos a estar abiertos a la enseñanza, y tan pronto habla Dios prestémosle atención y estemos dispuestos a sujetarnos a su palabra, y que nada nos impida volver a él. Esto es lo que se nos enseña en este pasaje. Es cierto que de otra manera nuestra propia naturaleza siempre nos inducirá a oponernos a él, tal como se dice aquí. Además, la necedad de los hombres es que, si bien no quieren ser considerados necios e ignorantes, sin embargo, se esfuerzan en excusarse con desatinos e ignorancia cuando se trata de rendir sus cuentas ante Dios. Lo peor es que todo ello nos les aprovechará de nada. Tanto más tenemos que tratar de humillarnos a tiempo y venir al consuelo de Dios cuando dice que nos enseña de doble manera. Porque por un lado él hace que su palabra nos sea predicada, y por el otro nos castiga con sus varas para que cada uno de nosotros seamos inducidos, para nuestro propio beneficio, a volver al buen camino. Por eso, tengamos abiertos los oídos para recibir la doctrina que en el nombre de Dios es puesta ante nosotros de modo que no se dirija a sordos ni a troncos de árboles. Entre tanto, también seamos pacientes para soportar las aflicciones que él nos manda; y si algo pasa distinto de lo que nosotros queremos, jamás dejemos por eso de magnificar a Dios y a su gracia, sabiendo que por esos medios nos hace sentir nuestros pecados para que no estemos confiados en ellos al extremo de perecer. Ustedes ven entonces, a menos que queramos provocar deliberadamente a Dios después de haber escuchado su palabra, también tenemos que entender su propósito cuando él nos castiga y nos manda algunas aflicciones de dondequiera que ellas vengan sobre nosotros; porque nunca nos ocurrirá nada que no provenga de su mano.

Inmediatamente Eliú agrega que *los hipócritas de corazón atesoran para sí ira, y no clamarán cuando él los atare. Falseará el alma de ellos en su juventud, y su vida entre los sodomitas.* Dice "hipócritas de corazón." ¿Por qué los llama así? Se refiere a los que confían en maldades y en el fondo tienen un sitio para ocultarse de Dios y no pueden ser traídos a ninguna cosa sana. Porque vemos a muchas pobres personas que pecan por omisión porque son inconstantes de manera que son fácilmente engañados, sin embargo, no hay malicia ni obstinación arraigada en ellos. Pero existen otros que son "hipócritas de corazón," es decir, que en su interior tiene la raíz de desprecio y de toda rebelión de manera que burlan a Dios y no tienen reverencia ante su palabra, sino que el diablo los ha embrujado de tal manera que

condenan el bien y siguen al mal, o al menos lo aprueban y quisieran deleitarse y alimentarse de él. Por eso, notemos bien que cuando Eliú habla aquí de hipócritas de corazón se refiere a aquellos que están tan completamente abandonados a Satanás que no solamente pecan por omisión sino que están plenamente conformados al mal que se inclinan decididamente a ejecutarlo a burlar a Dios; y de tales personas son demasiados los ejemplos que se ven. Porque si alguien suma los inconstantes y a los que ofenden por debilidad a los malvados y a los que desprecian a Dios, el número de los mismos será mucho mayor. De manera entonces, notemos que no es sin causa que Eliú los llama hipócritas de corazón, o perversos de corazón, es decir, entregados a malicias extremas, de manera que en sus aflicciones ya no están de ninguna manera dispuestos a sujetarse a Dios, sino más bien de acumular ira. Y notemos bien la frase *atesoran ira*; porque es como encender más y más el fuego y echarle leña para aumentarlo. En efecto, ¿qué están haciendo los perversos cuando luchan y se oponen así a Dios? ¿Acaso mejoran su caso o condición? ¡Ay de ellos! Solamente atesoran más leña, y la ira de Dios tiene que arder más fuerte. Así que notemos entonces bien que si resistimos los castigos de Dios, pensando rechazarlos mediante nuestra malicia y obstinación, solamente la incrementaremos, y la maldición de Dios aumentará más y más hasta que seamos completamente consumidos por ella. Ahora, cuando oímos esto, ¿qué vamos a hacer, sino orar a Dios que en primer lugar nos purgue de tal manera que no tengamos esta rebelión arraigada en nosotros y esta malicia oculta; pero, aunque hayamos fallado por debilidad, todavía podemos tener alguna raíz de temor a Dios en nosotros de manera que no nos hagamos completamente incorregibles. Además, seamos siempre sabios para conducirnos en sobriedad y con sinceridad de corazón para que no estemos tan envueltos en nuestros pecados que amemos a los mismos y los alimentos. Además, notemos bien que si queremos hacer astucias y artificios respecto de Dios ello no mejorará nuestra condición sino que más bien aumentaremos su ira contra nosotros.

Entonces, ustedes ven que los hombres debieran corregir adecuadamente sus malas obras, siendo que la maldición de Dios será incrementada tanto sobre ellos. Y aquí se hace expresa mención del aumento de la ira de Dios porque los hombres suponen haber escapado cuando Dios los libra de algún mal; les parece que lo peor ha pasado. Pero no pensamos en los medios que nos son ocultos; es decir, que luego Dios exhibirá nuevas varas, que desenvainará nuevas espadas, que tronará repentinamente sobre nosotros, cuando menos lo esperamos. Puesto entonces, que no somos suficientemente temerosos de la ira de Dios, se dice aquí premeditadamente que ella aumenta y nosotros la atesoramos más y más sobre nosotros, al extremo de tener que esperarnos cien mil muertes si hemos despreciado el mensaje que Dios envió para traernos de vuelta y conducirnos a la vida. Por eso, cuando hemos despreciado así las advertencias de Dios tenemos que sentir su horrible venganza sobre nosotros, por otra parte él afirma que siempre está listo para consolar a aquellos que se someten voluntariamente a su buena voluntad.

Ahora inclinémonos en humilde reverencia ante el rostro de nuestro Dios.

NOTAS DEL TEXTO SERMÓN NO. 19

*Sermón 140 en *Calvini Opera, Corpus Reformatorum*, V. 35, pp. 266-278

1. Salmo 40:6.
2. Jeremías 48:11; Zefanías 1:12.
3. Isaías 9:12.
4. Isaías 1:16.
5. Salmo 20:4; Isaías 22:13.

6. Isaías 5:13,14.

SERMÓN N° 20 EL SEÑOR RESPONDE A JOB*

"Entonces respondió Jehová a Job desde un torbellino, y dijo: ¿quién es ése que oscurece el consejo con palabras sin sabiduría? Ahora ciñe como varón tus lomos; yo te preguntaré, y tú me contestarás. ¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra? Házmelo saber, si tienes inteligencia" (Job 38:1-4).

Previamente hemos visto que Eliú, queriendo amonestar a Job, afirmó que él mismo también era un hombre mortal, para que Job no pudiera quejarse de ser tratado por un poder demasiado alto. Luego mostró que Dios quería que procediera por medio de la razón y con dulzura; como también la usa con nosotros; porque nos protege, haciendo que su palabra nos sea predicada por hombres semejantes a nosotros, de manera que podamos acercarnos con más familiaridad a lo que él propone; la doctrina es masticada para nosotros.¹ Vemos entonces que Dios ha tenido piedad de nosotros cuando ordena a hombres como ministros de su palabra, y a aquellos que nos enseñan en su nombre y por su autoridad. Porque él sabe lo que podemos llevar, y puesto que somos débiles, pronto seríamos tragados por su majestad, y abatidos por su gloria. Y por eso es que condesciende a nuestra pequeñez cuando nos instruye por medio de hombres. Sin embargo, también es preciso que nosotros seamos tocados a efectos de rendirle la reverencia que él merece; porque sin esto abusaríamos de su bondad, y finalmente, al acercarse a nosotros, sería como que le hiciéramos compañía. Esto es lo que ahora se nos narra, que Dios viendo que Job no fue suficientemente sumiso a las proposiciones y razones presentadas por Eliú, le hace experimentar su grandeza *desde un torbellino*; para que, siendo atemorizado así, pudiera reformarse por el reconocimiento de sus faltas, y que pudiera obedecer enteramente lo que le es presentado. Así vemos que Dios se acomoda de todos los modos posibles a nosotros, a efectos de ganarnos. Porque por un lado él mismo se humilla. ¿Y por qué? Porque ve que nosotros somos demasiado crudos y groseros para ascender a él. Sin embargo, puesto que hay un orgullo demasiado grande en nuestras mentes, es preciso que los experimentemos a él tal como es, a efectos de aprender a temerle y de oír su palabra en toda humildad y solicitud. Este es un punto que tenemos que observar bien; porque por este medio vemos el amor que tiene a nuestra salvación. Porque ciertamente tiene que estar preocupado por nosotros para transfigurarse de tal manera por así decirlo, que no se conforma a hablar en términos iguales; en cambio, viendo que es bueno y propicio para nosotros, él nos implora; y luego, viendo que semejante bondad no puede volvernos de nuestro desprecio, él se levanta y se magnifica en la medida que le es propia a él; para que nosotros podamos conocer nuestra condición a efectos de sujetarnos enteramente a él. Y, tanto más debiéramos desear ser enseñados en su palabra viendo que ella ha sido conformada a la medida de nuestro entendimiento y que Dios no ha olvidado nada de lo que se requería y de lo que era útil para nuestra salvación. Viendo entonces que nuestro Dios estaba dispuesto a descender a nuestro nivel y que, sin embargo, asciende para reformarnos de modo que le obedezcamos, tomemos tanto más coraje para escucharle cuando habla. Y no usemos la frívola excusa de que la palabra de Dios es demasiado elevada y oscura para nosotros, o que quizá sea demasiado aterradora, o quizá demasiado simple. Porque cuando cada cosa ha sido evaluada y reducida, es cierto que nuestro Señor nos propone una majestad en su palabra, que hará temblar a toda criatura; también hay una simpleza para que pueda ser recibida por el más ignorante y necio; hay una claridad tan grande en ella que podemos recibirla sin haber ido a la escuela, con tal de estar dispuesto a ser enseñados; porque no es sin motivo que él sea llamado "Maestro" por los humildes y pequeños.

Esto es lo que hemos de notar en primer lugar de este pasaje; es decir, cuando Dios nos habla por boca de hombres, es para que nos acerquemos a él con mayor libertad, que recibamos lo que él nos presenta de su parte con mayor facilidad y que no nos asombremos en medida excesiva; pero puesto que estamos endurecidos más allá de toda esperanza, y no le rendimos el honor que él merece, nos hace experimentar cómo él es, y se eleva en majestad, para que ello pueda inducirnos a rendirle homenaje.

Ahora, se dice específicamente que *"el Señor habló a Job desde un torbellino"*; que no fue suficiente con darle una señal de su presencia, sino que estuvo allí semejante a un torbellino. Muchas veces encontramos en las escrituras que Dios se movía así mediante el estrépito de truenos queriendo hablar a sus creyentes; pero, especialmente aquí, tenemos que evaluar la circunstancia de que Job todavía no estaba totalmente en jaque mate,³ y que Dios tuvo que mostrarle una fuerza terrible. Por este motivo entonces, tronó y se movió en un torbellino, a efectos de que Job pudiera saber con qué maestro se las tenía que ver. En general se dice que Dios realmente habita en una nube oscura, o quizá que esté rodeado de claridad; sin embargo, es algo que no podemos captar; si queremos contemplar a Dios nuestros sentidos se marean, de manera que hay una oscuridad muy especial. Entonces se describe correctamente, en términos generales, la gloria de Dios, a efectos de que no queramos inquirir demasiado en sus consejos que para nosotros son imposibles de captar; sino que de esa manera podamos gustar lo que a él le agrada revelarnos, y que, entre tanto, sepamos que todos nuestros sentidos son indignos, a menos que él se complazca en acercarnos a nosotros, o quizá de elevarnos hacia él; pero para una consideración aun diferente, es decir, debido a nuestra rebelión Dios tiene que mostrarse en forma aterradora. Es cierto que tal vez él no quiera otra cosa que acercarnos a él con dulzura; y vemos que usa modos amorosos, cuando los hombres están dispuestos a someterse a él, que él nos invita con tanto sentido de humanidad como es posible; pero cuando percibe alguna dureza de corazón, tiene que abatirnos en el comienzo mismo. Porque de otra manera, ¿de qué aprovechará que nos hable? Su palabra será despreciada por nosotros, o tal vez ni siquiera entre en nuestro corazón. Es por eso que, publicando su ley se movía en torbellinos, para que las trompetas sonaran en el aire, para que cada uno temblase, que la gente estuviese atemorizada por ello, como diciendo, "Que no nos hable el Señor, de lo contrario todos seremos muertos, seremos abatidos." ¿Por qué es que Dios movió así toda la tierra, y que su voz haya resonado en forma tan aterradora? ¿Acaso quería alejar tanto a su pueblo que éste ya no pudiera escucharlo? Al contrario, está dicho, "No en vano dio su ley," pero quiso dar ciertas instrucciones a su pueblo, es decir, el camino de vida.

De manera entonces, no era para atemorizar que moviese a los estruendos y tempestades del aire; no fue esa, digo, su intención; pero esto sirvió como preparación para hacer descender⁴ la altivez de la gente; ésta jamás habría obedecido a Dios o a su palabra, jamás habría conocido siquiera la autoridad de aquel que habla sin estas señales que fueron agregadas. Entonces notemos bien que no es una cosa superflua que Dios haya hablado así desde un torbellino. Y si un hombre tan santo, que había aplicado todo su estudio al propósito de honrar a Dios, tenía que ser refrenado de tal manera, ¿qué de nosotros? Comparémonos con Job. Aquí hay un espejo de santidad angelical. Hemos visto las protestas que presentó aquí abajo; y si bien fue afligido hasta el límite, a pesar de murmurar, y aunque se le escaparon expresiones extravagantes; con todo ello siempre retuvo el principio de adorar a Dios, y de humillarse bajo su majestad; en general cumplió con esto, aunque en parte cayó. Ahora nosotros somos carnales a más no poder, y nuestras vanidades nos extravían de tal manera que, por así decirlo, estamos embriagados; difícilmente consideramos que existe un juez en el cielo; y cuando nos es propuesta su palabra somos más crudos incluso que los asnos. Entonces, ¿acaso no es necesario que nuestro Señor nos haga experimentar su majestad, y que seamos conscientemente afectados por ella? Ahora, es cierto que Dios no levanta tempestades a efectos de que conozcamos que es él quien habla; pero él tiene que usar otros medios para que nos dispongamos a venir a él, como también vemos que lo hace. Entonces,

cuando alguien tenga algunos escrúpulos, y algunos problemas de conciencia, cuando otro sea afligido por enfermedad, y otro tenga otras adversidades, sepamos que es Dios quien nos llama a sí mismo viendo que no venimos a estas cosas por nuestra libre voluntad, que no nos acercamos para oír su palabra; él refrena esa dureza de corazón tal como se requiere para que nuestros espíritus puedan ser doblegados a la correcta obediencia. Entonces, Dios ve esa rebelión en nosotros; él se ve precisado a usar estos modos y medios que ya he mencionado para acercarnos a él y ganarnos para sí mismo; para que nosotros podamos oírle él tiene que hablarnos desde un torbellino; no es que así sea con todos; porque vemos a algunos que dan coces contra el aguijón, y actúan como caballos salvajes, y aunque Dios los cuide, ellos no ganan nada así. ¿A cuántos de estos tipos malogrados se ve, a quienes Dios habrá castigado de tantas maneras, a quienes habrá golpeado en la cabeza con fuertes martillazos, de manera que, por muy duros que sean, tendrían que haberse ablandado? Sin embargo, nunca dejan de castañetear sus dientes. Se ve que no pueden moverse sin mostrar que están llenos de orgullo y rebelión contra Dios, y que lo desprecian a más no poder.

De manera entonces, es muy necesario que aquellos y quienes Dios castiga tendrían que estar dispuestos a acercarse a él; porque esa es su intención. Entonces, seamos sabios para no frustrar a nuestro Dios; siempre y cada vez que nos envíe alguna adversidad, aprendamos a ir corriendo a él, como si hablase con truenos, y como si nos ocurrieran a nosotros, a efectos de hacernos oír. Sepamos esto, y sepámoslo de tal manera que nuestro espíritu sea realmente refrenado debajo de él, y que no pretendamos otra cosa sino humillarnos totalmente en obediencia a él. Eso es lo que tenemos que recordar en este pasaje. Además sepamos que, aunque actualmente Dios no truene desde los cielos, todas las señales que han sido dadas en tiempos antiguos prueban que su palabra debiera servirnos hoy. Cuando nos es predicada la ley de Dios tenemos que agregarle lo que nos es narrado en el capítulo 19 de Éxodo; esto es, que la ley ha sido debidamente ratificada y que nuestro Señor le ha dado plena autoridad al enviar truenos y relámpagos del cielo lo cual hizo para traer a la memoria la aparición de trompetas; que todo esto fue para que su ley fuese recibida hasta el fin del mundo en toda reverencia. Así es en este pasaje. Porque cuando dice que *"Dios apareció en un torbellino,"* hemos de saber que quiso ratificar lo que está contenido en este libro; y no solamente eso; sino que tenemos que extender esta autoridad a través de todo su mundo. Aun existe esta consideración, que si Dios comenzó de un modo amable a llamarnos a él, y si al final se mostró rudo y amargo, ello no debe parecernos de ninguna manera extraño; más bien examinemos nuestras vidas para saber si le hemos obedecido; y de esa manera sepamos que su bondad es de una sola pieza, y entonces sabremos que es muy necesario que él use esta segunda forma para ganarnos cuando ve que no ha aprovechado nada mediante la gracia que nos había mostrado. Ejemplo: A veces el Señor puede ser bueno hacia nosotros cuando quiere tenernos como propios y miembros de los suyos; sin enviarnos ninguna aflicción, él nos propondrá su palabra. O quizá nosotros veamos que es su voluntad y estemos de acuerdo con ella. Sin embargo, no la aprovechamos al tener la debida seguridad de su bondad, renunciado a nuestros deseos malvados, olvidando al mundo, y entregándonos enteramente a él. El nos soporta por un tiempo; pero al final, cuando ve que somos tan indiferentes, comienza a golpear. Mediante esto ciertamente debiéramos experimentar que no habla sin causa como desde un torbellino, porque no le hemos oído cuando quiso enseñarnos con gracia, y de modo humano y paternal. Entonces, es necesario que Dios nos hable con esa vehemencia, puesto que él ve que nunca nos acercáramos hasta no habernos preparado de esa manera. Es cierto que a algunos los ganará por la simple palabra; pero cuando ve que otros son displicentes, les envía algún problema, alguna aflicción. En efecto, hay muchos que jamás habrían venido al evangelio, que jamás habrían sido tocados correctamente en sus corazones para obedecer a Dios, si no fuera por alguna señal que él les envió indicando que quería castigarlos. Además de esto, cuando experimentaron, por las aflicciones, que sólo hay miserias en este mundo, fueron constreñidos a estar descontentos consigo mismos y a cortar las delicias en las que

previamente estaban sumergidos.

Así es entonces cómo Dios acerca de diversas maneras a los hombres a sí mismo. Pero, aprovechemos siempre los medios que usa con nosotros; además cuando no habla desde un torbellino, procedamos nosotros, por nuestra parte, a familiarizarnos con él, y permitamos ser gobernados por él como ovejas y corderos; porque si él ve cierta dureza en nosotros quizá tenga que refrenarnos con alguna maldición; y si por algún tiempo nos deja correr como caballos desbocados; aun así, al final experimentaremos su terrible majestad para ser atemorizados por ella, en efecto, si le complace darnos su gracia; porque es un beneficio especial que Dios nos da, cuando nos despierta de esa manera y truena con su voz, a efectos de que nos entre por los oídos y que podamos estar profundamente apenados por su causa. Ese, digo, es un beneficio que no concede a cualquiera. Además, cuando truena contra los incrédulos es demasiado tarde; porque ya no hay ninguna esperanza de que puedan volver a él. Dios los convoca para que escuchen la condenación. Además, debiéramos recibir apaciblemente esta ayuda que Dios nos da, cuando levanta a algún torbellino para refrenar todas las rebeliones de nuestra carne; es decir, nos hace experimentar su majestad. Esto es en resumen, lo que tenemos que recordar de este pasaje.

Ahora venimos a lo que dice aquí, "*¿Quién es ése que oscurece el consejo con palabras sin sabiduría? Ahora ciñe como varón tus lomos; yo te preguntaré, y turne contestarás.*" Aquí, en primer lugar, Dios se mofa de Job, ya que este era rebelde, y él parecía que mediante argumentos ganaría su caso. Es por eso que dice, "*¿Y tú quién eres?*" Y ahora, cuando la escritura nos muestra quiénes somos, es para vaciarnos de todo orgullo. Es cierto que los hombres se estiman demasiado, haciéndose creer que hay alguna gran dignidad en ellos. Ahora, bien pueden valorarse ellos mismos, pero Dios solamente los conoce en olor y hediondez, él los rechaza; en efecto, los considera detestables. Y así, aunque nosotros podamos ser tan necios, y aunque seamos presunciosos pensando en glorificarnos a nosotros mismos en nuestra propia imaginación, pensando que tenemos poder y sabiduría; sin embargo, Dios para vaciarnos y entregarnos turbados, solamente usa la palabra, "Y tú, hombre, quién eres?" Cuando esto es pronunciado, realmente es para despojarnos completamente de toda ocasión para gloriarnos. Porque sabemos que no hay una sola gota *de* bien en nosotros; y entonces ya no tenemos ocasión de ninguna clase para recomendarnos.

Y eso es por qué Dios también agrega, "*ciñe como varón tus lomos,*" es decir, "vístete como te plazca, convéncete a ti mismo de que realmente eres un gigante, equípate bien, ármate de la cabeza a los pies. Muy bien, ¿al final qué ganarás con ello, cuando yo me oponga a ti, pobre criatura? ¿Piensas subsistir de alguna manera? ¿Qué tienes?" Aquí vemos entonces la intención de Dios. Porque (como ya lo he dicho) esta necedad de preciarnos a nosotros mismos presumiendo que valemos algo está tan arraigada en nosotros que es muy difícil llevarnos al conocimiento correcto de nuestra pobreza, de manera de quedar libres de todo orgullo y presunción. Además, entonces, tenemos que notar bien los pasajes de la Escritura, en los cuales se nos muestra que no hay valor alguno en nosotros. Y esto pensémoslo bien; porque ello no se dice únicamente de una parte del mundo, sino de la humanidad en general.

Entonces, grandes y chicos, aprendan a avergonzarse; puesto que Dios incluye todo, realmente como si fuera en una garba, cuando dice que la sabiduría del hombre sólo es necedad y vanidad, que en lugar de poder sólo hay debilidad, que en lugar de justicia solamente hay impureza y suciedad. Porque cuando Dios habla en estos términos, no es para dos o tres personas, sino para cada uno en general. Aprendamos entonces desde el más grande hasta el más insignificante, a humillarnos, sabiendo que todas nuestras glorias solamente son vergüenza y confusión delante de Dios. De esa manera, pensemos en la palabra "*¿Quién es él?*" No la tomemos como referida únicamente a la persona de Job, más bien tomémosla como refiriéndose a todas las criaturas mortales; como si nuestro Señor dijera; "*¿Por qué?*" ¿Acaso hay tal audacia en una persona, siendo solamente un vaso frágil de barro, y en una persona que es menos que nada, que exista semejante audacia de disputar contra mí

y de querer inquirir tanto? ¿Adonde va a parar esto? ¿Quién eres tú, hombre?" Como también vemos que San Pablo nos amonesta mediante esta palabra (Romanos 9:20), "Quién eres tú para que alterques con Dios?" Cuando ha establecido las objeciones que los hombres suponen eficaces para disputar de alguna manera con Dios diciendo, "¿Y por qué perderá Dios a los que ha creado? Y que sin razón alguna pueda discernir uno del otro; para que uno sea llamado a salvación, rechazando a otro; ¿por qué es esto?" Entonces, cuando San Pablo dijo esto, aunque los hombres se complazcan con tales objeciones, dice, "Oh hombre, ¿quién eres tú para dirigirte así contra Dios?" Esto es lo que tenemos que notar de la palabra "¿Quién es él?" Entonces, que cada uno, siempre y toda vez que sea tentado con orgullo, piense así de sí mismo, "Pero, ¿en realidad, quién eres?" No es aquí cuestión de entrar en combate contra criaturas que son nuestros semejantes, y contra aquellos que sin iguales a nosotros; pero si queremos ser tan osados como para inquirir en los secretos de Dios; si soltamos las riendas a nuestras fantasías y a nuestras lenguas para imaginar cosas inútiles, o hablar contra Dios y su honor, debemos pensar,

"Ciertamente, ¿y yo quién soy?" Cuando cada uno haya mirado a su propio interior, y considerado su propia debilidad cuando, en resumen, haya conocido que en sí no es nada en absoluto; entonces seremos suficientemente amonestados, todo este cacareo⁶ que hayamos concebido previamente será silenciado; incluso todas nuestras fantasías serán refrenadas y cautivadas, lo que sería declarado luego, pero en forma más completa.

Ahora, aquí dice especialmente: "*Ciñe como varón valiente tus lomos*" para significar que cuando todo el mundo haya reunido sus fuerzas, y las haya exhibido, ello no será absolutamente nada. Es por eso, entonces, porque Dios desafía aquí a Job diciendo, "Que se equie, y que venga con armadura y armado como un gigante, o como el hombre más ágil que se pueda encontrar." Con ello se expresa aun mejor lo que hemos dicho, esto es, que cuando los hombres son condenados en las Escrituras, ello no está dirigido simplemente a los vulgares, y aquellos que son despreciables, que carecen de crédito y dignidad; sino que se extiende a los más grandes, a aquellos que suponen tocar las nubes. Y así entonces, aunque los hombres piensen tener alguna apariencia en sí mismos para recibir honor; que sepan que esto no es nada con respecto a Dios. Como por ejemplo: aquellos que son excelentes cuando se comparan a sí mismos con sus semejantes, es cierto que concebirán alguna opinión propia y estarán satisfechos consigo mismos; cuando una persona sea reputada sabia, de buen entendimiento, con gracia - bien, la misma será apreciada a los ojos de aquellos que no tienen las mismas cualidades; una persona puede ser rica, investida de virtudes grandes y dignas de alabanza - a los ojos de quienes pasan. Eso entonces, bien podría capacitarnos para sentirnos muy anchos (como ellos dicen) para recomendarnos a nosotros mismos cuando tengamos tales virtudes especiales; pero cuando nos acerquemos a Dios es preciso que todo sea vaciado. Entonces, no hay ninguno tan robusto y galante que tenga una sola gota de fuerza; aquí ya no queda ninguna santidad, ya no queda ninguna sabiduría, no queda nada en absoluto. De manera entonces, que todo el mundo sepa que todo su equipamiento de nada aprovechará delante de Dios; en cambio, tenemos que ser totalmente vaciados, Dios tiene que anularnos, a efectos de no dejar ninguna gota de virtud' en nosotros, excepto aquello que tomemos de él, como prestado, sabiendo que todo procede de su pura bondad. Ahora vemos lo que implica la palabra "*varón valiente*"; es para significar que, aunque tengamos ciertas virtudes especiales, ello no debiera darnos ocasión para enorgullecemos delante de Dios.

Además también dice que "*Job envolvió (u oscureció) el consejo con palabras sin sabiduría.*" Con ello Dios declara que, habiendo tratado sus secretos, ciertamente debiéramos pensar en nosotros mismos, a efectos de proceder aquí sobriamente y en todo temor; porque con la palabra "consejo" Dios quiere significar las cosas elevadas de las que Job había estado hablando. Nosotros bien podemos disputar acerca de muchas tonterías menores, y podemos disputar deliberadamente - bien, nuestras proposiciones serán vanas y frívolas - sin embargo, no habrá blasfemias, y el nombre de Dios no será profanado en absoluto. Pero cuando venimos

a la doctrina de salvación, cuando entramos a las obras de Dios, y cuando disputamos acerca de su providencia y de su voluntad; no es propio que vengamos tan apresuradamente; porque envolvemos o entregamos el consejo en proposiciones sin conocimiento. Entonces vemos para qué es que Dios amonesta a Job; es decir, por el hecho de haber hablado demasiado pronto de cosas que están más allá de su comprensión; porque si bien tenía dones excelentes, no obstante, tenía que haberse humillado siempre, reconociendo su debilidad; y también debía haberse refrenado cuando realmente hubo llegado al final de sus sentidos, y que sólo debía haber pensado en los juicios de Dios; y, viéndose turbado de esa manera, debía haber considerado la debilidad de su espíritu; y conociéndose a sí mismo como hombre mortal, debía haber dicho: "Ciertamente, sólo hay ignorancia y necedad en mí." Entre tanto también tendría que haber considerado la inestimable majestad de Dios y su consejo incomprensible; ello lo debía haber humillado. Job no hizo ni una cosa ni la otra. De manera entonces, aunque no se extravió del camino correcto, sino que siempre aspiró al verdadero fin no obstante vemos aquí que es amonestado por la boca de Dios.

Ahora, este pasaje debería advertirnos de la reverencia que Dios quiere que tengamos ante sus grandes misterios, y por aquello que concierne a su reino celestial. Si disputamos acerca de nuestros asuntos - muy bien - no necesitamos proceder con cautela tan extrema; porque estas son cosas que pasan: pero siempre y toda vez que se trate de hablar de Dios, de sus obras, de su verdad, de aquello que está contenido en su palabra, vengamos a ello con temor y solicitud, no tengamos la boca abierta, para aspirar todo aquello que nos venga a la imaginación; que ni siquiera tengamos nuestras mentes demasiado abiertas para inquirir en aquello que no nos atañe y que no nos es lícito; en cambio, refrenemos nuestra mente, pongamos rienda a nuestra lengua. ¿Y por qué? Porque es el consejo de Dios, es decir, estas cosas son demasiado oscuras para nosotros, y demasiado elevadas. Entonces, no tenemos que presumir de venir a ellas a menos que Dios quiera instruirnos por medio de su pura bondad. Y quiera Dios que estas cosas puedan ser practicadas correctamente y que no tengamos los combates que hay en todas partes del mundo. Pero, ¿por qué existen? Es evidente que muy pocos son afectados por la majestad de Dios. Cuando uno discute su palabra y la doctrina de nuestra salvación, y toda la Santa Escritura, cada uno tendrá su propio camino; cada uno que habla de ella a la sombra de una lámpara, querrá despedirse de ella. Estas son cosas que sobrepasan todo entendimiento humano; sin embargo, se ve que debemos ser más osados para discutir tan elevados misterios de Dios - los cuales deberían llenarnos de asombro, y deberíamos adorarlos con toda solicitud - para balbucear de ellos debemos ser, digo, más osados que discutiendo una transacción por cinco centavos, y no sé qué. ¿Y cuál es la causa de esto sino que los hombres no han considerado que Dios se oculta de nosotros y oscurece su consejo y que en las Escrituras nos ha expuesto su voluntad a la cual tenemos que estar sujetos? Por un lado vemos a los papistas que blasfeman contra Dios, que trastornan, falsifican, depravan y corrompen la totalidad de las Sagradas Escrituras, de manera que no les cuesta nada burlar a Dios y a toda su palabra. ¿Y por qué? Porque nunca gustaron el significado de la palabra "*consejo*." Entre nosotros se ven personas ebrias que también sujetarían a Dios a sus fantasías. Aunque fuesen los más ágiles del mundo, los más experimentados en las Santas Escrituras, tendrían que llegar a esta conclusión: El consejo de Dios es superior a nosotros. Pero aquellos son estúpidos y totalmente embrutecidos; no tienen sentido ni razón, el vino los gobierna como a puercos; y sin embargo, querrán ser teólogos, y trastornar las cosas de tal manera que si actualmente les creyéramos, tendríamos que construir y forjar⁸ un evangelio totalmente nuevo. Pero recordemos todavía que aquí se nos muestra que cuando hablamos de Dios no tenemos que tomarnos la licencia de charlar y balbucear lo que nos parezca bien; en cambio, sepamos que él nos ha revelado su consejo en su Santa Escritura, para que tanto grandes como chicos puedan someterse y adorarlo. Y esto es lo que se dice acerca de "*palabras sin sabiduría*." Entonces Dios muestra aquí que siempre y toda vez que hablamos de él, y de sus obras, es una doctrina de consejo, una doctrina elevada. Y

contrariamente, lo que podamos presentar, y lo que podamos concebir en nuestras mentes, ¿qué es? Propositiones sin sabiduría. Que los hombres mismos se pongan en la balanza, y se hallará que son más livianos que la vanidad, tal como dice en el Salmo/ Entonces, además tenemos que notar bien esta doctrina, que en nosotros no habrá sabiduría, para saber cómo discutir las obras de Dios, a menos que él nos haya instruido. Es así como seremos sabios, siendo gobernados por el Espíritu de Dios y por su palabra. Sin embargo, cuando no hallemos en la palabra de Dios lo que queremos conocer, sepamos que hemos de seguir ignorantes; y luego, después de ello tenemos que mantener cerrada nuestra boca; porque tan pronto queramos decir una palabra, faltará la sabiduría; solamente habrá decepción en nosotros. Esta es entonces la acusación que Dios presenta contra Job.

Además Dios dice: *"Responde a todas mis preguntas; ciertamente, si tienes sabiduría me puedes responder aquello que yo quiero saber de ti."* Aquí Dios persiste en burlarse de la necia presunción de los hombres, cuando piensan ser tan sutiles como para poder disputar y pleitear contra él. Entonces Dios dice, "Muy bien, es cierto que ustedes son muy ingeniosos; a ustedes les parece al hablar que yo les doy rienda suelta; pero voy a tener mi turno, y voy a hablarles un poco, y ustedes me tienen que responder y seguramente verán su engaño." ¿Cuál es la causa entonces de que los hombres sean tan temerarios para avanzar tan neciamente contra Dios? Es porque ellos mismos se toman la libertad de hablar, y de ocupar el lugar, y les parece que Dios no tiene respuesta. Ahora, aquí está el remedio que nos da Dios para abatir la necia temeridad que hay en nosotros; esto es, que pensemos en aquellos que él pueda preguntarnos. Si Dios comienza a interrogarnos, ¿qué vamos a responder? Si nos acordásemos de esto, ¡oh! es cierto que nos refrenaríamos totalmente; y aunque tuviéramos mentes muy vivarachas, y aunque pareciera que podemos mover todo el mundo, realmente seríamos puestos en nuestro lugar siguiendo sencillamente aquello que nuestro Señor nos ha mostrado; siempre y cuando, digo, que supiéramos pensar: "¡Ciertamente! Y si venimos delante de Dios, ¿acaso no tiene abierta su boca, y acaso no tiene la autoridad y maestría para interrogarnos? ¿Y qué vamos a responderle?" A esto pues debemos llegar. Es lo que debemos recordar de este pasaje a efectos de obtener correcta instrucción de él. Luego, que no seamos demasiado apresurados para hablar; es decir, que por naturaleza tengamos el vicio de entremeternos en más cosas de las que nos corresponden. Aprendamos a mantener la boca cerrada. Pues, por qué es que inmediatamente abrimos la boca para vomitar lo que no conocemos? Es porque no pensamos que nuestro oficio sea más bien el de responder a Dios que el de adelantarnos para hablar. Porque, ¿acaso no es para trastornar el orden de la naturaleza, que el hombre mortal que no es nada se anticipe a su Creador y le obligue a dar audiencia, y que entre tanto Dios guarde silencio? ¿Adonde irá esto? Sin embargo, eso es lo que hacemos siempre y cada vez que murmuramos contra Dios, cuando rompemos en pedazos su palabra, cuando moldeamos proposiciones a voluntad, diciendo: "Esto es lo que me parece." ¿Cuál es la causa de esto excepto que queramos que Dios guarde silencio ante nosotros, y que seamos escuchados con más atención que él? ¿No es esto pura locura? Entonces, para corregir esta arrogancia que hay en nosotros, aprendamos a no tener la presunción de responder a Dios; sabiendo que al presentarnos ante él, él tendrá la autoridad de examinarnos - ciertamente, conforme a nuestra condición; y cuando él nos haya cerrado la boca, y cuando él haya comenzado a hablar, nosotros seremos más que turbados; aprendamos a humillarnos, de manera que seamos enseñados por él; y cuando hayamos sido enseñados que él nos haga contemplar su resplandor en medio de las sombras de este mundo. Entre tanto, aprendamos también a servirle y a adorarle en todo y por todo. Porque es así también cómo habremos aprovechado la escuela de Dios; será cuando hayamos aprendido a magnificarle, y a atribuirle tal gloria que pueda parecemos bien todo aquello que procede de él. Entre tanto, que también seamos sabios para estar disgustados con nosotros mismos, a efectos de correr a él para hallar el bien que nos falta. Y más allá de ello, que se complazca en gobernarnos de tal manera por su Santo Espíritu que, siendo llenos de su gloria, tengamos con

qué glorificarnos a nosotros, no en nosotros mismos, sino solamente en él. Ahora inclinémonos en humilde reverencia ante el rostro de nuestro Dios.

NOTAS DEL TEXTO
SERMÓN NO. 20

*Sermón 147 en *Calvini Opera, Corpus Reformatorum*, V. 35, pp. 351-362.

1. Es tarea del predicador presentar la doctrina de Dios de tal manera que los oyentes la puedan digerir.
2. Actualmente diríamos: "Trataríamos a Dios como a cualquier hijo de vecino."
3. Estoy casi seguro que Calvino toma la metáfora del tablero de ajedrez.
4. O hacerles "jaque mate."
5. O herido.
6. 6. Francés: *coquees*. 1. O poder.
7. Referido a un herrero; no a la falsificación literaria.
8. Salmo 62:9.